

CLAUDIO ROSSI

LOS VENENOS DE TEBAS



II

Del mismo autor:

El Oro de Palmira
Carthago Nova
Tres estaciones en el Nilo
Los venenos de Tebas
Iader
Misión en Attica

Aunque algunos acontecimientos y personajes se basan en hechos y figuras históricas, esta novela es, en su totalidad, una obra de ficción. Las expresiones y los diálogos de los protagonistas se basan en las características del personaje, y no tienen ninguna relación con hechos históricos y personas que existan o hayan existido.

Copyright © 2024 Claudio Rossi
Todos los derechos reservados.
Código ISBN: 9798892929332

Correo electrónico del autor: claudiorossibooks@gmail.com

FB: [Quintilius - Home | Facebook](#)

Sitio web del autor: <https://claudiorossiautore.it/>

Eb08082024

Claudio Rossi

LOS VENENOS DE TEBAS

Traducción de Carlos Securun Sanz

EL RÍO NILO

I. EL NILO DE CANOPO

II.

III.

IV. NAUCRATIS

V.

VI.

VII.

VIII.

IX.

X.

XI.

TEBAS

XII. TEBAS

XIII.

XIV.

XV.

XVI.

XVII.

XVIII.

XIX.

XX.

XXI.

XXII.

XXIII.

XXIV.

LOS VENENOS DE TEBAS

XXV.

XXVI.

XXVII.

XXVIII.

XXIX.

XXX.

XXXI.

XXXII.

XXXIII.

XXXIV.

XXXV.

XXXVI.

XXXVII.

XXXVIII.

XXXIX.

XL.

XLI.

[XLII.](#)

[XLIII.](#)

[XLIV.](#)

[XLV.](#)

[XLVI.](#)

[ALEXANDRIA](#)

[XLVII.](#)

[XLVIII.](#) [ALEXANDRIA](#)

[XLIX.](#)

[L.](#)

[LI.](#)

[LII.](#)

[LIII.](#)

[LIV.](#)

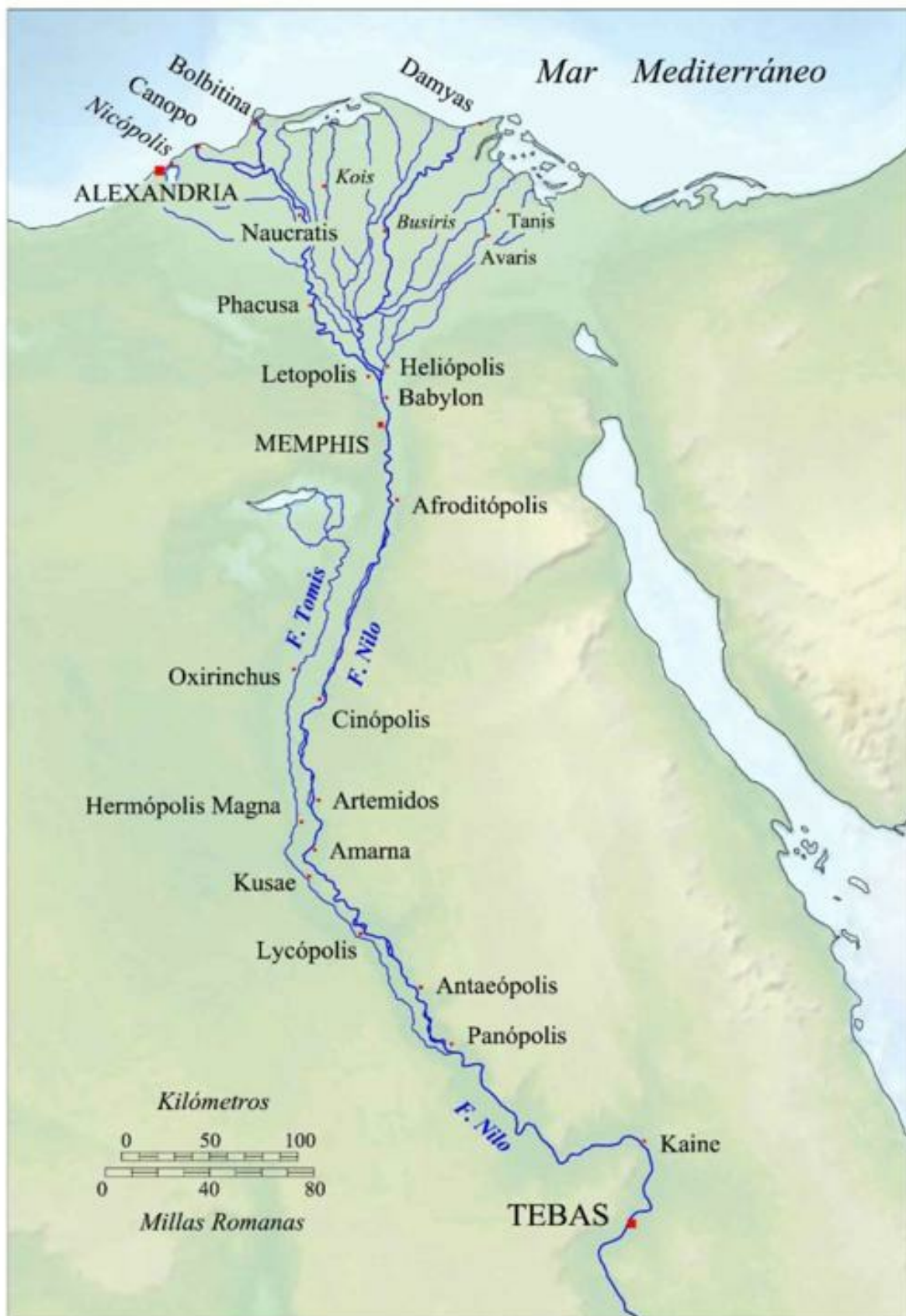
[NOTA DEL AUTOR](#)

[LOS PROTAGONISTAS](#)

[GLOSARIO DE LUGARES](#)

[UNIDADES DE MEDIDA](#)

[GLOSARIO DE TÉRMINOS](#)



EL RÍO NILO

I. El Nilo de Canopo

Desde hacía ya unos meses, el médico Suetonio había llegado a una conclusión definitiva e inevitable: tenía que cambiar de vida. Todos los esfuerzos que había hecho por salir del modesto puesto de médico militar en una guarnición de la Legión y convertirse, tal vez, en médico de confianza de acaudalados terratenientes o importantes funcionarios, al final se habían vuelto contra él. Había perdido todo lo que podía perder: su hijo, su mujer, la casa y el dinero. A duras penas había podido salvar la vida.

Mientras se encontraba inmerso en estas negras reflexiones y las turbias aguas del Nilo fluían por los costados de la falúa, fue distraído por su ayudante que, como él, estaba apoyado en el asidero de la barca:

—Pero ¿de verdad se ha acabado, Suetonio? ¿Cómo puedes estar seguro de que no volverán a buscarnos para encarcelarnos o cortarnos la cabeza?

—¡Ya me lo has preguntado veinte veces, Honoracio! Si yo no gozara de la protección del prefecto de Egipto, jamás me habría aventurado a volver a dejarme ver por la legión.

—Pero... ese importante oficial que quería despellejarte... ¿cómo podemos estar seguros de que nos dejará en paz?

—¡Ahora no puede hacernos nada! ¡Tengo un salvoconducto del despacho del prefecto, Honoracio! ¡Ya no puede ni tocarnos!

El ayudante le miró dubitativo, para nada convencido.

El médico se encogió de hombros:

—Tenemos órdenes de presentarnos en la guarnición de Tebas. ¿Quién crees que va a ir a buscarnos hasta allí?

Aulo Suetonio y Honoracio iban bien vestidos y aparentaban gozar de una buena posición económica. Nadie podía imaginar que sólo unos meses antes, el ayudante se había arriesgado a diez años de trabajos forzados, pues Honoracio era un treintañero con el mismo aspecto que otros muchos que sin ocupación alguna, poblaban las ciudades del Nilo. Había seguido al médico en esa especie de exilio, por el momento exento de sudor y trabajo, esforzándose por parecerse lo más posible a un verdadero asistente. Hablaba griego y latín como un romano gracias a su padre, veterano de infantería.

Suetonio, por su parte, un atractivo cuarentón que cualquiera reconocería al instante como romano, se había involucrado en turbios asuntos y había escapado milagrosamente de la muerte. Ahora, aunque se hubiera ganado la gratitud del poderoso prefecto de Egipto por curar a su hijo, se había visto obligado a abandonar Alexandria, o más bien, habría que decir que había tenido la suerte de poder salir por su propio pie.

Tras un año difícil y sembrado de peligros, los dos tenían algo de dinero y habían encontrado una forma de viajar evitando al populacho que nunca se ocupa de sus propios asuntos, sino que observa y parlotea sobre los asuntos ajenos. Habían alquilado, exclusivamente para ellos, una falúa similar a muchas otras que a lo largo del Nilo transportaban mercancías y personas.

—Ojalá que sea como dices —concluyó Honoracio, pero su tono no ocultaba cierta desconfianza.

—¡Ojalá! Quiero comenzar una nueva vida en Tebas: es una gran ciudad, no menor que Alexandria o Menfis, y me espera un trabajo como médico militar en la guarnición.

«Las cosas siempre pueden cambiar con el tiempo», pensó, «y no es seguro que algún día no regrese a Alexandria con la cabeza bien alta».

La falúa avanzaba lentamente a contracorriente y Honoracio, con los codos apoyados en el asidero, contemplaba sin interés la exuberante ribera que fluía ante él. Las palabras tranquilizadoras de su amo no le convencían en absoluto y no hacía el menor esfuerzo por ocultar su escepticismo.

Navegaban por el brazo del Canopo, uno de los principales cursos en que se divide el Nilo, a través de frondosos campos de trigo, espelta y lentejas en el inmenso delta. El médico y su ayudante se habían instalado en la proa, discutiendo en voz baja para no ser oídos por los barqueros: tres muertos de hambre, como era fácil deducir de sus harapientas ropas repletas de agujeros, de los que Egipto está lleno.

—¡Incluso nos han dado tetradracmas para el viaje! ¿Qué más puedes pedir? —exclamó el médico con una sonrisa.

—Sí, claro, eso está muy bien, he de reconocerlo, y el dinero es indispensable, pero... no sé, cuando uno cree que las cosas son fáciles, es cuando aparecen los problemas.

—¿Puedes siquiera imaginar que alguien se atreva a molestarnos de camino a Tebas? ¿Y por qué iban a hacerlo? —lo tranquilizó el médico con su mirada segura y sus palabras que eran como un bálsamo, típicas de quienes lidian a diario con la vida y la muerte, las de los demás, claro.

II.

Los viajeros que se desplazaban por el Nilo rara vez eran molestados, pero el médico iba bien vestido y el maletín de los medicamentos, propio de su oficio, era de madera colores brillantes e historiada. Y un médico siempre lleva dinero consigo. Además, los viajeros eran dos y los barqueros, tres.

El primer garrotazo fue suficiente. Cayó sobre la cabeza de Suetonio y sin previo aviso. Sin un gemido, se desplomó sobre el entarimado de la falúa y quedó tendido en el agua que se filtraba por las uniones del entablado, entre los cabos de maniobra de la vela.

Con Honoracio resultó más complicado: era joven y ágil, y había intuido la jugada por una mirada de reojo entre los tres barqueros. Pero, sobre todo, había visto cómo golpeaban a Suetonio justo antes de que le atacaran a él.

El asalto estuvo bien planificado: gracias al timón, sólidamente trabado con dos cabos, y a la vela, parcialmente aparejada, la barca apenas se movía y no corría el riesgo de irse de lado con el viento.

Mientras su compañero de viaje caía como un peso muerto, Honoracio recibió un par de puñetazos que devolvió con agilidad y logró esquivar un peligroso bastonazo gracias a un repentino salto.

No podía enfrentarse a tres hombres, pero la falúa estaba a sólo treinta pasos de la orilla y se arrojó a las aguas del Nilo. O al menos lo intentó: los malhechores se lo esperaban, y uno de ellos se apresuró a agarrarle de un pie, de modo que se quedó colgando al revés, con el agua hasta la cintura y sujeto por las piernas. Por más que intentara escabullirse, se vio obligado a rendirse para no ahogarse.

—¿Qué querías hacer? —se burló de él uno de los maleantes, el regordete de cabellera tupida que le cubría toda la cara; su nariz rota demostraba lo experimentado que estaba en grescas de borrachos—. ¿Acaso querías aprender a nadar como un pez? ¿Te vas a calmar o prefieres recibir una somanta de palos?

Honoracio se dio cuenta de que era inútil protestar; se dejó arrastrar a bordo y le ataron las manos a la espalda. Los tres barqueros con los que habían acordado que los llevaran a Menfis no eran más que asaltantes de caminos, o mejor dicho de ríos, una especialidad, por otra parte, no muy distinta.

Para confirmarlo, el peludo de la nariz rota rebuscó en el equipaje de Suetonio. Era el médico quien les interesaba; habían comprendido muy bien quién estaba al mando y quién ejercía de ayudante o siervo. Estaban buscando dinero o algo de valor.

La curiosidad de los maleantes se había despertado por su maletín de listones de madera clara, bien cepillada y provisto de una correa ancha para llevarla al hombro. Al abrirla por un lado se podía disfrutar de una superficie idónea para escribir, y revelaba una docena de cajoncitos que contenían los medicamentos de uso más común, guardados en diminutos frascos o sobres obtenidos doblando hojas de papiro. En un compartimiento estaban los instrumentos de cirujano: lancetas afiladas aptas para cortar las carnes, agujas y esos finísimos cordeles que se utilizan para suturar heridas.

—¿Cuánto podría valer esto? —preguntó “nariz rota” a los otros dos, un gordo indolente y un flacucho cubierto de postillas.

—Esto es el equipo de un médico —respondió el flacucho—, ¿debería valer por lo menos doscientas tetradracmas! ¿No habrá también un ungüento para curar mis costras?

—¡No podemos tocar nada de todo esto! Sabes que tenemos que llevárselo todo al jefe. Yo le estoy echando un vistazo... sólo para saber qué hay.

Y metió con rapidez la mano en el morral de viaje de Suetonio, que, tendido entre las cuerdas, justo en ese instante empezaba a moverse entre leves gemidos.

—¡Hay que atar a esos dos al mástil, para que no hagan ninguna tontería! —ordenó el cabecilla, el peludo, tratando de distraer a sus dos compañeros: entre los enseres del médico seguramente habría alguna moneda, y no quería que lo vieran cuando las encontrara.

—No pueden ir a ninguna parte, Neferú —dijo el delgaducho, manteniendo los ojos fijos en sus manos—. ¡Están maniatados; si intentaran tirarse al agua se ahogarían!

—¡Haz lo que te he dicho, Ammonios! Comprueba si llevan algo encima.

Ammonios los registró minuciosamente; con el médico tardó más, porque yacía aturdido en el fondo de la barca.

—¡Échale una mano, Símaris! —ordenó el cabecilla al tercer bandido. La búsqueda no fue en vano: bajo la túnica, Suetonio llevaba una bolsa colgando del cuello con una banda de cuero.

Una pesada bolsa.

—¡Está aquí, Neferú! —dijo el delgaducho que ya había tanteado las monedas.

—Dámelo y no toquéis nada, tenemos que entregárselo todo al jefe, él hará las partes.

La falúa continuó su tranquila navegación durante medio día más y al caer la tarde, las miradas de los tres barqueros y la preparación de las maniobras indicaban que estaban a punto de desembarcar.

—¿Qué tal, matasanos? —bromeó Neferú.

Suetonio, de cuya cabeza había brotado un chichón amoratado del tamaño de medio huevo cubierto de pelo y sangre apelmazados, se guardó mucho de contestarle.

Condujeron la falúa a una zona desierta de la orilla donde un sendero, apenas trazado entre la maleza indicaba el paso esporádico de algún transeúnte; la amarraron a un arbusto y desembarcaron a sendos prisioneros. Tras unos silbidos, evidentemente señales convenidas, vinieron a su encuentro dos hombres, seguramente compañeros de los maleantes a juzgar por su suciedad y los harapos que llevaban puestos. Los acompañaban cinco chavalines de distintas edades, impacientes por ver a los recién llegados.

Los prisioneros, con las manos atadas a la espalda, caminaron unos doscientos pasos entre la maleza y algún que otro campo de habas y lentejas. La zona debía de ser de las de mala reputación: se cruzaron con un par de campesinos de rostro siniestro que no mostraron ningún asombro al ver a los dos prisioneros conducidos como animales.

Los campos cultivados eran míseros y estaban infestados de garranchuelo, los chavales estaban sucios y sus ropas llenas de agujeros; y tres escuálidas vacas pastaban ahí al lado cubiertas de moscas.

Honoracio, con el ceño fruncido, observaba los deprimentes detalles del entorno, pero antes de que pudiera abrir la boca y preguntar, recibió una patada que le convenció de que debía mirar hacia delante sin aminorar el paso.

Por fin llegaron a lo que debía de ser la guarida de los bandidos: tres chozas de barro con los habituales techos de estera de palma tejida.

Sin mediar palabra, les empujaron al interior de la primera choza: un hombretón con una cicatriz que le recorría la cara de lado a lado les observó sin hacer ningún comentario. Debía de tratarse del jefe.

Ammonios, el delgaducho de las costras, depositó el maletín del médico en el suelo y le

entregó al hombretón los salvoconductos y la bolsa de dinero.

—¿No hay nada más? ¿Estamos bien seguros de que no haya nada más? —le preguntó el jefe, mirándole con gesto adusto.

—Esto es todo, Heraclas. Las tablillas de madera son los salvoconductos.

—Ve a llamar a Didymos, dile que hay algo que leer —ordenó el hombretón a uno de los chavales, propinándole una patada para animarle, pero sin intención de hacerle daño.

El jefe, que por lo visto se llamaba Heraclas, salió de la choza y cuando llegó el que sabía leer estuvo un rato parloteando con él.

La conclusión, recitada en voz alta, fue oída por todos.

—Para mí que, aun siendo ese un médico, entre los dos no valen gran cosa.

—Puede que ese sea médico —prorrumpió Honoracio—, pero yo no soy más que un siervo y no tengo nada que ver con lo que él pudiera haber hecho. Por casualidad me encontraba en la falúa cuando tus hombres me han atacado sin que yo siquiera los hubiera provocado.

—Un siervo, ¿eh? —asintió el jefe quitándose con el dedo meñique un gran bolo de la nariz—. Quizás no seas más que un siervo y no valgas nada, por mucho que hables. Pero eres un siervo muy raro: ¡mi hombre te ha mirado las manos y dice que no has trabajado en tu vida! ¿Por qué te llama tu amo “Tejedor”? ¡Mis hombres tienen el oído muy fino!

—Siempre he sido tejedor —replicó Honoracio, haciendo alarde de seguridad—. El amo para el que trabajé hasta hace un par de años me había encargado vigilar el trabajo de los demás y llevar la cuenta de los pies de tela de lino producidos por cada trabajador, razón por la cual ya no tengo callos de tejedor en las manos.

Mientras escuchaba el parloteo de su ayudante, Suetonio no podía pronunciar ni una sola palabra debido a un gran dolor de cabeza.

—Por tu labia pareces un charlatán —sonrió Heraclas—, o un tratante^[1] de ovejas. No necesito auxiliares que supervisen a los tejedores. Tengo una banda que dirigir. ¡Estos hombres me cuestan oro sólo por comer! Y creo que tú no vales nada. Tal vez sea mejor que te arroje al río con una piedra atada al cuello.

Honoracio, un hombre del populacho criado a orillas del Nilo, sabía muy bien que a falta de tetradracmas de plata, no se tiran ni los óbolos de cobre. Por muy poco que valiera según la vara de medir de aquellos maleantes, nunca habría ido a parar al río. Tragó saliva y prefirió no replicar.

Heraclas le dio una patada a Suetonio para ver si estaba despierto:

—¿Así que tú eres el médico?

—¡Ah!... sí, yo soy el médico —respondió Suetonio, que seguía aturdido por el garrotazo.

—¿Vales algo? ¿O también te tiro a ti al río?

—¡No, no! ¡Soy un hombre de valor! —se despertó al instante—. En el ejército tengo un grado equivalente al de un centurión.

El hombretón sonrió satisfecho:

—Uno de mis hombres sabe leer, y ha visto que en tu permiso pone que eres médico, y que vas a Tebas. Y tu maletín es de los de médico —echó una amplia mirada a su alrededor, guiñando un ojo a sus hombres en busca de su beneplácito, antes de concluir—: ¡Ya verás cómo algo sacaremos por ti!

—Jefe, y con el charlatán, el joven, ¿qué hacemos?

El hombretón pareció reflexionar un momento y luego meneó la cabeza:

—¿El tejedor? No sabría a quién vendérselo. Se ve enseguida que no es capaz de hacer nada, ¿quién estaría dispuesto a pagar algo por un charlatán?

—¿Podríamos vendérselo a un burdel?

—No... es demasiado viejo. ¿Te irías con alguien así?

—No... yo no, o al menos yo no lo haría, pero alguien con poco dinero que gastar, igual haría un apaño.

—Por el médico nos darán algo. ¡Lleváoslos y atadlos bien, que no se escapen! Si intentan escapar les das un garrotazo, aunque los mates me da igual, no quiero tener que sudar por cada óbolo^[2] que nos puedan rendir. Es más, ten preparado el cuchillo: si se pasan de listos, les das una cuchillada en el vientre, ¡nos desharemos de ellos y no perderemos más tiempo! ¿Has oído, medicucho? ¿Que tienes el rango equivalente al de un centurión? ¿O tengo que explicártelo mejor? ¿Y a ti también, Tejedor?

Las amenazas del garrotazo y del cuchillo habían sido escenificadas de modo atroz. Hasta un niño se habría dado cuenta de que no era más que una farsa, y de que se trataba de una banda de muertos de hambre, unos bribones que no podían ser más míseros. Honoracio enseguida lo había pillado y, de hecho, en cuanto los condujeron a un gallinero con el suelo cubierto de excrementos y los ataron a un poste hincado en el suelo, le susurró al médico:

—Ni siquiera son bandidos, son unos muertos de hambre que se hacen pasar por malhechores. ¡Son búcolos^[3] del delta!

—¿Y se supone que eso debería alegrarme, Honoracio?

—Médico, comprendo que estés de mal humor porque te han dado una buena tunda, ¡pero lamentablemente no puedo hacer nada al respecto! Sin embargo, tal vez con un poco de labia podamos...

—¿Tú crees? Tienen en su poder nuestros permisos, aunque son tan ignorantes que no entienden su valor. ¿Crees que podríamos intentar convencerles de que nos dejen ir?

—No, no nos soltarán, quieren plata. ¿Sabes lo que estaba pensando? Ese flacucho lleno de postillas, estaba buscando entre tus medicinas algo adecuado para curarse. ¿No crees que podríamos intentar tratarlo para ponerlo de nuestro lado?

—¿Curarlo? ¿Y cómo?

—¡Tú eres el médico! Pero si no logras curarlo, ¡siempre puedes mentirle! No parece muy espabilado.

Un par de chavales se habían quedado de pie en torno al gallinero observando a los romanos enjaulados, un espectáculo ciertamente poco frecuente. Honoracio se volvió hacia ellos:

—Chavales, id a por agua. Nosotros somos prisioneros de categoría, ¿no querréis que pasemos sed?

—¡Heraclas dice que no valéis nada! —respondió el más despierto— ¡Mañana os tirarán al río con una piedra al cuello!

Algunas palabras de esta conversación llegaron a oídos del flacucho, el de las costras, que se hallaba cerca para vigilar a los prisioneros:

—¡Vosotros dos! Os estoy vigilando, ni soñéis con contarles patrañas a los críos del pueblo.

—Escucha, barquero —le susurró Honoracio—, ¡danos algo que beber! ¡No te han ordenado que nos mates de sed!

Puede que efectivamente le hubieran encomendado la tarea de mantener sanos y salvos a los prisioneros: el caso fue que no tardó en llegar con una tinaja de agua del pozo, y les dio de beber a ambos aunque no se atrevió a desatarlos.

—Y eso que bastaba con que se lo hubieras dicho al médico mientras estábamos en la barca —le susurró Honoracio al oído—. Él te habría dado el medicamento para curarte las costras. El año pasado, alguien que estaba en tu estado no quiso tomar la medicina, y murió.

El flacucho lo miró mal, con el ceño fruncido. Pero por lo visto se había tragado el anzuelo, pues se plantó frente a Suetonio:

—¿Es eso cierto? ¿Sabes qué enfermedad es esta? ¿Podrías curarla?

—Sé curarla, es cierto, es sarna. Cualquier médico sabe tratarla —le respondió Suetonio.

—Cuéntale lo del tipo aquel del año pasado, ¡el que se murió! —le sugirió Honoracio con bastante torpeza—. Explícale que la primera señal es cuando uno se siente un poco raro al despertarse por la mañana.

No era más que una comedia para convencer al flacucho que, al no tener muchas luces, demostró haber caído en la trampa:

—¿Qué estás insinuando? ¿Que soy raro? Estás perdiendo el tiempo, ¡y a lo mejor sólo quieres burlarte de mí!

—Se puede curar —dijo categórico el médico.

—¿Ah sí? Explícame cómo lo harías.

III.

No quedó muy claro si el flacucho Ammonios era tan estúpido como para negarse incluso a ser atendido por un médico del ejército romano, o si su rechazo se debía a simple orgullo profesional, ya que Suetonio formaba parte de la banda que lo había hecho prisionero. La negociación para curarle no llegó a buen puerto y los dos prisioneros, sentados contra un poste con las manos atadas a la espalda, tuvieron ocasión durante la noche de discutir ampliamente del tema.

—Definitivamente, ¿tú qué crees que quieren estos sinvergüenzas, Honoracio?

—¿No lo has pillado, Suetonio? Son unos vulgares ladrones, el Nilo está plagado de ellos. Tienen sus guaridas en el delta, pero muchos viven confundidos entre la gente que trabaja o transporta mercancías por el río. Si se les presenta la oportunidad de hacer algún negocio turbio sacan un poco de coraje y descaro.

—Pero... ¿y qué quieren de nosotros?

—¡Te han robado todo el dinero que tenías y venderán el permiso! El tuyo vale una fortuna porque es auténtico y fue expedido por el pretorio de Alexandria. Sacarán mucho dinero, incluso con tu maletín, tus ropas y las pocas pertenencias que llevábamos encima.

—¿No nos habrán secuestrado por encargo de alguien?

—¡Hum!... a mí no me lo parece. ¿Todavía te preocupan esas enemistades que te creaste en Alexandria?

La voz del médico se redujo a un susurro imposible de oír a un paso de distancia:

—Podrían haber puesto precio por nuestras cabezas. Los patricios son muy rencorosos y no reparan en gastos.

—¡Pero ahora estamos lejos de la ciudad! ¿Cómo podrían saber esos patricios dónde hemos ido a parar?

El médico sacudió la cabeza:

—Es un legado importante, yo solía frecuentar su casa antes de... de...

—¿Antes de pasarte al bando del prefecto de Egipto?

—No, es que... se trata de un asunto muy complicado de explicar. Pero lo esencial es que él cree que ha sido perjudicado por mí.

—Ya, y ahora sólo tenemos que elegir entre arriesgarnos a morir ahogados en el río, ser vendidos como esclavos en un burdel ¡o tal vez que nos entreguen a unos sicarios!

—Cállate, ni los menciones, trae mala suerte.

Los intentos de convencer al delgadito Ammonios para que aceptara las curas del médico continuaron hasta el día siguiente sin que se vieran resultados dignos de aprecio. En cambio, la reclusión se hizo más dura de soportar: en las tres casuchas que componían la exigua aldea, no había ningún lugar adecuado para mantener a buen recaudo a los prisioneros, por lo que ambos permanecieron vigilados en el gallinero, una estructura hecha de ramas espinosas y hojas de palmera apenas suficiente para impedir la fuga de las aves, aunque por precaución, les hubieran cortado las plumas más largas de las alas.

Durante dos días, el médico y su ayudante permanecieron con las manos atadas a la espalda y una soga al cuello sujeta al poste, salvo ocasionales descansos para comer o atender sus funciones corporales, siempre bajo la supervisión de hombres armados con nudosos garrotes.

Al anochecer del segundo día, una importante novedad se presentó a los prisioneros en forma

de un maloliente barbudo que debía de formar parte de la banda, o de alguna otra camarilla similar. Lo condujeron al gallinero con los útiles de su oficio: un mazo de herrero, pues de un herrero se trataba, una gran piedra que hacía las veces de yunque y un par de cadenas de esclavo con brazaletes para sujetarse a los tobillos o a las muñecas. Como a los captores les interesaba que los dos prisioneros no escaparan, el barbudo se las ajustó a los tobillos: primero a Suetonio, al que le fijaron las argollas con unos hábiles toques de martillo e, inmediatamente después, a su ayudante. Con aquellas cadenas sólo habrían podido escapar con la rapidez de un tullido, y tampoco habrían podido aventurarse a nadar en las fangosas aguas del río.

Cuando la labor estuvo terminada, Heraclas vino a examinar el trabajo. Lo encontró de su gusto y reprendió a los prisioneros:

—Mis hombres y yo tenemos un montón de trabajo, no podemos quedarnos aquí para vigilarlos. Tenéis que permanecer siempre a la vista de alguien. Si os alejáis más de tres pasos de las casas, os matarán. —Miró a su alrededor con orgullo, como un auténtico mandamás de un tugurio de mala muerte, antes de hacer una señal con el dedo índice extendido—: ¡Tres pasos! ¿Habéis entendido?

Suetonio y Honoracio se vieron obligados a decir que sí mientras los granujas de la banda agitaban sus garrotes.

—Sigo sin entender qué quieren hacer con nosotros —susurró el médico en cuanto los bribones se hubieron marchado a sus quehaceres—. ¿Quieren tenernos aquí prisioneros?

El Tejedor negó con la cabeza:

—Estos imbéciles nos secuestraron para quedarse con tu dinero, ¡y ahora no saben qué hacer con nosotros! Creo que van a tratar de vendernos como esclavos.

En los días siguientes, algunos potenciales clientes vinieron a examinarlos. Uno de ellos era un hombre adinerado, vestido con una túnica blanca, en cuyos dedos brillaban varios anillos de oro. Llevaba consigo a tres hombres armados con lanzas y espadas, pero debía de tratarse más bien de un alarde, porque por los saludos y el tenor de sus discursos era evidente que tenía por costumbre tratar con esos canallas. Le vieron discutir con Heraclas, el jefe, pero debía de haber considerables diferencias de opinión, como es normal entre vendedor y comprador.

Los dos se alargaron en su charla, pero al cabo de una hora Heraclas seguía hablando solo, mientras el tratante de esclavos, pues de eso se trataba, le escuchaba distraído, sin siquiera contestarle. El comprador no vio la posibilidad de obtener un buen beneficio y el trato no se llevó a cabo. Los prisioneros quedaron en manos de los búcolos y el tratante de los anillos de oro regresó al río con sus guardias, donde le esperaba su falúa.

Dos días después apareció un hombre negro como el carbón, un tipo delgado al que los años ya le blanqueaban algunos mechones de pelo. Hizo examinar a los prisioneros por sus ayudantes, dos jóvenes que hicieron dar varias vueltas tanto al médico Suetonio como a Honoracio; ni siquiera les hablaron, sino que los guiaron asintiendo con la cabeza y tocándolos con un tendón de buey.

—¡Esta vez nos llevarán con ellos! —susurró Honoracio.

—¿Cómo lo sabes? Ese negro flacucho parece que se está lamentando de algo.

—Sí, Suetonio, se está lamentando. El lamento es la base de toda buena negociación. Estará explicando que el año fue malo, que los campesinos le pagaron dándole trigo y mijo con gusanos, o que la crecida del Nilo, que dicen que marchó bien, no benefició por igual a todos los habitantes del valle.

—A mí me parece que no tiene ningún interés en nosotros. Y eso no es buena señal... —El

médico se detuvo: decir que no era buena señal les traería mala suerte, y si no hubieran sido vendidos habrían corrido el riesgo de acabar en el río.

Pero los dioses habían decretado que el médico Suetonio tuviera algo más que hacer con su vida y cuatro días después aquel tratante, negro como el carbón y flaco como una aguja, regresó a las casuchas de los búcolos.

Saludó a Heraclas y reanudó sus lamentaciones por donde las había interrumpido la vez anterior. Esta vez, sin embargo, se giraba de vez en cuando para señalar a los dos prisioneros con un bastón. Heraclas se había dado cuenta de que estaba interesado y, de una manera demasiado descarada, hizo como que no tenía ninguna intención de escucharle, tanto que un par de veces pareció que estaba a punto de levantarse y marcharse; aunque sólo era un farol.

El regateo, tras unas horas salpicadas de indecisiones alternadas con negativas, llegó a buen puerto. Con algunos escupitajos en las manos se firmó el contrato, el tratante se marchó y Heraclas, visiblemente satisfecho y tras cerciorarse de que sus hombres también estaban por allí para escucharle, se dirigió a los dos prisioneros:

—Lo habéis conseguido, par de holgazanes: os vais con un hombre pudiente. Si por mí hubiera sido, ¡os habría obligado a beber agua sucia del Nilo!

Fue Ammonios quien al amanecer despertó a patadas a los prisioneros. Un gigantesco nubio, negro como el carbón, de poderosos hombros y bíceps musculosos como los de un gladiador, había venido a buscarlos con un siervo. No se fio de quitarles las cadenas de los pies y los condujo renqueantes hasta la orilla del Nilo, donde les esperaba una falúa.

Ammonios permaneció de pie viéndolos partir sin decir palabra, exhibiendo con orgullo su sarna.

Tras unas horas de navegación con la corriente a favor, quedó claro, por las maniobras del barquero, que desembarcarían en un recodo donde una pequeña playa de arena clara hacía las veces de embarcadero. Muchas otras embarcaciones estaban amarradas a postes o varadas en la orilla del Nilo, y a poca distancia se veían las casas encaladas de una ciudad.

—¿Es Naucratis? —le preguntó Honoracio al médico en voz baja.

—Sí, hemos vuelto a Naucratis, nos llevan a la ciudad.

El nubio les obligó a enfundarse en unas capas con grandes capuchas que les ocultarían de las miradas de los transeúntes y les advirtió:

—Ni soñéis con hablar con nadie o con hacer señas. ¡No os quitaré ojo de encima! —exclamó, señalando con la mirada el vergajo que llevaba en la mano, de los que se usan para castigar a los malhechores.

IV. Naucratis

Ambos fueron conducidos, con el siervo en cabeza y el nubio detrás, con el vergajo en la mano, a través de estrechas callejuelas poco transitadas, evitando las calles principales. Finalmente se detuvieron frente a una villa señorial, rodeada de altos muros, en el extremo oriental de la ciudad. El nubio tiró de un cordel que hizo sonar una campanilla al otro lado y un siervo les hizo pasar.

Atravesaron un gran y ordenado jardín, con plantas aún cargadas de frutas y, pasado el vestíbulo, acabaron en una sala cuadrada que debía de ser el salón principal de la casa. Lujosas alfombras cubrían el suelo. La estancia estaba dividida por cuatro columnas de madera pintada y una mesa baja con incrustaciones de maderas de varios colores, rodeada de finas sillas también de madera y cuero: era evidente que la casa pertenecía a una persona adinerada.

El dueño de la mansión, sentado en una silla con patas de garras de león e incrustaciones de marfil, les estaba esperando.

Les sonrió complaciente. La rica túnica con cenefas de hilos de oro confirmaba que el hombre era rico, muy rico. Podía tener alrededor de cincuenta años, aunque los llevaba mal por la incipiente obesidad que le hinchaba la túnica en el vientre, amén de una pequeña papada.

—¡Sed bienvenidos! —los acogió con la sonrisa en los labios—. Ahora mismo mis siervos os quitarán las cadenas... ¡sabed lo mucho que me complace acogeros en mi casa! —Hizo una señal con las manos para que les desataran las cuerdas con las que el hercúleo nubio les había atado del cuello, como reses vendidas al carnicero.

—Tú eres un médico del ejército —continuó el dueño de la casa—. Eso dicen que estaba escrito en tu salvoconducto, que quedó en manos de esa pobre gente que te secuestró en el Nilo.

Viendo las caras de desconcierto de los dos, la de Honoracio con la boca completamente abierta y dispuesta ya a añadir alguna estupidez para agravar aún más su situación, el hombre levantó una mano y los tranquilizó:

—¡No tenéis nada que temer! Soy el astrólogo Trifón, ¡mi nombre es bien conocido en muchas ciudades del delta! Esta es mi casa, y aquí disfrutaréis de mi protección y la de mis sirvientes.

El dueño de la casa se había dado cuenta de la mirada cautelosa con la que los dos vigilaban al gigantesco nubio:

—Mi siervo Kamis tenía órdenes de no dejaros marchar antes de que llegais a mi casa; ahora se encargará de que nada malo pueda ocurriros.

—... somos tus invitados... ¿entonces?

—Sí, os quedaréis conmigo una temporada, y tendréis ocasión de recobrar vuestra salud, pues os veo bastante enclenques.

—¡Y que lo digas, astrólogo! —estalló Honoracio—. ¡Nos tenían encadenados y apenas nos daban de comer!

—Ya lo he oído. Ahora tendréis la posibilidad de lavaros y mis siervos os darán ropa limpia —y arrugó la nariz porque el olor de ambos no era nada agradable. Hizo una señal a su siervo indicándole las cadenas que tenía en los pies y, en un instante, apoyando los grilletes en una piedra pulida que hacía las veces de yunque, con unos golpes de martillo arrancaron los cierres y los dos quedaron libres.

—Te lo agradecemos, Trifón, por habernos librado de esos bandidos del río. Ojalá pudiera devolverte las tetradracmas que habrás pagado, pero, como puedes imaginar, ¡esas sabandijas me

arrebataron todos mis bienes!

—Por supuesto, ¡de eso no me cabe duda! Los búcolos no bromean. En tu lugar me alegraría de haber salvado el pellejo. No sé si te lo habrán dicho, pero si yo no te hubiera rescatado, se habrían visto obligados a arrojarte al río junto con tu criado, ¡con una piedra al cuello!

La nuez de Adán de Honoracio subió y bajó tres dedos ante la mención de tan fatídica conclusión.

—Tengo una gran deuda contigo, Trifón, y tendrás que decirme cómo podré pagártela —asintió el médico.

—¡Ahora a lavarse! Ya hablaremos durante la cena —y les indicó con las manos que podían irse.

El nubio los condujo a un pequeño patio situado en un lateral de la casa; al fondo, junto a las letrinas, había unas tinajas para el agua. Allí los encomendaron a un siervo que les mostró el cuenco con arena limpia y unos trozos de natrón para lavarse; luego, sin preocuparse de disimular su repugnancia, con un palo les retiró la ropa, o lo que quedaba de ella, para llevarla a quemar.

Finalmente los dos, ataviados como personas acomodadas, se concedieron su primero feliz momento de descanso desde hacía muchos días, a la sombra de las palmeras del jardín, saboreando el agua fresca que el criado les había traído junto con un par de rebanadas de pan de cebada y unos dátiles.

—¡Lo hemos conseguido, Honoracio! —sonrió el médico.

—¡Sí, Suetonio! Nos hemos librado de esos canallas. ¡Nos habrían arrojado al río, maldita sea su estampa!

—Bueno, veamos... —susurró el médico—, este astrólogo debe ser una persona rica, pero está claro que no nos ha rescatado de los asaltantes sólo para hacernos un favor. Creo que quiere algo de nosotros.

—¡Ya lo creo, Suetonio! Le pregunté al siervo que nos ha traído las túnicas si el astrólogo necesita de los cuidados de un médico. Creo que es su esposa quien necesita algo.

—¡Ah, ahí está! ¡Eso lo explica todo! —asintió el médico—. A saber, qué enfermedad tendrá... y tampoco es seguro que yo pueda curarla.

—Debe de tener roña, el criado me hizo una seña rascándose las manos.

—Algo que le da picazón... bien podría también tener sarna, como el búcolo.

Honoracio lo confirmó con un gesto, pero le dijo al oído:

—Este te exigirá que cuides de su mujer, pero no podemos saber si será un asunto largo, ¡y a mí no me apetece echar raíces en este agujero lleno de barro!

—Tal vez el sirviente con el que has hablado no conozca a fondo los problemas de la familia. Quizás tenga algo en los intestinos, esas cosas de las que a las mujeres no les gusta hablar. O alguna de esas molestias típicas de las mujeres.

—Ya verás como esta noche te lo dice el astrólogo.

El médico, pensativo, se dejó llevar por sus cavilaciones:

—Si se tratara de sarna, no sería una enfermedad demasiado grave, pero por desgracia es larga y difícil de curar. Mucha gente nunca llega a recuperarse del todo, y en los cuarteles es una auténtica calamidad. También la tuvimos en Nicópolis, duró años y puede que algunos legionarios aún la padezcan.

—Bueno, Suetonio, harás lo que puedas para salvar las apariencias, pero yo ya he comprobado el muro que da a la calle: no es demasiado alto. Si las cosas se complican podría subirme a tus hombros y, una vez arriba, tirar de ti. A las primeras de cambio, nos iremos sin

hacer demasiado ruido. Sobre todo, porque no me gusta que me consideren un siervo. No quería crear polémica, no me parecía el momento, ¡pero sin duda habrá que aclarar eso!

—Lo aclararemos, Honoracio, ¡te lo prometo! Por desgracia, en el permiso estabas inscrito como siervo y no era oportuno sacar el asunto a colación. En cuanto pueda, visitaré a la mujer, veré de qué se trata y prepararé el tratamiento adecuado para ella. Y llegado el momento, si el asunto se alarga... ¡también discutiremos lo del muro!

Excepcionalmente, aunque se le consideraba un sirviente, Honoracio pudo asistir a la cena, y de todos modos el hecho de que fuera el ayudante del médico significaba que su estatus era diferente. Se habló de muchas cosas: de la condición de Egipto, gobernado con puño de hierro por los romanos; del Nilo que, único en todo el mundo conocido, enriquecía anualmente los campos permitiendo cosechas abundantes sin excesivo esfuerzo; de las diferencias entre la cultura egipcia, en gran parte griega, y la romana. Argumentos dictados por un sentido común de la hospitalidad y totalmente inconcluyentes, porque se podían oír los mismos cotilleos sobre el Nilo o los romanos, y sobre el tiempo, en cualquier taberna. Pero algunas preguntas mal disimuladas sobre el servicio de Suetonio en la legión, o sobre la medicina romana, tenían más bien que ver con la razón por la que se suponía que los dos afortunados viajeros habían sido rescatados de los búcolos.

Cuando la cena tocaba a su fin, y los dos se habían atiborrado hasta la saciedad, el anfitrión, sin más preámbulos, fue al grano:

—Seguramente te habrás preguntado por qué decidí gastar una suma tan imponente para salvar la vida de vosotros dos, cuya existencia desconocía hasta hace unos días.

—¡Ah, ya lo creo que nos lo hemos preguntado!, ¡cuenta con ello! —le respondió Honoracio, cubierto de salsa hasta los codos, mientras el médico escuchaba con atención.

—Tendrás que prestarme tu ayuda para curar a mi mujer.

—Comprendo, Trifón. La veré con mucho gusto. ¿Crees que nuestra medicina, la de los romanos, es adecuada para ella?

El astrólogo sonrió:

—¡Entiendo el sentido de tu pregunta! Y puede que ya hayas observado que yo, por muy astrólogo profesional que sea, padezco las contradicciones de mi oficio. Se supone que debería creer ciegamente en los astros y, por ende, en la medicina tradicional egipcia, que se practica desde hace miles de años entre los pueblos que viven a orillas del Nilo... ¿es eso lo que quieres decir?

Suetonio sonrió a su vez:

—Bueno, desde luego lo has dicho con bastante crudeza. Como bien sabrás, nosotros los romanos, al igual que los griegos que viven aquí, practicamos la medicina de Hipócrates de Coos, aquel filósofo y médico griego que vivió hace varios siglos y fundó nuestra profesión.

El astrólogo asintió, bebiendo a sorbos el excelente vino que los sirvientes habían traído a la mesa.

—No creo que esa escuela —prosiguió el médico—, deba estar necesariamente reñida con la tradición egipcia. Nosotros también reconocemos el poder curativo de muchos medicamentos que proceden de las hierbas o de los animales de estos lugares. ¿Acaso alguien podría negar el poder del opio de Tebas para adormecer el dolor, o la capacidad de la semilla de la palmera de regular las funciones cardíacas?

—Son cosas que ya conozco, médico, pero por favor, continúa.

—La diferencia sustancial entre la medicina griega y la egipcia es que el griego Hipócrates

buscaba las causas de sus males en el interior de los individuos, y no en el exterior, ni en la naturaleza que les rodeaba, o en las estrellas. No podemos negar que los carniceros que preparan la carne que consumimos ven a menudo diferencias significativas al comparar los órganos de un animal con los de otro. Y, por otra parte, los sacerdotes que sacrifican animales a los dioses también deben ser capaces de reconocer si existe alguna diferencia en los órganos de los animales que pueda justificar el veredicto favorable o adverso de un sacrificio, o de una hazaña que se vaya a realizar. Incluso en algunas personas hay diferencias... ¡defectos!

—Por supuesto, son cosas que todo el mundo conoce, ¡tanto que a nadie le gustaría encontrarse con el sacrificio de un animal con una extraña malformación en el interior de su cuerpo!

—La medicina egipcia, en cambio —continuó Suetonio—, aunque no niega explícitamente la evidencia, cree que existen vínculos entre la salud de las personas y ciertos hechos que, de un modo u otro, tienen que ver con nuestras vidas, como los ciclos de los astros o las estaciones.

El astrólogo sonrió ante la agudeza del médico:

—Creo que puedo corregirte, al menos en parte. Sólo esos campesinos ignorantes que se pasan la vida sacando barro del Nilo creen ahora ciegamente en la rotación de los astros. Quizás te parezca raro que yo, de entre todas las personas, haga semejante observación a pesar de que la influencia de los astros en la vida de los hombres es tan evidente hoy como lo fue en el pasado. Pero como tú también has insinuado, muchos de nuestros médicos tradicionales no niegan que los avances en el arte médico puedan mejorar nuestras vidas. ¿Por qué no deberíamos aceptar que ciertas hierbas y plantas puedan ayudar a nuestros cuerpos a llevar una vida más sana? El hombre, al fin y al cabo, aparte del espíritu de la vida, tiene un cuerpo parecido al de los animales: si lo alimentas bien y lo cuidas, este te servirá durante muchos años; si lo maltratas, se consume... es algo que no se puede negar.

—He de suponer, por tanto, que los médicos tradicionales ya hayan intentado curar a tu mujer.

—Sí, han realizado numerosos intentos a lo largo del tiempo, pero ninguno exitoso. Aunque no tuvimos hijos, yo le tengo mucho cariño y me gustaría, si fuera posible, volver a verla a mi lado. Esta es la razón por la que pagué tu carísimo rescate.

—¿Puedo verla?

—Desde luego. Tiene algunas estancias reservadas exclusivamente para ella. Está muy enferma, sufre mucho por su dolencia.

El médico asintió, y el astrólogo añadió:

—Cuento con que seas mi huésped durante un tiempo y te dediques a curarla. Tu siervo, que imagino sabrá echarle una mano, puede ayudarte recorriendo la ciudad en busca de los medicamentos que de tanto en tanto le indiques y cuando hayas terminado serás libre para marcharte.

Agitó una campanilla de bronce y apareció el nubio.

—Hemos terminado de cenar, Kamis. Puedes conducir al médico Suetonio a los aposentos de mi esposa. Confía tu criado a los hombres de la casa, encontrará alojamiento en las dependencias de la servidumbre.

Honoracio estaba a punto de contestar, ciertamente sobre el error de considerarle como un sirviente, pero la mirada severa del médico bastó para disuadirle.

El nubio Kamis condujo a Suetonio a una dependencia aislada de la casa, le abrió una puerta y le hizo una señal:

—No puedo pasar a los aposentos de la señora. Entra, y verás como enseguida te atiende.

La puerta daba a un pasillo mal iluminado por una lámpara, que desprendía una luz amarillenta y parpadeante. En cuanto la puerta se cerró tras él, a Suetonio le impresionó el olor acre: un olor que recordaba a la inmundicia y a los lugares donde los esclavos o los animales son sometidos a condiciones inhumanas.

«¿Qué diantres de lugar es este?» se preguntó para sus adentros. El resplandor rojizo de una segunda lámpara, reflejado en el techo, se abrió paso desde las estancias vecinas:

—Me había dicho mi marido que vendrías a curarme. Soy Arsínoe, soy yo quien necesita de tus cuidados.

La mujer estaba velada, pero al sentir la curiosidad del hombre, se desprendió del velo que ocultaba su rostro. A la luz oscilante de los candiles, el médico Suetonio vislumbró algo que le revolvió el estómago.

Era difícil decir qué edad podría tener: su rostro estaba deformado por un bubón en el lado izquierdo y la enfermedad le había consumido gran parte de la nariz, alterando sus facciones. Sus labios y mejillas también estaban afectados, lo que producía una horrenda asimetría.

Cuando se ajustó la túnica, el médico, que ya había calculado dónde debía mirar, se percató de que le faltaban dos falanges de los dedos de una mano. No cabía duda: la mujer tenía lepra. Y en una fase muy avanzada.

—¡Así que tú eres ese médico tan caro que me curará! —la voz de la mujer era agradable, pero no se correspondía con las repulsivas llagas de su rostro, que obligaban a apartar la mirada.

No debía de ser muy mayor. Suetonio pensó en la edad de su marido: teniendo en cuenta que los egipcios ricos tomaban como esposas a mujeres mucho más jóvenes que ellos, la leprosa no podía tener más de una treintena de años.

—Sí, yo soy el médico —decidió contestarle con voz que mostraba preocupación—, pero no entiendo muy bien qué debo hacer: ¿tu marido me ha encerrado aquí! ¿No me dejará volver a salir?

—¿Ni siquiera te has planteado en qué estado estoy, y ya estás pensando en marcharte? ¿Es esto lo que saben hacer los médicos de Roma?

Suetonio trató de ralentizar su respiración que se había vuelto agitada, como ocurre a veces cuando uno se encuentra encerrado en un lugar estrecho en el que ni siquiera puede moverse. Respiró hondo un par de veces, con la boca abierta, intentando que no le temblaran las manos.

—¡Nadie me había dicho que me iban a encerrar con una leprosa! —protestó.

—¡Ah!, y si te lo hubieran dicho antes ¿habrías entrado aquí?

—¡Ahora está claro lo que ha hecho tu marido! ¡Me rescató de los asaltantes porque nadie quiere tratarte! ¿No es así?

La mujer ni siquiera se tomó la molestia de contestarle, era obvio que así era.

—¡Ahora me va a oír! —Suetonio se pegó a la puerta y comenzó a sacudirla—: ¡Trifón, abre la puerta! —Pero por más que tiraba con todas sus fuerzas, ésta se mantenía firme en su sitio, y Trifón no le abrió.

En cambio, el que se acercó fue el nubio Kamis y le habló a través del ventanuco del que estaba provista la puerta:

—Romano, ¡basta ya! Búscate una cama para dormir, y si de verdad quieres hablar con el amo, mañana por la mañana, toca la campanilla.

—¡Quiero salir de aquí, maldito nubio! ¡No me voy a quedar en este antro!

—¡O paras, o entro y te calmo con el vergajo! ¿Me has entendido?

Suetonio se dio cuenta de que la trampa en la que había caído estaba bien organizada. La puerta estaba atrancada desde el exterior con una viga de madera dura que hacía de pestillo. Sólo

saldría de aquella zona de la casa cuando el amo, el astrólogo Trifón, se lo ordenara.

Ni un momento antes.

Una risa limpia, procedente de la oscuridad en la que estaban sumidas las estancias más recónditas, devolvió al médico a la realidad:

—¡Tranquilízate médico! —exclamó la voz de la mujer— ¡Aquí solo estamos nosotros tres: mi mal, tú y yo! La primera estancia junto a la entrada es la tuya, mañana hablaremos.

V.

Suetonio se vio obligado a pasar la noche en aquella dependencia de la casa tan parecida a una prisión. Tuvo todo el tiempo necesario para reflexionar sobre la absurda situación en la que se hallaba: sabía que la enfermedad a menudo era contagiosa, a veces se infectaban familias enteras, y las leyes estipulaban que debían apartarse de la comunidad y no podían residir intramuros para no contagiar a los demás.

A la rojiza luz de la lámpara, examinó la estancia que le habían asignado y se estiró sobre su camastro. Las abundantes libaciones sucesivas a su detención y a las privaciones entre los búcolos, se habían asentado en su estómago y le provocaban pesadillas en cuanto intentaba cerrar los ojos. Se le aparecieron demonios ominosos con cráneos esqueléticos por el avance de la enfermedad, y no pudo evitar que las visiones se hicieran más reales al tener que respirar el penetrante olor a enfermedad y a establo que caracterizaba las habitaciones.

Con la primera luz del alba, inspeccionó la zona de la villa en la que estaba confinado: eran unas pocas estancias aisladas del resto de la casa. Las ventanas que daban al exterior, cuya marca aún podía verse, habían sido tapiadas con un sólido muro de ladrillo; las que quedaban, que daban a un jardincito interior sin salida, estaban provistas de durísimos barrotes de madera de acacia. Sin una sierra de carpintero, cualquier intento de fuga era imposible.

Mientras probaba la resistencia de los barrotes, el médico oyó a su espalda a la mujer:

—¡No esperes poder salir de aquí! Pero incluso, aunque pudieses salir tendrías que vértelas con Kamis. Tú no sabes nada de cómo funciona las cosas en esta casa, ¡ya deberías haberte dado cuenta de que mi marido sabe lo que hace!

El médico ni siquiera se planteó expulsar a la mujer de mala manera. Era una desdichada, el destino se había cebado con ella, era evidente que llevaba años viviendo en aquellas sucias estancias, como demostraba el olor a enfermedad.

—Me habéis encerrado aquí con un engaño...

—¡Claro!, ¡con un engaño! ¿Acaso no tengo derecho a ser tratada como cualquier otra mujer en Naucratis?

—¿Estamos en Naucratis?

—Así es. Esta es la ciudad de Naucratis, y deberías considerar que, si no fuera por mi marido Trifón, ¡estarías en el fondo del río en vez de estar aquí!

—¿Tenéis que repetirme esa historia continuamente? ¿Cuánto costó mi rescate? ¿Y que esos canallas de los búcolos me habrían asesinado? —Sin embargo, los lamentos del médico ya tenían menos fuerza: se había dado cuenta de que, al fin y al cabo, no le quedaba otra que aceptarlo y dar algo a cambio a quienes le habían salvado, por mucho que ahora le tuvieran prisionero.

Conocía la ciudad de Naucratis, había sido destinado allí durante un breve periodo unos años atrás: la guarnición local del ejército había solicitado un médico militar debido a una grave enfermedad que había azotado a los legionarios. Varios hombres habían muerto sin explicación aparente y, en aquella ocasión, su atención se había centrado en las aguas pútridas que habían invadido los pozos de la zona tras la crecida del Nilo.

Suetonio completó la inspección del resto de las estancias y de la letrina, anotando mentalmente el desorden y la suciedad que reinaban por doquier. Examinó también la alcoba de la mujer: detrás de una cortina, un ventanuco, provisto de una rejilla de bronce, le permitía comunicarse con el resto de la casa y con su marido, sin tener que mostrarse a los siervos. Vio una pequeña estancia con un hogar en el que algunos tacos de madera se hallaban cubiertos de

polvo; hacía tiempo que no se utilizaba. Sobre una mesa había platos sucios y restos de comida.

Se hizo una idea de cómo funcionaban las cosas en aquella especie de *valetudinarium*-prisión y decidió tirar del cordel que había cerca de la puerta, y con el que le habían engañado para que entrara.

—Que venga el amo, tengo que hablarle —ordenó el médico.

Poco después, se presentó el astrólogo que sin duda esperaba esa llamada:

—¿Y bien, médico?

—¡No tienes ningún derecho sobre un ciudadano de Roma! ¡Como médico de la legión estoy equipado a un oficial, y lo que has hecho podría costarte la vida!

—Pero ¿de qué estás hablando? ¡Soy yo quien te ha salvado la vida! ¿Acaso ahora pretendes negarlo?

—¡No puedes retenerme aquí prisionero como si fuera tu esclavo!

—¡Tienes razón, médico! Pero yo he gastado mucho dinero, cinco mil tetradracmas me has costado.

—¡Hallaré la forma de devolvértelas!

—Bien... ¡devuélvemelas y yo te devolveré la libertad!

—¡Sabes de sobra que no tengo ni un as de cobre! ¡Esos bribones me lo robaron todo!

—Me lo imaginaba. El único que ha hecho algo por ti he sido yo, ¿no es así? Dame las tetradracmas y te abro la puerta.

—¡Dame papiro y tinta y escribiré una nota para la guarnición de Tebas para que te entregue tus tetradracmas!

—¡No tengo tiempo de ir a Tebas, y debes pagarme las tetradracmas aquí mismo, y en plata, porque yo te he rescatado!

Suetonio se dio cuenta de que con juegos de palabras no conseguiría convencer al astrólogo.

—¡Dime lo que quieres para darme la libertad!

—Tendrás que aceptar mi hospitalidad durante un tiempo y cuidar de mi mujer. En cuanto sea posible, recuperarás tu libertad sin pagar ni una sola dracma.

—¡Eres un canalla!

—¡No, médico Suetonio! Soy un hombre de ciencia, y precisamente porque creo en la ciencia, he buscado por todas partes papiros que hablaran de tu profesión antes de gastarme la inmensa suma que los búcolos me pidieron para venderte. Lo sé todo sobre tu profesión, y sé que tu gran maestro, ese Hipócrates de Coos, curó la peste de Atenas^[4] que había devastado aquella ciudad. ¡Está escrito, no puedes negarlo!

—Se trata de una vieja historia de hace cinco siglos, que ha pasado de boca en boca quién sabe cuántas veces, ¡y cada uno ha añadido lo suyo! —le contestó el médico—. Deberías saber que los rumores siempre contienen exageraciones. Y, en cualquier caso, nadie, ni en Egipto ni en el mundo romano o griego, ha encontrado jamás un remedio para ese mal.

—¡Romano, no te tenía yo tan vil como para negar incluso a tu gran maestro! ¡Bajo ningún concepto me esperaba eso! Pero que sepas que, si no demuestras ser capaz de hacer tu trabajo, te mandaré de vuelta con los búcolos, ¡por mucho que esos no me devuelvan ni una tetradracma! Ahora ponte a trabajar, puedes contar con la ayuda de tu criado, sólo tienes que tirar del cordel y tocar la campanilla. —Dicho esto, el astrólogo siguió con sus asuntos y el nubio Kamis cerró el ventanuco.

Suetonio, cual fiera enjaulada, se arrastró de un lado a otro durante la mayor parte de la mañana por las cuatro estancias en las que estaba encerrado. No encontró solución a su caso. Afortunadamente, la mujer fingió no verle y se abstuvo de hacer cualquier comentario que le

hubiera enervado aún más.

A la hora séptima, oyeron a los sirvientes haciendo ruido: sin abrir la puerta maciza, pero utilizando el ventanuco, entregaron a la mujer comida y agua fresca y retiraron la vajilla sucia. En ese momento el médico se sintió obligado a apagar temporalmente los fuegos de guerra y a instalarse con ella en una especie de cocina para comer algo.

—¿Cuánto tiempo llevas en estas condiciones? —le preguntó mientras compartían un poco de carne hervida y pepinos frescos con rábano picante.

—Hace ya más de seis años. Al principio sólo eran diminutas manchas rojas, aparentemente inofensivas. Habían aparecido solas en el lado izquierdo de la cara y en la mano izquierda.

—¿No recuerdas si hubo una causa precisa?

—No, que yo sepa no hubo ninguna razón para que la enfermedad me atacara precisamente a mí.

—¿Tenéis algún otro enfermo en casa? ¿Algún pariente?

—No, nadie que yo conozca está afectado por la enfermedad, aunque en el pueblo hemos oído hablar de algunos enfermos, aquí y allá en los últimos años, pero se trata de personas que no conozco y a las que nunca he visto.

—De hecho, ese es el problema de este mal: no sabemos de dónde viene. ¿Te duelen las llagas?

—No, no son dolorosas y no son realmente llagas. Donde el mal ha arraigado, la carne parece adormecida, ni siquiera duele al pincharla. La piel se seca, pequeños fragmentos se desprenden, pero la enfermedad prosigue, nunca se detiene, te sigue royendo...

—Ya... ¡y a mí se me ha encerrado aquí dentro!

—¡No olvides que te hemos salvado la vida! —le reprochó Arsínoe.

—¡Ojalá pudiera olvidarlo! ¿Has pensado en limpiar un poco esto? Parece una pocilga.

—Provengo de una familia noble de Menfis, nunca me he ocupado de la limpieza de la casa, siempre he tenido muchos criados que se ganaban la vida trabajando para mí.

—Si se lo pedimos a tu marido, ¿dejará entrar a los siervos para limpiar?

—Supongo que sí. ¿Estás buscando la ocasión para escapar? —lo desenmascaró Arsínoe.

Suetonio, por su parte, decidió ponerle buena cara. La mujer no era tonta, se notaba que había recibido una educación, y por la presencia de algunos papiros era razonable creer que sabía leer y escribir. Provenía de una familia noble, había dicho. Debía de ser rica y poseía las ganas de luchar y el orgullo característicos de las mujeres egipcias pudientes. El astrólogo daba más la impresión de ser un charlatán, no por ello ignorante, sin embargo hábil para engañar a los incautos. El capital y la riqueza de la villa debían proceder de la familia de la mujer. En cierto modo, se suponía que ella estaba al frente de la casa, por muy afectada que estuviera por la enfermedad.

Por la tarde, Suetonio habló de la limpieza necesaria con el hercúleo Kamis, y tras obtener el permiso del propietario, los criados entraron con paños de cocina y cubos para lavar y limpiar por todas partes.

La enferma y el médico se retiraron a una de las estancias, cuya puerta se cerró para proteger a Arsínoe de la mirada de los criados; el propio Kamis montó guardia con un nudoso garrote en la mano, no sin antes haber explicado cuáles eran sus consignas:

—Romano, procura no pasarte de listo: se me ha ordenado tumbarte si intentas escapar y zurrarte sin contemplaciones. ¡Y que sepas que eso es precisamente lo que pienso hacer!

En un par de horas las estancias y la letrina quedaron impolutas; se trajo ropa limpia para la

mujer y para las camas, y hacia el anochecer parecía como si el sofocante olor a enfermedad y a cuadra hubiera desaparecido. Suetonio también pudo hablar con su ayudante:

—Escucha bien lo que voy a decirte, Honoracio. Tendrás que echarme una mano para ayudar a esta mujer o nunca saldremos de esta situación.

—¿Qué quieres hacer?

—La mantienen recluida aquí porque no quieren que su enfermedad se conozca en el barrio. Las leyes establecen que las víctimas de la lepra deben permanecer extramuros.

—¿Bastaría con hacer correr la noticia para que podamos irnos?

—No, en absoluto. Si se elimina a la mujer nos volveremos inútiles. Este maldito astrólogo sabe que nunca nos quedaríamos voluntariamente con ella para curarla. Nunca la seguiríamos a una leprosería, y huiríamos a las primeras de cambio.

—¡Poco pero seguro, Suetonio!

—Ha pagado un montón de tetradracmas por los dos y ha tenido todo el tiempo necesario para urdir un plan. Trifón no es tonto, es un hábil regateador y no podremos engañarle fácilmente. Si frustramos su propósito, o si sobornamos a los soldados para que se lleven a la mujer por la fuerza, se vengará de nosotros.

—Entiendo, pero ¿qué pretendes? ¿Que nos quedemos aquí para siempre?

—De momento intentemos curarla, a ver qué pasa, y mientras tanto entendamos mejor cómo funcionan las cosas en esta casa y en esta ciudad.

Honoracio, que no las tenía todas consigo, asintió:

—¿Qué te hace falta?

—Debes conseguirme papiro y tinta. Te haré una lista de medicinas que irás a buscar a un boticario. Ya no tengo conmigo mis libros en los que había transcrito las indicaciones para muchas curas y no estoy seguro de recordar exactamente lo que se prescribía para esta enfermedad. Pero reuniré la receta completa. Por la mañana tendrás la lista, haré que te lleven a la botica y empezaré a curarla.

—Escucha, Suetonio... pero ¿te fías de estar en las mismas estancias que una apestada? ¿No es peligroso? ¿No tienes miedo?

—¡Has tenido que venir tú a recordármelo!, ¡a mí ni siquiera se me había ocurrido, ya ves tú! —y en voz más baja, para que nadie pudiese oírle—: Tienes que conseguirme una sierra... algo que sirva para cortar un barrote de madera de acacia, durísimo. Me bastaría con cortar uno, un corte por arriba y otro por abajo, luego con algunas contorsiones creo que podría pasar.

—¿Una sierra...? ¿Y a dónde te escaparías?

—Podría salir a un jardincito ciego que hay aquí detrás, y desde ahí de alguna manera conseguiría largarme. Tengo una idea de cómo es la mansión, ¡y el muro que delimita el jardincito debería dar al callejón que la rodea por ese lado!

—Pero ¿estás seguro de lo que quieres hacer, Suetonio? El muro del recinto es muy alto, nunca podrás escalarlo solo.

—Lo sé... ¡lo sé! Estoy pensando en desmontar una cama y hacerla pasar por la ventana una vez que haya cortado un barrote. Con el armazón de la cama debería poder agarrarme a la parte superior de la pared y trepar hacia arriba.

—¿De qué tenéis que hablar tanto vosotros dos? —los interrumpió amenazador el guardia Kamis que, sin hacer un gran esfuerzo de imaginación, debió de adivinar lo que estaban discutiendo.

—¡No te metas donde no te llaman, nubio! —se plantó ante él el médico—. Le estoy dando las indicaciones para los medicamentos que debe conseguirme. Él no conoce la ciudad, ¡tú

tendrás que ayudarle a encontrarlas o la culpa será exclusivamente tuya!

El negro, aunque era una montaña de músculos, fue incapaz de contradecir al médico y se limitó a dirigirles una mirada hostil.

—Haz que traigan baldes de agua caliente para tu señora, arena limpia y trozos de natrón para que pueda lavarse.

Tan pronto como el nubio se volvió hacia los criados para dar órdenes, Suetonio, fingiendo señalar algo a Honoracio le susurró al oído:

—No intentarás escapar por tu propia cuenta, ¿verdad? ¡No puedes abandonarme aquí!

—Bah... en esta casa me dan de comer, solo tengo que obedecer a tus órdenes y soy libre de dormir sin...

—¡Ya habéis tenido suficiente! Tú, ¿has recibido tus instrucciones? ¡Largo de aquí! —le ordenó el nubio a Honoracio.

—Esta noche tengo que hablar con el señor, avísalo —añadió el médico mientras el negro se aprestaba a cerrar de nuevo la pesada puerta de entrada a la prisión.

VI.

—Kamis me ha dicho que querías hablar conmigo —dijo el astrólogo, escrutando el rostro de Suetonio a través del ventanuco.

—Así es, tengo que hablarte. En primer lugar, has de saber que es muy difícil que tu mujer se cure de su mal. Las curaciones son muy raras y, que yo sepa, sólo se han producido en casos leves y cuando la enfermedad estaba en sus inicios. Tu mujer, en cambio, ya tiene el mal muy avanzado.

Arsínoe estaba a espaldas del médico, atenta a la sentencia.

El astrólogo respiró hondo un par de veces antes de responder:

—Dime qué quieres hacer.

—Ya no tengo conmigo ni mi maletín con las medicinas ni el libro en el que había transcrito las recetas para curar muchas enfermedades. Todo se ha perdido por culpa de esos canallas del río. ¿Podrías encontrar algún libro en el que se mencione el morbo?

—Sí, puedo hacerlo ahora mismo. Tengo en casa tres libros que hablan de ese mal, los conseguí hace unos años con la esperanza de encontrar algo útil, pero soy astrólogo, me resulta muy difícil entender esos escritos y distinguir lo que es verdad de lo que es fantasía. ¿Hago que te los traigan?

—Sí, haz que me los traigan, si encuentro allí algún indicio de tratamiento tal vez pueda preparar una receta para un fármaco que pueda ayudar a tu mujer. Sin embargo, te anticipo que cualquier tratamiento que pueda probar, puede tener algún efecto en ralentizar la propagación de la enfermedad, pero no sé si... hará que vuelva a ser como antes.

El astrólogo se había quedado estupefacto al oír hablar de la gravedad de su esposa, pero por la actitud firme y sin vacilaciones del médico, algo habitual en quienes se han vuelto indiferentes al sufrimiento ajeno con el paso del tiempo, no cabía duda de que aquel conocía bien el tema en cuestión. Hizo una señal a un siervo y al cabo de unos instantes tres rollos de papiro fueron entregados al médico.

—Mi ayudante me conseguirá papiro y tinta, y por la mañana le enviaré a buscar un boticario. ¿Hay alguno bueno aquí en Naucratis?

—Hay uno bien surtido, pero para cualquier especia o hierba que necesites, si no la encontramos aquí, me encargaré de que se consiga donde sea.

La conversación había terminado y el astrólogo, antes de cerrar el ventanuco, se dirigió a su mujer:

—¿Necesitas algo, Arsínoe?

La mujer negó con la cabeza.

Cuando el criado estaba a punto de cerrar, el médico le hizo una señal con la mano:

—Escucha, astrólogo, me has encerrado aquí con engaños. ¿Cuánto tiempo piensas tenerme prisionero?

—Veamos cómo va la cura. Arsínoe me mantendrá informado a diario.

—¡Yo no tengo ninguna culpa de este mal, y me estás tratando como a un siervo!

—¡No te pido que hagas nada distinto de lo que tus colegas predicán como vuestro deber! ¿Acaso te pido que cures el mal de la piedra^[5]?

—Veo que conoces las reglas de mi profesión. ¡Pero no se nos exige ser esclavos para curar a los enfermos!

—Antes de comprar tu vida, me informé bien, ¡y he leído varias veces el juramento que

también prestaste para inscribirte en tu colegio! Tengo una copia sobre mi mesa: aparte de la cuestión del mal de la piedra, está escrito en letras claras, y tú lo has jurado, que “obrarás en el interés de los enfermos”. ¿Es así o lo he entendido mal?

—Soy un ciudadano romano, no puedes esclavizarme y recluirme con palabrería vana, ¡y el hecho de que hayas pagado el rescate es sólo una excusa!

— Las tetradracmas que me debes, en plata contante y sonante, son otro asunto. Pero ahora estamos hablando de tu juramento, y me parece que es un asunto serio, que te ata de por vida. Otros me han explicado también que has jurado, ni más ni menos, como los jóvenes que prestan servicio en la legión y juran lealtad al emperador, ¡o como los sacerdotes que hacen voto a un dios!

El astrólogo era muy hábil en el arte de voltear las cartas y engañar a los demás, como por otra parte hacen todos los sabios que acomodan las cosas según su propio interés mientras explican su arte a gente ignorante. El médico nunca habría salido victorioso ante él e incluso le pareció vislumbrar la sombra de una sonrisa burlona en el rostro del nubio Kamis que, desde el fondo del pasillo en la penumbra, vigilaba si había indicios de reacción.

Cuando el ventanuco estaba a punto de cerrarse, apareció Honoracio:

—¡Tengo que darle lo necesario para que pueda escribir!

Acercándose a la puerta, le entregó unas hojas de papiro y un frasco de bronce con tinta sellado con un corcho de madera blanda, unos cálamos y una astilla de vidrio para afilarlos.

—Suetonio —le susurró—, más tarde mira por debajo de la puerta, a ver si te puedo pasar algo... ¡pero cuidado con la mujer!

El plan de fuga se estaba poniendo en marcha. El ayudante Honoracio, aunque era un ignorante hombre del populacho que apenas sabía leer, poseía tanto la terquedad de la que son capaces los egipcios, obligados a arreglárselas como buenamente pueden, como la perspicacia que había heredado de la porción de sangre romana que le venía de su padre.

El año anterior, Suetonio y él se habían conocido en una prisión de Menfis, donde habían sido encarcelados debido a un asunto complicado en el que un usurero había encontrado la muerte. Habían logrado escapar precisamente gracias a su habilidad, favorecida por los conocimientos que había desarrollado en los barrios bajos de Menfis, su ciudad natal. Aquella vez había salido bien, sólo era cuestión de repetir la operación.

Suetonio cenó con la mujer o al menos compartió la estancia con ella; comió de pie en el rincón más alejado, mientras ella se sentaba a una mesita adornada con frisos de madera y hueso. Para poder comer, Arsínoe se vio obligada a descorder el velo que ocultaba su rostro; aunque ya no era ninguna novedad, el médico se esforzó por ocultar su propio horror.

—Revisaré los libros más tarde —le dijo el médico, sólo por hablar—, y mañana por la mañana mi siervo Honoracio irá a comprar las hierbas necesarias para tu cura.

—No me has dado muchas esperanzas, he oído lo que le has dicho a mi marido.

—Los médicos de la legión tenemos por costumbre no mentirles a los enfermos, salvo en ciertos casos en que entendemos que desean que los arrullen en la ignorancia del mal. Pero tú eres una mujer joven según creo, sé que sabes leer y escribir, he visto los papiros en tu alcoba. Creo que conociendo la verdad me ayudarás a mí y te ayudarás a ti misma.

Ella no contestó de inmediato y, cuando habló, su voz había caído ligeramente en falsete:

—¿De verdad que no hay nada que hacer?

—El morbo se conoce desde hace cientos de años, nadie sabe de dónde procede, ni si el modo de vida o el hábito de comer determinados alimentos favorecen o dificultan su propagación. Hubo casos en que la enfermedad se transmitió a todas las personas de una misma familia, a los

criados y también a quienes frecuentaban a esas personas. En Alexandria había algunas personas enfermas de este mal, habían sido agrupadas en una casa de campo, un poco más allá de Nicópolis, extramuros de la ciudad.

—¿Tienes miedo de que te pueda contagiar el morbo?

El médico estaba comiendo dátiles, pero se detuvo para darle una respuesta meditada:

—Existen muchas formas diferentes de este morbo. Yo no las conozco todas, en realidad ningún médico las conoce todas, porque nadie quiere arriesgar su vida para curar este mal, que puede volverse contra ellos.

Un largo silencio sólo pudo confirmar a Arsínoe la gravedad de la situación.

—Tal vez yo corra peligro estando aquí contigo, y si me infectas con la enfermedad acabaré como... —Suetonio en ese momento, dándose cuenta de que la estaba asustando innecesariamente, se calló. La mujer había dejado de comer, y aunque la enfermedad había deformado sus facciones, vio cómo le brillaban los ojos.

—¿Han echado a alguien de esta casa con el mal? ¿Algún criado, algún pariente...? —continuó el médico.

—No, aparte de mí nadie ha mostrado las inconfundibles manchas rojas.

—Puede que esta forma del morbo sea poco o nada contagiosa, tal vez llegó a esta casa transportada por el aire o por algún alimento, o por un animal... —continuó reflexionando el médico.

La mujer había empezado a llorar, y Suetonio no tuvo más remedio que retirarse a su pequeña alcoba para leer los papiros que el astrólogo le había proporcionado.

El primero era una obra teatral en la que algunos miembros de una familia, aquejados del morbo, habían sido expulsados de una ciudad imaginaria y todas sus riquezas habían sido arrojadas al Nilo, ante el temor de que acarrearán la misma desgracia a quienes tomaran posesión de aquellas después de ellos. Una obra completamente inútil para lo que buscaba Suetonio.

El segundo libro, era esencialmente una larguísima e interminable discusión en forma de epístola que un individuo de oscuros orígenes había enviado a parientes o conocidos: hablaba de las curas que había intentado administrar a su padre, que se había visto aquejado por la terrible enfermedad.

Suetonio afiló un cálamo y comenzó a copiar algún fragmento. Los medicamentos eran los mismos que conocía desde hacía años, los que se utilizaban a lo largo del Nilo y en las provincias vecinas para el tratamiento de la lepra, así como de otras gravísimas enfermedades. Al cabo de poco más de una hora había reunido la receta completa.

«Solo me falta el beleño negro^[6] —habló para sus adentros—, los egipcios se fían poco de utilizarlo por su peligrosidad... ¡pero lo mismo se podría decir del eléboro negro!»

Gracias a su memoria y a su propia experiencia, elaboró la lista completa^[7]:

3 dracmas^[8] de cicuta^[9]

6 dracmas de opio de Tebas^[10]

1 dracma de croco

1 dracma de eléboro negro

3 dracmas de beleño negro

En plena noche, el médico, con cuidado de no hacer ruidos que pudieran despertar a la señora de la casa, fue a revisar la base de la pesada puerta de madera de acacia que cerraba la prisión: alguien había introducido un objeto metálico por la rendija. A la luz de la lámpara pudo ver que

se trataba de la hoja de una hoz de bronce, rota a la altura del mango. Debía de ser un utensilio estropeado, desechado por los siervos que cuidaban el jardín. Probablemente, Honoracio no había podido encontrar otra cosa. Difícilmente una herramienta de delicado bronce podría hacer frente a la dura y curtida madera de acacia.

Por la mañana, bajo la mirada de Kamis, le dio las consignas a Honoracio hablándole a través del habitual ventanuco:

—Necesito que me consigas un mortero de mármol para preparar las medicinas. Además, esta es la lista de lo que me hace falta. Quiero que la leas para asegurarte de que está todo bien claro.

El ayudante, que a duras penas sabía leer, recitó la lista con gran dificultad. Cuando llegó al final, el médico reclamó su atención:

—Recuerda, el beleño, tiene que ser el negro, ¡el blanco tiene poca fuerza! ¡Ah!, y ya que estás en la botica trae también una docena de nueces^[11] de palmera, haré infusiones con ellas. Y devuélveme la lista, porque la necesitaré de nuevo.

—¿Te hace falta algo más, Suetonio?

—No, pero lee bien aquí. —El médico fingió señalar una línea de la nota, susurrándole entre dientes—: Aquel artificio de bronce no vale para nada, ¿no puedes conseguirme una herramienta de hierro?

—¡Ah, sí! —fingió responderle Honoracio, en voz alta, para que le oyera el nubio—, ¡hace falta un cuchillo para picar bien las nueces de palmera!

Hacia la hora sexta^[12] le entregaron los fármacos.

—Hemos tenido que pasar por dos boticas, pero lo he encontrado todo —le explicó Honoracio a través del ventanuco. Y empezó a pasarle los sobres de hojas de papiro que contenían las hierbas y semillas solicitadas.

—El boticario recomienda tener mucho cuidado con el beleño y el eléboro negro. Ha escrito su nombre en los sobres. Dice que son venenos peligrosos, que pueden matar. Me ha pedido que te lo dijera.

Kamis a un lado de la puerta y Arsínoe al otro, habían oído la referencia a los venenos.

—Y aquí están el mortero y el cuchillo para cortar las semillas de palmera —continuó Honoracio. El cuchillo era un utensilio delgado, de cuatro dedos, que nunca habría podido herir gravemente a nadie, pero al menos era de hierro.

La expresión del rostro de Suetonio no ocultaba su decepción, pero en ese instante tuvo una buena idea para poder hablar más libremente con su ayudante:

—Más tarde traerás una mesita aquí, delante de la puerta, y empezarás a moler las semillas de palmera hasta convertirlas en polvo. Yo ya no tengo mi equipo, y tendrás que echarme una mano.

En ese momento apareció el señor de la casa, a quien no se le había pasado por alto todo aquel trajín:

—¡Arsínoe, si el médico hace algo que no te convence, dímelo y yo me ocuparé!

Por la tarde, los ingredientes fueron molidos en el mortero uno a uno, hasta convertirlos en polvo; después, el médico calculó las dosis pesando los ingredientes con una balanza rudimentaria que consistía en un bastoncillo que se mantenía suspendido con un cordel atado por su mitad. A un extremo se anudaba una moneda de una dracma, y en el otro se medía una dosis de polvo envuelto en un trocito de papiro.

Por último, se mezclaban los ingredientes en el mortero y se molía todo una vez más hasta

obtener una papilla uniforme. Suetonio la amasó con un poco de agua y, utilizando una cuchara diminuta como molde, fabricó decenas de pastillas del tamaño de un garbanzo.

Se las entregó a Honoracio en una bandeja para que las pusiera a secar a la sombra de las plantas del jardín. Mientras le explicaba que debía tenerlas vigiladas y que no les diera el sol directamente, le susurró:

—Esta noche intentaré cortar el barrote. ¿Tú puedes escapar?

—He averiguado donde guardan las herramientas los jardineros: a veces utilizan una pértiga muy larga, la dejan entre unos arbustos de laurel; con eso puedo arreglármelas y encaramarme a lo alto del muro. Si consigues salir esta noche, tira alguna piedrecilla a la fachada de la casa, ¡lo entenderé y sabré cómo arreglármelas!

VII.

Hacia el anochecer, Suetonio comenzó a preparar a Arsínoe:

—Ordena a tus siervos que te traigan agua caliente. Deberás lavarte a conciencia con arena y natrón para que tu piel quede limpia de todo rastro de la enfermedad y para que las costras y la piel muerta sean eliminadas en la medida de lo posible.

—¿Empezaremos la cura?

—Sí, en cuanto estés lista te administraré la primera dosis del fármaco que he preparado hoy.

—¿No temes que... pueda morir por ello? Hoy te he oído decir que estos venenos son potentísimos.

—Es cierto, en dosis fuertes las semillas trituradas de beleño y eléboro son venenosas, pero ingeridas en cantidades moderadas dan al cuerpo la fuerza necesaria para reaccionar ante el mal. Como ya te he dicho, no espero efectos inmediatos, la cura tendrá que llevarse a cabo durante un tiempo.

—¿Entonces crees que puedo curarme? ¿Y tal vez salir de esta prisión?

El médico no le contestó, sino que cambió de tema:

—Te daré la primera dosis a la hora de cenar. Tendrás que permanecer en ayunas, y durante la noche comprobaré el efecto que te produzca el fármaco.

—¿Sentiré... dolor? —se preocupó Arsínoe.

Suetonio sabía que la mujer no sentiría nada aunque la hubiesen atravesado con un gladio: de hecho, para poder moverse con más libertad durante la noche, había triplicado la dosis de opio tebaico que la habría dormido aislándola del resto del mundo durante varias horas.

—No, no sentirás nada —la tranquilizó—. Sólo tendrás un poco de somnolencia. Dormirás y quizás aún te sientas un poco cansada por la mañana. La tradición egipcia de esta cura exige que el paciente se acueste con una botella hirviendo para mantener los pies bien calientes, y bien tapado para que no se enfríe durante la noche. No creo que mantenerte caliente sea importante, lo relevante es la medicina que te he preparado, pero de momento no nos cuesta nada respetar esta costumbre. Ahora vete, cuando estés lista vendré a darte la medicina.

Mientras la mujer se afanaba en sus abluciones, el patrón llamó al ventanuco:

—Sé que has terminado de preparar la medicina. ¿Empezarás enseguida?

—Sí, se la daré a tu mujer dentro de un rato, en cuanto esté preparada.

—¿Habrá... correrá algún peligro?

—No, no creo. Empezaré con una dosis baja y observaré cómo reacciona. Desde luego, mañana podrías encontrarla cansada y fatigada por el efecto de los fármacos.

—¿Habrá también fumigaciones o cataplasmas?

—No, nada de eso.

—¿Recitarás alguna fórmula?

El médico negó con la cabeza.

—Mañana vendré a hablar contigo —concluyó el astrólogo.

En cuanto la mujer estuvo preparada, Suetonio le administró la dosis de medicamento que había calculado, le colocó la bolsa de agua caliente entre los pies y se aseguró de que estuviera bien arropada.

—¿Todo bien? —le preguntó a la enferma al cabo de un rato.

—Sí, por ahora va bien, pero no siento ningún efecto.

No pasó ni media hora y la mujer le indicó una novedad:

—Médico... me siento un poco extraña. Como si fuera... ligera.

—Es el fármaco, no cabe duda. Pero puedes estar tranquila, es la señal de que está haciendo efecto.

Al poco, Arsínoe cayó en un profundísimo sueño y no reaccionó ni siquiera a los pellizcos del médico.

La villa estaba inmersa en el silencio de la noche y Suetonio pudo dedicarse a lo que más le importaba. A la luz de la lámpara, estudió detenidamente la ventana de su cuarto concentrándose en evaluar, midiendo el espacio entre uno y otro con la cabeza, cuál fuera el barrote más prometedor que había que eliminar para poder pasar al pequeño jardín.

La acacia es una madera sumamente dura; se la reconoce por la vena amarillenta del interior del tronco, mientras que la parte más cercana a la corteza permanece blanca: crece lentamente y la madera resulta durísima. El barrote que le interesaba al médico era del tamaño de un brazo: el astrólogo no había escatimado en gastos cuando había mandado construir la prisión. Empezó a mellarla con el cuchillito de hierro que le habían dejado para preparar la medicina. Royó la base del barrote, descubriendo que era al menos tan resistente al corte como el bronce.

El cuchillito apenas arañaba la veta de la madera, y tras una hora de esfuerzo se dio cuenta de que tardaría años en completar la operación con el exiguo utensilio que tenía.

Mientras consideraba que más le valía encontrar otro camino, oyó unos golpecitos en la puerta.

—Médico Suetonio —dijo la voz del astrólogo Trifón desde el ventanuco—, ¿va todo bien?

—¡Claro!, todo va muy bien —le respondió—. Tu mujer está descansando, se encuentra bajo el efecto de la medicina.

—¿La tienes vigilada?

—Sí, de vez en cuando voy a comprobar cómo se encuentra. Pero no debes preocuparte ni, como ya te he explicado, hacerte demasiadas ilusiones.

El astrólogo se limitó a cerrar el ventanillo y se marchó.

El médico controló a la enferma, que dormía profundamente, y volvió a inspeccionar todos los rincones de las estancias, con la esperanza de descubrir algún detalle que se le hubiera pasado por alto en los días anteriores, o algún utensilio adecuado para trabajar la madera.

Pensó en la vajilla que, hecha pedazos, proporcionaría útiles esquirlas cortantes, o en las brasas recogidas del hogar que, colocadas en la base del barrote, quemarían parte de ella y facilitarían la huida.

Pero ningún nuevo plan le parecía suficientemente efectivo y adecuado a las circunstancias, ni tampoco encontró instrumentos apropiados en toda la casa. Ya entrada la noche, cada vez menos convencido de lo que hacía, reanudó el trabajo en el barrote. Intentó serrarlo con el trozo de hoz de bronce que Honoracio le había proporcionado, pero todo fue en vano: el grueso palo de acacia se lustraba al entrar en contacto con el bronce, sin que se desprendiera ni una sola esquirla. El objetivo por alcanzar estaba aún muy lejano.

Con las primeras luces del día, un siervo se acercó al ventanuco:

—El amo quiere saber si todo va bien.

—Dile que sin novedad. Tendré que hablar con mi ayudante para que prepare más medicinas. Dile que se acerque cuando lo veas.

A la hora tercera^[13] Honoracio se presentó escoltado por el negro Kamis.

—Tengo que hacer una modificación en la receta—se le ocurrió como excusa—. Tienes que ir

a la botica y traerme una docena de dracmas de azafrán y cuatro o cinco semillas de palmera. ¿Puedes recordarlo, o te escribo una nota?

—Será mejor que me lo anotes, ¡nunca se sabe si el boticario puede equivocarse!

El vigilante Kamis se distrajo con un siervo que pedía órdenes para realizar unos trabajos en el jardín y Suetonio aprovechó la ocasión para susurrarle:

—¡Con los utensilios que tengo no puedo hacer nada! Tienes que conseguirme algo que tenga dientes, que pueda morder la madera, una herramienta de carpintero, de lo contrario no se me ocurre nada más que podría hacer. —Le mostró las manos, en las que unas grandes ampollas blanquecinas daban elocuente testimonio de los intentos de la noche.

—Revisa con cuidado todos los muebles, puertas y persianas, por si hay alguna pieza metálica adecuada. Mientras tanto, yo también buscaré...

—¡Vosotros dos, siempre confabulando como dos tortolitos! —los interrumpió el nubio sonriendo un tanto ambiguo—. ¿Qué pasa, echáis de menos las caricias el uno del otro?

—Por la tarde mi ayudante tendrá que echarme una mano aquí dentro —le replicó Suetonio—, de lo contrario no terminaremos nunca de moler las semillas de palmera.

—Lo hablaré con el amo.

Arsínoe dormía profundamente. La copiosa dosis de opio tebaico que le había administrado el médico la mantuvo durmiendo hasta la tarde y Suetonio aprovechó para examinar a fondo la estructura de la cama de su pequeño dormitorio, por si había alguna pieza de metal adecuada para el trabajo que tenía en mente.

A última hora del día, la mujer se deleitó con una copiosa comida.

—Tu medicina produce efectos extraños —le dijo al médico—. He dormido como un tronco, no me sucedía desde hacía años... aunque ahora me sienta un poco aturdida.

—Pero no te ha hecho daño, ¿verdad?

—No... pero ¿tú crees que puede servir?

—Arsínoe, no lo sé, ya lo hemos discutido muchas veces y no te he negado la verdad. Ningún médico, ni en Egipto ni en Roma, puede curar el morbo, que sólo en raras ocasiones desaparece por sí solo. Me mantenéis aquí prisionero inútilmente, tarde o temprano esto se sabrá y los guardias que vigilan esta ciudad tomarán medidas.

La mujer guardó silencio unos instantes antes de concluir sosegadamente:

—Debes ayudarme, médico, si no lo haces tú, nadie lo hará... —Casi pareció que estuviese a punto de añadir “ayúdame y yo te ayudaré”, pero se detuvo antes.

Suetonio comprendió, y también se dio cuenta de que la mujer estaba acostumbrada a mandar.

El guardia Kamis permitió que Honoracio se quedara delante de la puerta abierta mientras él montaba guardia con un nudoso bastón. Los dos prisioneros, moliendo las duras semillas de palmera, intentaron consensuar algo:

—Aquí dentro no hay nada útil, Honoracio —susurró el médico—. Si pretendo cortar la madera con astillas de vidrio, ¡tardaré años!

—Me vigilan continuamente. Cuando este hombretón no está —hizo un gesto con la cabeza a Kamis—, me dejan con los siervos, que tienen órdenes de no perderme de vista ni siquiera cuando voy a la letrina. Incluso en el resto de la casa no hay nada útil, habría que salir...

—Vosotros dos sois como marido y mujer —lo interrumpió Kamis golpeando el bastón en el suelo—. ¡Siempre dándole a la que no tiene hueso!

—¡Hablamos de nuestros negocios! ¿Quieres impedírmelo tú? ¿A mí, que soy un ciudadano romano libre?

Kamis sonrió ante la respuesta, mostrando los dientes de oreja a oreja.

Entre dientes le susurró a Honoracio:

—¿Crees que podrías comprar a un siervo?

—No lo sé... si encuentro algo te lo pasaré por debajo de la puerta, estate atento durante la noche.

Fueron las últimas palabras del ayudante.

No hubo más novedades significativas que perturbaran las habituales actividades cotidianas, marcadas por los ritmos de las comidas y los tratamientos que el médico le administraba a Arsínoe.

Así transcurrieron una veintena de larguísimos días, y finalmente el astrólogo Trifón decidió acorrallar al médico:

—¿Me gustaría conocer los resultados del tratamiento que le estás dando a mi mujer!

—Los resultados son exactamente los que te anticipé desde el primer día en que me hiciste prisionero: tu mujer está siendo sometida al mejor tratamiento posible en Egipto y yo me preocupo, día a día, de calcular las dosis del fármaco que le administro. Creo que ella te ha dicho, por la celosía que da a tu estudio, que se siente aliviada desde que está tomando la medicina. No creo que la enfermedad esté retrocediendo, si es eso lo que quieres saber. Si tenemos suerte tendremos una ralentización en su propagación. Cualquier otro médico de la escuela hipocrática podrá confirmártelo.

—¿No crees que haya alguna otra cura, tal vez en nuestra medicina tradicional egipcia?

—¿Me sorprende que tú, que te enorgulleces de ser un hombre de ciencia, me preguntes eso! ¿Estamos hablando de imposiciones de gatos disecados, o de rimas infantiles recitadas por algún mago endeudado y sediento de tetradracmas?

—¿Acaso sería indecoroso que en tiempos de necesidad miráramos a nuestro alrededor?

—No, en absoluto, Trifón. Pero el problema del que estamos hablando tiene su origen en la naturaleza o quizás, como creen algunos, en los dioses. Por más que muchos lo hayan intentado, nada cambiará el estado de las cosas.

Sin embargo, algo cambió para Suetonio dos noches después.

El médico estaba seguro de que Honoracio aprovecharía cualquier oportunidad que las circunstancias pudiesen ofrecerle. Durante meses habían vagado juntos por el Nilo y había llegado a conocerle: el joven, aunque dotado de una intuición y una habilidad poco comunes, no se sentía en absoluto atraído por el trabajo. Había sido tejedor desde niño, y de joven había dejado de trabajar con bobinas para ocuparse sólo de reparar los telares cuando se estropeaban y hacer trabajar a los demás. La dura experiencia de la vida le había hecho comprender que no llegaría a ninguna parte si seguía trabajando humildemente. Era mucho más cómodo ser ayudante de médico y, poniéndole buena cara a los problemas de tan honorable profesión, recoger de vez en cuando algún fruto del trabajo de Suetonio.

Cada vez que el médico pasaba por delante de la pesada puerta de la dependencia de la casa que se había convertido en su prisión, su mirada instintivamente corría hacia la rendija de debajo, donde esperaba encontrar, en un momento u otro, la sierra de hierro que necesitaba para cortar el barrote de dura madera de acacia.

Por fin llegó el día en que vio un objeto oscuro deslizarse por debajo de la puerta durante un momento de distracción del guardia. Lo examinó de cerca: era un extraño cincel de hierro de poco más de dos palmos de largo. Observó que uno de los extremos, terminado en una afilada espiga, debía de haber servido para colocarle un mango, tal vez retirado por Honoracio para

poder pasarlo por debajo de la rendija de la puerta, y que, en el otro extremo, el cincel terminaba en un filo cortante. Era una gubia, un cincel de carpintero de los que se utilizan, con la ayuda de un mazo, para cortar los renvalsos en la madera.

El trozo de hierro, por sí solo, parecía poco manejable e impropio para serrar los barrotes de acacia, pero por poco sentido práctico que tuviera el médico, se imaginó que, una vez clavado en un trozo de madera de un palmo de largo y preparado para servir de mango, podría ejercer toda la fuerza necesaria para cortar lo que fuera.

VIII.

Trabajando durante la noche, mientras su paciente dormía bajo el efecto narcótico del opio tebaico, el médico Suetonio desmontó una pata de su cama para fabricar un mango para el cincel de carpintero y, con infinita paciencia, consiguió encajarlo en el utensilio.

La segunda fase consistió en desmontar el armazón de la cama: de poco más de cinco pies de largo, le permitiría alcanzar la parte superior del muro trepando por él. Por último, empezó a cortar el barrote de la ventana. A pesar de lo dura que era la madera Suetonio, ayudado por el largo mango que le permitía ejercer una fuerte palanca, comenzó a rebajarla en la base cortando virutas cortas. Pero la operación le llevó más tiempo del previsto y, a última hora de la noche, se dio cuenta de que no podría completar el corte antes de la mañana. En ese momento decidió posponerlo hasta la noche siguiente, pero tuvo que idear una forma de disimular el trabajo que había realizado para que Arsínoe no lo viera y llamara al guardia Kamis.

En su prisión no había nada que sirviera para disimular el corte que ya había hecho. Necesitaba algo maleable, pero no tenía arcilla ni mucho menos un puñado de tierra. Así que se vio obligado a recurrir a su propia medicina: tomó unas pastillas del remedio a base de opio, beleño y eléboro y las mezcló con un poco de agua hasta formar una pasta de consistencia adecuada para rellenar donde estaba el corte. Por último, recogió las virutas sembradas en buena parte de la estancia y pudo concederse unas pocas horas de sueño en la desvencijada cama, mal armada y apoyada en un taburete.

Por la mañana temprano, llamó a Honoracio para enviarlo a la botica de siempre a comprar algunos medicamentos. Le preparó la lista, y confiándosela, al tiempo que Kamis se distraía por un instante, le susurró:

—¡Esta noche salgo! Si todo va bien saldré a eso de la tercera vigilia^[14]. Y tú ¿cómo vas?

El ayudante le respondió entre dientes:

—Para poder salir de aquí sin correr riesgos, tendría que emborrachar a los demás siervos que están en mi dormitorio, para que no se den cuenta de mi huida antes de tiempo. Intento separar algo de vino con este propósito, pero sólo tengo un *henu*^[15].

—Te diré cómo debes hacerlo: compra en la botica el doble de opio tebaico del que te he marcado en la hoja. Disuelve una cucharada abundante en el poco vino que has guardado, ¡ya verás cómo se duermen!

—¡Los dos enamorados siempre cotorreando! —les increpó el nubio con su impertinente sonrisa.

Antes de marcharse, Honoracio se despidió del médico con los tres dedos extendidos indicando el número tres, la tercera vigilia: la fuga había comenzado.

Arsínoe se quedó dormida con la generosa y habitual dosis de medicamento y luego, el médico reanudó el trabajo interrumpido la noche anterior en el barrote de madera. Gracias al mango que había acoplado al cincel de carpintero, el trabajo avanzó rápidamente y, en poco más de una hora, el corte en la base estaba terminado. En lugar de hacer un segundo corte en el extremo superior del barrote para extraer una sección de este, Suetonio intentó tirar de él hacia delante y hacia atrás, como solía hacer para extraer los dientes de los pacientes. El barrote era muy sólido y lo bastante largo como para hacer de palanca. El médico insistió: mientras tiraba y empujaba, empezaron a caer fragmentos de la mezcla con la que los albañiles la habían fijado al muro. Con cada sacudida, el barrote ganaba un poco de libertad hasta que, en un momento dado, fue fácil arrancarlo de raíz.

Lo dejó a un lado y fue a comprobar que no se viera ninguna luz por la rendija de la puerta; examinó a la mujer, que seguía durmiendo profundamente y no se habría enterado ni de un terremoto, y escuchó por la celosía que comunicaba con el estudio del astrólogo: toda la villa estaba sumida en un silencio absoluto.

En ese momento, recordó que no se le había ocurrido decirle a Honoracio que consiguiera alguna moneda o algo de valor para poder pagar el pasaje en una falúa y alejarse de la ciudad. Recorrer a pie la ruta terrestre a lo largo del Nilo era demasiado arriesgado. Pero ya no quedaba tiempo, la barra ya había sido arrancada y nunca podría volver a colocarla en su sitio. Honoracio también estaba dispuesto a escapar. Había que irse.

Moviéndose con circunspección para no hacer ruido, pasó el armazón de la cama a través de la ventana, y finalmente se deslizó entre los barrotes. Tras algunas contorsiones, se encontró en el jardín, a la luz de la luna. El muro, más allá del cual se hallaba la calle, estaba a un tiro de piedra; apoyó el armazón de la cama contra este, e intentó trepar por él.

La pared tenía unos diez pies de altura: sólo tras un gran esfuerzo consiguió, balanceándose precariamente en el tambaleante bastidor, asirse a su parte superior. Subirse, sin embargo, era harina de otro costal y el médico, acostumbrado a vivir cómodamente entre las medicinas del *valetudinarium*, lo intentó varias veces sin conseguirlo.

Empezó a sudar profusamente, no por el cansancio, sino por el miedo a no poder salir a la calle y verse atrapado en aquella especie de cárcel. No perdió la sangre fría: volvió a entrar en la casa y empezó a sacar unos taburetes. Con ellos alzó el frágil andamio y, por fin, tras encontrar un buen punto de apoyo, consiguió subir y llegar a lo alto del muro.

Honoracio estaba en la calle, a la débil luz de la luna, esperándole:

—¡Muévete, Suetonio! —lo recibió con un susurro—, ¡no hay tiempo que perder!

El médico saltó al suelo:

—¿Por dónde está el río?

—Debería estar por ahí —señaló el ayudante.

—¡No tenemos ni siquiera una tetradracma! ¿Cómo vamos a encontrar un pasaje en una falúa?

—Sabía dónde guardan el dinero de la casa, y antes de huir forcé el cajón. ¡Son sólo unas pocas monedas, pero conseguiremos escapar!

—¡Será mejor que no intentemos abordar una falúa en el embarcadero! Ese es el primer lugar donde nos buscarán, ¡y seguro que enviarán a Kamis!

—¡Claro, Suetonio, pero ya estamos fuera! ¡Me gustaría ver qué hará ese infeliz de astrólogo para encontrarnos! ¡Tenemos unas horas antes de que amanezca y se den cuenta de nuestra huida! Será mejor que nos alejemos todo lo posible de la ciudad y cuando llegue el momento, ¡haremos una señal a una barca que pase para que nos recoja!

—Sí, creo que es lo mejor que se puede hacer.

Mientras se alejaban a paso ligero, poco menos que al trote, por entre las callejuelas, el médico encontró tiempo para preguntarle:

—Pero, escucha, Honoracio... ¿cómo conseguiste el cincel?

—Hace tres días, el astrólogo pidió la intervención de un carpintero para reparar unos muebles y mientras ayudaba a limpiar las virutas que había esparcido por toda la casa, ¡se lo birlé de la bolsa!

Ya habían llegado a las afueras de la ciudad; de repente oyeron el traqueteo de los carros de los obreros que, aprovechando la noche, limpiaban las letrinas en alguna casa. Se escondieron en un callejón para no ser vistos; por sus sigilosos movimientos, corrían el riesgo de ser

confundidos con ladrones.

Una vez que hubieron pasado las últimas casas de las afueras, a la luz de la luna y de las estrellas caminaron durante un par de horas por el camino que bordeaba la orilla del río; por último, cansados, salieron del camino y se escondieron entre los arbustos y la hierba alta.

—¡Lo hemos conseguido, Suetonio! Nos hemos librado de la cárcel de ese condenado astrólogo y del canalla de su guardaespaldas, Kamis, ¡que los dioses lo maldigan!

—Sí, Honoracio, yo diría que nos hemos salido con la nuestra. Trifón nunca nos habría dejado ir voluntariamente. Quizá si hubiera conseguido curar a su mujer, pero estoy seguro de que era imposible.

—¡Esa mujer ya se las arreglará!

El médico negó con la cabeza:

—Por desgracia, el morbo no tiene cura. Me tomé la molestia de dejarle varias dosis del remedio que preparamos juntos, tiene para bastante. Cuando lo haya terminado, con mi nota, el boticario le preparará más. Ya sé que no tendrá más efecto que hacerla dormir bien por la noche.

—Mira, Suetonio, me lo he preguntado muchas veces... pero tú, encerrado ahí con la leprosa... ¿no habrás hecho, por un casual, algo con ella?

—¡Honoracio! Pero ¿cómo se te ocurre? ¿Con una leprosa? ¡No entiendo de dónde sacas semejantes ideas!

—No, era solo por hablar. Dicen que a los que van con leprosos les suceden cosas terribles.

El médico, agotado por el cansancio y la falta de sueño, no tenía ningún deseo de escuchar los disparatados razonamientos de su ayudante; aplastó la hierba para hacerse un cubil y se tumbó, durmiéndose casi de inmediato.

Los despertaron los rayos del sol; era de madrugada, probablemente la hora cuarta^[16].

—Sería conveniente encontrar algo de comer y beber —dijo Honoracio mientras se estiraba.

—Mejor no perdamos el tiempo y tratemos de detener una barca. Ahora que somos libres podemos pensar en cómo llegar a Tebas. Debo entrar en servicio, me esperan desde hace semanas y para nosotros dos es el único lugar seguro en todo Egipto. Estaremos protegidos por la benevolencia del prefecto, podremos descansar y ya verás como, con el tiempo, las aguas se calmarán y podremos disfrutar de los beneficios propios de mi rango. ¿Sabes que como médico tengo el mismo nivel que un centurión?

—¿Cómo?... ¡Que si lo sé! ¡Me lo habrás dicho no menos de un centenar de veces! ¿Cómo no iba a saberlo?

Suetonio hizo caso omiso de la mordaz burla:

—Con las pocas monedas que le quitaste a ese canalla de astrólogo no podremos llegar muy lejos. No puedo acudir a un cuartel en busca de ayuda y un nuevo permiso, aún estamos demasiado cerca de Alexandria y quizás haya un premio para quien nos atrape o denuncie.

—¡Podríamos refugiarnos en Menfis, en mi casa! Me encantaría ver a mi padre Cayo, y también... —de repente, el Tejedor enmudeció un instante: no podía saber qué había ocurrido en su casa durante su ausencia, que ya duraba casi un año. Sí sabía, en cambio, que su esposa Nhes se había marchado, viviendo ahora con un clérigo de Ptah.

Hicieron señas a varias embarcaciones, pero estaban demasiado lejos de la orilla o los barqueros demasiado ocupados en sus propios asuntos para hacerle caso a la gente haciendo señas desde la orilla.

Tras una hora de vanos intentos, vieron finalmente una barca que avanzaba lentamente río arriba, manteniéndose a pocos pasos de tierra. Honoracio aprovechó la ocasión y le gritó al

barquero:

—Buen hombre, acóstate y déjanos subir. ¡Te pagaremos por las molestias!

El hombre aflojó una soga y soltó la vela, que viró perdiendo el viento; cuando la barca se detuvo, un último pensamiento asaltó la mente del médico:

—Honoracio, hazme el favor —le susurró entre dientes—, ¡que no se te escape ni la más mínima mención al hecho de que ya no tenemos los permisos! No sabemos quiénes son esta gente, podrían ser unos charlatanes y nosotros no necesitamos...

—¡Estate tranquilo, Suetonio! ¡Basta que nos conduzcan lejos de aquí!

El barquero arrojó la soga a Honoracio, que aguantó la barca contra la orilla, pero con la velocidad del rayo una estera que cubría las mercancías de la falúa fue arrojada a un lado y el enorme Kamis y dos de los siervos de la casa se precipitaron a tierra.

Honoracio fue el primero en caer, un garrotazo en las piernas lo dobló contra el suelo; el médico Suetonio, por su parte, fue agarrado del cuello por las poderosas manos de Kamis y levantado en volandas.

Mientras se agitaba intentando inhalar aire sin conseguirlo, el guardia negro, con la frente fruncida por dos maléficas arrugas, le espetó a dos dedos de la cara:

—¡Si te mueves te rompo el pescuezo!

Lo arrojó a tierra cuando su semblante ya se había vuelto cianótico.

IX.

—¿Kamis te ha pegado? —le preguntó Arsínoe en cuanto la puerta se cerró, y ella y el médico se encontraron solos.

—No, no me ha pegado... pero ha faltado poco para que me ahogara —le respondió, tanteando los pesados grilletes de esclavo que le apretaban los tobillos.

—Debes obedecer lo que te ordenen, Kamis no conoce su fuerza.

Suetonio no le contestó, tenía otras preocupaciones. Por primera vez desde que había sido capturado por los búcolos en el Nilo, un terror ciego se estaba apoderando de él. Esta vez no tenía escapatoria. Ahora que le habían vuelto a encerrar con la leprosa, no volvería a tener ocasión de huir. Ya se había dado cuenta de que habían cambiado el barrote de madera de la ventana, y la pared donde habían colocado el nuevo barrote con cal aún seguía húmeda.

—¿Puedo hacer algo por ti? —le preguntó Arsínoe.

—Claro, devolverme la libertad.

Cuando los siervos llegaron con la cena, la mujer intentó intercambiar algunas palabras más con él:

—Tu ayudante Honoracio está bien, recibió una buena tunda pero se recuperará pronto, no tiene nada roto.

—Los dioses, y quizás también los hombres, os castigarán por lo que estáis haciendo —le respondió el médico.

—¿Y no te parece que a mí ya me han castigado bastante?

Era un diálogo de sordos.

A partir de numerosas pequeñas señales, el médico se había dado cuenta de que la mujer siempre había mandado en la casa y que Trifón, por muy capaz que fuera para sacarles tetradracmas a los crédulos, estaba supeditado a ella. La balanza debía de haberse descompensado a medida que avanzaba la enfermedad de la mujer, y ahora cada decisión dependía del astrólogo. Que nunca le dejaría marchar, eso era lo que le aterrorizaba.

En el ala donde se encontraba apartado, parte del mobiliario había sido retirado y en lugar de una cama, el médico había encontrado una gruesa esterilla parecida a la que utilizaban los pastores.

Desde el día siguiente al intento de fuga, las cosas habían retomado su curso habitual: comidas pasadas por los criados a través del ventanuco a intervalos regulares, cubos de agua caliente por la noche para las abluciones de Arsínoe con arena y natrón, limpieza completa de las estancias cada cinco días.

Suetonio intentó romper la maldición pidiendo que Honoracio fuera enviado al boticario, pero Kamis ni siquiera le dejó terminar:

—A tu ayudante se le ha prohibido salir de la villa y, de todos modos, lleva grilletes en los pies como tú, ¿adónde iba a poder ir?

—Necesito medicinas para tu ama —replicó el médico.

—Escribe las instrucciones en un papiro y yo me encargaré de llevarlas al boticario.

Suetonio ya estaba bastante preocupado y le espetó:

—¡Quiero hablar con el astrólogo!

—Tienes prohibido hablar con él. ¡Si tienes algo que comunicarle, díselo al ama, y ella informará al amo!

Las condiciones de cautiverio se habían endurecido, el astrólogo había inventado nuevas

desgracias para amansarlo. Aquella noche Suetonio, incapaz de conciliar el sueño, perdió la paciencia y empezó a meditar sobre nuevas e improbables vías de escape. Si la mujer empeoraba, tal vez algo cambiaría. Y era él quien preparaba los fármacos; en última instancia, la vida de Arsínoe estaba en sus manos.

Pero también era cierto que el astrólogo no se atrevería a devolverle la libertad, incluso si la mujer hubiese muerto. Trifón podría haber sido denunciado por lo que había hecho: comprar un médico romano a los asaltantes del delta para encerrarlo de nuevo, habría sido considerado un delito gravísimo. Rondaba los cincuenta, y no estaba en condiciones de sobrevivir a una larga detención y mucho menos a los trabajos forzados. Desde luego, no querría correr ese riesgo. Si su mujer hubiera muerto, no podría hacer otra cosa que deshacerse de los prisioneros.

Estos tristes pensamientos le acompañaron durante aquella noche y las siguientes.

El único canal de comunicación que le quedaba era Arsínoe, que actuaba como intermediaria para cualquier petición. Al médico no le quedó más remedio que intentar entablar amistad con ella. Lo que, por cierto, no era demasiado difícil: la mujer sufría el terrible morbo y era obvio que cualquier charla que pudiera alegrarle el día era un consuelo para ella. No era una mujer insensible, ni estrecha de miras, por muy doblegada que estuviera por la desgracia. Tampoco le faltaba cierta curiosidad por el romano, un hombre distinto a todos los que ella había conocido en su vida y de rango superior al suyo.

De hecho, fue ella quien quiso romper el hielo evitando recordarle que se hallaba prisionero, mientras el médico preparaba su poción vespertina:

—¿Qué desgracia te ha llevado a caer en manos de los asaltantes del delta?

Viendo que Suetonio no sabía si responder, añadió:

—Fuiste capturado junto con tu sirviente. ¿No tenías una esposa contigo? ¿Tal vez ella pudo escapar?

—No, mi mujer no... no estaba conmigo cuando nos capturaron. —Mientras seguía moliendo la poción en el mortero de mármol, se dio cuenta de que a él también le apetecía hablar—: Mi esposa me dejó hace un año. Sucumbió a los halagos de un poderoso oficial, alguien mucho más importante que yo, una persona influyente en la corte de Alexandria.

—¿Por eso te ibas de la ciudad?

—No... es que tenía que entrar de servicio en Tebas. Pero es algo muy complicado de explicar. Desde luego, no me apetecía seguir viviendo en la misma ciudad y arriesgarme a encontrármela en casa de algún conocido de ambos, o tal vez en la calle.

Vertió el polvo en el vaso, añadió la cantidad justa de agua caliente y lo mezcló todo.

—Lo único que pudo haberme detenido era mi hijo. Pero murió hace un año.

La mujer bebió su poción y al cabo de unos instantes contestó:

—Entiendo que ha sido un año muy desafortunado para ti. Nuestros sacerdotes dicen que los dioses deciden por nuestras vidas. Mi marido dice lo mismo de los astros, sin embargo tú y yo nos encontramos aquí encerrados y quizá nadie sepa por qué.

Suetonio abrió la boca para defender su caso, pero inmediatamente volvió a cerrarla: las palabras de la mujer dejaban entrever buenas posibilidades de diálogo y no era el momento oportuno para quemar la ocasión con quejas precipitadas.

Pero Arsínoe ya había comprendido lo que pasaba por su mente, no es que hiciera falta ser adivina para saberlo, tanto que llegó a susurrarle:

—Mi marido teme... tiene miedo de las consecuencias.

El médico asintió, las consecuencias que el astrólogo temía eran las de esclavizar a un romano libre. Suetonio observó que la mujer ya estaba bajo los efectos del *opium thebaicum*, y que le

interesaba suavizar algunas aristas. Le restó importancia:

—Eso es algo que puedo solucionar. Tengo voz, pero por supuesto deberíamos hablarlo.

Arsínoe lo oyó, pero ahora ya tenía los ojos fijos; al día siguiente ni siquiera recordaría el diálogo.

Mientras la mujer se adormecía, al médico no se le ocurrió nada mejor que volver a su estera. No tenía nada que hacer y no tenía sueño; sólo cambió los trapos con los que se envolvía los tobillos para no sufrir el contacto directo con los grilletes, que a la larga le pudrirían la piel.

También aquella noche se quedó con la única compañía de su desesperación, y tendido en la estera que había sustituido a la cama.

El haber hablado de su hijo muerto el año anterior le había producido un extraño desasosiego, como si algo le estuviera rasgando el estómago. Al recordar a Marco, el niño que, de haber vivido, habría tenido casi seis años, lo volvió a ver corriendo mientras jugaba por la casa, pero le pareció ver su rostro borroso. El desánimo se apoderó de Suetonio: ya comenzaba a olvidar sus facciones.

Un sollozo silencioso subió hasta su garganta, y unas pocas lágrimas, en la oscuridad, bañaron sus mejillas.

X.

Tres semanas después de la fracasada fuga, Suetonio tuvo la ocasión de entrever, sólo por un instante, a Honoracio a través del ventanuco de la comida: se afanaba en barrer el pasillo. Parecía gozar de buena salud, aunque también llevaba grilletes en los tobillos. Le saludó con la mano y le pareció que, tal vez, su ayudante tuvo tiempo de verlo y sonreírle.

Sin embargo, esa no fue la única novedad de aquel día.

A la hora sexta, cuando el sol estaba en su cénit, la casa se vio invadida por el estrépito de los siervos y el ruido de las puertas que se cerraban de golpe. Algo insólito debía de haber sucedido. Suetonio aguzó el oído para ver si las novedades podían resultarle útiles. Oyó que Arsínoe, nerviosa, hablaba desde la celosía que daba al estudio del astrólogo.

Unos instantes después, la mujer se volvió hacia él, con la voz ronca por la pena:

—Mi marido ha resultado gravemente herido en una riña callejera. Ahora Kamis te abrirá la puerta... tú le curarás.

En un instante, Suetonio comprendió que, si el astrólogo le necesitaba, podían cambiar las tornas. Desde luego, Trifón era un hombre pérfido, aunque le hubiera complacido no tendría ninguna certeza de obtener la libertad, pero la oportunidad era excelente y no debía cometer ningún error.

Instintivamente decidió ir a por todas y cuando fue conducido por Kamis, armado con su habitual nudoso garrote, ante la presencia del herido, examinó cuidadosamente, no sin ocultar cierto disgusto, un corte que atravesaba oblicuamente la piel de su vientre, justo por debajo del ombligo. Aunque el corte medía algo menos de un palmo y a simple vista era muy feo, la vida del astrólogo no corría peligro: el golpe, asestado con un hierro afilado, no había sido realizado con la punta sino de refilón, y había cortado la piel y la grasa del vientre sin dañar las vísceras en absoluto. De hecho, las tripas seguían intactas en su sitio y ni siquiera eran visibles.

El médico no tuvo ningún inconveniente en exagerar la gravedad del estado del herido:

—Aquí lo que hace falta es un milagro de los dioses, ¡no un médico! —susurró, entornando un poco un ojo, como si quisiera examinar mejor algo repulsivo. Sin embargo, también era cierto que ningún médico tiene nunca la certeza matemática de salvar la vida de un paciente.

—Podrías morir mientras intento coserte —le alentó—, pero si me dejas hacer mi trabajo, utilizaré todas las artes posibles para mantenerte vivo.

—Ya sé a dónde quiere llegar con eso, médico —balbuceó el astrólogo, jadeante, a punto de quedarse sin resuello—. ¡Habla!

—Me devolverás la libertad sin ninguna condición.

—¡Y tú te irás corriendo, dejándome aquí malherido!

—No, Trifón. ¡Soy un hombre de palabra y llevo veinte años salvando las vidas de legionarios heridos! Ordenarás que nos quiten inmediatamente estos inhumanos grilletes tanto a mí como a mi ayudante, y debes comprometerte, ante tus sirvientes y el guardián Kamis, a dejarme marchar. Con estas condiciones te curaré y me ocuparé de que tu esposa pueda seguir teniendo los mejores cuidados respetando siempre el secreto de su mal. Con esto, mi deuda contigo será pagada de una vez por todas.

La tez del astrólogo, poco acostumbrado al dolor, ya había tomado un aspecto cadavérico, más por miedo que por el verdadero peligro de la herida. Pero aun así temía las consecuencias de aceptar esas condiciones y Suetonio aprovechó la ocasión para sacar partido de la situación:

—No sé cuánto tiempo te queda, Trifón. Decídate rápido. Podrías empeorar, y a cada

momento que pase es probable que mi trabajo se complique más. Y no me gustaría que se volviera imposible. —En ese momento creyó oportuno distraerle con otro asunto, relacionado con la resolución de su caso—: Tampoco sabemos cuánto tiempo perderemos al tratar de conseguir el instrumental de cirujano en esta ciudad.

El astrólogo, con el rostro lívido, al oír la mención del instrumental quirúrgico, hizo un gesto con la cabeza a Kamis, que había oído la conversación:

—Quítale los grilletes de los tobillos y llévalo al ensalmador Pseneris. Él le prestará lo que necesite. Me veo obligado a aceptar lo que me pida, pero tú quédate cerca de él: si no respeta su palabra e intenta huir sin haberme atendido, ¡le retuerces el pescuezo!

Con el cincel adecuado y un golpe de martillo, los grilletes desaparecieron en un instante, y media hora más tarde el ensalmador Pseneris, un simpático anciano que vivía a trescientos pasos de distancia se mostró encantado de prestarle al noble colega romano, acompañado de Kamis, lancetas, dilatadores y agujas para suturar cortes. De hecho, se ofreció a intervenir, o al menos a ayudar, a lo que Suetonio se vio obligado a negarse, balbuceando oscuras excusas. No podía arriesgarse a que el viejo ensalmador descubriera su juego menospreciando el alto mérito de haber salvado la vida del astrólogo.

Pseneris, pensativo y con el ceño fruncido, supuso que se hubiera producido una reyerta entre criados en la villa de Trifón o que hubiese sucedido algo grave e ilícito, probablemente entre parientes. Pero rehusó indagar más: las riñas entre parientes eran tan frecuentes a lo largo del Nilo como en cualquier otra parte, así que le prestó a Suetonio su caja de instrumentos entera, recomendándole que se la devolviera lo antes posible.

En cierta ocasión, Suetonio había presenciado cómo un famoso médico, con el pretexto de intentar curar a un legionario moribundo, le había abierto la cabeza. Todo el mundo sabía ya que no viviría, y aquel ilustre médico aprovechó la ocasión para escenificar una actuación memorable que le dio renombre y fortuna. Suetonio hizo lo mismo: ordenó a todos los presentes que se vistieran con ropas limpias, y los criados tuvieron que procurarle dos hekat^[17] de vino y vinagre con los que el astrólogo, que temblaba de miedo, fue lavado sobre la mesa de la cocina. En efecto, Trifón no podía excluir que estas operaciones precedieran, quizás por poco, a la apertura de su tórax para momificarlo.

El médico mandó que colocaran decenas de lámparas de aceite en todas las estancias de la casa y, ataviado con una larga túnica y un tocado que había pertenecido al infortunado Trifón, se dispuso a iniciar la intervención.

—¡Que nadie se atreva a abrir las puertas! —fue la señal para que comenzara la operación. El propio Kamis, imponente, se instaló en el umbral con las piernas abiertas y los brazos cruzados, para impedir que nadie entrara o saliera.

El examen del paciente fue realmente escrupuloso, por no decir exagerado: no se pasaron por alto ni los pies empapados de un añejo cerumen, ni la boca y los dientes podridos, o las malolientes axilas. Un examen particularmente minucioso, con el ayudante sosteniendo dos lámparas juntas, se llevó a cabo en cada oído.

Cuando al médico le tocó palpar los atrofiados testículos del paciente, Honoracio, con su consumada habilidad de ayudante de cirujano, dejó escapar, con absoluta seriedad:

—¿Se los quieres extirpar ya?

—No, aún no es el momento. Por ahora, nos limitaremos a recoserle el corte.

El comentario se escapó en un fingido susurro, el paciente lo oyó y entornó los ojos, conteniendo la respiración durante unos instantes.

Cuando el médico aplicó el vinagre sobre la carne viva, Trifón se estremeció a causa del

escozor, pero de nuevo no se atrevió a decir palabra. Tampoco dejó escapar ni un gemido durante la larga intervención mientras, puntada a puntada, la piel era perforada para suturar.

Suetonio se tomó su tiempo: su futuro y su libertad dependían de esta farsa, que cualquier humilde aprendiz de médico habría completado en un abrir y cerrar de ojos. Mientras tanto, el paciente no había dejado de gotear sudor como una fuente.

—Esto no va bien... hay que rehacer el punto, pásame una aguja con una punta de lino enhebrada, bien larga esta vez —ordenó al ayudante.

Al terminar la última sutura, con el lavado final con el vinagre que precede a la pomada de aloe, Trifón terminó por desmayarse, relajándose como un gorrino muerto.

Un sofocante olor a excremento se extendió por toda la mesa.

—Suetonio... ¿lo has matado? —se inquietó el ayudante—. ¡Este hedor es realmente insoportable!

—Calla, Honoracio, se lo ha hecho encima, es habitual en operaciones de esta dificultad.

Aparte de la obligada comedia, la operación había ido bien. Poco después, por primera vez en semanas, los dos se sometieron a una limpieza a fondo con arena y natrón junto a las tinajas, en un rincón de las letrinas.

—¡Esta vez sí que lo hemos conseguido, Honoracio! —susurró el médico—. Pero ¿te has enterado de lo que le pasó al astrólogo? ¿Cómo se hizo ese corte?

—Kamis contó que les injurió un hombre acomodado que vive en la ciudad, un tal Nemesión. El nubio fue insultado por su criado, quien, delante de todos, le recordó que las personas de grandes hombros como él tienen la verga pequeña ¡y que sólo sirve para mear! Aunque creo que esto es cierto, lo he oído decir muchas veces...

—¿Y Kamis?

—Se cruzaron graves palabras y alguna bofetada. En un instante estalló una auténtica reyerta. A Nemesión ya le corría la sangre por la cabeza, tenía un cuchillo, y el astrólogo acabó recibiendo la cuchillada en el vientre.

—¡Creo que le debemos al tal Nemesión y a su sirviente nuestra libertad! —balbuceó el médico—. Si no hubiera sido por ellos, Trifón nunca nos habría quitado los grilletes.

—Sí, tal vez. Respetará su palabra mientras te necesite. Pero ¿y luego que tengo que hacer?

—Luego irás a comprar las medicinas que necesita Trifón y harás un trabajillo que nos asegurará poder salir de aquí —y secándose añadió—: ¡Este astrólogo ha recibido su merecido! Como otros que hacen su trabajo, y al igual que los magos, vive de la credulidad de la gente. Utiliza palabras complicadas y papiros con dibujos del cielo y las estrellas para engañar a los ignorantes. No hace más que decirles lo que quieren oír. ¡Debe de ser muy hábil y consigue que la gente se crea cualquier cosa!

—¡Yo también creo que se ha llevado su merecido! Kamis, sin embargo, dice que había errado por completo en un horóscopo.

—¡Ah!, ¿sí? ¿De qué se trataba?

—El tal Nemesión, el que le acuchilló, hacía unos meses, había acudido a Trifón para una consulta: quería saber si los astros estaban a favor de que alquilara a un primo lejano la mitad de la villa en la que vive, ya que se le ha quedado grande desde que murió su madre. Básicamente, se trataba de encontrárselo en su casa.

—Ya, comprendo. La gente del pueblo y los egipcios amantes de la tradición suelen plantear preguntas similares a los sacerdotes de los templos y a los magos sobre si les conviene comprar un determinado esclavo o tomar una esposa. ¿Y dices que se habría equivocado en el horóscopo?

—¡Se equivocó de cabo a rabo! Kamis lo contó, es de dominio público, se habla de ello desde hace tiempo en la ciudad. Al final de una disputa que estalló por algún motivo en casa del tal Nemesión, su hija, una joven en edad casadera, le confesó a su padre que había entregado su virginidad al primo lejano, al que le habían alquilado parte de la casa. Y su madre se hizo eco de ello al instante: ¡ella también yacía con aquel joven, pero con el propósito, y llegó a jurarlo, de mantenerlo alejado precisamente de la muchacha!

—¡Y Nemesión quiso darle las gracias al astrólogo! —asintió el médico satisfecho—. Ahora te explicaré con detalle lo que tienes que hacer. Más tarde irás a la botica a comprar medicinas, pero tienes un trabajo más importante que hacer. Si no queremos correr más riesgos con esta sabandija, debes encargarte de que se envíe a Alexandria una carta que te voy a escribir.

—¿Y si Kamis me acompaña y ve lo que hago?

—¡Tendrás que arreglártelas para que no te vea! Podrías darle la carta y una moneda a un chaval, teniendo mucho cuidado de que no te vean. Es un asunto sencillo, sólo tienes que llevarla al cuartel del ejército de la ciudad, luego los militares se encargarán de hacerla llegar a Alexandria.

—¡Sé dónde está la guarnición, no está a más de doscientos pasos de la botica!

—Es importante que nadie te vea, ¡y que la carta salga!

—Ya se me ocurrirá cómo hacerlo, Suetonio. Por la forma en que hablas de ello, supongo que esta carta es nuestra garantía de que no terminaremos de nuevo con grilletes en los tobillos.

—Algo así, Honoracio. Aún me queda algún amigo en el ejército.

Se sentó ante el escritorio del astrólogo, rebuscó hasta hallar el cálamo adecuado y comenzó a escribir.

*Al centurión Publio Póstumo,
destinado en la XXII Legión, Nicópolis.*

*Querido amigo, pocos días después de mi partida de Alexandria, la protección del
prefecto de Egipto no fue suficiente para salvarme de los búcolos que infestan el delta
del Nilo.*

*Algunos de esos asaltantes me secuestraron junto con mi ayudante, y nuestras vidas
fueron redimidas por Trifón, el conocido astrólogo de Naucratis. Somos sus huéspedes
y, como ya no tenemos ni una drama, estamos negociando con él nuestra liberación. Si
todo va bien, te escribiré en cuanto llegue a mi destino en la guarnición de Tebas. Pero
si no tienes noticias mías, te ruego que envíes a los soldados a investigar la casa de
Trifón. Recibe mis saludos, Aulo Suetonio.*

XIV Kal.Apr. An. VII TRAIANI Opt. Aug. ^[18]

XI.

—¿Vivirá mi marido? —se apresuró a preguntar Arsínoe, inquieta.

—Yo creo que vivirá —le respondió seguro el médico—, a no ser que haga alguna tontería y reabra de forma accidental la herida. Podría desarrollar alguna de esas infecciones sanguíneas que a veces pueden tener graves consecuencias.

—¿Te quedarás para curarlo?

—Sí, lo voy a medicar con vinagre y jugo de aloe durante unos días hasta que vea que la herida está cicatrizando.

—¿Y luego te irás?

—Arsínoe, no puedo permanecer aquí para siempre. Debo presentarme en Tebas para cumplir mi servicio. A estas alturas llevo al menos un mes y medio de retraso y me llevará más tiempo tratar a tu marido y preparar tu medicamento.

—Ya sabía que tarde o temprano te marcharías —asintió la mujer—. Mi marido Trifón pensó que te mantendría prisionero con engaños, pero yo ya sabía que encontrarías el modo de marcharte.

Suetonio prefirió no insistir en el asunto y no le respondió.

—No creo que necesites mucho tiempo para mi medicamento —continuó Arsínoe—. Ya he visto cómo lo haces y, a estas alturas, ¿podría preparármelo yo misma! Quería pedirte un favor: antes de irte, ¿podrías informarte discretamente, con alguien de tu confianza si hay algún tratamiento nuevo para mí?

—Lo haré con mucho gusto, Arsínoe. Y no dejaré de preguntar cuando me encuentre en alguna botica nueva, o incluso con mis colegas. Con sumo cuidado, incluso intenté preguntarle al cirujano Pseneris, ese anciano que me prestó el instrumental para tu marido. Desgraciadamente es cirujano y ensalmador, puede que sepa cortar a los pacientes, pero no sabe nada de medicamentos. Esto te lo explico para que no te fíes demasiado de las habladurías: ¿para tu enfermedad, Pseneris me recomendó un brebaje que ahora han abandonado hasta los magos!

—Pero... entonces, ¿le hablaste de mí?

—No, él no sabe que estás aquí. Le pregunté si conocía alguna receta para el carbunculus, una enfermedad lejanamente relacionada con la lepra y para la que se utilizan los mismos medicamentos. Me recordó una antigua receta a base de arsénico, natrium, piritas de hierro y vinagre. Yo ya la conocía, y además de ser completamente inútil, algunos de esos medicamentos son tan peligrosos que ya nadie se atreve a utilizarlos. Te lo cuento para que no caigas en la tentación de probar curas que podrían resultarte dañinas, no te curarían y te provocarían un sufrimiento atroz.

—Te lo agradezco, Suetonio. El caso es que para mí ahora, mucho me temo que ya no hay curas peligrosas. Esta enfermedad no quiere desaparecer y me doy cuenta de que nunca podré volver... a ser como antes. —Y se le escapó un sollozo por debajo del velo.

Suetonio no quiso engañarla con falsas esperanzas:

—Antes de irme, también le explicaré bien a tu marido lo que puede hacer y en lo que no debe confiar. Hablaré con él, y le dejaré una nota con los nombres y las dosis de los fármacos, para que puedas seguir adelante con el tratamiento que te estoy administrando y que, por lo que he visto hasta ahora, al menos estamos seguros de que no te ha producido ningún daño.

El astrólogo Trifón, tras la herida y la intervención quirúrgica, yacía postrado en su cama,

completamente inmóvil, aterrorizado ante la mera idea de que un falso movimiento pudiera reabrirle la herida y conducirlo a la muerte entre terribles sufrimientos. Honoracio se lo había explicado a los criados, fingiendo hablarles en voz baja, mientras lo colocaban en la cama. El hombre estaba tan asustado que ya no se fiaba de sí mismo para hacer el menor movimiento, ni para ir a la letrina por su cuenta, por lo que los criados se veían obligados a limpiarle con frecuencia mientras él permanecía rígido como una estatua.

Suetonio lo controlaba al menos tres veces al día; había mandado trasladar lecho y enfermo a la estancia donde se recibía a los clientes importantes que acudían a obtener sus horóscopos. Se trataba de una estancia amueblada de forma fantasiosa, con papiros esparcidos por todas partes y grandes láminas colgadas en las paredes que representaban la posición de las estrellas en el cielo y sus trayectorias.

Al quinto día de la intervención, cuando el paciente parecía estar en vías de recuperación, el médico trató con él el complejo tema de la conclusión de sus prestaciones:

—Como ya te dije, creo que me he ganado con creces el rescate que anticipaste para arrebatarme a esas sabandijas de los búcolos. Me gustaría que te quedara claro, para evitar más discusiones.

—¿Estás pensando ya en marcharte? ¿Pretendes acaso abandonarme aquí, moribundo en esta cama? ¿Solo como un perro con sarna?

—Aún no estás moribundo, Trifón, ¡por mucho miedo que tengas!

—¡Que fácil es decir eso cuando no estás pasando lo que yo estoy sufriendo! Pero no creas que no me he dado cuenta de que, a pesar de todo tu trajín, ni siquiera me estás prescribiendo los medicamentos más elementales que se utilizan en estos casos.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Acaso no te doy el ungüento de aloe al menos tres veces al día?

—¡No me has prescrito la bilis de escorpión marino^[19]! ¿Te lo tiene que recordar un astrólogo?

—No, y por supuesto no te la he prescrito... ¡si ni siquiera sé qué aspecto tiene ese animal!

—¡Bah!, te bastaría con habérselo pedido al boticario...

—¡No le pediré nada al boticario! ¿Acaso yo no he tratado a los soldados de toda una legión en Nicópolis?

—Tal vez en Nicópolis, como afirmas, trataras a centenares de hombres, ¡pero aquí no estás en el ejército!

Honoracio, que estaba escuchando los doctos consejos del astrólogo, pensó que podía intervenir con una idea de su propia cosecha:

—Suetonio, ¡jamás habrías dispuesto de tanta bilis de escorpión marino para curar a todos los legionarios! ¡Ni siquiera creo que existan tantos escorpiones marinos!

El médico pasó a examinar la herida y tranquilizó al enfermo:

—Si no haces movimientos bruscos, en diez días la herida se habrá cerrado de nuevo y podrás volver a moverte, con cuidado, por la casa.

—Lo has dicho y hecho todo, Suetonio, ¡te aprovechas de mi estado y de mi enfermedad que me impiden responderte adecuadamente y hacerme valer!

—¡No te atrevas a decir embustes, astrólogo! Y para que no se te metan ideas equivocadas en la cabeza, como por ejemplo cambiar las órdenes a ese animal de Kamis, que sepas que ya he tomado todas las precauciones necesarias: he informado a la guarnición de Alexandria de que soy tu invitado. Si me retraso en presentarme en Tebas, donde he de prestar servicio, ¡los legionarios vendrán aquí a buscarme!

En realidad, las precauciones del médico estaban resultando excesivas, incluso innecesarias:

el tremendo susto y el miedo a la muerte habían vuelto al astrólogo más dócil que un cordero.

—¡No te entiendo, Suetonio! —intentó replicarle con un lamento—. Ahora que me encuentro en estas condiciones, ¡quieres disponer de mi casa y de mis riquezas a tu antojo! —Entonces se cubrió con la sábana hasta los ojos, temeroso de un improbable resfriado.

Pero la transformación del astrólogo había sido profunda y absoluta: incluso había accedido a darle a Honoracio unas tetradracmas para que pudiera comprarse una túnica nueva. Naturalmente, la mayor parte de la suma la había invertido en una fructífera visita al lupanar cercano.

Al astrólogo, defraudado de su poder en su propia casa, sólo le quedaba una pizca de amor propio:

—¿Ahora quieres amenazarme con tus soldados? Deberías haberlos llamado cuando estabas en manos de los búcolos. ¿Quién te salvó aquella vez?

—Sólo te he mencionado a los soldados para que no tuvieras la tentación de cambiar de opinión y faltar a tu palabra, Trifón. ¿He sido claro?

—¿No me meterás en problemas? —le contestó, con un hilillo de voz.

El médico, en lugar de responderle, cambió de tema:

—He acordado con Arsínoe que te encargarás de que el boticario prepare sus medicinas y los criados le proporcionarán diariamente agua caliente para sus abluciones. Ahora levántate la túnica, que te voy a untar con el ungüento de aloe.

Durante los días siguientes, a medida que avanzaba la recuperación del pálido enfermo, Suetonio y Honoracio, dueños de la casa y ya sin la oposición de Kamis, engordaron; entre carnes selectas y exquisitos vinos, frutas de temporada e incluso dulces, gastaron en unos pocos días lo que Trifón solía gastar en meses.

Al cabo de una semana, en la que incluso los criados habían recibido vino, no quedaba ni una moneda en la casa y tuvieron que empezar a comprar comida a crédito. El carnicero y el panadero, alarmados por las sumas que se veían obligados a dar a crédito, acudieron a hacer una visita de cortesía al astrólogo. Comprobaron que seguía vivo y que podría recuperarse pronto para pagarles.

Trifón comprendió por sí mismo que si no se recuperaba rápidamente acabaría en la ruina, y un buen día decidió intentar dirigirse, respaldado por dos siervos, a la ansiada letrina.

Habían pasado dos semanas desde su percance, y el hombre, ya sin dolores, no tenía más que palabras de elogio para con el médico. Ese mismo día comió con sus invitados en la misma mesa en la que había sido intervenido. En aquella ocasión, Suetonio decidió llevar la conversación a lo más íntimo de su corazón:

—¡Cuánto me alegro de verte fuera de esa hedionda cama, Trifón!

—¡Si supieras lo feliz que me siento yo, médico, al encontrarme comiendo en esta misma mesa en la que estuve a punto de exhalar mi último aliento!

Los criados habían preparado sopa de cereales y gachas, rollitos de carne y verduras fritas, y no faltaba ni la tinaja de vino ni la de cerveza. Un criado, aún ocupado en el hogar, estaba terminando de dorar un par de patos rellenos. El astrólogo, absorto en su redescubierto amor por la vida y la buena mesa, ni siquiera quiso calcular cuánto le costaría aquella comida.

—Hoy te veo relajado, Trifón, y ya no estás preocupado como cualquier enfermo que se precie. Me gustaría aprovechar tan agradable día para hablarte de algo que me importa mucho.

—¡Dime, Suetonio, que lo nuestro sea como una familia!

—Necesito tu consejo: ¿cómo puedo continuar mi viaje a Tebas? Mis permisos han quedado

en manos de los búcolos y mi situación es un pelín complicada... ¡No quisiera tener que darle explicaciones a algún imbécil de centurión que me considere un desertor y me ponga grilletes! Podría estar en una cárcel apestosa durante semanas antes de que todo esto se aclare.

—Lo entiendo, vosotros sois romanos y tenéis vuestras propias leyes. Pero estando como estoy, no sabría muy bien cómo ayudarte.

—Básicamente, Trifón, al estar indocumentado, no me fío de acudir al primer destacamento militar que me encuentre. Y, desde luego, no puedo arriesgarme a tomar la primera falúa que pase para ir a Tebas que, por otra parte, está lejísimos. Ya fue suficiente para mí caer una vez en manos de los búcolos... ¡No sobreviviría una segunda vez!

—Has sido claro, Suetonio. —El astrólogo, embadurnado de grasa hasta los codos, se afanaba en dar buena cuenta de la mitad de un pato—. El único que podría ayudarte es mi primo Kalasiris. Es una persona importante, a menudo encargado de llevar a cabo liturgias^[20] para la ciudad. —Se detuvo un instante para chillarle a un siervo—: ¿Pero es posible, so imbécil, que siempre te olvides del rábano? ¿Dónde tienes la cabeza?

El criado se apresuró, con un afilado cuchillo, a rallar un poco de raíz de rábano sobre lo que quedaba del pato.

—¿De qué liturgias se encarga ese primo tuyo?

—¡Durante dos años seguidos estuvo a cargo del mercado de la ciudad! Según él, perdió un montón de tetradracmas por ese cargo... ¡él era el que pagaba la limpieza de la plaza del mercado! Los residuos de verduras podridas y desechos de matadero habrían assolado todo el barrio.

—Claro, ya se sabe, las liturgias son importantes para que ciudades y pueblos sigan funcionando, aunque los directamente implicados no saquen de ellas ni una dracma: a todo caso, alguna que otra contrariedad.

—¡Ya lo creo, médico! ¡Hasta intentaron asignarle la liturgia del control de los graneros! —y aquí la voz de Trifón se convirtió en un susurro—: Pero esa es una liturgia en la que se arriesga el capital, y mi primo avisó que estaba enfermo. Prefirió quedarse en la cama durante cuarenta días seguidos, hasta que encontraron a otro para ese servicio.

—Pero de profesión, este primo tuyo, Kalasiris, ¿a qué se dedica?

—Kalasiris es comerciante. En la rama de la familia que desciende de mi abuelo Paysis, todos trabajamos en el gremio de la astrología y la religión. Además de perfumes y esencias comunes, comercia con el *opium thebaicum*. Se lo vende a los sacerdotes de los templos y a los magos. A veces incluso envía *opium* a Alexandria y desde allí se envía por mar, a todo el mundo. Pero mi primo siempre ha hecho grandes negocios también con vosotros, los médicos.

—Cierto, los médicos lo usamos para dormir a los pacientes y que no sientan dolor. Sé que la mayor parte del *opium* viene de Tebas y es precisamente allí adonde debo ir. Seguramente tu primo debe conocer algún barquero, al menos los que hacen los transportes.

—Supongo que sí... yo no puedo moverme de aquí, pero podría prepararte una nota para mi primo. Kamis te acompañará, él sabe dónde vive. Podrás explicarle tu problema en persona, Kalasiris es un hombre muy espabilado, igual que yo, todos somos muy espabilados en la familia, es un don que heredamos de nuestro abuelo Paysis. Seguro que puede ayudarte a llegar a Tebas confiándote a alguien que no te vuelva a poner en peligro. Queda entendido que no debes hablarle... de Arsínoe. Ni de ninguna otra cosa...

El médico asintió, satisfecho con la propuesta.

Tras ingerir otro cuenco de cerveza, contento de cómo se sentía, el astrólogo casi le susurró al oído al médico:

—Pero... oye, Suetonio, desde hace unos días no hago más que darle vueltas a la cabeza: por aquel asunto de los testículos... ¿te acuerdas de cuando me los palpaste? Aunque estaba sufriendo terriblemente, creo que te oí hablar de... ¡cortármelos!

—Sí, es verdad, Trifón... lo siento, pero es un remedio habitual en una situación como aquella... —se inventó el médico—, sin embargo hay que tener cuidado porque al castrar a un hombre lo haces más dócil y sumiso... a los fármacos. Pero en tu caso no fue necesario; de hecho, cuando estés totalmente recuperado puede que tengas ocasión de volver a usarlos.

—Gracias, Suetonio. En cuanto me sienta un poquito mejor, me pondré manos a la obra. Esta sugerencia, al venir del médico que me devolvió la vida, hay que ponerla en práctica sin demora.

TEBAS

XII. Tebas

Los dos barqueros que puso a su disposición el mercader Kalasiris, el primo de Trifón que había hecho fortuna en el comercio, eran Agathos, un taciturno cincuentón experto en la navegación por el Nilo, y Apión, un despierto muchacho de dieciocho años. Habían recibido instrucciones sobre la importancia de los pasajeros y su deseo de no detenerse, bajo ningún concepto, a pasar la noche en una ciudad donde hubiera una guarnición del ejército, posiblemente con guardias en las cercanías de los muelles. Los pasajeros seguían indocumentados y cualquiera habría reconocido al médico como un forastero: el interés e inevitablemente algunas preguntas peligrosas se habrían centrado en él.

Suetonio y su ayudante observaron cómo desaparecían las casas de Naucratis, y cuando la ciudad, bajo la fuerza del viento que impulsaba la falúa, se convirtió sólo en un borrón en el horizonte, el médico dejó escapar:

—¡Lo logramos, Honoracio! Llegaremos tarde a Tebas, pero no será por nuestra culpa. En el Nilo a cualquiera puede ocurrirle algún percance. Con las miserias de Alexandria y Naucratis y las aventuras peligrosas, hemos terminado de una vez por todas.

—Ojalá estés en lo cierto, Suetonio. Me parece que estas palabras tuyas ya las he oído cuando nos adentramos en el Nilo de Canopo, ¡hace casi dos meses!

El médico, mientras hablaba con su ayudante, también lo hacía consigo mismo:

—Soy un médico respetado. En Tebas, la salud de nuestros legionarios no será mejor que en Alexandria. De hecho, es posible que sea incluso peor. Se dice que el clima de Tebas es muy duro, sobre todo en verano, cuando las pútridas miasmas de las aguas de las inundaciones llenan las casas de plagas. Creo que seremos bien recibidos, ¡y Trifón, incluso me ha dado tetradracmas para la comida durante el viaje!

—Has hecho bien en aceptarlas, Suetonio. Yo ya había hecho limpieza en la casa, pero unas cuantas tetradracmas de más no nos vendrán mal.

—¡No tenías que haberlo hecho, Honoracio! ¡No había necesidad de que te aprovecharas!

Hacia la hora octava^[21], los barqueros abordaron una gran falúa que navegaba por el Nilo con una veintena de pasajeros a bordo y al ver que estaban friendo su almuerzo en un brasero de barro, consiguieron que les dieran unas cuantas libras de exquisito pescadito frito.

Y fue mientras comían, acomodados en la proa, lo suficientemente apartados de los barqueros como para hablar de sus asuntos, cuando Honoracio inició una curiosa conversación:

—Escucha, Suetonio, ahora que por fin estamos libres de los peligros de esa maldita ciudad, ¿sabes lo que estaba pensando? Tenemos muchos días de viaje por delante, y me gustaría pedirte un favor.

El médico lo miró con desconfianza, la premisa era demasiado larga para un tejedor que en los últimos años se había esforzado por ganarse la vida con artimañas o hurtos.

—Cuando te sientas con ganas —continuó el joven—, ¿me echarías una mano para que pueda aprender a leer mejor? Sé reconocer las palabras, pero soy tan lento que, para cuando llego al final de la línea ya he olvidado lo que ponía al principio.

Suetonio sonrió:

—Te ayudaré encantado, Honoracio. Pero he de reconocer que este repentino deseo tuyo de aprender a leer me sorprende un poco. ¿Ha ocurrido algo nuevo para que decidas aplicarte a la

lectura?

—¡No ha pasado nada! Al estar cerca de ti me he dado cuenta de que saber leer es una necesidad, y además resultaría más creíble como ayudante tuyo, si supiera leer las recetas con las que a veces me envías a las boticas. También podría darme categoría, ¡estoy harto de que me consideren un siervo!

—¡Ya era hora, Honoracio! Aprender a leer bien no es demasiado difícil; si ya conoces las letras, sólo se trata de practicar un poco para que la lectura sea más rápida.

El médico no estaba del todo convencido de que los dioses hubieran enviado, de repente, a su ayudante un poco de juicio. Honoracio era natural de Menfis y, como otros muchos jóvenes, aún no había encontrado su camino. Había probado suerte en otros lugares, pero los que se alejaban de una gran ciudad apenas encontraban nada atractivo en los pueblos de la ribera del Nilo: los campesinos incultos son como animales de carga y, cuando no están trabajando en el campo de sol a sol, se ven obligados al eterno trabajo de palear barro para limpiar los canales, como exige el “impuesto del terraplén^[22]”. Además, Honoracio tenía para entonces a sus espaldas incluso unos meses de vida militar en la guarnición de Nicópolis, de la que había desertado a las primeras de cambio, dadas las penurias a las que estaban sometidos los legionarios.

—Estando contigo —continuó el ayudante—, he comprendido que los ignorantes siempre acaban siendo engañados por los que saben más que ellos. Cuando era tejedor en Menfis, nunca me di cuenta de esto. Fue en casa de aquel embaucador de astrólogo donde me percaté de cómo se hacía: no tiene ningún don especial que le hayan concedido los dioses, pero sabe leer libros y sabe cosas que los demás desconocen. Estuve observándole en más de una ocasión cuando los clientes venían a pedirle un horóscopo. —Al joven, en ese momento se le escapó una sonrisa socarrona—: Una vez, vino un tipo que quería saber si debía comprar una sirvienta que le habían ofrecido. Otro quería saber si una joven con la que pretendía casarse era adecuada para él. El astrólogo, lo he visto, estudiaba cuidadosamente a las personas...

—¿Las estudiaba? Pero ¿qué quieres decir?

—Trifón tiene su propio sistema: lanza chácharas inconcluyentes, ya sabes, como cuando la gente habla de la cosecha, o del último año que no fue tan bueno, o de que hubo crecidas del Nilo mucho más prometedoras.

—En resumidas cuentas, chácharas de campesinos.

—De campesinos y de cotillas. Pero él, el astrólogo, observaba cómo reaccionaba el cliente: en cuanto éste sonreía para demostrar que efectivamente era así, le daba la razón y empezaba a soltar sus teorías sobre la posición de los astros.

Suetonio sonrió:

—¡No pensaba que fueras tan experto en observar a la gente!

—¡Eh!, aunque me llamen “El Tejedor” y siempre haya trabajado en los telares, ¡no soy ni tonto ni sordo! Escuché sus pláticas mientras tú estabas en la jaula con la leprosa. ¡Ese hombre es un verdadero profesional del arte de engatusar a sus clientes!

—Ya se sabe, los astrólogos crean ilusiones a la gente, pero continúa... ¡ahora me pica la curiosidad!

—Está atento como un halcón a la espera de su presa: en cuanto encuentra alguna ocurrencia que su cliente aprueba, enseguida le desliza la posición de la luna y las estrellas... y ése, que un momento antes había compartido una nimiedad con un movimiento de cabeza, quizá coincidiendo en que las estaciones ya no son como eran antes, le sigue ciegamente a todas partes. ¿Has visto cuando llevan a los bueyes al matadero? Esos están acostumbrados a seguir al amo.

—Pero... no acabo de comprender. ¿Qué significa que lo siguen?

—Significa que le creen y él utiliza, para dar fuerza a su palabrería vacía, esos papeles que habrás visto en la estancia donde le trataste. Esas grandes hojas de papiro que cuelgan de la pared. En ellas indica con el dedo la trayectoria de las estrellas, una trayectoria inventada por él en ese momento o la noche anterior, y el cliente, que no sabe nada de eso, ¡asiente! Si Trifón ve que el cliente tuerce la nariz, cambia de tema, para volver a darle la razón a la primera oportunidad que se le presente, ya lo entenderás, ahí van sus honorarios.

—Honoracio, tú bromeas con estas cosas, pero has visto cómo ha acabado: ¡le apuñalaron!

—Aun así, le ha ido bien, se merecía algo mucho peor. ¡Si no hubiera sido porque tenía miedo de morir, nunca nos habría dejado marchar!

—Entiendo tu punto de vista. Pero al final, volviendo a lo que me decías antes, ¿qué es lo que te gustaría leer? ¿Tienes algún papiro del que te gustaría aprender?

—Tú ayúdame a leer rápido, porque entonces las palabras son todas iguales, ¿no? Si puedo leer bien puedo leer cualquier cosa, creo.

—Bueno, en principio sí, pero podría ser útil centrarse en algo en particular. ¿Quizás te gustaría leer algunos papiros que tengan que ver con la profesión médica?

Honoracio debía de tener algo en mente, pero era reacio a hablar de ello:

—Bueno, me gustaría leer, quiero decir... Por supuesto que tengo algunas ideas propias, pero todavía tengo que pensarlo bien.

El médico sonrió, sabía que su ayudante nunca hacía nada sin un propósito concreto, pero le contestó educadamente:

—Aprender a leer y a escribir seguro que no te hará daño. En Naucratis hice que el cirujano Pseneris me diera un viejo papiro de recetas de fármacos que no necesitaba. Son sólo unas pocas páginas, bastarán para hacer algunos ejercicios, pero ¿sabes cuál es el problema? No tengo cálamos y tinta y, de todos modos, practicar la escritura en una barca es difícil. Sería más útil practicar sobre una mesa, en tierra firme.

—A mí me basta con aprender a leer, Suetonio. ¡No me hace falta saber escribir! ¡Sería como decir que para tejer hay que saber también hacer telares! Claro que yo sé hacer las dos cosas, pero soy un caso muy especial.

El médico meneó la cabeza y se ahorró la molestia de contestarle.

Superaron Menfis, manteniéndose en el centro del río, observando desde lejos el bullicio de los barcos en los embarcaderos. Honoracio vio las casas encaladas de su ciudad, dominadas por la pálida silueta del templo de Ptah.

—¿No has sabido nada de tu familia... de tu padre Cayo? —le preguntó el médico viéndolo otear a lo lejos con la mirada perdida.

Honoracio negó con la cabeza:

—No, no he sabido nada. Lamentablemente, no es un buen momento para detenerse en Menfis.

Si el Tejedor hubiese tenido un buen motivo como, por ejemplo, pasar una noche con su esposa, habría encontrado la forma de entrar en la ciudad sin correr demasiados riesgos. Pero su esposa se había entregado a la religión de Ptah, o más bien, a un clérigo de Ptah. Tal vez ya no estuviera en la casa familiar y Honoracio no tenía ningún deseo de investigar.

—Nos detendremos la próxima vez que pasemos por aquí —concluyó—. En el Nilo no hay ningún camino que no pase por Menfis. ¿Sabes en qué estaba pensando? Mi padre Cayo se está haciendo viejo, me gustaría llevármelo de aquí, que deje de vivir como un indigente y descanse de una vez.

Pasaron por Afrodítópolis y Heracleópolis, cuidándose mucho de no desembarcar en lugares concurridos. Lo poco que necesitaban, algo de pan y un poco de pescado fresco, consiguieron comprarlo de otras embarcaciones.

Se detenían a pasar la noche en lugares deshabitados, o casi deshabitados, a veces cerca de alguna otra embarcación ya atracada y a ser posible con una hoguera encendida; otras veces paraban en pequeñas aldeas a las que no llegaban los controles del ejército. El barquero Agathos, siempre disponible para todas las necesidades de los viajeros, nunca hacía preguntas. Debían de ser muchas las cuestiones que se agolpaban en su mente. Pero sus pasajeros eran gente importante y Trifón le había pagado bien para que olvidara todo lo que veía y oía.

Una decena de días más tarde pasaron por la ciudad de Acoris, donde el año anterior Suetonio y Honoracio habían estado a punto de perder la vida en una confusa batalla. Descendieron de la barca para estirar las piernas y Agathos envió a su ayudante a comprar una tinaja de cerveza, pero no se quedaron a pasar la noche. El tiempo era favorable, no hacía demasiado calor, y el reducido grupo se instaló a dormir bajo las estrellas en un anónimo embarcadero.

Durante las noches de luna llena, cuando soplaban un buen viento, incluso era posible navegar sin peligro y reducir aún más la distancia hasta Tebas.

Por último, pasaron Panosópolis, donde los acantilados amarillentos que delimitan el valle del Nilo empiezan a estrecharse unos contra otros, y Dendera, donde lo único que queda de los campos cultivados es una franja verde hundida en el valle, entre las rocas y las arenas también amarillentas del paisaje circundante, desértico y deshabitado.

El tedioso y larguísimo viaje a Tebas, treinta y cuatro días de navegación a contracorriente, terminó sin un solo incidente pernicioso, y por fin divisaron los muelles de la ciudad.

Agathos les hizo desembarcar en un tramo de orilla arenosa donde se agolpaban personas y animales: era el punto más cercano a la plaza del mercado, y médico y ayudante, confundidos entre la multitud, lograron evitar el puesto de guardia.

Suetonio dio unas monedas a los dos barqueros:

—Te estoy muy agradecido tanto a ti, Agathos, como a tu ayudante Apión. Espero volver a veros cuando tenga ocasión de visitar Naucratis. Que sepas que te agradezco que nos hayas mantenido alejados de los peligros de estas aguas.

Los dos barqueros inclinaron la cabeza en señal de deferencia y fueron al mercado a comprar algo de comer para el viaje de vuelta. En una hora partirían de regreso a sus hogares.

Suetonio sonrió al pisar por primera vez la tierra de Tebas: dirigió una amplia mirada a la multitud de hombres y mujeres con cestas de frutas y verduras que abarrotaban el mercado y luego se volvió hacia su ayudante:

—¡Ya estamos aquí, Honoracio! —exclamó, echándose al hombro el zurrón que contenía sus escasas pertenencias—. Entraremos en la ciudad y nos presentaremos en el palacio del gobernador. Pediré audiencia hoy mismo.

Mientras se abrían paso entre burros que rebuznaban, mujeres con las bolsas de la compra y críos de todas las edades que buscaban algo que hacer, Honoracio se mostró mucho más práctico:

—Cierto, ya estamos aquí. Pero ¿no sería mejor que primero echáramos un vistazo, Suetonio? ¿Olvidas que ni siquiera tenemos permiso? Y luego debes decidir cómo piensas presentarte. ¡En el permiso que nos robaron tenías otro nombre! ¡Y yo figuraba como sirviente!

—Sí, pero ya te lo he explicado, ese permiso era de conveniencia, se hizo a nombre de un médico del ejército que ni siquiera existe. Lo hicieron para no ofender a nadie en Alexandria. A

lo mejor alguien nos seguía buscando y no le hubiera gustado enterarse de que salíamos con un permiso expedido por la oficina del prefecto de Egipto.

—Claro, Suetonio, ya me lo has contado. El médico eres tú. Entonces, ¿cómo te presentas a los oficiales? ¿Y yo sigo siendo un siervo?

El médico no se molestó en responder a las triviales preocupaciones de su ayudante: vio el flujo de gente que se dirigía a la ciudad y, casi sin darse cuenta, se vio atrapado por la corriente.

XIII.

Tebas era una ciudad más pequeña que Alexandria y a quienes llegaban allí por primera vez, les daba la impresión de ser un lugar viejo y polvoriento. El polvo se desprendía de todas partes: de las calles, sólo parcialmente pavimentadas, del viento que venía de la meseta en la que el valle del Nilo estaba engarzado, e incluso de ciertas ruinas rojizas que se veían a lo lejos.

El populacho se agolpaba en la zona del mercado como en cualquier otro mercado egipcio: los vendedores atraían a los compradores a sus puestos, los peones se gritaban unos a otros, empeñados en descargar bloques de mármol o ladrillos de paja y cieno cocidos al sol, las mujeres discutían o regateaban los precios, y los burros rebuznaban.

Suetonio y su ayudante salieron de la confusión y pronto se encontraron en la vía principal, que estaba empedrada y tenía no menos de veinte pasos de ancho; a ambos lados de ella, un gran pórtico, en el que se encontraban tiendas de todo tipo, se extendía a lo largo de no menos de trescientos pasos. No faltaban carruajes para quienes tenían que desplazarse y disponían de algún dinero, ni burros disponibles para transportar mercancías pesadas. El médico detuvo a un transeúnte bien vestido y le preguntó dónde estaba el palacio del gobernador; le indicaron el barrio que estaba al septentrión de la ciudad.

El edificio del pretorio no podía confundirse con ningún otro: era un palacio de mármol claro que se elevaba por encima de los demás edificios; allí tenía su sede el gobierno del Alto Egipto y de la Tebaida.

Pero una vez frente a la escalinata del pretorio, su mirada fue atrapada por lo que comenzaba unos cien pasos más allá: la inmensa ciudad de los sacerdotes, cuyos enormes templos de mármol, ahora amarillento, ahora rojizo, destacaban por encima de todo lo demás.

—¡Esa tiene que ser la ciudad de los sacerdotes! —se le escapó al médico, completamente maravillado—. Me habían dicho que era un enorme centro religioso. ¡Y tenían razón!

—¡Todo gracias al dinero, Suetonio! —se hizo eco su ayudante, que, originario de Menfis, conocía bien el inmenso poder del clero.

La escalinata del pretorio estaba frente a ellos y los legionarios de guardia custodiaban todo el enorme complejo, pero ninguno de los dos pudo sustraerse a la fascinación de lo que sólo habían vislumbrado y fueron absorbidos por la curiosidad de ver algo del barrio de los templos.

Después de dar doscientos pasos, con el zurrón al hombro como cualquier otro viajero, los dos se callaron al entrar en una larguísima avenida bordeada de decenas, quizá centenares, de estatuas de esfinges, todas idénticas, talladas en mármol y erguidas sobre bases del mismo material, y de más de una persona de altura. Los templos mostraban muchos desperfectos debidos a siglos de expolio, pero lo que quedaba por ver, las inmensas estatuas de los antiguos reyes, los altísimos portales que daban acceso a las columnatas adornadas con frisos y bajorrelieves, las propias columnas, sin duda talladas por gigantes, les dejaron sin aliento.

—Es como estar en la ciudad de los sacerdotes de Ptah en Menfis —rompió el hechizo Honoracio.

—Es exactamente como la habían descrito... —susurró Suetonio, sobrecogido por el fasto del lugar—. ¡Jamás habría imaginado algo parecido! Y eso de allí al fondo, con las estatuas de sus reyes y la columnata, ¡debe de ser el templo de Júpiter!

A pocos pasos de ellos, cuatro sacerdotes orantes con sus blancas túnicas sacerdotales daban la bienvenida a un grupito de una veintena de peregrinos que se dirigían a visitar los templos. Personas humildes, temerosas de la religión, con túnicas blancas y la banda naranja atada al

brazo que indicaba su condición de peregrinos.

Suetonio se quedó mirando a los sacerdotes durante demasiado tiempo y recibió como respuesta una mirada de desprecio: fue reconocido inmediatamente como un extraño a su culto.

—Estos sacerdotes son asquerosamente ricos —susurró el ayudante, al que no se le había escapado el intercambio de miradas—. Creo que incluso son más ricos que los de Menfis, y los conozco... ¡son unos auténticos sinvergüenzas!

El médico pasó por alto esas tontas palabras; sabía que la mujer del ayudante se había fugado de casa con un clérigo. En su lugar, quiso destacar el aspecto positivo de lo que tenían ante sus ojos:

—Es una ciudad rica, Honoracio, y nos brindará nuevas oportunidades.

Permanecieron un rato observando, a la sombra de un sicomoro, el trasiego de fieles, sacerdotes y clérigos, a sabiendas de que no convenía intentar entrar en ningún templo, sin invitación.

—Haré que alguien me acompañe, esta ciudad religiosa merece sin duda una visita. Ahora vayamos a presentarnos al palacio del gobernador.

Poco después, subiendo la alta escalinata, el médico se presentó a los guardias que custodiaban la entrada:

—Soy el médico militar Aulo Suetonio. Debo presentarme en este Mando, y aunque he sufrido varios infortunios a lo largo del Nilo, mi orden era dirigirme al legado Avidio Nepote.

—¿De dónde vienes? —le preguntó un joven con el rango de optio.

—Vengo de Alexandria. No puedo enseñarte la carta de presentación porque los búcolos del delta me secuestraron y retuvieron prisionero durante dos meses.

—¡Entonces tienes suerte de estar vivo! Voy a marcarlo en mi hoja... ¿Aulo Suetonio, has dicho? De Alexandria. —El joven escribió diligentemente un par de líneas y concluyó—: Si te esperaban, tal vez puedas hablar esta noche con el legado Nepote. Preséntate aquí a la hora undécima^[23] y podré decirte algo.

El médico asintió y se dispuso a bajar pasando otra vez por la escalinata del fondo, en la que le esperaba Honoracio, pero movido por un pensamiento repentino volvió sobre sus pasos y le preguntó al joven optio:

—¿Sabes dónde hay un baño público por aquí cerca?

—Sí, hay uno aquí a la derecha, a doscientos pasos; si no lo encuentras, pregunta por Pesouris, a veces incluso nuestros legionarios van allí, también lava la ropa.

—...Pesouris... ¡te lo agradezco!

A la hora undécima Suetonio, con barba y cabello recortados y vistiendo una túnica nueva, fue escoltado al interior del pretorio por dos legionarios y conducido al ala del edificio donde se hallaba la gobernación del Alto Egipto. Antes de ser admitido ante el legado Avidio Nepote, fue cacheado por los guardias y luego se le permitió esperar en una espaciosa antecámara. Un par de soldados vestidos con uniformes ricamente decorados, seguramente su guardia personal, no le quitaron los ojos de encima ni un instante.

Tras una hora de espera, un secretario, un orondo liberto egipcio de mejillas sonrosadas, se asomó por una puerta:

—Dejad pasar al médico —dijo con voz chillona a los guardias.

El oficial de alto rango ante el que debía presentarse, el legado Avidio Nepote, estaba sentado ante un gran escritorio decorado con incrustaciones de hueso y marfil: un fajo de hojas de papiro, órdenes o cartas, descansaba ordenadamente a un lado; un tintero de bronce y un cálamo eran los

únicos adornos, y la estancia estaba sorprendentemente vacía.

Lo acogió con una mirada apática:

—Así que, ¿tú serías el médico que debía haber llegado hace más de dos meses?

—Debes perdonarme, legado. Fui secuestrado por unos asaltantes del río cuando aún estaba en el Nilo de Canopo. Tuve que pasar por muchas penurias hasta que un pudiente hombre de Naucratis tuvo a bien pagar mi rescate.

El legado debía de tener otras cosas en la cabeza y no le interesaban los percances del médico; chasqueó los dedos y el secretario le entregó una hoja de papiro:

—En esta carta dice que te presentarías con un salvoconducto con el nombre de otra persona, pero que tu verdadero nombre es Aulo Suetonio. ¿Es cierto?

—Sí, así es, legado. Lo del nombre fue una decisión del despacho del prefecto de Egipto, de la que no tuve conocimiento hasta poco antes de partir, cuando me entregaron el permiso.

Era mortificante deber explicar cosas así, cualquiera habría deducido que se trataba de algo poco honorable.

Mientras el oficial releía la carta que había recibido meses atrás, anunciando la llegada del médico, Suetonio lo observó detenidamente: debía de haber superado la cincuentena, se le veían numerosas canas en el pelo y la barba, pero estaba en perfecta forma; sin duda no procedía de la legión, sino más bien de uno de esos edificios de Roma de donde llegaban las órdenes para las legiones. Si no hubiera sido por el oro que adornaba sus muñecas y sus dedos, podría haberse confundido con uno de esos anónimos prefectos que siempre están al tanto de los asuntos de todo el mundo. El uniforme, sin un rasguño ni una abolladura, delataba su pertenencia a una familia patricia. Tanto con los prefectos como con los patricios, el médico siempre había tenido problemas, nunca ventajas.

—¿Por qué motivo se falseó el nombre? —preguntó el oficial.

—No sabría responderte —mintió con poca habilidad Suetonio, al que, incluso, le tembló la voz—. Supongo que emplearon ese recurso para no ofender a algún oficial. En Alexandria, oí decir que en ocasiones la relación entre el prefecto de Egipto y los oficiales de rango superior exige un gran respeto por el papel de cada uno.

—Ya... respeto por el papel de cada uno, dices... —Echó un último vistazo a la carta, buscando alguna pista, tamborileando con los dedos sobre la mesa, indeciso sobre cómo dar la bienvenida al nuevo médico. Finalmente le dio una respuesta banal—: Estoy de acuerdo en que el respeto entre oficiales superiores es algo necesario. Pero aquí, en Tebas, intentamos fijarnos más en la sustancia de las cosas.

A Nepote, en el fondo, Suetonio le importaba un comino, y le ordenó al liberto:

—Apolonio, toma nota de que el médico ha aparecido hoy. Apúntalo en el registro del centurión Sópatro.

Volviendo la mirada hacia el médico, concluyó:

—Te presentas con dos meses de retraso, sin órdenes ni permisos, y recibo una carta del Alto Mando advirtiéndome que te ibas a presentar con un nombre falso. No me cabe duda de que eres un recomendado.

Suetonio agachó la cabeza.

—Pero no quiero saber nada más de ti, yo estoy aquí para respetar los deseos del prefecto de Egipto —continuó, frunciendo el ceño—. Y aunque ya tengamos nuestros propios médicos, aún tendrás la oportunidad de demostrar tu valía. Si eres bueno en tu profesión serás apreciado, pues aquí en Tebas los hombres valen por lo que son.

Hizo una señal a Apolonio con la mano, como si quisiera ahuyentar las moscas:

—Acompáñale ante el centurión Sópatro —y le puso una nota en la mano.

La conversación, carente de la cordialidad habitualmente reservada a los nuevos oficiales, había concluido.

El médico siguió al secretario a través de una sucesión de pasillos hasta una pesadísima puerta de madera maciza custodiada por una docena de legionarios. Ésta conducía a los barracones de la tropa donde había dos cohortes acuarteladas, poco más de un millar de hombres; en su mayoría auxiliares, por no decir mercenarios.

—¿Han enviado un nuevo médico? —lo recibió el centurión Sópatro, un hombre en la cincuentena, de complexión robusta, en la plenitud de su vigor, como era fácil imaginar por sus musculosos bíceps. En su rostro destacaba una nariz más grande de lo normal, en la base, sobre todo. Su mirada aguda y la intensidad de los ojos entornados inspiraban una instintiva desconfianza.

El secretario asintió y el centurión observó indeciso al recién llegado:

—De hecho, tenemos un pequeño *valetudinarium*, pero nunca lo utilizamos. Cuando viene algún enfermo, preferimos acomodarlo fuera del cuartel, en unas oficinas que tenemos aquí cerca. En Tebas a veces circulan extrañas enfermedades traídas por la canícula estival: dicen que pueden transmitirse de un legionario a otro, como la peste en un rebaño de ovejas, por lo que es mejor que los enfermos queden recluidos aparte. Y en cuanto a los médicos —se le escapó una sonrisa—, Tebas es una ciudad rica y preferimos recurrir a los reputados médicos griegos que tratan a los más pudientes. Como también comprenderás, ellos jamás pondrían un pie en este cuartel y debemos dirigirnos a su casa.

—Entiendo, centurión —respondió Suetonio con la deferencia debida al oficial, a cuyo rango, como médico, estaba equiparado—. ¿Así que me aconsejarías que buscara alojamiento en la ciudad?

El centurión releyó la nota que el liberto Apolonio le había entregado:

—Aquí no me dicen dónde debes alojarte. Si deseas instalarte en el *valetudinarium*, está a tu disposición. Déjame hablar con los demás oficiales, entonces podré decirte con más precisión cómo puedes organizar tu trabajo. Si regresas en un par de horas tendré un salvoconducto para que entres y salgas del cuartel por necesidades de tu servicio.

Hizo una señal a su ayudante, un joven auxiliar egipcio que había permanecido atento en un rincón durante toda la entrevista:

—Teón, muéstrale al médico el *valetudinarium*. Si hace falta algo, vuelves a informarme.

El *valetudinarium* constaba de dos estancias, de las cuales una, de grandes dimensiones, estaba adaptada a las necesidades de los enfermos con una docena de catres que en aquel momento estaban vacíos; las dependencias y el mobiliario estaban cubiertos por una ligera capa de polvo fino traído por el viento. Probablemente, nadie entraba allí desde hacía años.

La segunda estancia, que en un pasado lejano había sido el despacho del médico, estaba amueblada con un escritorio y unas cuantas estanterías en las que yacían desordenados tarros de terracota y botellitas cubiertas de polvo, antaño envases de medicamentos.

—Teón —le dijo el médico al joven asistente—, ¿podrías conseguir un par de hombres para limpiar el *valetudinarium*? —En ese instante, sus ojos se percataron de los esqueletos resacos de un par de enormes ratas muertas, quién sabe desde cuándo, que yacían expuestas en un rincón de la estancia junto con otras inmundicias.

—Una buena limpieza, Teón, tanto en este despacho como en el dormitorio. Creo que dormiré fuera un par de noches hasta que el lugar esté encalado y recogido. Entonces ya veremos cómo

utilizar el *valetudinarium*.

—Estoy a tus órdenes, médico. Mañana por la mañana, los hombres del cuartel que están cumpliendo un castigo se pondrán a trabajar junto a un par de siervos, ¡y se ocuparán de las dependencias!

—¿Cuántos hombres hay en el cuartel?

—Debería haber dos cohortes completas, pero actualmente seis centurias están apostadas en aldeas no muy lejanas de Tebas. Están organizando los últimos envíos de trigo al delta, luego se repartirán entre las distintas guarniciones para supervisar a los trabajadores del “impuesto del terraplén”.

—Bien... Tebas debería ser un lugar tranquilo...

—¡Y lo es, médico! En estos momentos sólo hay cuatro centurias en el cuartel y el orden en la ciudad está garantizado por la milicia egipcia.

Suetonio acababa de tomar posesión de la polvorienta estancia que se iba a convertir en su nuevo hogar.

XIV.

Ya era de noche cuando Suetonio se reunió con Honoracio que había estado a la espera del resultado de la reunión a la sombra de unos árboles, no lejos de la escalinata del Pretorio; fueron a cenar a una modesta popina a pocos pasos de ahí.

El médico le contó lo que había visto en el cuartel y en el palacio del gobernador. Reflexionando sobre su encuentro con el legado, una de las más altas autoridades de Tebas, no pudo evitar suspirar:

—Es por lo del permiso perdido con el nombre del falso médico... ¡A saber lo que habrá pensado el legado! Estará convencido de que hay gato encerrado. Incluso el centurión al que tuve que presentarme se mostró incrédulo de todo el asunto.

—¿Y qué deberían haber pensado, Suetonio? —le respondió el Tejedor, con la boca llena de cebolla finamente picada y de deliciosas judías verdes—. ¿No me dijiste que tu llegada había sido adelantada por carta? Habrán pensado que eras un espía enviado por el prefecto.

—Lo que nos faltaba... ¡yo, un espía!

—¿Y el gobernador? ¿Lo has visto?

—No, Honoracio, y dudo mucho que alguna vez llegue a verlo. Mi posición es demasiado baja para que pueda intentar hablar con ese hombre. Bastante es que haya podido presentarme al legado.

El Tejedor sonrió:

—Te veo preocupado, Suetonio. Pero mira, ¡no tienes por qué estarlo! Ya no somos prisioneros de ese canalla de Trifón, ¡y tú ya no tienes que curar a la leprosa! Aquí no tenemos ninguna misión peligrosa que cumplir, y nuestro único deber es disfrutar de la vida, ¿no?

—Bueno... hasta cierto punto... Pero tendré que ganarme la estima de los oficiales. Y para eso no he de dar ningún paso en falso.

—¡La tuya es una preocupación innecesaria, Suetonio! He echado un vistazo desde fuera y he de decirte que nunca he visto un cuartel del ejército con tan poca disciplina como éste. Parece que aquí los legionarios están siempre de permiso, no sé si te habrás dado cuenta.

Suetonio asintió:

—¡Pues claro que me he dado cuenta! ¿Cómo no te vas a dar cuenta? La única actividad a la que se dedican es a vigilar el portón de entrada. Ni rastro de ejercicios... e incluso no he visto ni un solo oficial, a excepción del centurión Sópatro. Un hombre de piel oscura, ¡vete a saber de dónde viene!, por el nombre no es egipcio.

Honoracio negó con la cabeza:

—Con un nombre así sólo puede ser cartaginés. Todos los cartagineses que he conocido eran escoria: pendencieros y siempre dispuestos a levantar la voz sin razón alguna. Ni uno solo que valiera la pena tener como amigo.

—De todas formas, ahora estamos aquí, y voy a conocer a mis colegas en el comedor de oficiales. —En un arranque de optimismo sonrió a su ayudante—: ¡Estamos en Tebas, Honoracio! ¡Éste será nuestro nuevo hogar!

En tres días, el *valetudinarium* quedó completamente limpio; aprovechando los numerosos legionarios presentes en el cuartel que no tenían nada que hacer, y que bajo ningún concepto sufrían las molestias de marchas ni prácticas, tan habituales en cualquier otra guarnición, en breve se reparó el enlucido desconchado y se encaló todo el local.

También se retiró parte del mobiliario: lo que había sido el despacho del médico se convirtió en la estancia privada de Suetonio; Honoracio ocupó un catre del dormitorio, ahora reducido a tan sólo cinco lechos.

El centurión Sópatro, que había sido informado del final de las obras, vino a hacer una inspección. Se presentó acompañado de Apolonio, el secretario del legado Nepote.

Ambos curiosearon un poco y comprobaron que las instalaciones satisfacían las necesidades de la guarnición. El secretario egipcio llegó incluso a comentar:

—Informaré de lo que he visto al legado Nepote, que sólo podrá alegrarse de que se haya restaurado el *valetudinarium*. Aquí no hay guerras y desde siempre se había descuidado esta necesidad. Con todos los médicos griegos que hay en Tebas, nunca hemos tenido un médico de verdad; el último fue un ignorante ensalmador que había adquirido experiencia en algún lejano campo de batalla.

—También sería mi deseo que este consultorio funcionara bien —le confesó el médico—. Mañana conseguiré los fármacos necesarios y estarán aquí disponibles.

—Vienes de Alexandria, serás seguramente un médico experto —concluyó el centurión—: de todos modos, espero no tener necesidad de recurrir a tus cuidados.

Al día siguiente aparecieron los primeros enfermos: un legionario vino a que le sajaran un bulto en la pantorrilla provocado por unas espinas que no se habían quitado a tiempo y que le habían causado una infección, y un auxiliar se acercó a que le extrajeran una muela. Suetonio, sabiendo que la tropa es charlatana, les prestó a ambos la misma atención que solía dedicar a los oficiales superiores y resolvió sus afecciones con total satisfacción de los interesados.

A la hora séptima^[24], antes de ir al comedor, comentó:

—Honoracio, ¡estamos en el buen camino! Creo que tenemos posibilidades de llegar lejos.

El Tejedor sonrió:

—¡No me cabe la menor duda, médico! Pero mientras acabamos de instalarnos, ¿no podrías darme alguna tetradracma? Me gustaría comprarme una túnica nueva, para no parecer un siervo cualquiera.

Los días comenzaron a transcurrir uno tras otro, y Suetonio conoció a unos cuantos legionarios, entre ellos algunos itálicos que se alegraron de tener en el cuartel a un médico que hablase su lengua.

Vio las enfermedades habituales de todas las guarniciones: infecciones contraídas en los lupanares, algún forúnculo mal curado, picaduras de escorpión... viejas heridas que marcaban la edad de los legionarios más veteranos.

Suetonio también se tomó el tiempo de hacer más acogedora su estancia privada, que había decorado con un escritorio y una cama conseguidos por el furriel del cuartel.

A pesar de los temores iniciales del médico, pocos días después de terminar el *valetudinarium*, la fortuna llamó inesperadamente a la puerta.

Tenía las facciones del liberto Apolonio, quien, con sus habituales mejillas sonrojadas como las de un niño, hizo señas al médico de que quería hablar a solas con él. Suetonio ordenó a su ayudante que los dejara solos y cerró la puerta tras de sí.

Debía de tratarse de algo importante porque Apolonio parecía reacio a entrar en materia. Después de recorrer con la mirada la estancia, en la que no había nada que pudiera llamar la atención de un secretario, encontró las palabras adecuadas para comenzar:

—Has de saber que el legado Nepote aprueba la reorganización de esta consulta. Tebas es una ciudad rica, hay médicos griegos aquí que aman las tetradracmas por encima de todo. Tienen

poco interés en la recuperación del paciente. En cambio, los médicos egipcios, que abundan, son farsantes y mentirosos, unos más que otros. Aunque has sido el último en llegar —el presumido liberto dio peso a las palabras asintiendo con la cabeza—, se te presenta la oportunidad de prestar un servicio inestimable a nuestro legado y ganarte así su reconocimiento.

—¿Sufre quizás algún problema de salud?

—No... el legado goza de muy buena salud. He venido a hablarte de su esposa, Orestila. Hace tiempo que no duerme bien, y al legado le gustaría que le prepararas algo para conciliar el sueño.

—Entiendo, Apolonio. No tengo ningún problema en prepararle una infusión que la haga descansar plácidamente, pero te lo advierto: las hierbas le proporcionarán un sueño, por así decirlo “artificial”, y no curarán la causa de su enfermedad.

Apolonio lo miró inquisitivo y Suetonio se sintió obligado a explicarle:

—Yo soy seguidor de la escuela del griego Hipócrates de Coos, como todos los médicos que sirven en el ejército. Tanto es así que no quiero tener nada que ver con esos charlatanes egipcios que pretenden curar a los enfermos colocándoles de sombrero gatos disecados u otros animalejos.

Apolonio, que conocía bien el recelo de los romanos hacia la medicina popular egipcia, asintió ante tal aclaración.

—Por tanto, creemos que las enfermedades que afectan a los hombres —continuó el médico—, tienen relación con los órganos que se hallan en el interior del cuerpo. Son los que intentamos curar con los remedios que nos ofrece la naturaleza. Yo te sugiero que me permitas hablar con la esposa del legado y, si es necesario, examinarla detenidamente.

—Entiendo. El legado había previsto que harías tal petición. Podrás ver a la mujer, pero el legado no quiere que vayas a su residencia privada. Además de la guardia personal, hay demasiados jardineros y siervos que no tienen otra cosa que hacer que espiar y difundir rumores maliciosos. El legado es una persona importante aquí en Tebas, no quiere que se difundan chismes.

—Por supuesto, lo comprendo perfectamente —asintió Suetonio—. ¿Crees que podría acercarse hasta aquí, al *valetudinarium*? Como puedes ver, no tenemos ningún enfermo, yo simplemente cerraría todas las puertas y podrías dejarla entrar por esa portezuela que ves al fondo: es la que se ha destinado a los oficiales que quieren consultar con el médico sin ser vistos por la tropa.

—¿Es la portezuela que comunica con el pretorio?

Suetonio, señalando los dos pasadores de hierro colocados en la hoja de la puerta, se lo confirmó:

—Sí, esa es. Desde mi lado hay dos pasadores que puedo abrir de un tirón y al otro lado hay una puerta de hierro cuyos otros dos pasadores se abren desde el pretorio. Sé que hay un pequeño pasillo que conduce a la puerta: podrías conducir a la mujer hasta aquí sin siquiera mostrarla a los guardias que custodian el portón principal.

—¿Eres capaz de mantener todo el asunto en secreto? El legado es un patricio, ¡ni siquiera tu ayudante debe saberlo!

—Tienes mi palabra, liberto, y para mayor seguridad, como Honoracio duerme en el dormitorio contiguo, le daré pase de pernocta y le cerraré la puerta.

Apolonio se quedó pensativo unos instantes:

—Se lo preguntaré a mis amos, ellos decidirán. ¡Tú prepárate aquí al final de la primera vigilia^[25]!

—Estoy a tus órdenes. Me encargaré de que mi ayudante se quede de permiso en la ciudad

esta noche; ¡cerraré todo y sólo dejaré entornada la puertecilla del pretorio!

En cuanto Apolonio se hubo marchado, el médico, complacido por la noticia, le abrió de nuevo la puerta a Honoracio:

—¡La suerte está cambiando! —exclamó. Pero se calló al instante porque no podía desvelar nada de la conversación que acababa de tener lugar.

Precaución innecesaria, pues su ayudante ya estaba al tanto:

—No me gusta ese Apolonio: todos los egipcios que se comportan como lameculos de los oficiales ¡son más falsos que las serpientes!

—¡Honoracio! ¿No me irás a decir que nos has estado espiando?

—Yo me preocupo de que no te metas en líos, Suetonio, porque siempre estoy contigo y cuando hay algo desagradable que compartir, ¡formo parte de ello! ¿Acaso has olvidado ya la historia con la leprosa?

—¡Honoracio, hazme el favor de callarte! —el médico le hizo un gesto con ambas manos de que bajase la voz—. ¡Tú de estas cosas no debes soltar prenda! Esta noche puedes salir a zorrear por Tebas, ¡y procura no meterte en líos! Si encuentras la puerta del *valetudinarium* cerrada, no armes jaleo y busca un sitio para dormir en uno de los dormitorios de los legionarios. Y olvida lo que has oído hoy. ¿Entendido?

—Claro que lo he entendido, ¡cómo no! Pero ¿dónde quieres que vaya esta noche sin una dracma?

El médico, cuyos pensamientos estaban ya totalmente absorbidos por la tarea que tenía ante sí, le puso unas monedas en la mano:

—Antes de irte, tendrás que ayudarme a recoger un poco aquí. Mantente alejado esta noche... Me temo que, junto con la mujer, también podría aparecer el legado Nepote, ¡y con él no se puede bromea!

—Ya me lo has dicho, Suetonio. ¿Qué te crees, que soy sordo?

XV.

Suetonio, deseoso de causar buena impresión, con la ayuda del Tejedor quitó el polvo de los muebles y ordenó la estantería de los medicamentos; trajo del almacén del cuartel un pequeño sofá y dos sillones de junco tejido para disponer así de algunos muebles; movió la cama y la cubrió con un paño y, por último, barrió y roció el suelo con un poco de agua para limpiarlo del polvo.

Con Honoracio puesto de patitas en la calle, se aseó y se cambió de túnica. En la mesa, antes de la puesta del sol, comió poco o prácticamente nada; estaba preocupado por el inminente encuentro con su nueva paciente, esposa de uno de los hombres más importantes de Egipto.

Por último, regresó a su despacho, encendió las lámparas y se dispuso a esperar.

Ya había oscurecido cuando el médico oyó que rascaban en la puerta: un momento después entró el liberto Apolonio, junto con una mujer vestida con ropas oscuras y cubierta con un gran velo, cuyos rasgos eran imposibles de reconocer.

—Este es el médico, Orestila, un itálico como habías pedido —dijo el liberto; el médico inclinó la cabeza en señal de deferencia—. Me quedaré en el pasillo esperándote para que puedas hablar con total libertad. —Y tras decir esto, hizo un ademán con la cabeza al médico y cruzó el umbral, cerrando la segunda puerta tras de sí.

La mujer, con ropa de viuda, se quitó el velo que ocultaba su rostro y se mostró a plena luz: debía de tener menos de cuarenta años y un aspecto agradable, como cabría esperar de la esposa de un importante oficial.

—Estoy a tus órdenes, Orestila —dijo el médico, ofreciéndole asiento en el sofá de junco—. El secretario de tu marido me ha explicado que nadie debe enterarse de esta visita con la que me honras.

—¡No te pierdas en chácharas, médico! —exclamó la mujer, cuya voz resonó extrañamente ronca—. Me he visto obligada a acudir a ti porque esos sinvergüenzas de griegos que tratan a la gente en esta ciudad de santurrones se cuidan demasiado de que sus pacientes no se recuperen nunca, ¡para seguir sacándoles dinero! ¡Esa es la razón por la que estoy aquí!

Suetonio, enmudecido por la grosera explicación, comprendió de inmediato, considerando su postura altiva y su mirada rapaz, que la mujer que los dioses le habían enviado le iba a poner a prueba. Tragó saliva varias veces para armarse de valor, pero se tapó el cuello con la mano para que la mujer no viera su nuez de Adán subir y bajar. Por fin, comenzó a interrogarla.

—Te rogaría que me indicaras cuál es tu problema y veré si puedo ponerle remedio.

—Padezco de fuertes dolores en el estómago. Me dan en diferentes momentos, aparentemente sin relación con la comida o la bebida. Parece que tengo fuego en mi interior.

—¿De día o de noche?

—No hay un momento preciso. Pero como te he dicho, siento que tengo fuego dentro. ¡Ya no puedo más y quiero que me prepares la medicina adecuada! ¡Y rápido!

Observándola mejor, a la luz de las numerosas lámparas con las que había iluminado la estancia, Suetonio se dio cuenta de que la mujer, aunque de aspecto agradable y dotada de un pecho envidiable, exhibía una mirada llena de perfidia y parecía dispuesta a discutir por cualquier nimiedad. Intentó entrar en las cuestiones que ayudan a los médicos en su búsqueda del fármaco adecuado, pero la mujer, de mal humor, le respondió con monosílabos.

Cuando Suetonio le preguntó si evacuaba regularmente, ella perdió la paciencia:

—Médico, ¡o estás sordo o eres un completo imbécil! ¡Te he dicho que me duele el estómago!

¿Qué quieres saber? ¿Te preocupa lo que hago con mi trasero?

—Claro que no, Orestila, pero la búsqueda de la causa de un mal puede ser algo que requiera investigar en todas las direcciones.

—Por supuesto... ¡y tú quieres investigar en mi trasero!

Era una patricia verdaderamente soberbia e irritante, y Suetonio no se atrevió a preguntarle si también le costaba conciliar el sueño, como le había dicho el liberto; para no irritarla aún más, cortó por lo sano:

—Tendré tu medicina mañana por la mañana. Debo ir a buscar una hierba a un boticario, hacia la hora cuarta vendré a traértela. ¿Dónde te encontrarás?

—¡Déjasela a Apolonio! —Y se levantó.

—Haré como desees, le explicaré al secretario cómo debe prepararse la medicina. Él dará las instrucciones necesarias a tu sierva —le contestó el médico—. No obstante, te advierto que dentro de unos días necesitaré saber si se te ha aliviado el dolor. Si no ha hecho su efecto y si es necesario cambiar la composición, tendré que hacerte alguna pregunta más.

Lo dijo educadamente, casi inclinándose en señal de deferencia, pero la mujer le correspondió con la sonrisa de burla que se reserva a los idiotas. Le sostuvo la lámpara para que le alumbrara mientras salía y en cuanto cerró la puerta de hierro, oyó el chirrido de los pasadores del otro lado.

Estaba empapado en sudor. La conversación había sido breve, pero llena de pegas debido al difícil carácter de la mujer, acostumbrada a maltratar a los criados y subordinados de su marido.

«Si no consigo curarla tendré problemas» reflexionó Suetonio. «Esta mujer es itálica. Por su acento, debe de ser de Roma o alrededores. Los modales groseros son típicos de los patricios romanos, especialmente los de más antiguo linaje. Pero debo curarla, aunque no esté claro el origen de su enfermedad. Si no puedo aliviarle el dolor, el legado me hará pagar por ello.»

Sin dejar de meditar, volvió a colocar en su sitio la cama de junco, la esterilla y la delgada manta; por último, sentado en el borde de la cama, sacó sus conclusiones: «Esta mujer es de Roma y ha ido a parar a Tebas a causa del servicio de su marido. El clima en este infernal valle del Nilo es terrible y el verano es muy duro de soportar para nosotros, los itálicos. Probablemente tenga dificultades para aclimatarse.»

Unos instantes después, con las luces apagadas, ya había cambiado de parecer y estaba seguro de que el clima no tenía nada que ver: era la comida del Alto Egipto, completamente diferente de la itálica.

Durante la noche, Suetonio dio vueltas en la cama, reexaminando el problema de la salud de Orestila desde todos los ángulos: si consiguiera desenredar el enredo y curarla, se ganaría la estima del legado Nepote.

Ya entrada la noche, oyó que Honoracio regresaba; escuchó el chirrido de la puerta y el rascar del yesquero mientras encendía la lámpara, pero fue breve, y poco después el silencio volvió al *valetudinarium*.

Su último pensamiento antes de dormirse fue que, posiblemente, las dolencias de la mujer no estuvieran relacionadas ni con Egipto, ni con el clima, ni con la comida, y que él sabía muy poco de su enfermedad.

A primera hora de la mañana, acompañado por Honoracio, el médico se dirigió a la calle central de Tebas; bajo los soportales, alrededor de las tiendas, ya había movimiento.

—Tebas, aunque es una ciudad llena de sacerdotes, me parece mucho más tranquila que Alexandria —le señaló al ayudante.

—Aún es pronto —le respondió él, cauteloso—, el grueso del movimiento no tardará en

manifestarse, con mujeres en busca de comestibles y enjambres de mocosos tan molestos como tábanos.

Hacia el final de los soportales había una botica: estaba abriendo justo en ese preciso instante y los mancebos se afanaban en sacar unos desvencijados bancos con cestos de las medicinas más demandadas por los tebanos.

La mirada profesional del médico se centró en unas lechuzas disecadas cuyo uso farmacéutico desconocía; en otras cestas brillaban los cristales metálicos de mineral de plomo y los bloques informes de azufre. Tampoco podían faltar las habituales cabezas disecadas de los zorros del desierto de orejas largas, junto con algunos lagartos embalsamados con la cola erizada de púas.

El médico le hizo un gesto al boticario a modo de saludo, un anciano de pequeña estatura y edad indefinible.

—¿En qué puedo ayudarte, romano? —lo acogió educadamente el egipcio, que lo había reconocido como itálico desde el primer instante.

—Necesito algunos medicamentos, se trata de algo urgente...

Suetonio buscaba con la mirada entre los frascos expuestos en los estantes detrás del anciano, cuyas etiquetas estaban escritas en ilegibles caracteres egipcios. El boticario se había dado cuenta de la desconfiada mirada que el médico al entrar había lanzado a la mercancía expuesta en el mostrador del exterior. Quiso tranquilizarle con una sonrisa.

—Los que ves delante de la tienda son remedios de medicina popular, lo mantengo bien surtido para la gente que va de paso, a menudo campesinos que se ganan la vida trabajando la tierra. Comprendo que estás buscando otra cosa y como ves, a pesar de la pobreza del negocio, estoy bien surtido.

—Estoy buscando un poco de azafrán —le explicó el médico.

—Tengo azafrán. ¿Cuántos *anillos*^[26] quieres?

—Necesitaré seis anillos. ¿Tienes también opio tebaico?

—¡Claro! Tebas es la tierra del opio, yo mismo tengo clientes que me lo piden desde cualquier rincón de Egipto. ¿Cuánto necesitas?

—Dame una decena de anillos. También me hace falta levadura de cerveza, ¿tienes idea de dónde podría encontrarla?

—Dime cuánta te hace falta.

—Una decena de dracmas.

Suetonio había observado, a espaldas del anciano, una especie de cofre de madera de textura ligera con una ancha tira de cuero para llevarlo al hombro; disponía de muchos cajoncitos, como los que usan los boticarios y los médicos. Podría decirse que era ideal para un médico de reconocido prestigio.

—¿Cuesta mucho ese maletín de frisos verdes y rojos?

—Es de madera de cedro de la mejor calidad, te durará muchos años ¡y tus pacientes te reconocerán de sólo verlo! Puedo dártelo por seis tetradracmas.

Suetonio hizo un cálculo rápido: el tesorero del cuartel, informado de su infortunio en el Nilo de Canopo, le había adelantado cincuenta tetradracmas.

«La compra de un maletín de médico podría ser una buena inversión» pensó para sus adentros. «En mi profesión es importante mostrar que gozas de buena salud y que trabajas con instrumentos de trabajo de lujo. Que los enfermos tienen que morir es un hecho de sobra conocido, por eso se da más crédito a la apariencia del médico que a la sustancia.»

—No puedo darte más de cinco tetradracmas —le respondió al boticario, mostrándole una hoja de papiro en la que había anotado unas líneas—. Y como puedes ver, también tengo que

comprar otras cosas. —Elegió un par de lancetas de cirujano, las del *valetudinarium* apenas servían para afilar los cálamos. También añadió un par de sondas de bronce, apropiadas para examinar heridas y llagas.

El anciano hizo la cuenta de las especias e intentó ajustarle un poco el precio, porque era un cliente nuevo y quería que se fuera contento. Revisó de nuevo los sobres de los fármacos, hechos doblando hojas de papiro, y los contó con el resto. Al final se contentó con diez tetradracmas.

Una hora más tarde, en el *valetudinarium*, Suetonio comenzó a moler los polvos en el mortero midiéndolos con una minúscula cucharita de hueso, para obtener la poción de la noble Orestila.

—Hay que reducir el medicamento a un polvo finísimo —le recordó a Honoracio—, debe disolverse en agua hirviendo antes de colarlo con un paño de lino, cosa que cualquier criado es capaz de hacer. Terminarás de molerlo, luego lo colarás y yo prepararé seis dosis. Más tarde vendrás conmigo al pretorio llevando el maletín que compré hace poco. Coge algo que meter dentro, basta con que no esté vacío... lo necesito para causar una buena impresión.

El Tejedor colocó en el compartimento principal del maletín un par de pesadas tazas de barro, los primeros objetos que habían llegado a sus manos, y concluyó:

—Al final, también voy a ver yo ese palacio cuya belleza tanto ensalzas.

Suetonio le dio un último repaso a su túnica y al aspecto del ayudante, y luego fue a reunirse con el liberto Apolonio.

XVI.

El liberto Apolonio, que debía de tener otros asuntos en la cabeza, escuchó desgano las explicaciones sobre cómo debía prepararse la infusión para la esposa del legado.

El destino intervino tan pronto como se completó la entrega del medicamento: al salir de la antecámara, Suetonio y el Tejedor, habiendo alcanzado la zona de los exuberantes jardines dentro del complejo de edificios que conformaban el pretorio, oyeron unas voces excitadas. Frente a la residencia privada del legado Nepote se vieron casi arrollados por una multitud de siervos. Del interior de la vivienda llegaban gritos ensordecedores de mujer.

Los dos se detuvieron, con los ojos bien abiertos, preocupados de haberse metido sin querer en alguna desgracia. Pero enseguida se dieron cuenta de lo que había ocurrido: unos monitos, de esos que muchas personas adineradas tienen en sus casas como mascotas, se habían escapado de su prisión para tomarse unas vacaciones en los jardines. Desde el tejado del soportal, dispuestos a seguir huyendo cada vez más lejos, observaban a los enloquecidos criados que debían atraparlos y no sabían cómo hacerlo.

Honoracio conocía muy bien a aquellas impertinentes bestezuelas; había tenido una de niño y estaba familiarizado con esos inteligentes animales. Tuvo el acierto de hacer callar a los criados:

—¡Callaos de una vez! —les ordenó con la autoridad de quien sabe lo que hace—. ¡Apartaos y no los asustéis! ¿Cuántos se han escapado?

—Se han escapado los cuatro —dijo, amedrentado, un anciano sirviente y, al darse cuenta de que trataba con un igual suyo o casi, añadió susurrando—: ¡Si no los recuperamos, el ama, la que ves ahí en la puerta, nos mandará azotar!

—Apártate y ordena a los demás que no los asusten más. ¿Tienes higos en casa?

—¡Claro! ¿Qué quieres hacer con ellos? ¿Tratar de atraerlos?

—Tráeme siete u ocho higos maduros y no hagas ruido, para que no huyan más lejos.

Los criados, confiados, imaginaron que Honoracio sabía lo que hacía. El ama, una hermosa joven de entre dieciocho o veinte años, estaba en la puerta de la vivienda con las manos en las caderas y una mirada colérica con la que bien podría haber fulminado a cualquiera. Su larga melena castaña suelta y su actitud furiosa la hacían aún más hermosa. Debía de ser la hija del legado Nepote, habían oído hablar de ella como de una bellísima joven.

En ese instante, el sirviente, moviéndose con cautela para no asustar a las huidizas bestezuelas, le entregó a Honoracio un puñado de higos maduros.

Los cuatro monitos, unos animalillos del tamaño de un gato, con pelaje gris y apenas una manchita roja en el morro, se habían asomado curiosos desde el alero del porche.

Honoracio, indicando con la mano a los presentes que se quedaran bien atrás, se acercó a un par de pasos de los monitos y los llamó con la palabra que se suele utilizar con los gatos:

—Miso... miso... —dijo en voz baja—. ¿Queréis comer higos?

Y abrió un fruto, colocando los trocitos bien a la vista sobre la palma de su mano. Los animales estaban intrigados y para nada asustados por la presencia de Honoracio; al contrario, reconocieron la actitud sociable propia de quien está familiarizado con ellos.

Después de algunos «Miso... miso...», el Tejedor arrojó a los pequeños granujas un par de trozos de higo, por los que se pelearon con avidez. Luego, sin dejar de llamarlos amablemente, hizo ademán de comerse un higo para incitarlos a acercarse.

Instantes después, el primero, mostrando tanto valor como codicia, bajó al suelo saltando por encima de un arbolito y se acercó rápidamente a Honoracio: se subió a su túnica y, sin ningún

miramiento, se puso a comer de la mano. Honoracio le dio medio higo y, sin asustarlo, lo cogió suavemente pasándoselo al criado. En unos instantes, de uno en uno, los cuatro fugitivos fueron atrapados y devueltos a su ama, que había asistido a todo el proceso desde la puerta, y casi se le saltaban las lágrimas de alegría.

La joven, que era efectivamente la hija del legado Nepote; una vez que hubo encerrado a los animales dentro de casa, volvió junto al Tejedor:

—Te lo agradezco...

—Me llamo Honoracio, soy el ayudante del médico Suetonio —se presentó cortésmente, indicando al médico con la mano—. ¡Estos monitos son unos verdaderos diablillos! —le confió a la joven—. Si no me hubiera acercado a ellos de la manera correcta, engañándolos con los higos, habrían huido a la ciudad y nadie los hubiera vuelto a encontrar jamás. Conozco bien su debilidad por esas frutas porque hace años tuve uno igual.

—Tienes toda mi gratitud, Honoracio —sonrió la joven—, ¡si los hubiera perdido no habría encontrado manera de consolarme! —Y sin dejar de sonreír, le puso unas monedas en la mano.

Suetonio, dirigiendo su mirada a la joven, se limitó a inclinar la cabeza en señal de respeto y se despidió de ella: médico y ayudante se habían ganado en pocas horas el interés y la consideración de una de las familias más importantes de Tebas.

En los días siguientes, el médico se dedicó por completo a tratar a los enfermos en el *valetudinarium*. El rumor de que había un hábil médico itálico se había extendido por toda la tropa y varios se acordaron de dolencias que a menudo se olvidaban de tener, pero que les permitían conocer al nuevo oficial.

Suetonio se ocupó de examinar viejas fracturas y enfermedades contraídas en los lupanares, y de dispensar fármacos astringentes para la disentería, muy común entre las tropas.

Tres días después de entregar la infusión para la esposa del legado Nepote, acudió al secretario Apolonio para preguntarle cómo iba la cura. El liberto no le dejó entrar en su despacho, sino que salió de él:

—Suetonio, ¡no debes dejarte ver por aquí! Si los siervos ven al médico con demasiada frecuencia, ¡a saber lo que le contarán a la gente! Me parece increíble que tenga que ser yo quien te explique estas cosas.

—Apolonio, debes comprender que es mi servicio lo que me trae aquí. Pretendo hacerme cargo de la salud de... mi paciente, ¡y necesito saber si la medicina está surtiendo efecto!

—Médico, ¡hazme el favor de desaparecer de aquí ahora mismo, y no vuelvas si no quieres arriesgarte a que te trasladen a la guarnición de algún lejano villorrio! ¡Si te necesitamos, sabemos dónde encontrarte!

La soberbia de los funcionarios del gobierno, aunque fuesen simples libertos, carecía de límites y a veces podía resultar difícil de soportar. Suetonio puso buena cara y sin rechistar, emprendió el regreso al *valetudinarium*.

XVII.

En una apacible noche de junio, tras un día ajetreado dedicado al cuidado de un veterano afligido, sin esperanza alguna de remisión, por una grave forma de podagra^[27], y luego de haber preparado medicamentos para los legionarios que padecían las enfermedades intestinales propias del valle del Nilo, ya asediado por la canícula estival, el médico Suetonio se disponía a disfrutar de su merecido descanso. Llevaba la lámpara en la mano cuando oyó unos arañazos en la puerta que desde su despacho daba al pequeño pasillo que conducía al pretorio.

La única persona que utilizaba esa ruta era la esposa del legado Nepote, Orestila. El médico tiró de los pasadores y encontró a la mujer frente a él, vestida igual que en las anteriores ocasiones, con la cabeza oculta por un velo negro para no ser reconocida accidentalmente por algún guardia.

La hizo pasar y la sentó en el pequeño sofá tejido de juncos; luego, asegurándose de que Honoracio no anduviera husmeando, cerró la puerta del *valetudinarium* y encendió otras cuatro lámparas.

La mujer parecía afligida y, mientras se esforzaba por iniciar la conversación, el médico le dirigió alguna frase de cortesía:

—No esperaba verte. ¿Ha ocurrido algo nuevo?

Y temiendo alguna inoportuna sorpresa del fármaco que le había preparado unos días atrás, añadió:

—Espero que habrás encontrado algo de alivio con mi medicina.

La mujer, claramente disgustada, se aflojó el velo y Suetonio observó unas ojeras bien marcadas.

—Médico... Estoy aquí porque tienes que ayudarme con tu arte.

La mujer dudaba si confiar en él y seguir hablando; tras haberle mirado a los ojos, se levantó del sofá y se adentró unos pasos en la pequeña estancia, observando el instrumental y los frascos de medicamentos. Finalmente, tras una pausa un tanto teatral, clavó la mirada en Suetonio y le susurró en voz baja:

—Me temo que ya no soy tan atractiva como lo era antes.

Suetonio, sorprendido por la inesperada revelación, se esforzó por articular unas palabras de consuelo:

—A mí me parece que tienes un aspecto excelente. Una vez resuelto el problema que no te permite descansar por la noche, puedes aspirar a una vida larga y feliz.

—¡No intentes engatusarme, médico! Ya te dije que aquí en Tebas estamos llenos de embusteros charlatanes griegos, ¿acaso lo has olvidado? ¿Qué ofrece tu medicina para casos como el mío?

A Suetonio se le puso la piel de gallina: no saldría indemne de esta. La mujer, con la arrogancia propia de los patricios de antigua estirpe, podría haberle causado muchos problemas si no se hubiera dado por satisfecha.

—No existe una verdadera cura para... aquello que lamentas. Yo mismo he oído más de una vez ensalzar las propiedades de medicinas extravagantes, que uno no sabría decir si estaban tomadas de alguna obra literaria, o si sólo eran las invenciones de un necio.

—Pues bien, si se habla de estas cosas algo de verdad debe haber en el fondo. ¿Qué es exactamente lo que has oído?

—Me refiero a ciertas prácticas milagrosas de las que son expertos los magos egipcios.

Incluso se introdujeron en Roma, pero puedo confirmarte, con conocimiento de causa, que son trucos inútiles que sólo sirven para que llegue alguna moneda al bolsillo del mago.

—Yo tampoco creo en esos sinvergüenzas, ¡los magos de aquí son simplemente ridículos! —convino la mujer.

—Me alegro de que tú también estés convencida de ello, porque si hubiera algo de verdad, no dudaría ni un instante en prepararte alguna poción o ungüento.

—Escucha, médico, una de mis siervas dice que ha encontrado por casualidad un brebaje misterioso... pero no se sabe de qué se trata. Su madre se lo contó hace un par de años: había conseguido un frasco de una de esas parteras que ayudan a las parturientas. ¿Has oído hablar de algo así?

—No, Orestila —reflexionó el médico, intuyendo que ése era el verdadero motivo que había llevado a la mujer a su despacho—. No sé de qué me hablas y no recuerdo haber oído nunca nada relacionado con las parteras. No es fácil distinguir si los rumores que corren entre la gente del pueblo se refieren a cosas reales o imaginarias. Pero tú me dijiste que no creías en nada que tuviera que ver con los magos de aquí.

—Por supuesto, médico, ¡no soy una niña! Pero sospecho que pueda haber algo de verdad en esta historia, pues proviene de una mujer que era comadrona, un oficio que poco tiene que ver con los magos. Mi criada, por mucho que le insistí prometiéndole unas monedas, no pudo conseguirme ni una onza de ese preparado.

—Y la sierva no te contó nada más sobre esa comadrona, ¿dónde vive o cómo se la puede localizar? Te lo pregunto porque si no tuviera nada que ver con los magos, podría conocer alguno de esos remedios que la gente del pueblo, a lo largo de los siglos, ha aprendido viviendo en contacto con los animales y la naturaleza.

—No, la sierva no sabe nada, es una mujer tan ignorante que no se le podría sonsacar nada, ni siquiera con una fusta. Cree que se trata de un remedio que tiene que ver con una planta muy común.

—Bueno, ¡esta es una pista importante! ¡Una planta común! Así que estamos hablando de un remedio que proviene de hierbas o plantas locales, y no de algo de origen animal. ¿Pero se trataba de una poción o de un ungüento?

—Un ungüento. Es algo que se unta por todo el cuerpo. Me dijo que su madre solía untárselo en la piel.

—¡Un ungüento! Es otra pista importante. ¿Y la madre ya no está localizable?

—Murió, ¡maldita sea su estampa!

—Un ungüento, has dicho —susurró el médico, que en su mente ya había comenzado la busca del fármaco—. Voy a tratar de preguntar por ahí. Aquí, en Tebas, hay boticarios que abastecen a los médicos y, hablando con ellos, se enteran de todas las novedades. Dame algo de tiempo para investigar a los boticarios y pronto podré decirte algo.

—Date prisa, médico, ¡*tempus fugit*^[28]!

Cuando la mujer se hubo marchado, Suetonio se puso a reflexionar sobre lo que le habían pedido: la mujer confiaba en sus capacidades y se le escapó una sonrisa al pensar que, si lograba encontrar ese fármaco o algo que se le pareciera, pronto se convertiría en un profesional envidiado en toda la ciudad de Tebas. Recordó, sonriendo, ciertos cotilleos que había oído cuando estaba destinado en Alexandria, en los banquetes a los que asistían los oficiales romanos y sus esposas que se encontraban en Egipto de servicio. La noticia de un ungüento que tal vez tuviera algún efecto rejuvenecedor no permanecería en secreto mucho tiempo. Se extendería

como un azote entre las esposas de los oficiales y poco después, entre las esposas de los más pudientes de la ciudad. Orestila lo introduciría, involuntariamente, entre todas las familias nobles de Tebas.

Las tramas de las que son capaces ciertas mujeres, especialmente las esposas de oficiales importantes no tienen límites a la hora de favorecer a quienes las complacen.

Sin embargo, un instante después, Suetonio tuvo que admitir que tampoco tenían escrúpulos en poner obstáculos insuperables a aquellos a los que desprecian.

XVIII.

La noche no fue demasiado tranquila. Suetonio siguió dándole vueltas a la insólita petición de la esposa del legado que, ahora quedaba claro, le había confiado que temía envejecer porque se fiaba de él, tal y como debe ocurrir entre paciente y médico. Se revolvió una y otra vez en la cama, como si esta estuviera infestada de pulgas, y reflexionó si alguna vez había oído hablar de remedios que pudieran mejorar el aspecto físico de una mujer próxima a la cuarentena.

Y fue a altas horas de la noche cuando le sobrevino una terrible intuición: probablemente la mujer no padeciera las dolencias estomacales de las que se había quejado la primera vez que acudió a él. Era posible que no tuviera nada que ver con el clima tórrido del verano tebano ni con la comida egipcia, tan diferente de la de Italia.

La enfermedad podía deberse a la preocupación, a algún pensamiento que se había vuelto imposible de arrinconar y que atormentaba a la mujer: *gutta cavat lapidem*^[29], se decía. Había notado que se frotaba las manos con frecuencia, señal de un grave malestar que no conciliaba con la altivez que mostraba. La mujer temía alguna desgracia inminente y el estado de ansiedad resultante podía ser la causa del malestar. Suetonio sabía que, a veces, graves desgracias o la pérdida de un ser querido podían provocar inapetencia, e incluso la muerte.

Si a Orestila le afligía alguna grave preocupación, ¿cuál podía ser? A estas alturas ya sabía algo, porque ella misma se lo había dicho: pensaba que ya no era atractiva como antes.

Su problema, por tanto, debía de tener algo que ver con su marido.

Probablemente, el legado Nepote se veía con otras mujeres, desatendiendo a su esposa, lo que habría sido normal en un oficial de alto rango. ¿Temía Orestila verse repudiada en un vergonzoso divorcio?

Suetonio se levantó al amanecer para dirigirse al boticario habitual con el que ya tenía cierta confianza. Cuando llegó a los soportales de la calle principal de la ciudad, las tiendas aún estaban cerradas. Un par de mendigos dormían frente a las puertas de unas de ellas, cerradas con grandes candados.

Caminó de un lado a otro de los soportales un par de veces, y al final acabó por reconocer la figura aún lejana, encorvada por los años, del renqueante boticario. Pero el mercader, cuya vista era ya discreta, también se había fijado en él y cuando llegó a la entrada de la tienda, se inclinó obsequiosamente:

—Ahora te abro, romano. Te veo presa de la agitación, ¿te ha ocurrido alguna desgracia?

—Ninguna desgracia, anciano. Al menos no a mí, con el favor de los dioses. Necesito tu ayuda, por eso me ves aquí a estas horas.

—Entiendo. ¿Cómo me dijiste que te llamas?

El médico nunca le había dicho su nombre, pero ahora, buscando su colaboración, no tuvo más remedio que presentarse:

—Me llamo Suetonio, soy médico, como habrás comprendido.

—Sí, por supuesto. Tú eres un médico romano, lo sé. Yo soy Belles, habrás oído mi nombre las otras veces que viniste a comprar algo a la tienda. —Terminó de abrir el pesado candado y, liberada una hoja de la puerta, le indicó—: Ven conmigo a la trastienda. Si puedes dedicarme unos segundos, tomaremos juntos un té de menta y me dirás en qué puedo ayudarte. Mis mancebos se encargarán de abrir la botica.

Le hizo pasar a la trastienda, una diminuta estancia con olor a orines de gato, abarrotada de

muebles viejos y diversos cachivaches; con un movimiento experto, encendió en un pequeño hogar de tierra un manojo de paja, al que añadió ramitas finas y secas, que prendieron en un abrir y cerrar de ojos. Calentó un poco de agua y luego se sentó ante la mesita, un mueble rústico de no más de un codo^[30] de ancho.

—Entonces me estabas diciendo que necesitas un medicamento con urgencia —susurró, sin que Suetonio hubiera abierto la boca—. ¿De qué se trata?

El anciano era un hombre despierto y el médico se dio cuenta de que debía de hacer de él un aliado:

—Tengo un problema difícil de resolver. Tengo como paciente a una mujer... una aristócrata para ser más exacto. Tiene miedo de envejecer. ¡Debo encontrar un remedio para ella!

El anciano asintió, abriendo los ojos de par en par:

—Creo que tienes un problema realmente difícil. Aquí en Egipto aún no hemos conseguido resolverlo. Por mucho que nuestros reyes hayan gastado sumas inimaginables, aún no hay solución a ese problema. ¿Acaso tienes en mente proponerle algo distinto, médico Suetonio? ¿Algo que la tranquilice?

El romano sonrió: el viejo Belles era justo el hombre adecuado para él:

—Me han dicho que existe un ungüento que usan las comadronas para rejuvenecer... o al menos para retrasar los daños de la edad.

Belles meneó la cabeza reflexionando y entrecerró un ojo:

—¿Una cura para las enfermedades de la mujer en forma de ungüento? Me parece que no la conozco. Los magos hablan de fármacos milagrosos para las parturientas, pero yo soy un boticario serio, aunque ya hayas visto en mi tienda los remedios que me piden las mujeres del vulgo y mucho me cuida de no dar crédito a tales rumores.

—No creo que sea una cura real, Belles. Según parece, cierta cantidad de este ungüento estaba en poder de una anciana que lo obtuvo de una comadrona. Ambas mujeres deben haber muerto hace años, y aparentemente ya nadie sabe dónde encontrar dicho ungüento.

—¿Eran mujeres del vulgo?

—Supongo que sí, se enteraron a través de una sierva.

—¡Ah!, ¿una sierva? Por lo tanto, medicina popular, de campesinos. Puede que tenga alguna idea de qué se trata. Pero si es lo que creo que es, en realidad no es una cura, ¡y nada tiene que ver con las comadronas! Hay más de un ungüento utilizado por las campesinas que quieren conservar una apariencia de belleza en sus manos, cara y cuerpo a pesar de trabajar todo el día en el campo. Debe de ser uno de esos.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y dónde se puede encontrar?

—Si estamos hablando de lo mismo, se trata de un ungüento que las mujeres del campo utilizan desde hace muchísimos años: ahora mismo te puedo decir que nunca lo he preparado porque sólo se conserva unos días, después se enmohece y pierde sus propiedades.

—Entonces, ¡ya sabes cómo prepararlo! ¿Necesitas productos difíciles de encontrar?

—He conservado como oro en paño el recetario de mi abuelo Dionisio, que era boticario al igual que mi padre y un servidor que te atiende. Creo que él sabía de lo que estamos hablando. Y todo lo que él sabía debe estar escrito en su papiro. Ahora mismo voy a buscarlo, esa receta también debería estar ahí... si es que no se ha perdido.

Se oyó cierto trajín en la tienda, los mancebos habían llegado y empujaban a la calle los tenderetes con los remedios económicos reservados al pueblo llano.

—Quédate ahí sentado, médico —le indicó el anciano—. Ahora nos bebemos la infusión y luego buscamos la receta. ¿Tienes algo para escribir?

Los dos disfrutaron la bebida caliente como viejos amigos e intercambiaron algunas bromas de simple cortesía mientras continuaba el traqueteo en la tienda. Por último, una vez que la mesita quedó despejada, Belles sacó un grueso rollo de papiro, grande y polvoriento, oscurecido por la suciedad y el prolongado uso.

—La receta, debo de haberla leído aquí —y empezó a desenrollar el papiro, enrollándolo en el otro extremo, mientras Suetonio preparaba una hoja y mojaba el cálamo en el tintero. Belles siguió buscando durante un rato, encontrando recetas que hacía tiempo que había olvidado pero que no eran lo que estaba buscando; luego, hacia el final del rollo, se detuvo y le hizo una señal al médico—: ¡Aquí está! No me había equivocado. Verás, ésta es la escritura de mi abuelo Dionisio... debe tener cien años.

Suetonio abrió los ojos de par en par.

—Primero te la voy a leer, luego tendremos que discutir si esto es lo que necesitas y si en Tebas se puede encontrar lo necesario para prepararla. ¿Ves lo que pone arriba, en la primera línea?

Belles clavó la mirada en los ojos del médico, y a continuación leyó:

—“Receta para convertir a un viejo en un joven”. Creo que es lo que estás buscando. Ahora te la leo.

XIX.

Cuando Suetonio regresó al cuartel se encontró con un legionario en la puerta del *valetudinarium*, un hombre alto de pelo rojizo. Se sujetaba con la mano una mejilla hinchada: seguramente, un grave absceso en una de sus muelas que le estaría haciendo pasar todo un calvario. Pero el médico tenía otra preocupación en la cabeza:

—Siéntate donde puedas y espera, me ha surgido un caso grave y debo darme prisa.

Al entrar al dormitorio sacudió con el pie el catre donde el Tejedor, que acababa de regresar de alguna salida nocturna, dormía a pierna suelta:

—Honoracio... ¡despierta! Dentro de una hora te espera el boticario. En el centro de la ciudad. Debe entregarte dos bolsitas de hierbas.

—¡Ah!... ¿pesan mucho?

—No, se trata de una hierba seca, será tan ligera como el heno. Ha enviado a su mancebo a buscarla a propósito. Ahora muévete, tenemos trabajo. Estaremos ocupados todo el día. —Luego se encerró en su cuartito y se puso a releer la hoja en la que había copiado la receta. No debía equivocarse: si producía algún efecto negativo en Orestila, Suetonio tendría que abandonar Tebas.

Receta para convertir a un viejo en un joven.

El objetivo de esta receta es convertir a un viejo en un joven.

Hay que recoger el equivalente a unas dos bolsas de planta hemayt^[31]. Las plantas deben machacarse y dejarse al sol. Después de que se hayan secado completamente, deben cribarse del mismo modo que se criba el trigo y tamizarse con un cedazo hasta que sólo queden las semillas.

Las semillas molidas se mezclan con agua para formar una pasta blanda.

La pasta debe ponerse en un cazo al fuego y llevarla hasta su ebullición para que se disuelvan los grumos que se han formado, removiendo con una paleta el aceite que se forma.

Cuando la pasta haya alcanzado la consistencia de la arcilla, hay que mezclarla con cuidado y, una vez que esté homogénea y densa, verterla en una vasija.

Se coloca un paño de lino sobre la boca del frasco para cerrarlo. El ungüento debe guardarse en un recipiente de piedra.

La persona que tratar debe ser untada con este ungüento. El ungüento relaja las arrugas de la piel y del rostro. Si se unta el cuerpo con este ungüento, el resultado es el rejuvenecimiento de la piel y la desaparición de arrugas, manchas de la edad, signos de vejez y cualquier inflamación de las extremidades. Este ungüento ha demostrado su eficacia en infinidad de ocasiones.

«La hierba es la alholva... no debería ser perjudicial. Ojalá sea cierto lo que está escrito en el papiro del boticario» pensó para sus adentros el médico, «que no se trate de alguna de esas bobadas de magos de las que está lleno Egipto. Por supuesto, será mejor que pruebe el ungüento primero en mí». Reflexionó un instante antes de concluir: «Lo probaré también con Honoracio... ¡mejor ser prudente!»

Aquel día no hubo un instante que perder en el *valetudinarium*: a pesar de que el boticario se

las había arreglado para encontrar un poco de alholva seca y las operaciones de tamizado se redujeron al mínimo, Suetonio y Honoracio tuvieron que separar las semillas, molerlas, quitarles la cáscara y amasarlo todo antes de hervir la mezcla sobre el fuego. El médico no apartaba los ojos del cazo y el Tejedor, armado con un abanico de plumas de pollo, dosificaba las llamas para que la mezcla no se quemara.

—Ya lo tenemos, Honoracio —le animó el médico—. Si con las nobles de Tebas funciona, ¡enseguida tendremos la ciudad a nuestros pies!

—Entiendo que quieras progresar en tu arte y en tu posición —le respondió el Tejedor, receloso como de costumbre—, pero no comprendo a qué aspiras. Si querías hacerte famoso, ¡no deberías haber perdido el tiempo estudiando para ser médico!

Suetonio negó con la cabeza:

—No lo entiendes, Honoracio. Yo siempre he sido médico de *valetudinarium*, mi vida ha transcurrido en una guarnición militar, desde luego no aspiro a participar en ninguna batalla, ni deseo abrirme paso a codazos entre otros oficiales.

—¿Y entonces qué te gustaría hacer? —El Tejedor lo miró perplejo, el motivo de su empeño en satisfacer los caprichos de las mujeres le resultaba oscuro.

—Yo no soy patricio de origen, pero me gustaría poder ejercer mi profesión sin sobresaltos, y tal vez éste sea el momento adecuado: si me gano la estima de la familia del legado, mis méritos dejarán de ser cuestionados.

Honoracio asintió: las amistades importantes eran necesarias para mantener cierto nivel de vida.

—En Alexandria, la gente acaudalada incluso me daba la bienvenida y nadie escatimaba en tetradracmas para obtener mi opinión sobre cuestiones de salud. No sólo los legionarios y oficiales de la guarnición, sino también muchos ricos buscaban mi consejo y mis medicinas.

Honoracio sonrió:

—Suetonio... al fin y al cabo, ¡tampoco eres tan distinto de los demás! ¡También buscas la riqueza!

—¡No menosprecies mi trabajo! No busco la riqueza porque sí, como tú crees. Pero, aun así, no me parece extraño que un buen médico pueda ganarse bien la vida sin prestar demasiada atención a cada una de las dracmas que gasta, tener una casa decente y... —En ese momento, el médico se detuvo: había tenido una hermosa familia hasta hacía un año. Su hijo de cinco años se había ahogado en una pila del jardín y su mujer le había abandonado para vivir lujosamente con un oficial de alto rango que había quedado mutilado en un combate.

Efectivamente, Suetonio ya había estado muy cerca de la meta a la que siempre había aspirado en Alexandria, pero un sinfín de adversidades se habían interpuesto en su camino: envidias, traiciones de oficiales, tramas de espías en el Mando y al final, había perdido todo lo que podía perder de un plumazo, excepto su vida.

Honoracio, que conocía las peripecias del médico, no quiso herirle con una broma demasiado banal sobre sus fracasos, y desvió la conversación:

—¡Aquí en Tebas no faltan ricos con tetradracmas que gastar! Te ayudaré en todo lo que pueda, como siempre he hecho, sabes que puedes contar conmigo. Y si haces fortuna, ¡yo también me llevaré una pequeña parte! —Comprobó el fuego, añadió un par de trozos de leña y de repente recordó algo—: Ya que estamos con el tema... escucha, Suetonio, me gustaría salir esta noche por la ciudad con un par de jóvenes de mi edad con los que me hice amigo aquí en el cuartel... ¿no tendrás alguna dracma que prestarme?

Al caer la noche, el ungüento estaba listo. Se había preparado suficiente para hacer felices a media docena de mujeres ansiosas por rejuvenecerse.

La primera dosis se extendió sobre el pecho de Honoracio:

—Cuando hayas vuelto de la jarana, despiértame y dime si el ungüento te ha hecho algún efecto especial. Ahora me lo untaré yo, no quiero equivocarme en nada. Pero ya estoy seguro de que este ungüento le gustará a esa mujer, y enseguida me reconocerán el mérito.

—¡Ojalá, Suetonio! Ojalá sea como dices...

Y, por último, le tocó al legionario con la mejilla hinchada: arrancarle el diente picado fue cuestión de unos instantes.

Honoracio regresó a medianoche y tal y como se había acordado, fue de inmediato a despertar al médico:

—Suetonio... he estado con una mujer que no dejaba de olisquearme... me ha preguntado si era porquero, porque el olor de este ungüento le recordaba al pienso con el que los granjeros engordan a sus puercos.

Al médico le costó un instante despertarse del todo:

—Esa mujer no se equivocaba... ¡al menos no del todo, Honoracio! El olor es justo eso, la alholva se usa en el pienso de los animales, ¡para cebarlos bien! Pero aparte de eso, ¿el ungüento te ha producido algún efecto?, qué sé yo... ¿picores?

—No, Suetonio, como si ni siquiera me hubieses untado. Después de que se ha secado, la piel tira un poco más... como cuando te ensucias con la gelatina que cubre los bagres.

—No creo que sea nada importante... se irá después de lavarte. A mí también me tira la piel, pero no me molesta en absoluto. A lo mejor hay que usarlo varias veces para que haga efecto, el papiro no decía nada al respecto y, por otro lado, lo escribió un maldito boticario que, como todo mercader que se precie, después de haber vendido su mercancía, no quiere saber nada más al respecto.

A la mañana siguiente, sin que hubiera aparecido ningún efecto nocivo, el médico hizo las comprobaciones finales y repartió la poción en pequeños frascos medicinales que cerró cuidadosamente con trocitos de pergamino y cordeles.

La entrega del fármaco, en cambio, fue un poco más complicada: a Suetonio se le había prohibido presentarse tanto en el despacho del legado como en su residencia. Por ello, se vio obligado a enviar a un siervo con una nota al liberto Apolonio, cuidándose mucho de no mencionar nunca el nombre del enfermo y el cometido del ungüento.

El médico Suetonio al liberto Apolonio.

He completado la tarea que me encomendó la persona que llevaste a mi consulta médica. Te rogaría que me indicaras cómo se debe entregar el medicamento.

Envió al criado y permaneció todo el día en la consulta, aguardando una respuesta.

XX.

Suetonio ya sabía que la esposa del legado era voluble y engreída, y al ver que ni siquiera al día siguiente llegaba señal alguna de los cuarteles de los oficiales, el médico y su ayudante reanudaron el trabajo ordinario de cuidar de los legionarios de la guarnición.

La crecida inminente del Nilo había incrementado las dolencias típicas causadas por el calor húmedo; algunos legionarios, sobre todo los procedentes de zonas lejanas del imperio, poco acostumbrados al clima tórrido, sufrían de disentería. Pero el *valetudinarium* funcionaba ahora a pleno rendimiento; el médico podía administrar los remedios apropiados e incluso tratar a algún veterano que, bien por curiosidad de conocer al nuevo médico, bien por necesidad, había recordado viejos dolores o sufría de podagra.

Suetonio quería que su consultorio funcionara a la perfección, y cuando algún oficial le preguntaba en la cantina cómo iban las cosas, contaba sus esfuerzos por satisfacer las necesidades más comunes y por reponer el amplio catálogo de medicinas necesarias en cualquier guarnición. De hecho, había aumentado el número de recipientes de barro, cuidadosamente sellados con trozos de pergamino o vejiga que estaban expuestos en su estancia. E incluso aquel día, se había propuesto ir a comprar beleño y otras hierbas.

—Honoracio —dijo consultando sus notas—, pon también en la lista sauce, al menos una libra, e igualmente media libra de valeriana seca. A quien le haga falta, debe encontrarla en este *valetudinarium*. Debemos evitar que los legionarios acudan por cualquier menudencia a los médicos griegos de la ciudad. Honoracio, ¿te imaginas el motivo?

El Tejedor se afanaba en tomar nota en un trozo de papiro que ya había manchado de tinta. Su letra era ilegible, ya que nunca había querido practicar la escritura, alegando que le bastaba con saber leer.

—¡Ya sé lo que estás planeando, Suetonio! ¡Estás intentando, por todos los medios, crearte clientes! Si puedes atrapar a unos cuantos oficiales adinerados, lo habrás conseguido. ¿No es así?

El médico meneó la cabeza, sabía de sobra cómo funcionaba la mente del Tejedor:

—¿Te he dicho que apuntaras el beleño?

En ese instante se oyó rascar en la puerta y apareció el rostro avieso del centurión Sópatro.

—¡Hay un oficial que quiere hablar contigo, médico!

Lo seguía un hombre alto y de buen aspecto, con uniforme de tribuno.

Suetonio se quedó sorprendido por un instante antes de esbozar una sonrisa:

—¡Tribuno Lobo! ¡qué alegría volver a verte!

Ni siquiera tuvo tiempo de ponerse en posición de firmes cuando el tribuno se le adelantó, ofreciéndole afablemente el antebrazo:

—¡Yo también me alegro de volver a verte, Suetonio! Estoy aquí en Tebas de servicio y sólo por casualidad, me he enterado de que estás de servicio en esta unidad.

El centurión Sópatro antes de volver a sus asuntos no olvidó dedicar al médico y a su ayudante esa sonrisa socarrona que suele reservarse a los imbéciles.

—Veo que también está tu ayudante Honoracio —continuó el tribuno—, ¿hace mucho que estáis aquí?

—Tribuno... llevamos dos meses en Tebas. Otro par de meses los perdimos en las proximidades de Naucratis: nada más salir de Alexandria, a lo largo del Nilo de Canopo, fuimos secuestrados por una banda de ladrones y asesinos.

—Sí, lo sé —asintió el tribuno—. El legado Nepote me lo dijo anoche cuando me presenté

con las órdenes. ¡Tendremos que decidimos a exterminar a esa maldita raza de pastores que infestan el delta! Pero por el momento olvidémonos de esos canallas... Te propongo lo siguiente, Suetonio: hoy debo hablar con los oficiales, pero esta noche estaré libre. Ven a cenar conmigo. Me han asignado una salita separada en la cantina, podremos hablar tranquilamente y no nos molestarán.

En el cuartel, los oficiales disponían de una sala separada de la ruidosa cantina de los legionarios, adecuada para banquetes ceremoniales y rodeada de salas más pequeñas, muy cómodas para quienes deseaban almorzar o cenar mientras departían unas palabras con un compañero de forma más libre o confidencial.

Fue en una de esas estancias donde, a la hora de la cena, el tribuno Lobo y el médico tomaron asiento.

—¿No has tenido más problemas desde Alexandria... ha ido todo bien? —preguntó el tribuno.

—Todo ha salido bien. Aparte de ser capturado por los búcolos, todo el mundo se prestó a ayudarme. Ya sabrás que el despacho del prefecto de Egipto, en reconocimiento a los servicios prestados en el pasado a su familia, me ha encontrado también este destino en Tebas, donde podré crearme una nueva vida ejerciendo mi profesión. Es una ciudad tranquila, dominada por los sacerdotes que obtienen grandes beneficios de los peregrinos. También habrás observado que hay pocas tropas en esta guarnición, la ciudad no requiere mucha vigilancia, basta con la milicia egipcia y alguno de los nuestros o, en ocasiones, mercenarios.

—Sí, lo he observado, la ciudad está tranquila. Demasiado tranquila, y en este cuartel, si he de decirte la verdad, he visto más tranquilidad que en cualquier otra guarnición militar que haya pisado nunca.

Suetonio sonrió:

—Y también has de saber que mi trabajo aquí corre el riesgo de ser inútil: no sólo algunos oficiales, ¡sino incluso muchos legionarios prefieren que les preparen sus medicinas los médicos griegos que abundan en la ciudad!

El tribuno asintió y Suetonio prosiguió con sus explicaciones:

—Aquí podrás contar con cierta tranquilidad, nada que ver con la confusión de Alexandria con los frecuentes disturbios de judíos y campesinos. Para ti serán unas vacaciones. ¿Permanecerás mucho tiempo en Tebas?

El oficial tuvo que pensárselo antes de contestar:

—Aún no sé si se me han asignado definitivamente a este presidio. Ayer, cuando llegué, le entregué al legado Nepote varias cartas de la prefectura de Alexandria. Supongo que también habría órdenes para mí, pero el legado aún no me ha dicho nada. En los próximos días seré convocado por el gobernador Marco Emilio Catulo, tal vez sepa algo más.

Por el tono de la respuesta, Suetonio comprendió que la posición del tribuno Lobo no debía de ser demasiado cómoda. Y el hecho de que un tribuno que gozaba de la confianza del prefecto de Egipto afirmara desconocer los detalles de las órdenes de su nuevo cargo, dejaba pensar que fuera algo no demasiado fácil, puede que incluso peligroso.

—¿Ha ocurrido algo grave en Alexandria? —intentó indagar con cautela.

El tribuno, pensativo, se sirvió un par de dátiles antes de responder:

—En Alexandria ocurren cosas graves todos los días.

—¿Qué ha pasado recientemente, tribuno? Si puedes decírmelo, si no faltas a tus obligaciones...

—No es un secreto —bajó la voz el oficial—, y pronto se hablará de ello también aquí. Pero,

por el momento, no se lo digas a nadie.

Al recibir un gesto de asentimiento, decidió continuar:

—Posiblemente llegue un nuevo prefecto a Alexandria: se rumorea que Cayo Vibio Máximo no ha sido confirmado en su cargo y será llamado de vuelta a Roma.

—El prefecto ha terminado su mandato, seguramente habrá sido nombrado para otro destino.

El tribuno negó con la cabeza:

—No se sabe, hay indicios de que tiene algunas desavenencias con la corte romana, y puede que con el mismísimo emperador. Ten en cuenta que yo salí de Alexandria hace un mes, por lo que mi información ya es agua pasada. Pero los asuntos en la corte romana, a miles de millas de Egipto, sólo pueden empeorar con el paso de las semanas.

—En resumidas cuentas, ¿crees que sería aconsejable para mí permanecer alejado de Alexandria el mayor tiempo posible?

—Creo que sí, aunque tampoco pienso que sirva de mucho. Tanto tú como yo hemos gozado de cierta protección por parte del prefecto Cayo Vibio Máximo por los servicios que le prestamos en el pasado. Pero si es sustituido, el escudo que su nombre nos ha ofrecido hasta ahora desaparecerá. Gozar del apoyo de uno conlleva la hostilidad de otro, ya lo sabes, siempre ha funcionado así.

El médico Suetonio se quedó pensativo, cavilando sobre las implicaciones y los peligros que los nuevos acontecimientos políticos en la corte alejandrina podrían acarrearle.

—Y sospechas que puedan mandarme... ¿un sicario?

—No... —negó con la cabeza el tribuno—. ¡No hay ninguna necesidad! Los sicarios se envían contra quien obstaculiza algo, pero tú ya has desaparecido de Alexandria, y nadie sabe dónde estás desde que tu destino fue acordado por un hombre de confianza del prefecto.

Pensó detenidamente antes de concluir:

—Mientras permanezcas alejado de Alexandria, no corres verdadero peligro. Imagino que dentro de unas semanas sabremos con más precisión lo que está ocurriendo con el gobierno de Egipto.

—Ya... y, de todos modos, nadie debería saber dónde he ido a parar.

—Háblame de ti, Suetonio. ¿Qué pasó para que acabaras en manos de los búcolos?

—Me fie de tres individuos, búcolos que se hacían pasar por tranquilos barqueros de servicio en el Nilo, y al tercer día de navegación, poco más allá de Naucratis, me golpearon con un bastón y casi me matan.

—Pero ahora te veo que gozas de buena salud, ¡tuviste suerte! ¿Cómo pagaste el rescate?

—En realidad no tuve que hacer nada —sonrió el médico, deteniéndose un instante antes de adentrarse en la historia de su encierro con la leprosa—. Fue gracias a un hombre adinerado de esa ciudad: se enteró de que estaba prisionero y se ofreció a pagar el rescate. Debo agradecer a los dioses y a la fortuna que yo esté aquí. A aquel hombre adinerado, claro está, creo que le debo la vida.

Por respeto a Arsínoe, el médico prefirió no contar su terrible desgracia y el peligro del que había escapado en casa del astrólogo.

—¡Ahora nos veremos a menudo en el cuartel, Suetonio! Pero tú has llegado aquí antes que yo... ¡Te exijo que me muestres la ciudad!

El médico sonrió.

Y antes de que se levantaran de la mesa, el oficial añadió:

—¡Ah!... escucha, Suetonio, Debo pedirte que evites hablar con los demás de nuestras pasadas misiones. Si te preguntan, responde simplemente que nos conocimos en el cuartel de

Nicópolis. A mí me han trasladado aquí, como es normal en la carrera de cualquier oficial.

Le miró fijamente a los ojos antes de concluir:

—Espero que lo hayas entendido...

Era una orden.

De regreso al *valetudinarium*, Suetonio encontró a un siervo desconocido esperándole: tenía aspecto de escriba, debía de ser un hombre del pomposo liberto Apolonio, el secretario del legado Nepote.

—Me han enviado a recoger lo que tienes que entregar —fueron sus escuetas palabras: evidentemente, ni siquiera él sabía lo que tenía que recoger.

El médico no perdió el tiempo: envolvió tres frascos del ungüento para la noble Orestila en una gran hoja de papiro y lo empaquetó todo con un cordel.

Sin mediar palabra se los entregó al siervo, que se puso en marcha hacia el pretorio. En breve, Suetonio recibiría noticias de los resultados de aquel ungüento que prometía “convertir a un viejo en un joven”.

XXI.

En los días siguientes, por mucho que Suetonio espicara el patio a la espera de una respuesta a las primeras aplicaciones del ungüento milagroso capaz de “convertir a un viejo en un joven”, o se asomara a la ventana para ver si alguien se dirigía al *valetudinarium*, nada vino a perturbar el orden en aquel rincón del cuartel.

Ni siquiera escuchando a través de una pajita de papiro colocada en una rendija de la puerta entre su despacho y el pretorio, tuvo aviso de que alguien venía a discutir los resultados del ungüento de origen campesino.

Pasó una semana entera hasta que ya bien entrada la noche, se oyó rascar en la puerta. Suetonio ya estaba en la cama, pero se levantó cual resorte, como si le hubiese mordido una serpiente.

Era Orestila, irreconocible con su habitual vestido negro y la cabeza disimulada por el velo oscuro. Entró sin decir ni una sola palabra, esperó a que el médico hubiera echado el pestillo tanto de la puerta del dormitorio como de la del pretorio y finalmente, guardando silencio, le entregó el paquete que el médico había confiado al criado unos días antes. Ni siquiera había sido abierto.

Suetonio la observó sin comprender, mientras ella se quitaba el velo.

La mujer estaba de pésimo humor:

—¿Sólo tienes pájaros en la cabeza, médico? —lo apostrofó sin siquiera darle tiempo a abrir la boca—. ¿Quién te crees que soy yo? ¿Haces que el siervo me traiga estos tarros? ¿Y qué se supone que debo hacer con ellos?

—No entiendo, Orestila... ¿No has usado el ungüento?

—¡Suetonio...! ¿Qué se supone que tenía que haber hecho, que me lo embadurnara una estúpida sirvienta que podría estropearla la piel? ¡No entiendo qué tienes en la cabeza! ¡¡No me has dicho cuánto usar, ni con qué frecuencia! ¡Imagina si mi marido se entera de cómo tratas a sus hombres, por no hablar de su mujer!

Suetonio, ruborizado como un chiquillo, sólo tardó un momento en hilvanar un argumento explicativo:

—El secretario de tu marido me prohibió acercarme a molestarte... yo no podía...

—¿No serás también un llorón como esos egipcios que se me echan encima? ¿Es tuya esta asquerosa cama?

Y comenzó a desnudarse, sin ningún tipo de reparo, quedando completamente desnuda ante el médico:

—¡Ahora date prisa! Ya me has hecho perder demasiado tiempo. ¡Y espárcelo bien, para que tu maldito ungüento haga efecto rápidamente!

Suetonio se dio cuenta de que Orestila se había olvidado por completo de sus pasados dolores de estómago y que debía de tener otros asuntos en la cabeza. Pero no se desanimó: encendió cuatro lámparas más, para ver bien lo que hacía, y se dispuso a masajearla con el preciado ungüento campesino.

Pudo estudiar cada centímetro de la piel de la mujer y llegar a la conclusión, con ojos de varón más que de médico, de que aunque ya hubiera pasado los cuarenta, gozaba de excelente salud y estaba bien formada tanto de pechos como de caderas. Su vientre era tan plano y liso como el de una joven de dieciocho años.

—¡Y no te distraigas, eh! —le llamó al orden Orestila, al percatarse de que el médico,

encantado con el escultural cuerpo, ralentizaba el ritmo—. ¿Cuántas veces tengo que untarme con este ungüento?

—No te lo puedo decir todavía, Orestila —se sobresaltó Suetonio—. Se trata precisamente de la antigua fórmula que usaba la madre de tu criada, la que me dijiste que provenía de la comadrona. La fórmula ha caído en desuso porque el ungüento no se conserva mucho tiempo. Puesto que es necesario evaluar los resultados tras unas cuantas aplicaciones, te aconsejaría aplicarlo tres veces, luego analizaremos juntos los resultados.

La imprecisa respuesta no satisfizo a la mujer, que lo fulminó con la mirada mientras él seguía frotándole las piernas.

—Te adelanto que sentirás cierto estiramiento de la piel —se sintió obligado a añadir—, pero no es demasiado desagradable. Para que el medicamento haga todo su efecto, te recomiendo que lo mantengas sobre la piel durante un día y una noche. Mañana por la noche eliminarás lo que quede con abundantes lavatorios, entonces podremos continuar con una segunda aplicación.

—Ya... ¿pero cuánto tiempo va a durar esto? ¿Una semana, un mes?

—Lo decidiremos juntos en unos días y mientras tanto, ya me irás contando si ves algún resultado.

Suetonio estaba familiarizado con los enfermos y sabía lo fácil que era influenciar a la gente en momentos de necesidad, así que se extendió en la explicación:

—Ahora escúchame bien, Orestila: cuando hayas eliminado los últimos restos de la pomada con tus lavatorios, y tu piel esté bien seca, me gustaría que comprobaras si notas algo diferente, por ejemplo, que tu piel está más suave o que se han suavizado las arrugas. El ungüento también debería mejorar las articulaciones de brazos y piernas, pero este efecto lo notarás al final del tratamiento.

Fingió recapacitar algo antes de concluir, meneando la cabeza:

—Sin embargo, puede que no sientas nada. Las mejoras en las articulaciones las notan los que tienen problemas, pero tú eres joven y estás sana, no deberías notar ninguna diferencia.

Ante el veredicto de la ciencia médica, la mujer no tuvo nada más que decir, esperó a que se secara el ungüento y, sin despedirse siquiera, se vistió y regresó a su hogar.

En cuanto la mujer se fue, Suetonio se secó la frente y respiró aliviado: por muy atractiva que fuera la mujer, intentar tratarla no era menos arriesgado que domar a un animal salvaje. Pero en el fondo, el médico estaba satisfecho del trabajo realizado: como sucede normalmente entre médico y paciente y en muy poco tiempo, también Orestila se daría aires de grandeza y estaría en su poder como cualquier otro paciente.

Los masajes con el ungüento aceitoso de semillas de alholva prosiguieron con sesiones nocturnas durante toda la semana.

La mujer acudía a las citas con un estado de ánimo diferente según las circunstancias del día. A veces parecía de pésimo humor, en otras ocasiones se mostraba callada y taciturna. Tal vez estuviera pasando por un momento difícil en casa. Una noche apareció acompañada de su hija, la hermosa joven dueña de los cuatro monitos fugitivos. Suetonio había oído, por las charlas de la cantina, que había enviudado pocos meses después de casarse. Debía de tener dieciocho o diecinueve años y, por hermosa que fuera, no se parecía en nada a su madre. Permaneció en silencio en el diván durante todo el tratamiento, observando con curiosidad cómo el médico manipulaba el cuerpo desnudo de su madre.

En los días siguientes, la cura con el ungüento pareció producir resultados, si bien lentamente:

la ausencia de quejas soberbias de Orestila era señal inequívoca de que el tratamiento no iba desencaminado. Y si no había efectos nocivos, la cura sólo podía ser beneficiosa, fue la reflexión de Suetonio, que conocía que la quietud de los pacientes ya de por sí manifiesta la satisfacción por el resultado obtenido. Y la soberbia dama no iba a ser diferente de las demás.

Al cabo de una semana, decidió animarse a formularle alguna pregunta más directa:

—¿Has notado algo, Orestila, cuando, después de los lavatorios, el cuerpo está bien seco?

—No lo sé, no sabría decirte, Suetonio. ¿Qué se supone que debo ver exactamente?

—Al tocarte la piel, ¿no has notado que estaba un poco más firme?

La mujer, mientras el médico terminaba de frotarle las pantorrillas, se palpó las caderas y las nalgas. No dijo nada. Era una clara señal de que había vislumbrado un resultado.

Suetonio imaginó que la mujer nunca le daría ninguna satisfacción, e intentó aprovechar la ocasión:

—Se está acabando el ungüento que había preparado. Mañana pienso ir a buscar los ingredientes y empezaré a preparar uno más concentrado.

—¡Más te vale, Suetonio! Hazlo más concentrado, que sea más efectivo, ¡de lo contrario esta cura no acabará nunca!

Al día siguiente, el médico acudió a la cantina a la hora octava, tranquilizado por los resultados de la cura que le había aplicado a la esposa del legado Nepote. También había notado algunos resultados en él mismo: las manos con las que frotaba a la dama de la nobleza, en contacto constante con el ungüento hecho a base de alholva, se habían vuelto más suaves, parecidas a las de un bebé, y muchas arrugas y pequeñas manchas de la piel se habían reducido o habían desaparecido. No cabía duda de que la antigua receta del viejo boticario, aquel Dionisio antepasado de Belles, realmente funcionaba.

Sentado a la mesa de la cantina, en la pequeña sala donde había tomado por costumbre reunirse y almorzar con el tribuno Lobo cuando estaba libre de los demás oficiales, meditó para sus adentros que se hallaba ante uno de esos raros casos que siempre habían conocido los médicos. A veces, la gran confianza de la gente del campo con las plantas que ofrecía la naturaleza les había permitido descubrir los efectos beneficiosos de alguna hierba: en este caso se trataba de la muy común alholva.

El tribuno Lobo se unió a él al poco.

—Te veo más sosegado, tribuno —le comentó de primeras.

—Salgo ahora de entrevistarme con el gobernador Catulo. He sido oficialmente incorporado a la plantilla y ahora formo parte del estado mayor de Tebas.

—Me alegro mucho, tribuno. ¿Te han asignado un despacho en el pretorio?

—Sí, ya me lo han asignado. Temía tener que asistir al tribuno Nemesiano en las operaciones del impuesto sobre el grano —le sonrió.

Suetonio asintió, sirviéndose verduras fritas y un par de pescados en escabeche. Aquel impuesto era el único asunto importante de la Tebaida, el envío del impuesto debido, en especie, a Alexandria.

—Por cómo lo cuentas, imagino que te han encargado algo mejor —le comentó el médico.

—Sí... me han confiado algo completamente distinto. Estoy seguro de que ni siquiera puedes imaginar que exista un cargo semejante.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y de qué se trata?

—Estoy encargado de controlar ciertos trabajos en los que colaboramos con los sacerdotes de Ptah.

—Nunca había oído hablar de eso.

—La misión es mucho más importante de lo que crees. Me ha explicado muchos detalles, no hace más de una hora, el secretario particular del gobernador Catulo, un tal Nakamen, oriundo de Tebas, no creo que lo conozcas. De los sacerdotes depende la tranquilidad de la Tebaida y el pago regular de los impuestos.

—Si he de decirte la verdad, tribuno, ni siquiera sabía que nosotros, los romanos, tuviéramos relación alguna, por así decirlo, hombro con hombro con los sacerdotes.

—Y sin embargo es así, Suetonio. El mismísimo emperador Trajano se preocupa de que los templos no caigan en ruinas y de que se lleven a cabo todas las reformas necesarias. Destina enormes sumas a grandes obras de saneamiento y restauración.

—Sí... me parece haber oído hablar, muy por encima, de restauraciones. Pero en concreto... ¿qué deberías hacer?

—Junto a mi colega, el tribuno Manlio Cercón, que actúa como intendente de finanzas, tendré que comprobar que las sumas concedidas al clero acaban realmente en la realización de las restauraciones necesarias. Como habrás visto, todo el complejo del templo ha sufrido expolios a lo largo de los siglos. Dicen que el peor fue el de Ptolomeo IX, hace dos siglos^[32]. Las obras sirven para evitar que este complejo siga siendo esquilado por el paso del tiempo o los saqueos, pues siempre hay gente dispuesta a reutilizar sus mármoles.

Suetonio sonrió ante la insólita tarea encomendada a su amigo: era difícil imaginarlo como mediador tratando con los sacerdotes filósofos de los que Tebas estaba repleta.

—Si te fijas bien durante una visita a los templos —prosiguió el oficial—, verás planchas con inscripciones dedicadas a nuestro emperador. Cercón se maneja muy bien con los sacerdotes, lleva años aquí y se ha ganado la estima de los que supervisan las finanzas del clero. Por el momento trabajaré con él.

Un siervo trajo a la mesa una tortilla caliente junto con una vasija de cerveza.

—Hasta ayer mismo, yo también me habría reído de algo así —continuó el tribuno—. ¿Estabas al tanto de que aquí, en Tebas, hay una afamada “Casa de la Vida”?

—Sí, ya la conocía y ésa fue la razón principal por la que me alegré de que me trasladaran aquí. Estoy esperando una buena oportunidad para ponerme en contacto con algunos de esos sabios que practican la medicina en el templo de Ptah. También creo que hay una especie de sanatorio. Me dijeron que sus sacerdotes han hecho un voto especial y se encargan de curar a los enfermos no sólo en deferencia a su religión y al juramento que hicieron a su colegio, sino también para descubrir nuevos fármacos. En Alexandria oí hablar a menudo de su sanatorio y, tarde o temprano, iré y pediré consultar sus textos para ciertas enfermedades para las que no se conoce ninguna cura.

Suetonio era un médico abnegado y no dejaba pasar la oportunidad de ampliar sus conocimientos a nuevas curas y fármacos, y también se había propuesto recabar información sobre la lepra. Se lo había prometido a Arsínoe en Naucratis. Pero también se preocupaba por él mismo. Cada mañana dedicaba no menos de media hora a un examen escrupuloso de su cuerpo: temía que, de un momento a otro, surgieran esas manchas rojas que preceden a la aparición de esa terrible enfermedad.

En unas hojas de papel que guardaba en su escritorio había descrito las manchas que siempre llevaba en la piel, para poder permitirse, con el tiempo, revisarlas minuciosamente.

—A mí también me han hablado de ese sanatorio —lo distrajo el tribuno Lobo—. Yo también soy un completo ignorante de los asuntos religiosos y nunca me atrevería a discutir de filosofía con sus sabios. Tendremos que organizarnos e ir juntos a su templo para conocer a los

sacerdotes. No me importaría ir con un médico, ¡pareceré menos “romano”!

— Si este colega tuyo lleva ya años aquí, le será fácil presentarnos a alguno de sus sabios. Seguro que muestran recelo hacia nosotros.

El pesado bochorno del verano en Tebas, que ahora estaba en pleno apogeo, mitigaba muy poco durante la noche.

Cuando Honoracio regresó al *valetudinarium* en mitad de la noche, Suetonio, que no podía dormir por el calor, oyó claramente el crujido de la puerta sobre sus goznes y el chirrido del pasador. Se levantó de su catre y se reunió con él junto a la tinaja de agua: se estaba bañando la cara para refrescarse.

—Has llegado temprano esta noche —le dijo a su ayudante, y él también se mojó cabello y rostro tratando de refrescarse.

—Sí... donde se bebe cerveza, la charla es siempre la misma. La gente aguarda la crecida y en esta época no hay labores agrícolas. El que no ha sido mandado al “Impuesto del Terraplén” no tiene nada que hacer. Pero los tebanos siempre tienen presentes a sus dioses y a las leyendas del río, y las historias que tejen, a la postre, siempre son las mismas.

—Me dijiste que habías hecho amigos entre los legionarios.

—Sí, de vez en cuando salgo con Demódoco, un buen chaval que tendrá más o menos mi edad.

—¿Os juntáis con mujeres?

—Sí... él conoce a muchas, ¡a veces ni siquiera tenemos que pagar!

Sonriendo, Suetonio se secó la cara con un paño. Su posición le impedía relacionarse con los legionarios más jóvenes y atrevidos, pero la diferente mentalidad también le separaba de ellos.

—Hoy te he visto con el tribuno Lobo —dijo el Tejedor.

—Sí, me ha preguntado por ti. Quería saber a qué te dedicas y si has sentado la cabeza.

Y ahora el que sonrió fue el ayudante:

—No pensaba que fuéramos a volver a ver al tribuno. Realmente es una asombrosa coincidencia que nos encontremos todos aquí, en uno de los lugares más alejados de Alexandria. Me pregunto qué estará haciendo aquí.

—A los oficiales, los trasladan cada cierto tiempo.

—Para acabar en Tebas... ¡a algún pez gordo ha tenido que molestar! Me pareció que era muy apreciado en Alexandria, sobre todo en el palacio del Gobierno.

—Sí, a mí también me ha sorprendido encontrármelo aquí.

—¿Lo han degradado?

—No creo que haya pasado nada de eso. Ahora que lo pienso, nunca comprendí muy bien a qué se dedicaba en Alexandria. No estaba en la legión, acudía al palacio y era uno de los hombres de confianza del prefecto. El año pasado pensé más de una vez que era un *frumentarius*^[33], o algo parecido.

—¿Uno de esos espías que se ocupan de asuntos de los que nadie debe saber nada?

—Algo así... le encomendaban misiones de la máxima confianza. Escucha, Honoracio, ahora que lo pienso... ve a la ciudad mañana por la mañana y compra una veintena de nueces de *bdellium*^[34]. Puedes probar en la botica de Belles, tal vez tenga algo ya molido. Y hace falta no menos de una libra de corteza de sauce en polvo. ¡Con los legionarios desaparece como el pan!

Suetonio emprendió el regreso a su catre sin apenas refrescarse, pero mientras hablaba con Honoracio un nuevo pensamiento se había colado en su mente: era realmente extraño que un experimentado oficial que hasta hacía pocos meses había gozado de la confianza del prefecto de

Egipto hubiera ido a parar a Tebas, para ocuparse de triviales asuntos administrativos, útiles únicamente para mantener buenas relaciones con el clero. ¿Qué podía haber en el Alto Egipto que atrajera la atención del prefecto Cayo Vibio Máximo?

El médico no había tenido el menor indicio de que hubiera algo inusual en el palacio del gobernador. Pero seguramente nadie le habría alertado de que hubiera algo de tanta gravedad que requiriese la presencia de un avezado tribuno capaz de desenmarañar asuntos inconfesables.

También era extraño que Lobo hubiera sido trasladado a Tebas sin siquiera un asistente y una escolta personal. Había, en efecto, varias cosas inexplicables y quizá alguna de esas ayudó al médico a superar el bochorno de la noche veraniega y conciliar el sueño.

XXII.

La ocasión que el médico esperaba para conocer a los sabios médicos egipcios que frecuentaban los templos se presentó unos días más tarde, cuando el tribuno Lobo llamó a la puerta del *valetudinarium* a primera hora de la mañana:

—Suetonio, me esperan en la “Casa de la Vida”. Tengo una reunión en el colegio de sacerdotes junto con mi colega Cercón. Puedes venir conmigo, tendrás la oportunidad de ver a los sabios.

—Iré encantado, tribuno. Esta mañana estoy solo, mi ayudante ha ido a comprar hierbas.

En el exterior del *valetudinarium* les esperaba un hombre en la treintena, vestido con una túnica blanca y muy bien arreglado.

El tribuno se lo presentó:

—El liberto Diodoro es el secretario del tribuno Cercón. Él nos acompañará. Mientras yo voy a mi reunión, a ti te presentarán a los sabios, como deseabas.

Se pusieron en camino, acompañados por una escolta de cuatro legionarios y enseguida llegaron al enorme complejo de templos que se extendía al septentrión de Tebas.

Dos clérigos los aguardaban frente a la altísima puerta de entrada, la más alta que Suetonio había visto jamás. Incluso los clérigos se sonrieron al verle estirar el cuello, admirado.

El tribuno Lobo marchó a reunirse con Cercón en el colegio de los sacerdotes; y por su parte, el liberto Diodoro condujo al médico a la otra punta del complejo de templos, donde se hallaba la “Casa de la Vida”.

En realidad, no se trataba de una verdadera casa, sino de una sala de considerables dimensiones, anexa al templo de Ptah, rica en decoraciones y esculturas que representaban a los antiguos dioses de Egipto; en el centro de la sala había una plataforma de mármol dispuesta en anillo, y una docena de ancianos de barba blanca discutían entre ellos.

A Suetonio el lugar le recordó un pequeño senado o uno de esos diminutos anfiteatros donde, en las antiguas ciudades griegas acostumbradas a la democracia, los ciudadanos podían dar su opinión.

El liberto Diodoro le presentó a un tal Serapión, un anciano de barba blanca, encargado de recibir a los invitados. Éste, olvidando que hablaba con un médico, le dio la bienvenida destacando la fuente del saber filosófico que representaba la Casa de la Vida, como si se estuviera dirigiendo a un necio campesino que visitaba el templo.

Suetonio no se desanimó: hacía tiempo que tenía preguntas que hacer a esos sabios, algunas de las cuales se remontaban a los primeros años de su servicio en Nicópolis. Le escuchó divagar durante al menos media hora sobre la importancia de la casta sacerdotal y el templo de Ptah, sin los cuales Egipto ni siquiera habría existido, pero finalmente le recondujo con un par de preguntas orientadas al culto de Imhotep^[35], por el que la escuela tebana era justamente famosa.

El anciano le recordó los inmensos méritos del dios Imhotep, explicándole que a su culto también se habían incorporado los conocimientos del antiguo Asclepio^[36], un semidios griego bien conocido en la época de los reyes ptolemaicos, algo que cualquiera podía saber. Los dos se sentaron en uno de los bloques de mármol y Suetonio trató de lanzar alguna pregunta precisa sobre el poder de la miel, el vinagre y el *opium thebaicum*, molestando de inmediato al anciano, que hizo poco o ningún esfuerzo por ocultar su superficialidad y presunción.

Pero no podían decepcionar a su invitado, y otro sabio, un tal Pólux de Cinópolis que presumía de que era experto en los misterios del arte médico, fue convocado, y los dos se

quedaron a solas para hablar del cuerpo humano, los remedios y las invocaciones a los dioses.

Cuando el tribuno Lobo pasó a buscar a Suetonio, dos horas más tarde, los encontró todavía allí en el banco, discutiendo sobre las fiebres del Nilo.

Terminada la conversación, el tribuno y el médico se reunieron en la explanada del templo con los legionarios de la escolta para regresar al pretorio y al cuartel, pero Suetonio no hacía más que resoplar para sus adentros.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Lobo—. Te he visto enfrascado en una complicada discusión, me ha parecido que le hacías pasar un mal rato al viejo con esas enfermedades... ¡Confío que no le hayas ofendido!

—No, no le he ofendido, tribuno, pero he de confesarte que mi desilusión ha sido enorme. Llevaba oyendo hablar de esta escuela desde hacía muchos años, imaginaba que aquí encontraría gente de la que podría aprender nuevas curas.

—¡Ah! ¿Y acaso no ha sido así?

—Te aseguro, tribuno, que si tuvieras la oportunidad de conocer mejor a estos sabios, ¡te cuidarías mucho de que te trataran ellos!

—No te entiendo... ¿qué quieres decir?

—Quiero decir que entre la ciencia médica que se practica en nuestros valetudinaria y la de estos supuestos “sabios” egipcios, ¡hay un abismo no menos profundo que el que hay más allá de las Columnas de Hércules!

—De hecho, mi colega Cercón me advirtió de que no entablara discusiones con los sabios; dice que son susceptibles y viven en su propio mundo, ¡un mundo muy distinto del nuestro!

—¡Es exactamente así! Basta decir que por cada pregunta que le hacía al tal Pólux de Cinópolis sobre las técnicas que él utiliza para curar heridas, o para amputar miembros, o bien en el uso de los fármacos que nos ofrece la naturaleza, él volvía la conversación a estériles discusiones filosóficas sobre la relación entre deidades protectoras, libros sagrados y espíritus malignos.

—Y sin embargo se les considera profundos conocedores de esta ciencia...

—No niego que conozcan cómo está hecho el cuerpo humano, e incluso puede que sepan más que nosotros sobre el funcionamiento de ciertos órganos, pero su medicina es anticuada... ¡sigue impregnada de creencias que arrastran desde hace siglos!

—Me parece que incluso tú ahora estás mostrando cierto resentimiento hacia ellos.

—No, no es resentimiento, tribuno. Es que nosotros, en nuestros valetudinaria, ¡no podemos curar a los legionarios heridos con invocaciones! Estamos acostumbrados a intervenir en el mal para intentar curarlo.

—¿Así que crees que no tenemos nada que aprender de ellos?

Suetonio negó con la cabeza:

—Si tú tuvieras que curar a unos legionarios después de una batalla no conseguirías nada con sus creencias filosóficas y tus hombres morirían. He de reconocer que sí que tenemos mucho que aprender, sólo que probablemente nunca nos lo revelarán.

—¡Me parece que estoy oyendo hablar a Cercón! Siempre dice que están orgullosos de su religión y que son muy susceptibles, como si tuvieran que defender sus secretos.

—Secretos tan viejos como el mundo y cubiertos de telarañas, tribuno. ¡Quieren mantenerlos bien ocultos bajo fórmulas mágicas que sólo ellos conocen!

—He de entender que he llegado justo a tiempo de evitar que os enfrentarais —sonrió el oficial—. Pero ¿tú qué opinas, a qué se debe esta dificultad para intercambiar información? ¿Quizás quieran mantener bien guardado algún secreto de enorme poder?

Suetonio negó con la cabeza:

—No... Hablando ahora contigo me estoy dando cuenta de ello: creo que es por esa eterna cuestión que siempre se ha debatido, y que nunca se resolverá: como todos los médicos militares, e incluso nuestros *equarii*^[37] que tratan a los animales, creo en la medicina de la escuela hipocrática, la de Hipócrates de Coos.

El tribuno le miró durante un instante sin comprenderle.

—Hipócrates sostenía que las enfermedades humanas están relacionadas con algún mal funcionamiento del cuerpo o de alguna de sus partes. Nosotros sabemos que las enfermedades se originan en la propia persona. Nunca podremos estar de acuerdo con quienes enseñan que las enfermedades son provocadas por influencias malignas o intervenciones sobrenaturales.

—Ya entiendo, ellos lo ven de forma diferente a nosotros. ¿Así que no has tenido oportunidad de saber nada útil?

—No... Te lo voy a explicar, yo buscaba pistas sobre una enfermedad que asola a este país y a veces, a otros lugares del imperio: la lepra. Pero aquí no saben nada, ni de dónde viene ni si hay forma de curarla. —El médico hablando de su profesión se había acalorado—: Nosotros, los romanos, somos gente práctica, y yo querría saber qué hacer cuando me encuentro ante un hombre con un mal desconocido, o incluso conocido, pero que soy incapaz de curar.

—¿Y su tan cacareado sanatorio? ¿Lo has visto?

—Sí, me lo han enseñado. Algunos de sus enfermos yo sabría curarlos, pero los sabios quieren ver los efectos de ciertas jaculatorias e invocaciones a los dioses en esa antiquísima lengua de la que se consideran los únicos depositarios^[38].

El tribuno asintió:

—Sé que otros piensan lo mismo, por mucho que en sus tradiciones milenarias haya remedios que mantienen ocultos tras la pantalla de la filosofía.

Y mientras subían la escalinata del pretorio, el médico concluyó:

—Puede que sea así, tribuno, pero la filosofía es buena para la gente sana, no para los que necesitan que se les cure.

XXIII.

La vida en la guarnición de Tebas continuaba sin interrupciones en previsión de la inminente crecida del Nilo. Oficiales y legionarios no tenían mucho que hacer, más allá del ordinario y somnoliento servicio diario.

Ya habían pasado unos días desde la visita a la “Casa de la Vida”, para el médico Suetonio una gran decepción; pero debía de haber novedades, como le advirtió la expresión ceñuda que leyó en el rostro del tribuno Lobo cuando se cruzó con él en los pasillos del cuartel.

Suetonio nunca se hubiera atrevido a hacer preguntas directas a un superior. Pero ambos habían salido indemnes de una peligrosa misión el año anterior y se habían encontrado en Tebas tras un traslado que a alguno podría haberle parecido una huida; estas experiencias habían rebajado las barreras que suelen existir entre los oficiales y sus subordinados. Los dos se encontraron en la cantina; no había más oficiales y el tribuno tomó asiento a la mesa de Suetonio, quien tras un par de frases de circunstancia permaneció en silencio, esperando a que al tribuno se decidiera a contarle algo.

Lobo debía de tener muchos pensamientos en la cabeza, pero también tenía ganas de intercambiar unas palabras. Bajó la voz hasta convertirla en un susurro y le dijo:

—Esta noche ha llegado un mensajero de Alexandria, ¡del palacio del prefecto!

Suetonio se sobresaltó: aquella ciudad era para él sinónimo de graves peligros y sólo oír su nombre lo ponía nervioso.

—¿Se trata de algo que... algo que pueda tener que ver...? —preguntó él, también susurrando.

El tribuno negó sacudiendo la cabeza:

—Quizá sea algo que nos afecte a todos. Era un correo urgente, de esos que nunca se detienen por el camino. A altas horas de la noche, sin perder un instante, el gobernador Catulo ha convocado a todos los oficiales en el pretorio. Sabes tan bien como yo que faltan pocos días para la crecida y que con las aguas altas parece que se acaba el mundo. En resumidas cuentas, el gobernador ha sido convocado urgentemente a Alexandria.

Suetonio, sin comprender si se trataba de un asunto de gravedad o al menos del anuncio de un nuevo peligro, lo miró con expresión de inquietud.

—Es por lo del nombramiento del prefecto imperial al mando de Egipto —le explicó el tribuno.

Suetonio asintió:

—Discúlpame, tribuno, pero no entiendo por qué es tan importante para nosotros la sustitución del prefecto de Egipto. Me mencionaste este asunto hace algún tiempo, cuando llegaste aquí, pero ahora nos hemos alejado de ese lugar tan peligroso que es Alexandria. ¿Qué debemos temer?

El tribuno despedazó un trozo de pollo, pensando en la forma de hacerle comprender al médico lo delicado del asunto, y finalmente se lo explicó:

— Con el mensajero de ayer llegó una carta de un colega. Lo que te voy a decir no es un secreto, pero es mejor que no lo cuentes por ahí... ¿me entiendes?

—Te entiendo —asintió.

—Por esa carta, aunque no me lo haya dicho claramente, intuyo que la ciudad está cerca de una revuelta; el palacio del gobernador es un hervidero. Debes tener en cuenta, Suetonio, que pronto expirará el mandato de cuatro años del prefecto Cayo Vibio Máximo, y ni siquiera

sabemos si volverá a ser nombrado, o si tendremos un nuevo prefecto al frente de Egipto, tal vez un desconocido que no sabe nada de esta provincia.

Al médico le pareció curioso que el tribuno se acalorase tanto por un asunto tan distante: tal vez había algo más que Lobo callase, después de todo sólo podía especular sobre cuál era el verdadero motivo que había traído al tribuno a Tebas. Finalmente, se decidió a responder:

—Si mal no recuerdo, siempre ha habido alguna revuelta en Alexandria. Y si no está ya en marcha, ¡seguro que hay preparativos para iniciarla! El mandato de cuatro años del prefecto expirará en primavera, aún faltan muchos meses y tal vez nos trasladen a algún otro lugar mientras tanto. ¿Te preocupa que nos llamen de vuelta a Alexandria?

El tribuno negó con la cabeza:

—Nosotros solo somos insignificantes peones, no tenemos ningún peso en los acontecimientos que están sucediendo y no tienen por qué acordarse de nosotros. Pero en lo referente al final del mandato de cuatro años del prefecto, te equivocas, Suetonio. La crecida del Nilo es inminente, y si consideras que todo Egipto se paraliza durante varios meses, es como si la primavera estuviera a las puertas. Ten en cuenta que no tenemos ni idea de lo que ocurre en Roma y los mensajeros imperiales pueden llegar a Alexandria incluso en invierno.

—Sí, eso también es cierto, y esos mensajeros muy rara vez traen buenas noticias. Quién sabe lo que puede haber sucedido. A mí, el prefecto Cayo Vibio Máximo me pareció una persona honesta y de principios.

—Y lo es, Suetonio. Pero en la corte de Alexandria se entrecruzan intereses muy complicados. El prefecto también tiene muchos enemigos.

El médico sabía demasiado bien qué nido de serpientes era Alexandria: muchos funcionarios se disputaban los puestos importantes tratando por todos los medios de eliminar a la competencia. Naturalmente, el sillón de prefecto era el más codiciado y a falta de hechos concretos, era habitual recurrir a rumores o difundir acusaciones genéricas de falta de respeto al emperador para liberarlo. Tal vez Cayo Vibio Máximo no tendría mejor suerte que los muchos que le habían precedido.

Los pensamientos del médico fueron interrumpidos por el tribuno:

—El gobernador partirá esta misma noche. No puede arriesgarse a quedar atrapado en el Nilo por la crecida, dentro de poco ni siquiera se distinguirán las orillas. Supongo que navegará día y noche para llegar a Alexandria.

La previsión resultó acertada. A última hora de la tarde, legionarios y oficiales se alineaban en la explanada del cuartel para el saludo: el gobernador de la Tebaida, el noble Marco Emilio Catulo, estaba a punto de abandonar Tebas para dirigirse, con absoluta celeridad, a presentarse ante el prefecto de Egipto, si la crecida del Nilo, que ya había comenzado, se lo permitía.

La salida se había organizado en pocas horas debido a la furiosa crecida de las aguas: en cuanto se hubieran desbordado las orillas, la navegación se volvería extremadamente peligrosa. El riesgo de encallar en las orillas del río, ocultas por las aguas turbias, o de embarrancar en zonas que ya estuvieran sumergidas, sería muy alto, y sólo marineros experimentados podrían identificar, a partir de alineaciones ocasionales de plantas o de la posición de ciertas aldeas, la ubicación exacta del lecho del río.

Aquella fue la única vez que Suetonio, alineado en el patio del cuartel con los demás oficiales y tropas, tuvo ocasión de ver al gobernador Catulo: la comitiva de carruajes que lo conducía al puerto fluvial, junto con su esposa y siervos, se detuvo sólo un instante ante el legado Nepote, en posición de firmes en primera fila para presentarle sus respetos. Ambos intercambiaron unas

palabras, el legado asintió con seriedad y finalmente, el gobernador, un hombre de avanzada edad y aquejado de cierta obesidad, hizo un gesto con la mano para continuar. Graves preocupaciones debían de torturar su mente, pues ni siquiera había encontrado unos instantes para dirigir un saludo a la tropa, que tuvo que contentarse con una presurosa señal con la mano al pasar por la puerta del cuartel. Tres carruajes con servidumbre y equipaje siguieron al primero, desapareciendo en dirección al puerto fluvial.

Aquella noche, la cena en el comedor de oficiales fue inusualmente silenciosa. La repentina marcha del gobernador Catulo, decidido a desafiar la caprichosa naturaleza del río para obedecer las órdenes que había recibido, había conseguido que todo el mundo se diera cuenta de que algo grave se estaba cocinando también en la Tebaida.

El médico quiso romper el silencio dirigiéndose a su taciturno compañero, el tribuno Lobo, absorto en lejanos pensamientos:

—No he tenido la oportunidad de conocer al gobernador, pero todos hablan de él con gran respeto y admiración.

—¡No cabe duda de que Marco Emilio Catulo es un hombre de altos principios! Goza de una enorme estima en todas partes y el Alto Egipto le fue confiado, precisamente porque era el hombre adecuado para mantener a la población tranquila, hacer que la región prospere y evitar cualquier roce.

—Incluso mi ayudante recogió entre los legionarios de su edad comentarios lamentando su marcha.

El tribuno Lobo asintió:

—¡Por supuesto!, Catulo es un excelente organizador, él también procede de la Anona^[39], como el prefecto Cayo Vibio Máximo. Gracias a él, los envíos de grano y la limpieza periódica de los canales se han llevado a cabo con absoluta regularidad durante los últimos años sin que se produjeran revueltas. Siempre ha conseguido mantener el buen acuerdo con los sacerdotes, ¡que podrían haber puesto al populacho en su contra!

—¡Solo los dioses saben si algún día regresará a Tebas! ¿Ahora es el legado Nepote quien manda en el Alto Egipto, correcto?

El tribuno miró hacia la puerta de la salita, no fuera a ser que alguien estuviera espiándoles:

—Sí, ahora tiene el mando de toda la Tebaida, al menos hasta la primavera. —El tribuno Lobo debía de albergar muy poca fe en los méritos del legado Nepote, a juzgar por la arruga en su frente, que se había hecho más profunda—. Tú deberías conocerlo bien —concluyó, imaginando que un médico de guarnición tenía trato prácticamente con todo el mundo.

—En realidad le conozco muy poco, tribuno. Me entrevistó cuando me presenté en el pretorio y me adscribió a la guarnición a pesar de que había perdido mis órdenes. Afortunadamente, mi llegada había sido anunciada por una carta enviada desde el despacho del prefecto en Alexandria. Le he visto un par de veces paseando por los pasillos del cuartel, pero nunca he tenido la oportunidad de conocerlo mejor.

Y así terminó la conversación: tal vez el tribuno no quiso pedir más información sobre el legado y el médico no podía confiarle que estaba tratando a su esposa, porque se lo habían prohibido expresamente.

Cuando ese extraño día llegaba a su fin, cuando la más completa oscuridad cayó sobre Tebas y el cuartel, el médico oyó el familiar arañazo en la puerta: Orestila había venido para su habitual tratamiento tonificante con ungüento de alholva.

Los frascos con las dosis del remedio campesino estaban listos y la cama había sido cubierta

con un paño blanco. Aunque Suetonio ya estaba familiarizado con el hermoso cuerpo desnudo de la mujer, el servicio de examinarla y frotarla para que el ungüento se absorbiera en su piel también se había convertido en algo parecido al tormento de Tántalo del que hablan las tragedias griegas^[40].

El médico ponía buena cara, pero por un motivo u otro, hacía tiempo que no yacía con una mujer, y masajear aquel firme cuerpo le producía emociones difíciles de contener.

El aire de desmovilización que había dominado el pretorio durante todo el día debido a la inesperada marcha del gobernador también debía de haber contagiado a Orestila, que estaba más nerviosa de lo habitual:

—¡Date prisa, médico! ¿O crees que puedo seguir siendo esclava por el resto de mi vida de estas inútiles sesiones?

Suetonio, esforzándose por calmar su propio deseo, trató de relajarla haciéndola hablar mientras le untaba el ungüento en el cuello y el pecho:

—Entonces, Orestila, después de todas las aplicaciones de este antiguo remedio, ¿te queda más claro cuál es su efecto?

—¿Sobre la piel, quieres decir? Muy poco, diría yo. Tal vez la piel de los brazos y la cara esté un poco más tersa, sobre todo donde la ha estropeado este pérfido sol para el que no hay remedio.

—Sí, eso es cierto —le confirmó el médico—. Las partes del cuerpo más expuestas al sol son las más sensibles a los efectos beneficiosos de la pomada, yo mismo lo he notado.

—¡Ojalá también sirva para algo más! —respondió la mujer con frialdad—. ¿Y las otras partes del cuerpo? ¡Palpa estos pechos, Suetonio! ¿Crees que hay riesgo de que se vuelvan flácidos?

El médico jamás se habría aventurado a contrariar a aquella altiva dama, y llevó a cabo un minucioso examen con ambas manos, ni más ni menos de lo que habría hecho un experto amante:

—A mí me parecen que están muy bien... —susurró tragando saliva, inseguro, porque la mujer, amén de haberle despertado el deseo, estaba estudiando su semblante con un ojo entornado, como si quisiera asegurarse de que le estaba diciendo la verdad.

Al final del examen, el médico reanudó la aplicación del ungüento, reflexionando sobre lo difícil y a veces, peligroso que era su oficio, que incluso cuando le ponía en contacto con mujeres hermosísimas le obligaba a no poder dar rienda suelta a sus propios deseos.

Evidentemente, distraído por estas dolorosas consideraciones, tuvo que insistir un poco más de la cuenta en alguna parte del cuerpo de la mujer, lo que le pareció bien para sacarle de sus turbios pensamientos:

—Entonces, con este tratamiento tuyo, médico, ¿soy una mujer deseable?

La pérfida mirada de la noble dama explicaba suficientemente lo peligroso que podía ser errar en la respuesta. Suetonio ganó un breve instante fingiendo revisar el frasco del ungüento, y acto seguido sólo pudo responderle:

—No cabe duda de que eres una mujer joven y deseable, además de gozar de excelente salud. Quien diga lo contrario, ¡es un embustero!

Lo cual era absolutamente cierto, al menos tan cierto como que un médico militar de la edad de Suetonio podía codiciar a una mujer tan hermosa como Orestila, que, embadurnada de ungüento de pies a cabeza, yacía desnuda y reluciente por el bálsamo sobre su cama.

Suetonio llegó a considerar, en un recóndito rincón de su mente que, después de todo, él tampoco era un hombre despreciable y podría haber atraído a cierto tipo de mujeres. Pero se

había quedado demasiado tiempo mirándola y Orestila le quitó cualquier duda de la cabeza con una orden imperiosa:

—Soy joven y deseable... ¿eso crees? ¡Demuéstralo, entonces! ¡Ahora mismo!

Suetonio, cuyo rostro se había sonrojado levemente por el deseo, se estremeció, temblando por temor a obedecer.

XXIV.

Suetonio sabía que había jugado con fuego, pero las circunstancias no le daban ninguna posibilidad de escapatoria. Por mucho que se hubiera sentido en ese instante abrumado por el deseo de contacto con una mujer, y que llevaba reprimido durante demasiado tiempo, nunca habría podido negarse a Orestila, cuya perfidia le habría acarreado gravísimos problemas.

Lo ocurrido en la extraña noche que siguió a la partida del gobernador no quedó como un incidente aislado. Se repitió, y Suetonio se empeñó a fondo en otros encuentros en las sucesivas noches. La obstinada mujer no le daba un respiro: tal vez intentase revivir con otros hombres los placeres que ya no encontraba con su marido.

Suetonio se dio cuenta de que tenía que intentar frenar los ardientes deseos de la mujer, pero tras el tercer encuentro se rindió a la pasión sexual, cediendo al orgullo de haber hecho brecha en su arrogancia.

Al cabo de una semana le asaltaron las dudas.

Una fuente de inquietud era la incómoda presencia del liberto Apolonio: a menudo había esperado a Orestila en los patios del pretorio hasta altas horas de la noche para acompañarla de vuelta a su casa. Por las miradas de desaprobación que le dirigía al médico, ya no cabía duda de que el liberto estaba al tanto de que había algo más que friegas con ungüento de alholva. Pronto el hombre se convertiría en un peligroso chantajista.

Y no menos preocupante era la paciente: una mujer que, tan hermosa como soberbia, estaba sujeta a repentinos cambios de humor durante los cuales acentuaba la diferencia de clase entre ambos. Más de una broma aparentemente insolente había ahondado el surco que, a pesar del placer, los separaba. Suetonio no tardó en descubrir, para gran desconcierto suyo, que la mujer disfrutaba, más bien exigía, coitos animalescos que, incluso un hombre acostumbrado a la vida cuartelaria podría encontrar desagradables. De hecho, la noble dama se había rebajado a ordenarle que se entregara a lúbricas acciones de las que una mujer honesta se habría avergonzado ya sólo al oír la más mínima insinuación.

En resumen, el médico estaba metido hasta el cuello en el atolladero de una temeraria aventura con la esposa del oficial que, en aquel momento, era el hombre más poderoso del Alto Egipto. A veces, a altas horas de la noche, cuando se quedaba solo tras haber peligrosamente apagado su deseo, reflexionaba que tendría que encontrar el modo de hacer razonar a la mujer y romper la aventura sexual. Pero Orestila era demasiado insistente y obstinada: ella mandaba y a él no se le ocurría ningún argumento adecuado para disuadirla. Incluso llegó a plantearse sobre el uso de ciertos poderosos fármacos que hacían más maleable la voluntad de las personas: Tebas era la cuna del opio, que no en vano se llamaba “tebaico”. Sin duda, los sacerdotes del lugar, que conocían desde hacía siglos las propiedades de tan formidable droga, eran también expertos manipuladores de la voluntad de los ignorantes labriegos y de quienquiera que cayese entre sus garras.

Pero intentar someter a esa mujer con una droga era en realidad imposible: era ella quien ordenaba al médico sus obscenos placeres, igual que si fuera un siervo y Suetonio había perdido hasta los últimos restos de esa autoridad que, por oficio, todo médico debería ejercer sobre su paciente.

En la infernal canícula de la estación de la crecida, el asunto, salpicado de hirvientes encuentros nocturnos, continuó mientras los ciudadanos de Tebas se dedicaban a las

tradicionales fiestas dedicadas a los dioses del Nilo, que se prolongaban durante buena parte de la noche. Durante aquellos días y noches bochornosos, crecía en Suetonio el temor de que la maligna planta que crecía en lo que debería haber sido su despacho, madurara tarde o temprano con frutos venenosos. Ni siquiera la luz del día, que normalmente nos muestra los problemas desde una perspectiva menos devastadora, podría brindarle ya alivio.

Una mañana, el médico, nervioso tras una noche en vela dando vueltas en la cama en compañía de las cavilaciones de siempre, perdió la paciencia con Honoracio, culpable de no haber cumplido con las tareas que le había encomendado el día anterior.

Le zarandeó mientras aún dormía en su catre:

—¿Cuándo te decidirás a ganarte el dinero que me cuestas? ¡Maldita sea tu estampa!... ¿no te dije ayer que llenaras la tinaja de agua, barrieras el suelo y lavaras las vendas que uso en este mugriento *valetudinarium*?

—¡Ay!... ¿qué mosca te ha picado hoy, Suetonio? —balbuceó el ayudante, cegado por la luz del día. Necesitaba unos momentos para recuperarse de la juerga en la que había estado enfrascado hasta casi el amanecer. En cuanto se dio cuenta de que el médico había perdido la paciencia, intentó amansarlo—: ...Le pediré a alguien me ayude a barrer. ¡Total, aquí sólo vienen legionarios!

—¿Y ahora te atreves incluso a refutar mis órdenes? —chilló Suetonio, que había perdido todo signo de marcialidad.

El Tejedor le miró directamente a los ojos: sabía cuál era el problema del médico, y no tenía nada que ver con el agua o las vendas. Y le contestó sin ningún tipo de miramiento:

—¡Ya puedes tener cuidado con esa mujer, Suetonio! ¡Que algunas hembras pueden ser más peligrosas que un incendio veraniego!

—¿Qué estás insinuando, Honoracio? —respondió el médico, de repente menos arrogante, dada la delicadeza del asunto. Pero había arrugado el entrecejo, fulminando con la mirada a su ayudante. Oír a Honoracio postularse como un moralista después de una noche de juerga y desenfreno en antros de mala muerte era insoportable.

—Mira que no te lo digo por ser chismoso —negó con la cabeza el ayudante—. No quiero meterme en asuntos ajenos como hacen las mujeres cuando van al mercado a comprar la cena. Estamos siempre juntos, lo sabes. Hemos compartido muchos problemas. Más te valdría ser más prudente.

El médico, ahora con un ojo entornado, aguardaba al resto.

—Como ya te dije, he hecho amigos aquí en el cuartel. Sé muy bien cómo funcionan las cosas, yo también serví en el ejército y...

—Sí, ¡serviste durante tres meses... y luego desertaste!

—La mía fue una sabia decisión, Suetonio: sólo había trabajo, era como ser esclavo. Sabes que por las noches salgo con legionarios de mi edad...

—¡A hacer la ronda de los lupanares!

—Uno de estos legionarios, que es un buen chaval, de vez en cuando entra de servicio en las cocinas. Su nombre es Demódoco, igual ya te lo he comentado. Hemos entablado amistad, a veces me ofrece algún manjar destinado a los oficiales. Fue él quien me lo contó. —En ese momento, el Tejedor sacudió la cabeza y bajó la voz a prácticamente un susurro—: ¡Corren muchos rumores sobre esa mujer! Se dice que, aunque es de gran belleza, ¡es de escasa fidelidad!

Suetonio se encogió de hombros, cada vez menos seguro de sí mismo.

—¿Y esa sería la noticia, Honoracio? Si quitas del recuento a las mujeres demasiado mayores para pensar en estas cosas, ¡podría decirse lo mismo de la mayoría de las hembras del imperio!

—¡Déjame que te cuente, Suetonio! Demódoco sabe muchas cosas. Y yo escucho: en el cuartel, de los cotilleos que oyes vas recogiendo una tesela aquí y otra allí, y muchas teselas juntas... ¿sabes cómo se hacen los mosaicos?

Suetonio se cuidó mucho de no interrumpirle.

—Hace unos meses, este joven, Demódoco, se vio envuelto en un extraño asunto y fue cuando se enteró de que esta mujer, Orestila, la esposa del legado, ¡estaba liada con el antiguo gladiador Peucesta!

—Pero ¿qué diablos me estás diciendo, Honoracio?... ¿Un antiguo gladiador? ¿Con la mujer del legado? —Al médico se le escapó una sonrisa irónica.

—¡Déjame hablar, Suetonio! El tal Peucesta se hacía pasar por un antiguo gladiador, pero nunca luchó en la arena. Era un hombre fornido, dicen que tenía unos treinta años y era fuerte como un toro. Creo que era tracio, aquí en el cuartel actuaba como maestro de armas para los legionarios. En breve, les enseñaba a luchar y los tenía en prácticas. De rango era un poco menos que un centurión, me imagino. Le llamaban ex gladiador porque se decía que a menudo luchaba con gladiadores de verdad para divertirse. Ya sabes, esos combates con apuestas de por medio que se detienen en cuanto el árbitro ve la primera sangre. Se había ganado con ello algunas heridas leves y cierta fama, además de una desmesurada arrogancia.

—Vale, era maestro de armas... ¿y entonces?

—Entonces... ¡ella lo hizo asesinar!

Suetonio, ante ese último e inverosímil chisme, negó enérgicamente con la cabeza y levantó las manos.

—Suetonio, escúchame, ¡dicen que fue ella, esa mujer, Orestila, quien dio la orden de que lo quitaran de en medio!

—¿Tú te crees todas las patrañas que te cuentan?

—¡Claro que me las creo! El ex gladiador desapareció un mes antes de que llegáramos a Tebas. —En ese momento, el Tejedor bajó la voz hasta convertirla en un susurro—: Me lo contó todo Demódoco, ¡él estaba ahí! Dijo que fue esa mujer quien ordenó que lo asesinaran porque él, Peucesta, por ingenua jactancia, le había revelado sus amoríos a Avidia la Menor, ¡la hija de Orestila!

—Y ese amigo tuyo estaba presente... ¿en el asesinato?

—Sí, Suetonio. Estaba presente. Peucesta era un hombre fortísimo y aquí nadie se hubiera atrevido jamás a intentar asesinarle. Lo aturdieron con un garrotazo en la cabeza mientras dormía y lo atravesaron con una jabalina^[41] antes de que pudiera ofrecer resistencia alguna. Pero los asesinos, dos legionarios idiotas, calcularon mal porque Peucesta, a pesar de su gravísima herida, consiguió recuperarse y ponerse en pie. Antes de que se les escapara de las manos, los dos imbéciles sicarios lo encerraron en el dormitorio y corrieron en busca de refuerzos. Al final, fueron seis, armados con jabalinas, los que arrinconaron al antiguo gladiador que no se decidía a morir de una vez, atravesado como una brocheta. Y Demódoco, el que me lo contó, ¡era uno de ellos!

—Y... ¿cómo acabó todo?

—Acabó que el tal Peucesta, que estaba herido, se desangró él solito. ¡En fin, que murió sin que llegaran a atacarlo!

El médico Suetonio había palidecido y las arrugas de su frente se habían relajado: la historia tenía sentido, podía ser cierta.

—¿Y tú dices que fue esa mujer la que...?

Honoracio asintió:

—Aquí dicen que así fue. No se trata de rumores: Demódoco estaba ahí y como ya te dije, había otros cinco legionarios implicados en ese servicio. Y todo eso no se puede inventar.

Suetonio guardó silencio, pero Honoracio continuó, pues aún no había terminado:

—Según otro rumor que circuló poco después de que el antiguo gladiador desapareciera de la circulación, la mandante del asesinato era Avidia la Menor, la hija de Orestila, celosa de la desenfrenada lujuria de su madre. Pero seguramente se trata de un rumor inventado por algún imbécil: la conozco bien, es una mujer joven que jamás haría algo así.

El médico, preocupado, ya no le escuchaba, distraído por otras inquietudes.

Pero tuvo que espabilarse de repente, cuando la puerta se cerró de golpe y entraron juntos en el *valetudinarium* el secretario Apolonio, con su habitual rubor facial, y el centurión Sópatro.

—Debes venir conmigo de inmediato, Suetonio —le dijo el liberto con la frialdad típica de cuando se comunican órdenes que vienen de arriba—, debo llevarte a la oficina del legado Nepote.

Suetonio casi sufrió un síncope. El legado nunca lo había convocado. ¿Quería preguntarle acerca de los cuidados que le dispensaba a su esposa?

Honoracio se acercó a él, fingiendo entregarle la bolsa con los cálamos y la tablilla encerada, y le susurró al oído:

—Intenta fingir que no sabes nada, si no, se darán cuenta...

LOS VENENOS DE TEBAS

XXV.

El corazón de Suetonio latía con fuerza mientras subía las escaleras hacia el despacho del legado Nepote. El liberto Apolonio caminaba pavoneándose con la mirada al frente y no había dejado escapar ni una sola palabra sobre el motivo de su citación; el centurión Sópatro, que les seguía, no mostraba ningún signo de alarma.

La guardia personal, apostada cerca del despacho del legado, ya había sido alertada y se había echado a un lado.

El gobernador estaba sentado ante su lujoso escritorio, esta vez envuelto en hojas de papiro, algunas de ellas sostenidas por pesadas estatuillas de bronce; por todas partes había cálamos, lacre y timbres metálicos para sellar la correspondencia. Su ceño fruncido solo presagiaba preocupaciones.

—¡Sópatro!, déjame hablar con el médico, ¡luego te daré tus órdenes! —Hizo un gesto con la cabeza y el centurión y el secretario salieron, cerrando la puerta detrás de ellos.

El legado desplazó un paquete de tablillas enceradas que tenía delante, y, luego de un instante necesario para ordenar las ideas, tomó aliento y comenzó a hablar:

—Siéntate, Suetonio —dijo indicándole un taburete pintado de vivos colores—. Hoy esta guarnición, en la que fuiste recibido con la mayor consideración y que te ha permitido total libertad para practicar tu arte, ¡te necesita!

Suetonio respiró con más libertad, nada que tuviera que ver con la esposa del oficial parecía vislumbrarse en el horizonte. Intentando controlar el temblor de su voz respondió:

—¡Estoy a tus órdenes, legado!

—Te he llamado porque un problema, aparentemente de fácil solución, de repente se ha convertido en complicado debido a... algo que tiene que ver con la salud de una persona.

El médico, aún preocupado, esperó a que terminara, limitándose a asentir con la cabeza.

—Tenemos bajo custodia a un hombre, oriundo de Tebas, al que cuidamos de manera especial. Su edad es avanzada y en los últimos días su enfermedad ha empeorado. No quiero que muera. Este hombre... digamos que nos está ayudando en una delicada operación. Quiero que utilices todas tus habilidades para curarle.

—¿Puedo verlo, legado? ¿Está en nuestra prisión?

—No, no está en prisión. Está en una casa a las afueras de Tebas. —Y mirándolo intensamente a los ojos, añadió—: Como ya habrás comprendido, se trata de una operación de la que nadie debe saber nada.

Suetonio respiraba ahora a pleno pulmón: nada relacionado con Orestila, se trataba solo de algún problema relacionado con gente de Tebas. Por mucho que los mentirosos e interesados burócratas como el legado Nepote nunca le hubieran traído suerte, no parecía vislumbrarse un riesgo inmediato.

—¿Se me permitirá visitarlo para que pueda preparar los fármacos más adecuados para tratarlo?

—Por supuesto. El centurión Sópatro te llevará en cuanto salgas de aquí. Insisto en la necesidad de que nadie se entere de este asunto. Os acompañarán hasta allí nuestros hombres vestidos de civiles y además, tú no deberás llevar nada contigo que pueda alimentar las sospechas de cualquiera que te vea de que formas parte del ejército.

—Se me permitió vestirme de civil en el *valetudinarium*, como me ves ahora. ¿Podría ir

así...?

—Sí, creo que sí. Pero háblalo con el centurión Sópatro que conoce la operación en todos sus detalles. Me dijeron que en el cuartel tienes un ayudante que te sigue a todas partes. ¿Es un egipcio?

—No, legado. Lleva sangre romana en las venas, aunque su madre fuera natural de Menfis. Su padre es itálico, un veterano de infantería que se instaló en esa ciudad.

—Este ayudante tuyo debe permanecer al margen de esta operación. No debe saber nada y no debes utilizarle en asuntos de los que pueda obtener información. Para todo lo que haya que hacer, tendrás que hacerlo tú en persona. Si necesitas que te echen una mano, pídeselo a Sópatro, que no escatimará medios para que puedas completar tu trabajo. ¿He sido claro?

—Sí, has sido claro, legado.

—Eso es todo. Sólo me informarás a mí y a nadie más. ¡Mantén a ese hombre con vida y tendrás mi gratitud! Ahora haz que entre el centurión.

Ni siquiera media hora después, el médico con su maletín, el centurión Sópatro y dos legionarios vestidos con ropa de paisano para parecer trabajadores locales se dirigieron hacia las afueras, al sur de la ciudad. Tebas estaba casi desierta: los tebanos, tras haber estado de fiesta casi toda la noche, se mantenían bien escondidos a la sombra de sus casas, para evitar los rigores de la canícula estival. Cuando llegaron a las afueras, donde las casuchas de barro apoyadas unas en otras, cedían el paso a huertos sombreados por palmeras y algún que otro cubil, se dirigieron a una gran villa rodeada por un muro de al menos diez pies de altura. Un soldado tiró de un cordel que hizo sonar un cascabel en alguna parte. Un legionario vino a abrirnos, un rostro que Suetonio ya había visto en el cuartel, también vestido de civil. Dejó pasar al pelotón y antes de cerrar echó un par de miradas a izquierda y derecha a lo largo del camino.

—¿Está todo tranquilo? —preguntó el centurión.

Tras recibir un gesto afirmativo, condujo al médico a una gran estancia donde dormitaban tres legionarios.

El interior de la casa, cuyas ventanas tenían los postigos cerrados a cal y canto como en un fuerte bajo asedio, parecía más una prisión que una vivienda: de hecho, además de los postigos había robustos postes de inatacable acacia, tapiados formando rejas para que nadie pudiera intentar entrar ni salir sin pasar por la única puerta.

—¡Aquí está el hombre que deberás curar, médico! —dijo el centurión, abriéndole paso hasta una puerta con cerrojo—. Es el anciano que ves en la cama.

Suetonio entró en una habitación donde un hombre que aparentemente rondaba los setenta años, delgado y de tez morena, cabello cano y barba desaliñada, ocupaba un catre parecido a los del cuartel. En un rincón, una mujer de una treintena de años y un niño pequeño miraban temerosos al recién llegado, como esperando que pasara algo terrible.

—¿Qué le ha pasado? —le preguntó Suetonio al oficial.

—No se sabe lo que tiene. Nadie lo ha tocado y si le hubieran envenenado ya estaría muerto. Lleva así una semana, nos temíamos que reventara solo.

—Dejadme solo, para que pueda hablar con él libremente; por su mirada veo que os tiene miedo.

El centurión asintió e hizo una señal a los hombres que salieron, cerrando la puerta tras ellos.

—Yo soy médico, tal vez pueda hacer algo por ti. ¿Puedes decirme qué te ha ocurrido?

El anciano miró hacia la puerta cerrada y al comprobar que no había soldados, habló:

—No sé qué me ha pasado... Me siento mal, encerrado aquí dentro, estoy acostumbrado a

trabajar al aire libre...

—Entiendo, pero... ¿cómo te llamas?

—Me llamo Heráclides. ¿De verdad eres médico?

—Sí, soy un médico de la guarnición y si te sirve de consuelo me consideran bastante capaz.

—¿No eres soldado?

—No, sólo soy médico, aunque también debo obedecer las órdenes de los oficiales.

—Pero... ¿no eres de aquí?

—No, soy itálico. Vamos, dime qué te ha pasado.

El enfermo, que parecía agotado, reunió fuerzas:

—Empecé a sentirme mal hace unos diez días. Tenía un dolor aquí, en el pecho, que no quería dejarme en paz. El dolor era cada vez más intenso y al cabo de dos o tres días, pensé que había llegado mi hora. El dolor se había vuelto terrible y ya no podía mover este brazo. Creo que perdí el conocimiento.

La mujer se había acercado a escuchar y tras armarse de valor, quiso añadir algo:

—Pensamos que... se nos iba. Permaneció en ese estado durante un día y una noche; luego, poco a poco, empezó a hablar de nuevo, pero como puedes ver, le está costando recuperarse.

Parecía una práctica ama de casa tebana: su tez, sus manos un poco estropeadas por las tareas domésticas o tal vez por el trabajo en el huerto; el vestido pobre, le daban el aspecto de cualquier otra mujer de una familia tebana.

—¿Eres su hija? —le preguntó el médico.

—No, soy Demetria, su nuera, y este niño, Apión, es mi hijo y su nieto.

—Échame una mano para descubrirle el pecho, quiero examinarlo mejor.

Suetonio revisó el pecho, los brazos y las piernas del enfermo: aunque de buena constitución, el anciano parecía muy débil. Pero no se hallaba en estado crítico y colaboraba respondiendo a las preguntas.

En poco tiempo el médico supo muchas cosas más sobre ese hombre: los brazos aún musculosos, y las manos con callos y cicatrices curadas, la falta de un dedo y las uñas, negruzcas y partidas, revelaban que era de origen humilde y vivía del duro trabajo. Sus piernas parecían fuertes, y sus pies, sucios y con las uñas rotas, amén de las plantas endurecidas como el cuero, eran característicos de alguien que a menudo caminaba descalzo. Suetonio concluyó que era un laborioso hombre del vulgo, uno de tantos.

En ese momento, no pudo evitar reflexionar sobre lo extraño de tan increíble tarea: un legado con poder sobre todo el Alto Egipto, de hecho, gobernador *pro tempore* de la Tebaida, comprometía a un centurión y a unos valientes y preciados legionarios para vigilar a un muerto de hambre, e incluso le había enviado un médico militar. Es más, Suetonio había recibido órdenes perentorias de mantener este asunto en un absoluto secreto. Para involucrar a todas estas personas y al oficial más importante del Alto Egipto, el enfermo debía de poseer un poder enorme y oscuro. Tal vez estuviese al tanto de algún terrible secreto.

La joven, Demetria, lo devolvió al presente:

—¿Tienes alguna medicina que pueda curarlo?

Suetonio ya había comprendido cuál era su dolencia, tenía experiencia más que suficiente para reconocer a un enfermo del corazón:

—Sí, tengo una medicina que le aliviará el dolor. Pero tendrá que permanecer quieto durante muchos días y evitar cualquier esfuerzo. También tendrá que alimentarse bien para poder restablecerse. Por lo que veo, siempre ha trabajado con sus brazos, pero ahora ya no puede soportar el esfuerzo. Si vuelve a trabajar y exponerse al calor infernal de estas semanas de

crecida, ese dolor volverá y esta vez le matará.

La mujer pareció comprender y asintió. El enfermo extendió el brazo para tocar al médico y le preguntó:

—¿Puedes sacarme de aquí?

Lo que estaba ocurriendo en aquella casa no estaba nada claro, y Suetonio respondió diplomáticamente con una sonrisa:

—¡Tú ahora solo debes preocuparte de curarte! Te prepararé una poción que te ayudará, pero en el estado en que te encuentras, y con tus años, deberás tener mucho cuidado.

Así que se volvió hacia la mujer:

—Si te consigo unos polvos, ¿serás capaz de hervir una poción?

—Si me explicas como debo hacerlo, tengo un hogar en la otra estancia y lo que necesito para preparar algo caliente. ¿Es una medicina difícil de preparar?

—No, lo único que tienes que hacer es disolver el polvo que te voy a dar en una taza de agua caliente, y dejarlo reposar. Cuando esté casi fría, debes hacérsela beber al enfermo, poco a poco, durante el día. ¿Podrás hacerlo?

La mujer asintió y Suetonio hizo ademán de dirigirse hacia la puerta.

—Escucha, médico... —le susurró el enfermo tirándole de la túnica—. Debes detenerlos... que dejen de matar a mi gente...

No estaba claro qué quería el anciano y Suetonio, acostumbrado a tratar con enfermos que a menudo dicen cosas sin sentido, le tranquilizó:

—Por ahora, sólo piensa en recuperarte, ¡ya verás cómo todo lo demás se soluciona!

Después llamó a la puerta para que le abrieran.

El centurión Sópatro aguardaba novedades:

—¿Saldrá de esta el viejo?

—El hombre tiene ya una avanzada edad y está debilitado por la dolencia y el cansancio, pero parece que aún conserva energías. Habrá que mantenerlo en reposo y no creo que pueda seguir trabajando: ¡la fatiga y el calor del verano acabarían con él!

El centurión se mostró aliviado:

—¿Puedes hacer algo por él?

—Sí, le voy a preparar una poción para ayudarlo a recuperar fuerzas y aliviar su dolor. Debo ir a buscar la medicina a un boticario y pesar las dosis, cosa que puedo hacer en el *valetudinarium* del cuartel. ¿Te encargarás de que traigan la medicina hasta aquí?

—¡Pues no, Suetonio, te las apañarás tú mismo! Un par de mis hombres se quedarán contigo para ayudarte si lo necesitas, y tú te encargarás exclusivamente de curar a este anciano. ¿Cuánto tiempo necesitas para preparar la medicina? —y añadió en voz baja—: El legado ha dicho que este trabajo tiene prioridad sobre cualquier otro, ¡así que no me obligues a tener que repetírtelo!

XXVI.

Suetonio, escoltado por los dos legionarios vestidos de peones, se dirigió sin más dilación a la botica de Belles. El legionario y el centurión le concedían gran importancia a la salud del anciano peón: afortunadamente, el médico tenía claro cuál era el problema y le daría una infusión, de sobra conocida, para las dolencias cardíacas. Este hombre, Heráclides, debía de ser de gran valor por alguna misteriosa razón, y el médico prodigaría todos sus conocimientos para su pronta recuperación.

Encontrar los medicamentos adecuados no era tarea difícil para un buen médico, y su mente ya había vuelto a los confusos razonamientos que llevaban días atormentándole y para los que había estado buscando inútilmente soluciones: «¿Es posible que el marido no sepa nada de la infidelidad?» continuaba preguntándose. «Hasta ahora, el liberto Apolonio ha guardado silencio, pero ¿cuánto esperará antes de aparecer y pedirme unas tetradracmas o algún peligroso favor? Y también está la incógnita de la mujer... es voluble. ¿Y si acaba por cansarse de mí?»

El médico estaba tan absorto en estos pensamientos que apenas prestó atención a los movimientos de la gente que, a pesar de la canícula estival, abarrotaba las vías del centro. Si uno de los legionarios que le escoltaban no le hubiera tirado con fuerza de la túnica, se habría estrellado contra la dorada litera de un acaudalado transeúnte conducida al paso por cuatro nubios, negros como el tizón y vestidos con llamativas túnicas. Su amo, un hombre de mediana edad, enjoyado y ungido con perfumados aceites, había tenido que agarrarse a las monturas de la silla de manos a causa del frenazo repentino: dejó escapar un comentario, probablemente poco halagador, pero incomprensible por fortuna.

Suetonio esquivó un charco de aguas residuales a un lado de la calle, dominio incontestable de brillantes moscardones verdes, y prosiguió con sus reflexiones: «Esa historia sobre el antiguo gladiador Peucesta que me contó Honoracio... quizá contenga algo de verdad, pero ¿quién puede saberlo?»

Cuando llegó al pórtico donde se ubicaban las tiendas, ya se había dado algunas respuestas: «Incluso en Alexandria se oían a menudo ese tipo de habladerías. El legado Nepote, si llegara a enterarse de toda la historia, muy bien podría hacer la vista gorda. A la postre, como muchos otros nobles de su rango, él sólo se preocupará de que no se hable de ello, de que el rumor no se extienda. Si su esposa pierde el tiempo conmigo, él tendrá más libertad para ir con otras mujeres... ¡a saber cuántas tiene ya!»

Los dos legionarios se detuvieron ante la botica y él entró solo. Belles estaba atendiendo a una campesina, y el médico se vio obligado a esperar unos segundos. La mujer se afanaba en guardar unas dracmas de un polvillo, tal vez corteza de sauce, en una hoja doblada de papiro. Algo había llamado la atención del médico: a una de sus manos le faltaban algunos dedos, como si hubieran sido cortados limpiamente por la mitad por algún accidente en el campo, pero más bien parecían síntomas de lepra.

En cuanto el viejo boticario quedó libre, le preguntó:

—Escúchame un momento, Belles, llevo ya un tiempo queriendo preguntarte algo. —En ese momento bajó la voz hasta convertirla en un susurro, porque se trataba de algo que no era necesario dar a conocer a los cuatro vientos—: Aquí, en Tebas ¿habéis encontrado u oído hablar de algún remedio para la lepra?

—¡Ay no, Suetonio! Para ese maldito tormento enviado por los dioses para castigarnos, no hay remedio, lo sabes de sobra.

—Sí, lo sé, pero te lo pregunto porque a veces puede suceder que un boticario experto como tú que tiene trato con tanta gente, médicos y recolectores de hierbas, se entere de alguna medicina nueva que ha dado resultados. Sabes que a veces un fármaco no es adecuado para todo el mundo, y lo que no es efectivo con un paciente, a veces da buenos resultados con otro.

—Entiendo lo que quieres decir. Pero, por desgracia, incluso aquí en Tebas, el único remedio que se ha encontrado es el que nos ordena la ley: apartar a los enfermos de la gente sana, para evitar que el morbo se propague, y esto ya ocurría en tiempos de mi abuelo. ¡No hay nada más que hacer!

—¿Y por casualidad no habrás oído nada sobre el carbunculus?

—No, Suetonio, es lo mismo que para la lepra. A veces, los charlatanes se inventan alguna nueva invocación y la utilizan para sonsacar dracmas o sacos de grano a los campesinos, pero no hay nada de cierto en ello. Cuando se alardea de mejoras repentinas, suele ser obra de la persuasión de algún santón para intentar sacar más dinero. Hay gente que se ha arruinado, que incluso ha vendido sus tierras para dar dinero a algún mago, pero nunca se ha oído de un enfermo de lepra que haya vuelto a estar sano. ¿Puedo servirte algo?

—Sí, Belles. Tengo que preparar una receta que sin duda conoces, la que lleva *bdellium*. Ya no tengo mi recetario y no recuerdo las cantidades exactas. ¿Podrías refrescarme la memoria?

—Por supuesto, Suetonio, pero veo que tienes prisa, así que la próxima vez que te vea te diré la receta completa para que puedas conservarla. También hay otras sustancias que se pueden mezclar para hacer un medicamento más adecuado para las parturientas y las personas mayores que tienen dificultades para respirar.

—Lo tendré en cuenta, lo discutiremos la próxima vez.

El anciano Belles anotó las dosis en una hoja de papiro, la misma que utilizó para envolver las semillas de palma.

Las semillas eran muy difíciles de moler y de reducir a polvo, y Sópatro tenía prisa. Se arriesgaba a perder mucho tiempo.

—Belles —se volvió hacia el anciano—, no tengo tiempo... ¿por casualidad no tendrás aceite de *bdellium*?

—Lo tengo, y hay dos tarros ya preparados, cerrados con vejiga^[42]. ¡Y también tengo su resina!

Al volver al *valetudinarium*, el médico se puso de inmediato manos a la obra, pero Honoracio había notado el peculiar trajín y el aire de urgencia; además, la presencia de los guardias en la puerta sólo podía despertar su curiosidad.

—Suetonio, ¿qué hacen esos dos en la puerta? —le preguntó—. ¿Has conseguido una escolta, como si fueras un archidikastés^[43]?

—Honoracio, muele esta resina y date prisa... ¡Tengo que ver a un enfermo y me urge!

El Tejedor era experto en esta operación y en unos instantes la resina, machacada en el mortero, quedó reducida a un fino polvillo.

—Te llevaré el maletín, Suetonio, así irás más ligero, yo también debo ir al centro de la ciudad, los amigos me esperan. Quería contarte lo crédula que es la gente de Tebas...

—Iré solo, Honoracio. Tengo unos clientes muy sensibles, ¡ya sabes lo complicada que es a veces mi profesión! —se inventó el médico. No podía atreverse a contarle nada del extraño asunto del viejo Heráclides a su ayudante, charlatán y entrometido hasta la extenuación.

—Me lo imagino... veo que tienes prisa. Tal vez te vea esta noche, tengo algo que contarte...

—Sí, nos vemos a la noche. —Terminó de hacer las dosis con el medidor, se echó el maletín

al hombro y se puso en marcha.

Aquella misma tarde comenzó a hacer sorber el fármaco al anciano, e indicó a la mujer que continuara administrándole la poción a intervalos regulares; el enfermo parecía confiar en la cura.

Suetonio volvió por la noche al *valetudinarium*; estaba muy cansado. Se enjuagó la cara y bebió una taza de agua fresca y, sólo al cabo de un rato, se dio cuenta de que Honoracio, tumbado en una de las camas del minúsculo dormitorio, le estaba observando.

—¿Ha sido un día duro, Suetonio?

—Sí, y no te puedes ni imaginar. Llevo casi todo el día yendo y viniendo de la ciudad. Pero ¿tú qué haces aquí? —Por lo general, el Tejedor desaparecía por la tarde y no volvía hasta bien entrada la noche o, a veces, al amanecer. Algo inusual debía haber trastocado sus hábitos.

—Estoy reflexionando, Suetonio —respondió con aires de misterio—, me pregunto si no habrá llegado ya el momento de marcharse de aquí.

El médico asintió con la cabeza:

—Ya... ¡marcharse de aquí! Yo también lo estoy pensando. Prácticamente acabamos de llegar y ya estamos pensando que es hora de irnos. Pero ¿por qué quieres irte?

— Es por esa mujer... ¡Está completamente loca!

—¿Orestila?

—No... la joven... Avidia la Menor.

Suetonio meneó la cabeza: Avidia la Menor, la hija del legado Nepote, era sin duda una joven mimada. Así le había parecido el día en que se le habían escapado los monitos. Pero un sinfín de pensamientos se amontonaban en su cabeza y era incapaz de estar pendiente de los confusos razonamientos del Tejedor. Se envolvió la cabeza con un paño húmedo y mientras Honoracio le enumeraba sus expectativas de una vida libre de fatigas, se tumbó en su litera para descansar unos instantes, pero en lugar de eso se quedó dormido y ni siquiera tuvo fuerzas para acercarse a la cantina.

XXVII.

Desde el día en que el legado Nepote le había mandado ocuparse del albañil Heráclides, el médico Suetonio no se había quitado de encima a los dos legionarios que lo escoltaban. Bajo el pretexto de estar allí para ayudarle, los dos hombres controlaban todo lo que hacía, con quién hablaba, cómo pasaba el tiempo, incluso con qué frecuencia iba a la letrina. Estos hombres formaban parte del *contubernium* de legionarios seleccionados que se movían bajo el mando directo del centurión Sópatro; eran hombres de mirada esquiva, más parecidos a sicarios o a bandidos que a soldados romanos. El médico sospechaba que Sópatro, él mismo un hombre ambiguo, los utilizaba en servicios de los que era mejor no hablar. Estos guardias se turnaban cada cierto tiempo y, aunque no interferían en el trabajo del médico ni tampoco en el *valetudinarium*, siempre sabían dónde se encontraba, de día o de noche, y estaban a pocos pasos de él.

Honoracio, que ya había descubierto que sólo el médico, y no él, era objeto de este tratamiento especial, se salió con más de un comentario de los suyos.

Incluso Orestila, que tal vez temiese acabar castigada por sus excesos, había evitado dejarse ver por la consulta del médico desde que había comenzado tan estricta vigilancia. Fuera cual fuese la razón que la mantenía alejada, Suetonio agradeció a los dioses su recobrada tranquilidad. Razonando lúcidamente sobre el asunto, en el que sólo había desempeñado el papel de objeto de placer, cual simple esclavo, el médico empezó a pensar que esa mujer parecía encerrar algún misterio: su pomposa arrogancia, tan característica de los patricios de antiguo linaje, ocultaba, al examinarla más de cerca, cierta inestabilidad. Orestila buscaba una cosa, pero deseaba otra.

Suetonio sabía que, en ocasiones, la volubilidad y los frecuentes arrebatos de ira podían ser indicio, sobre todo en personas de edad no muy avanzada, de algún trastorno mental. Más de una vez se había planteado hablar con un colega o con el boticario Belles para ver si ese comportamiento podía asociarse a alguna dolencia de ese género. Nunca se había decidido a hacerlo, por miedo a que de sus palabras alguien pudiese intuir de quién estaba hablando.

En los días siguientes, Suetonio continuó con su estricto programa de cuidados para el anciano Heráclides: a primera hora de la mañana acudía a la villa donde estaba recluso, comprobaba su estado de salud y, ayudado por su nuera Demetria, preparaba las infusiones.

El paciente, templado por la dura vida de los constructores, reaccionaba bien al tratamiento y al cabo de unos días intentó dar unos pasos inciertos por la estancia; y sabía muy bien que sin la intervención del médico no habría tardado mucho en apagarse como un candil cuando se termina el aceite. Fue quizás debido a esta nueva confianza que intentó involucrar a Suetonio en sus confusos asuntos familiares. De hecho, una tarde, cuando vio que se disponía a recoger sus cosas para marcharse, trató de agarrarle del antebrazo:

—Tengo que agradecerte todo lo que estás haciendo por mí, médico. Tal vez sea hora de que tu gente me deje ir.

—Ya te lo he dicho, Heráclides: estos legionarios no están a mis órdenes y yo mismo debo obedecer lo que se me ordena.

—Al menos podrías dejar ir a mi nieto Apión. ¿Qué problema puede causaros un chiquillo?

El médico negó con la cabeza, pero el anciano no quería entender.

—Nosotros no hemos hecho nada —continuó—. No tengo ni idea de por qué habéis decidido encerrarnos aquí.

Suetonio no dijo nada y el viejo, que debía de ser más avisado de lo que aparentaba, no se desanimó; cuando el médico pasó a su lado, le susurró sin que nadie más pudiera oírlo:

—Han matado a tres hombres de mi aldea y obligan a mi hijo a hacer algo por ellos, pero no tengo ni idea de lo que quieren.

Suetonio le miró incrédulo, sin entender lo que quería decir, pero en ese mismo momento el legionario de guardia vino para hacerle salir.

Después de unos diez días, todos tenían claro que el anciano sobreviviría al menos de momento e incluso el centurión Sópatro, que habitualmente seguía todos los movimientos del médico con preocupación y desconfianza bien marcadas en los rasgos de su rostro, dejó escapar un par de sonrisas de circunstancia.

El médico procedía de la legión y durante la mayor parte de su vida había estado acostumbrado a recibir órdenes claras, a tener una jerarquía, e incluso horarios fijos todos los días del año. El aire de misterio de los prisioneros y las veladas insinuaciones del anciano sobre asesinatos y, casi con toda seguridad, actividades ilícitas, le habían hecho comprender que estaba implicado en una trama de contornos inciertos que se estaba desarrollando al margen de los rígidos esquemas del ejército. Fuera lo que fuese, que estuviese todo supervisado por el legado Nepote indicaba que se trataba de algo muy importante.

O grave. O ambas cosas a la vez.

Viendo como estaban las cosas, Suetonio se vio obligado a reflexionar sobre los acontecimientos que le esperaban en los días siguientes. Se decía que cuando una conspiración afectaba a personas de alto rango, todos los que estaban al corriente del asunto siempre desaparecían en silencio.

Aquella noche en la cantina, un sinfín de inquietudes ocuparon su mente y no pudo ni comer.

El tribuno Lobo no estaba; el médico llevaba unos días intentando reunirse con él para charlar un rato y quizá sacarle algún consejo, sin revelar las intrigas en las que se había metido. Pero Lobo no apareció. Probablemente sus órdenes le habían enviado fuera de Tebas, y Suetonio no se atrevió a ir a las oficinas a preguntar dónde estaba. No había nadie más a quien pudiera pedir un consejo.

Cuando regresó a su alojamiento, en el despacho del *valetudinarium*, de algo estaba seguro: le habían obligado a participar en una operación ilícita. Ilícita y peligrosa, probablemente. Había regresado a Tebas para ejercer su profesión de médico, alejado de las intrigas palaciegas que le habían costado su mujer y su hijo, pero en su lugar había vuelto a caer en alguna oscura conspiración.

Esa noche no pudo dormir, y a altas horas de la madrugada estaba aún más convencido: era inaudito que un viejo trabajador, un enfermo, un hombre con callos en las manos fuera secuestrado por legionarios disfrazados de civiles y mantenido cautivo en una anónima villa de las afueras. Se rumoreaba que casos similares habían sucedido a ilustres senadores a los que se pretendía arrancar sus secretos, o a importantes funcionarios destinados a desaparecer para siempre de la escena. En aquellas operaciones, los testigos también solían desaparecer.

Una vez que tuvo clara la situación, un proyecto que había tomado forma lentamente en su mente durante los últimos días parecía haberse vuelto urgente.

Decidió ir a despertar al Tejedor, que dormía plácidamente en una de las camas de la gran estancia:

—Escucha, Honoracio, aquí está pasando algo raro y no querría acabar metido en un lío. Yo no puedo moverme de aquí porque me vigilan los guardias que me ha puesto el centurión

Sópatro. Necesito que hagas algo por mí.

—¿Cómo no, Suetonio! —se estiró el ayudante—. ¿Acaso tú y yo no trabajamos siempre juntos? ¿En qué puedo ayudarte?

—Se trata de algo muy delicado. ¡Algo de lo que me está prohibido hablarte!

—Ah... ¡vaya! ¡Entonces no me cuentes nada!

—Honoracio... se trata de un asunto que podría meternos en un buen follón. Y uno de los gordos. Si te explico lo que tienes que hacer, ¿me das tu palabra de que guardarás silencio?

El Tejedor lo miró y puso cara de enfado:

—¿No te fías de mí? ¿Después de todo lo que hemos pasado juntos?

El médico no sabía cómo convencerle de la gravedad del asunto, porque en realidad quería persuadirle de que hiciera una cosa sin decirle todo lo que sabía:

—Tendrás que fingir que no sabes nada, aunque te torturen.

El ayudante puso cara de ofendido por la falta de confianza:

—Suetonio... si no confías en mí, ¿crees que vas a encontrar entre estos asquerosos tebanos a alguien más que pueda ayudarte?

El médico dio unos pasos en el pequeño dormitorio y, por fin, se decidió a hablar:

—Tengo órdenes de no decírselo a nadie, ¡pero este asunto esconde algo grave y no quiero acabar muerto como el ratón en la tinaja! Si logro comprender de qué se trata, podré decidir qué hacer... y no descarto —y aquí bajó la voz, que ya era de por sí baja, hasta un imperceptible susurro— largarme enseguida de Tebas... o bien...

—... ¿o bien más adelante? —acabó la frase Honoracio.

—Me están haciendo tratar a un anciano que tienen prisionero en las afueras de Tebas.

Suetonio tuvo que explicarle algo del asunto en que se había metido, porque lo que Honoracio debía hacer también era peligroso y más le valía tomar todas las precauciones posibles. El ayudante fue lo suficientemente inteligente como para comprender lo arriesgada que era la posición del médico y sacó sus propias conclusiones:

—¡Ese sinvergüenza del centurión Sópatro tiene que ser de origen púnico! Si sus secuaces y él están implicados y ordena a un estimado médico del ejército que trate a un muerto de hambre... que además lo tienen prisionero... ¡es evidente que aquí hay gato encerrado! ¡Es algo inaudito!

—Ya... Yo también lo he pensado. ¡Quizá Sópatro haga este servicio porque se lo han ordenado! —Suetonio se había cuidado mucho de no nombrar al legado Nepote, pero no hacía falta interrogar al oráculo de Delfos para averiguar quién podía dar semejante orden en Tebas.

El Tejedor reflexionó un momento antes de concluir, sacudiendo la cabeza:

—¡Ahora lo entiendo, Suetonio! ¡Esto debe ser un lío monumental, tan grande como una pirámide e incluso el oficial más poderoso de la Tebaida debe estar metido en él! Creo que realmente estás corriendo un gravísimo peligro. Me has dicho que te gustaría que hiciera algo por ti... ¿de qué se trata?

—Este anciano que estoy tratando procede de una aldea que se encuentra al otro lado del río, en la zona de los monumentos funerarios. Me gustaría saber quién es y por qué es tan importante. ¿Te apetecería una pequeña excursión “al otro lado del río?”

A la mañana siguiente, al amanecer, Honoracio ya estaba en el muelle a la espera de un pasaje para cruzar el Nilo. Llevaba dos pollos atados por las patas con un cordel. Los había obtenido de una mujer que se dirigía a venderlos al mercado; le había pagado el doble de su valor y la mujer, contenta de haberse ahorrado el camino y el calor del verano, le había dado las gracias y había

regresado a su casa.

Honoracio tenía tan sólo la escasa información que Suetonio había obtenido de Heráclides o de su nuera Demetria. Por lo tanto, conocía el nombre del hombre del que buscaba información, sabía que era albañil y que vivía a las afueras del pueblo, al otro lado del Nilo, a una milla de aquellos monumentos que llamaban “Casas del Millón de años”.

Cuando hubo cruzado el Nilo, miró a su alrededor y se topó con un grupito de cinco chavalines con un burro que iban a llenar cántaros en un pozo.

—Escuchadme, ¿alguno de vosotros sabe dónde vive el albañil Heráclides? —les preguntó a los muchachos—. Tengo que llevarle estas dos gallinas, pero no me explicaron muy bien dónde tengo que ir.

—Vive en la aldea de los hombres que trabajan en los cementerios —le respondió el más despierto—. Está aquí cerca, pero no encontrarás la casa por tu cuenta. Yo podría acompañarte.

Honoracio le guiñó un ojo, dejándole entender que podía ser generoso y darle algo por el servicio, así que el chico, tras dejar el burro a los demás chavales, se encaminó con él.

—¿Y tú sabes qué trabajo hace este Heráclides? No me gustaría equivocarme de persona, luego los jefes me las harían pagar... ¡dos gallinas tienen cierto valor!

—¡Todo el mundo conoce a Heráclides! —respondió con prontitud el chaval—. ¡Es el capataz de la cofradía de albañiles! Goza de gran respeto en la aldea.

—Sí, ya me lo han dicho —le mintió Honoracio—. Pero ¿por qué has nombrado los cementerios?

—Esos hombres hacen lo que toca... cuando están sin trabajo cavan tumbas para los muertos.

—¡Ah!... pero dime, ¿y cuántos años tendrá?

—¡Hum!, bueno, tiene muchos años. No sabría decírtelo con exactitud, pero podría tener los de mi abuelo.

—Imaginaba que tenía una edad avanzada si me pedían que le llevara dos gallinas. Un hombre joven iría a comprarlas él mismo. Pero... ¿es rico?

El joven le miró desconcertado. A una pregunta así era incapaz de responderle.

—¿Tiene burros, criados...? —le insistió Honoracio.

—No, no creo. Pero sí que es una persona muy respetada, es el que manda en la cofradía y todos siguen sus órdenes.

—Comprendo, el caso es que es una persona importante. Me lo había imaginado.

Y mientras hablaban, habían llegado hasta la aldea, un conjunto de una treintena de chozas de adobe en las que debían de vivir otras tantas familias. Un par de cabras deambulaban entre las piedras buscando algo de comer; a la sombra de un cobertizo, junto a tres o cuatro gallinas, un niño lloraba. Dos perros dormitaban al lado de una casa.

—¿Y esta es la aldea de los hombres que trabajan en el cementerio?

—Sí, es esta. Aquí me has pedido que te trajera. La casa de Heráclides es aquella de allí, aquella un poco feílla. No le encontrarás, se ha ido a otra ciudad desde hace unas semanas y no se sabe cuándo volverá.

—Gracias por tu ayuda. —Rebuscó en el zurrón hasta que consiguió encontrar una de las diminutas monedas que guardaba precisamente para recompensar aquel tipo de servicios: era un minúsculo trozo de cobre ilegible, tan fino, desgastado por el largo uso y el roce repetido con otras monedas, que habría sido posible cortarlo. Se la dio al muchacho, que salió corriendo con una amplia sonrisa.

Pasó junto a la casa de Heráclides, un modesto edificio lleno de grietas y cuarteado en la base; el tejado, hecho de hojas de palmera llenas de tierra, estaba destartado y necesitaba reparación.

«Un cuchitril» pensó para sus adentros Honoracio, «justamente lo que es lógico esperar de alguien que construye casas. A saber, por qué el ejército y Suetonio se interesan por él.»

El polvo se había acumulado en el escalón de entrada, y no se veían huellas recientes en la superficie.

Unos pasos más allá, una anciana, una tarasca de mirada rapaz, estaba regando con un cántaro maltrecho unas plantas de garbanzos que intentaba cultivar a la sombra de la casa. Había estado vigilando los movimientos del Tejedor, un forastero.

—Buena mujer —la embelecó Honoracio—, me envían para entregar estas dos gallinas a Heráclides, el que manda a los albañiles. Debería vivir por aquí, tengo entendido.

—Vive en aquella casa de allá —respondió la vieja, sin sospechar nada—. Pero ahora no está, creo que se fueron todos hace veinte días, ni siquiera me dijeron adónde...

—¡Esa casa de ahí parece estar completamente cerrada! ¿Y qué hago yo con estas dos gallinas? ¿Le han llamado para hacer algún trabajo importante? Me dijeron que es muy rico —la provocó.

—Son muy trabajadores, su hijo Pausiris y él, pero de ahí a que sea rico, ¡eso no lo creo! —La anciana sonrió y no pudo contener la chanza—: Tú, joven, ¿alguna vez has visto a un albañil que trabaje duro y sea rico al mismo tiempo?

Honoracio ya había comprendido que la anciana era la mina de información que estaba buscando:

—Escucha, buena mujer... ¡Yo no me llevo de vuelta a estas gallinas! ¿Sabes lo que podríamos hacer? Te las dejo, tú las entregas, y si mientras tanto ponen huevos, son tuyos. ¿Qué me dices?

—Hum... ¡lo que yo te digo es que las gallinas tienen que comer para poner huevos!

—Sí... totalmente de acuerdo. Hagamos así: seguro que tienes donde guardarlas. Una gallina es para ti, te la quedas por las molestias, y la otra se la das a Heráclides cuando lo veas.

La anciana sonrió.

—Escucha, mientras estoy aquí y recupero el aliento antes de regresar a Tebas, ¿me explicarás qué hace exactamente el tal Heráclides?

La anciana cogió las dos gallinas y con gesto experto, sujetándolas por el cordel que les ataba las patas, evaluó su peso. Finalmente, satisfecha, le respondió:

—¿Tus amos quieren encomendarle algo para construir?

XXVIII.

Honoracio no se quedó mucho más en la aldea de los albañiles y, tras cruzar de nuevo el Nilo a la hora undécima^[44], le informó al médico en el *valetudinarium*.

—¡Suetonio, tus preocupaciones no tienen fundamento! —exclamó— ¡Ese Heráclides es un muerto de hambre! Me topé con una anciana que conocía vida, muerte y milagros de su familia. Con dos gallinas le hice soltar todo lo que sabía.

—Entonces, ¿Heráclides es solo un albañil? —preguntó incierto el médico.

—Está al frente de la cofradía de albañiles, una veintena de familias que trabajan para los sacerdotes, pero todos son gente que trabaja mucho y gana poco.

—Sin embargo, ¿tiene que haber algo más! ¿Es posible que se dedique sólo a cubrir paredes desconchadas?

—Bueno... en realidad, estos peones también llevan a cabo obras muy arduas: hacen trabajos interminables en templos medio derrumbados, a veces sustituyen piedras de las fachadas, ¡por no hablar de las vigas dañadas! La anciana me contó que cuando están ocupados con los tejados de los templos, ¡parece que haya pasado una hambruna en el pueblo! ¡Nadie se ríe, ni bromea, ni bebe cerveza hasta que han terminado las obras!

—Sí, pero... ¿Heráclides? ¿Qué está haciendo que sea tan importante?

El Tejedor menó la cabeza:

—La anciana me describió a qué se dedica: dirige a los demás albañiles, parece tener bastante ingenio y en la época de las crecidas del Nilo, sus hombres y él realizan reparaciones en los templos abandonados, y en gran parte en ruinas, lo que ellos llaman “Casas del Millón de años”, a poca distancia de la aldea. Sin embargo, esos obreros no sólo trabajan en los templos: hay importantes mausoleos, las viviendas de los sacerdotes y los almacenes donde guardan el trigo, el vino y los alimentos de su colegio.

Suetonio resopló:

—¡Tiene que haber algo más! ¡Es imposible que ese hombre, su nieto y su nuera hayan sido apresados por el centurión Sópatro sólo porque trabajan entre cuatro paredes en ruinas! ¿No te ha dicho la vieja si hacen obras en las villas de los terratenientes o de gente rica?

—Ya me imagino lo que estás pensando... ¡entrar y salir de las villas de los ricos es algo que podría levantar más de una sospecha! ¡Pero no es así! Heráclides no trabaja para los ricos. Si acaso algún peón, cuando está libre de trabajo, le echa una mano a algún otro constructor. ¡Heráclides nunca!

—¿Así que no tiene ninguna otra actividad para complementar el *stipendium* que recibe de los sacerdotes? Esos no tiran el dinero, si depende completamente de ellos, supongo que es realmente un pobre hombre.

—¡Tú lo has dicho, Suetonio! Piensa que su vivienda, poco más que un cuchitril, ¡es una de las más ruinosas del pueblo! El tejado está en muy mal estado... y las paredes, llenas de grietas.

Suetonio se sentó en una esquina del catre para pensar. Por mucho que se viera obligado a creer lo que Honoracio le contaba, le parecía imposible que ni siquiera una sospecha pesara sobre los actos de aquel hombre.

Poco después, el Tejedor, que debió de acordarse de algo más, añadió:

—Para que te hagas una idea de lo mal que lo está pasando la gente de la aldea, te contaré lo último que me dijo la anciana: cuando surge la oportunidad, no se les caen los anillos por tener que ir a cavar fosas a los cementerios por alguna moneda de cobre.

—Supongo que es una de las actividades más míseras.

—Mísera sí que lo es: se dice que, a veces, los mismos hombres que cavan la fosa y entierran al muerto, si sospechan que el difunto lleva algo de valor, ¡vuelven por la noche y lo sacan para robarle! ¡Más mísero que eso, imposible!

El médico hizo una señal con el dedo índice:

—¿No podría ser que, enterrando a los muertos, o incluso desenterrándolos por la noche como dices, hubieran llegado a conocer algún secreto?

—¿Qué secreto, Suetonio? ¡Estos peones entierran a gente del pueblo que no lleva ni oro ni secretos a la tumba!

—¿Y no podrían haber ayudado a enterrar a alguna persona importante?

El Tejedor negó con la cabeza:

—Cuando muere una persona rica, es la familia la que proporciona las personas adecuadas para el funeral, ¡no traen a los peones de este pueblo! Y, de todos modos, cuando mueren ricos ya no se acostumbra a ponerles oro o plata. Eso sí, se dice que hace muchos años los que salían por la noche a desenterrar a los muertos encontraban cosas de valor, pero no puedo decirte si hay algo de verdad en esas historias.

—Me parece imposible. Nadie comprometería a un centurión y a unos legionarios... y mucho menos a un médico militar, para tratar a un sepulturero. Tiene que haber algo más que eso.

Pero Suetonio tuvo que guardarse las dudas y nada nuevo salió a la luz, ni siquiera en los días siguientes, durante los cuales siguió viajando, escoltado por los dos legionarios, para tratar al capataz de los peones del templo.

El asunto se había convertido en una rutina diaria y según se lo permitía el estado del enfermo, volvía al *valetudinarium* de la guarnición a media tarde, justo a tiempo para dar consulta a algún legionario aquejado de las habituales dolencias de los cuarteles: llagas llenas de pus, dientes podridos que había que extraer y, en ocasiones, enfermedades contraídas en los lupanares de Tebas, cuya curación resultaba extremadamente difícil.

Uno de aquellos días a la hora sexta, encontró esperándole en el cuartel a otros dos hombres de confianza del centurión Sópatro. Algo grave debía de haber ocurrido; los dos confabulaban en voz baja con los hombres de la escolta y las miradas serias que intercambiaban no presagiaban nada bueno.

Unos instantes después, y mientras Suetonio todavía se estaba lavando la cara en la tinaja de agua del *valetudinarium*, entró en la sala el secretario Apolonio; en su rostro, enrojecido por el calor del día o tal vez por haber venido corriendo, ni siquiera se distinguían sus hoyuelos. Le acompañaba el optio con cara de hurón que servía con el centurión Sópatro, un tipo llamado Casidiano.

—¡Han llegado nuevas órdenes, médico! —resopló el secretario, haciendo una señal con la mano para que Honoracio se marchara. En cuanto la puerta se hubo cerrado tras él, Apolonio tomó la palabra como si fuese un río desbordado—: ¡Ha llegado el momento de que también tú, médico Suetonio, a pesar de ser sólo un médico, contribuyas al bienestar de la Tebaida! ¡Que sepas que te hablo en nombre del legado Nepote! Ahora que es gobernador *pro tempore*, se ve obligado a realizar tareas tan onerosas que ni siquiera tiene tiempo de respirar.

—¡A mandar, secretario, estoy a tus órdenes! —le respondió el médico guardándose mucho de burlarse del inútil despilfarro de energía.

Apolonio le entregó una de esas hojitas de papiro que se utilizaban en los barracones para transmitir órdenes. Contenía unas pocas líneas.

*Al médico legionario Aulo Suetonio.
Te trasladan bajo las órdenes del Tribuno Lobo.
El optio Casidiano te conducirá a tu nuevo lugar de servicio.
Avidio Nepote, gobernador pro tempore.*

—Pero... ¿adónde tengo que ir? —balbuceó el médico.

—Marcharás con el optio Casidiano, como has leído en la orden del gobernador. Ahora te explicará de qué tendrás que ocuparte —Una vez cumplida su misión, arrogante como él solo, tomó la puerta y se fue.

—¡Escúchame con atención, médico! —exclamó el optio. Te llevaré a curar a alguien que ha sido gravemente herido. Nadie más puede acompañarte.

Suetonio, serio, hizo una señal para que continuase.

—Es un hombre que trabaja para nosotros. Una pared se le ha caído encima y según me han dicho, su brazo izquierdo ha quedado malamente aplastado. Como has podido leer en las órdenes que aún tienes en la mano, se te ordena que lo cures.

—Pero... ¿aquí dice que paso a las órdenes del tribuno Lobo!

—Correcto, encontrarás al tribuno en el lugar al que te conduciré. Tendrás que llevar contigo todo lo necesario para atender al herido, las órdenes son tajantes: ¡no podrás ir de aquí para allá, dando vueltas y buscando lo que hayas olvidado!

—Entiendo... pero si tiene un brazo aplastado, es algo muy parecido a una herida recibida en combate, y aquí, en el *valetudinarium*, tengo todo lo necesario. ¿No podría tratarlo aquí?

—¡No debes contradecir las órdenes del legado! Llévate todo lo que necesites, vendas y medicinas, y recuerda lo que te he dicho: ¡si te olvidas de algo, te meterás en un lío!

El optio no le dio el tiempo necesario para formular las mil preguntas que le vinieron a la mente:

—Pasaré a buscarte durante la segunda vigilia^[45], ¡iremos al otro lado del río!

XXIX.

El médico, perplejo ante el imprevisto desarrollo de las operaciones, empezó a deambular por entre los catres del *valetudinarium*, sin saber qué hacer.

Honoracio, que había desaparecido, regresó un par de horas más tarde, sudoroso, dando un sonoro portazo; tenía los ojos desorbitados, como si acabara de escapar de un peligro.

—¿Que ha pasado, Honoracio? —le preguntó el médico, cerrando por unos instantes la puerta a sus propias reflexiones—. ¿Te buscan?

—No, no me busca nadie, al menos aún no. He venido a recoger mis cosas, quiero mudarme a la ciudad, fuera de este cuartel. —El ayudante observó al médico y, al ver la expresión fuera de sí de su rostro, añadió—: Me parece que ha llegado el momento de que nos larguemos de Tebas, ¡los dos!

Suetonio frunció el ceño:

—Puede. Creo que he acabado en medio de una trama de la que ignoro el alcance. Ahora se supone que debo ir a una misión con muchas incógnitas. Pero... ¿por qué dices que debería irme?

—Me acabo de enterar... ¡han asesinado al liberto Apolonio!

—¿A Apolonio? ¿El secretario del legado? —se hizo eco Suetonio, atónito—. Pero... ¡si he hablado con él hace dos horas!

—Exacto, Suetonio, no habrás olvidado que era él quien encubría a la esposa del legado sacándola del pretorio y conduciéndola al *valetudinarium*.

—Sí... la acompañó aquí en varias ocasiones, una vez incluso vino su hija, aquella joven tan guapa. ¿Y dices que ha muerto?

—¡Lo han estrangulado en un sótano, en los subterráneos de la casa del legado, hace una hora!

—Honoracio... pero ¿tú cómo te enteras de estas cosas?

—Me lo acaba de contar aquella joven, Avidia la Menor, la hija del legado.

—¿Y cuándo has hablado con ella?

Honoracio estaba sudado; debía de haber vuelto al *valetudinarium* corriendo. Terminó de vaciar la tinaja de agua y remoloneó unos instantes antes de decidirse a confesar:

—Nos vemos, de vez en cuando.

Ahora era Suetonio el que sudaba copiosamente. No tenía ninguna necesidad de más problemas de los que ya conocía.

—¿Qué quieres decir con que “os veis”? ¿Qué motivo puedes tener tú para verte con Avidia la Menor, la hija de un legado?

—Ya sabes, es por aquella vez que se escaparon los monitos.

—Sí, cuando los capturaste... ¿y entonces?

—La muchacha se había quedado impresionada por mi habilidad con aquellos estúpidos animales, y a los pocos días me mandó llamar.

El médico empezó a palidecer: conocía demasiado bien los pocos méritos y los muchos defectos de su ayudante, y lo que buscaba en las mujeres jóvenes:

—¿No querrás decirme... no querrás hacerme creer...?

—Suetonio, vete al grano. ¡Esa joven no es ninguna inexperta! ¡Ya ha enviudado una vez y sabe más que el demonio Apofis!

—¿Qué estás insinuando? —balbuceó Suetonio, olvidándose incluso de cerrar la boca. Pero

se recuperó rápidamente, y añadió—: Es la hija del legado... ¡y no tiene ni diecinueve años!

—Sí... puede que no tenga diecinueve años, como dices, pero ya está cargada de experiencia, si entiendes a lo que me refiero.

—¿Qué sabes tú de estas cosas?

—Los legionarios charlan en el cuartel. Dicen que el marido de la joven desapareció hace un par de años, poco después de la boda. Nadie sabe qué fue de él, ¡ni se atrevieron a buscarlo! Según Demódoco, mi amigo, se ha marchado muy lejos, ¡pero nadie sabe dónde! La joven se había quejado con su madre porque... porque tenía poca iniciativa, no era muy espabilado, ¡en fin!

—Bueno... la joven es hija de un legado... entiendo lo que quieres decir. ¿Y al demonio Apofis? ¿Por qué lo has nombrado?

—La chica sabe más que el demonio, ¡créeme! Siempre está pendiente de espiar a su madre, seguro que a estas alturas ya ha aprendido todas las maldades de las que es capaz.

El médico era incapaz de hacer frente a la inagotable avalancha de noticias:

—¿De espiar? ¿Qué espía?

—¡Lo espía todo! Espía a su madre cuando viene a verte al *valetudinarium*. A veces, cuando Orestila está contigo, se queda esperándola, da un paseo y entra en el *valetudinarium* por el lado del cuartel. Yo le abro y ella se queda conmigo durante horas. Me cuenta lo que hacéis ahí dentro y también de qué habláis, ¡incluso sabe que su madre te regaña a menudo y te ha ordenado que tomes tónicos!

El médico Suetonio, que un momento antes había palidecido al oír la increíble noticia, ahora se estaba ruborizando.

—¡Tú me estás tomando el pelo, Honoracio! ¿Cómo ha podido espiar a su madre?

—¡Desde ahí, Suetonio! ¿Ves la ventana de ventilación, ahí arriba? ¿La que le da aire a tu estancia?

Suetonio se quedó mirando la ventanita, incrédulo.

—Me pidió que le trajera aquella escalera, la que se ve allí junto a la puerta. Se queda encaramada a la escalera disfrutando del espectáculo hasta que termináis, ¡te lo aseguro!

—¡No puedo creerlo...! —masculló el médico, en un tono que, sin embargo, indicaba que se lo creía—. ¿Para espiar a su madre?

—Esa no es su madre, Suetonio. Su verdadera madre murió hace muchos años. Orestila es la segunda esposa del legado y no ha tenido hijos con él. Estas dos mujeres, sin embargo, están implicadas en esta y otras muchas perversiones.

Aturdido por las revelaciones, Suetonio no se atrevió a añadir nada más y se sentó en la cama. Miró de nuevo hacia la ventanita, situada en la pared cerca del techo. Observando la posición de la cama, reflexionó que tal vez Orestila hubiera visto asomar la cabeza de la joven desde allí más de una vez, pero no le había dado importancia.

—¡Muchas cosas me está enseñando también esa joven! —continuó el Tejedor, dirigiéndole una mirada cómplice—. ¡No tienes ni idea de la experiencia que tiene! La otra noche quería que me pusiera una piel de cabra en los hombros, ¡y que me hiciera pasar por Príapo! Incluso trajo consigo un frasquito de aceite perfumado y quería que...

—¡No quiero saber más! —El médico meneó la cabeza con vehemencia, levantando ambas manos. Además de la sorpresa, en su mente asomaba una clara preocupación ante el exceso de confianza que, tanto él como su ayudante, se habían estado permitiendo con las mujeres de la familia del legado. Había algo raro en aquellas dos y, más pronto que tarde, saldría a la luz. El médico no se saldría con la suya con unas simples palabras de disculpas.

—Tendremos que pensar muy rápidamente qué debemos hacer —murmuró tamborileando con los dedos sobre la mesa.

—Hay poco que pensar, Suetonio. ¡Es hora de que desaparezcas! ¿No me dijiste que te irías de aquí esta noche?

—El optio Casidiano me llevará al otro lado del Nilo, ahora paso a estar bajo las órdenes del tribuno Lobo. Pero ¿dices que es mejor que abandone Tebas de una vez por todas?

—Sí, Suetonio, tus amoríos han ido ya demasiado lejos. Esa mujer, Orestila, ¡está medio loca! Nadie sabe lo que pasa por su cabecita y creo que deberías desaparecer si no quieres acabar mal. Yo soy un siervo anónimo y llamo poco la atención, y si desaparezco nadie en el palacio se acordará de mí. A ti, en cambio, te conoce todo el mundo. No te dejarán salirte con la tuya, lo sabes de sobra.

El médico se sentó en el catre con la cabeza entre las manos, intentando recapacitar. Al cabo de unos instantes se revolvió:

—Sí, tienes razón, tengo que irme de aquí, lejos de Tebas.

Se secó la cara, que ahora le goteaba, con una túnica limpia. No le quedaba nada más que hacer, desaparecer era algo en lo que llevaba un tiempo pensando.

—Pero antes, cuando hablabas del secretario Apolonio... ¿estás seguro de que está muerto? ¿Quién lo habría asesinado?

—¡Ella, Orestila!

Suetonio negó con la cabeza, no le parecía que fuera posible.

—¡Lo hizo ella! Le convenció para que bajara al sótano con una excusa y allí le esperaban tres siervos: ¡lo han agarrado y lo han estrangulado con una soga! Avidia también estaba allí: quería ver con sus propios ojos cómo moría el liberto y ha podido contemplar, a pocos pasos de distancia, cómo exhalaba su último aliento.

Suetonio, con los ojos desorbitados, se tapaba la boca con una mano. Tras un instante de estupor, exclamó:

—¡Yo estaba hablando con Apolonio no hace más de dos horas!

—Sí, habrás hablado con él... ¡pero poco después ha estirado la pata!

—Creía que... por el ungüento... fuera sola una mujer difícil de contentar y engreída... — negó con la cabeza Suetonio—. ¡En cambio está loca! ¡Completamente loca! ¡Tengo que desaparecer! ¡Escapar de Tebas!

Al médico no le quedaba la menor duda: además de los peligros que le esperaban en cuanto la mujer se cansara de él, su marido, el hombre más poderoso del Alto Egipto, también podía interponerse. Guardó silencio un instante, y, sacudiendo la cabeza, concluyó:

—Si me quedo aquí ahora, mi vida está en peligro, ¡pero no tengo ni idea de adónde huir!

—¡Cualquier lugar a lo largo del Nilo es bueno para salvar el pellejo, Suetonio! ¿En qué estás pensando?

—¡Habla por ti, tú que te puedes mezclar entre todos estos imbéciles! Yo soy romano, cualquiera verá que soy extranjero, y tampoco tengo dinero como para llegar muy lejos. Y no sabría a dónde ir.

—Concéntrate, Suetonio: ¿hay algún lugar a lo largo del Nilo donde tengas la posibilidad de encontrar protección, de que alguien te arrope?

El médico negó con la cabeza:

—En Alexandria la única persona que podría esconderme es el médico Sobal, ese colega mío al que tú también conoces.

—¿El judío que seca cadáveres?

—Sí, también hace eso para ganarse la vida, a pesar de ser un buen médico. ¿Pero acaso no nos acogió a los dos el año pasado?

—Sí, claro... ¡nos alojó entre los restos mortuorios de sus clientes! ¡Para eso, le pedimos hospitalidad al sinvergüenza de Trifón!

Suetonio asintió:

—Lo que faltaba... ¡Trifón! ¿Por qué no? ¡Se vería encantado conmigo de huésped! ¡Seguro que disfrutaría teniendo a un médico dando vueltas por casa!

Honoracio alzó el dedo índice:

—Sabes, ¡puede que sea buena idea! Y además, en esa casa, en el fondo la que manda es la leprosa, y me di cuenta de que te estaba agradecida porque intentaste curarla. He dicho en broma que podrías alojarte allí, pero ahora... ¡pensándolo bien, podría ser el lugar idóneo!

—No tengo suficiente dinero para llegar hasta Naucratis. Son tres semanas de navegación y no quiero verme obligado a pedir un pasaje a barqueros que podrían resultar ser unas sabandijas. Honoracio, ¿tendrías alguna tetradracma para prestarme?

—No tengo nada, por desgracia. No puedo pedirle más dinero a Avidia la Menor, ¡si supieras el lío que montó la última vez!

—¿Te has atrevido a pedirle dinero? —se maravilló el médico.

—Que se lo haya pedido o no, la cuestión no cambia, Suetonio. No me queda nada, en cualquier caso. ¿Cuánto tienes tú?

El médico rebuscó en el zurrón:

—En los últimos días hemos tenido un sinfín de gastos... Pensaba pasarme por la tesorería a final de mes para recoger algo.

Sacó un puñado de monedas y empezó a contarlas:

—Seis tetradracmas... una veintena de dracmas, ¡y un puñado de óbolos! No iré a ninguna parte con esta miseria. —Y se volvió a sentar en la cama para seguir pensando.

—Es demasiado peligroso tratar de viajar por el Nilo sin dinero, o en mala compañía, estoy de acuerdo —le tranquilizó Honoracio, contrariado por el dramático giro de los acontecimientos—. Y, de todos modos, la crecida ya está muy avanzada; si no tienes una falúa a tu disposición, corres el riesgo de no llegar a ninguna parte. Llegados a este punto, sólo te queda una posibilidad, porque sólo hay una persona que podría ayudarte.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y quién es?

—¡El tribuno Lobo, Suetonio! Es el único amigo que tienes aquí y el único en quien puedes confiar. Y también sabes dónde encontrarle: te está esperando al otro lado del Nilo, ¡me lo acabas de decir!

—Sí, ¿pero cuánto tiempo piensas que puede durar esto? ¿Crees que cuando termine de tratar a ese tipo me dejarán seguir con mi trabajo?

—Eso no lo sé... pero si de repente desapareces de Tebas, justo cuando te han encargado esta importante misión, se encargarán de buscarte —razonó el Tejedor—. Con las aguas del Nilo tan altas no podrás llegar muy lejos, acabarás varado en algún sitio, lo sabes mejor que yo. Podrías acabar entre campesinos, serías como un mirlo blanco ¡y cualquiera podría encontrarte! Y no olvides que, si te marchas ahora, te considerarán un desertor, ¿de verdad quieres darles a esos oficiales incluso esa razón para que te busquen?

—¿Tú qué harás, Honoracio?

—Yo también me iré. Esa joven empieza a ser peligrosa. No hay quien pueda ponerle límites y se piensa que puede hacer lo que quiera. Está obsesionada con encontrar un hombre capaz de enfrentarse a su padre.

El médico, incrédulo, negó con la cabeza:

—¿Y qué querría hacer?

—Le gustaría que su padre se hiciera a un lado, que cediera el liderazgo a otro y a ella le gustaría estar detrás de él para hacer... No he entendido lo que le gustaría hacer. Pero en última instancia, le gustaría cambiar esta ciudad, que parece estar muerta. Le gustaría que tuviese más vida, dice.

—¡Está loca de verdad! ¿Pero no me habías dicho que la conocías bien?

— Sí, te lo había dicho, pero yo soy experto en mujeres plebeyas, no en nobles, nunca me había topado con una mujer así. Ahora no puedo dejar de pensar en su marido.

—No te entiendo... ¿qué debería preocuparte de su marido?

—¿No recuerdas que te lo he dicho? Ha desaparecido y nadie sabe dónde ha ido a parar. ¿Qué crees que le habrá pasado? Esas dos mujeres están completamente locas... Acabo de contarte qué jugarreta le han gastado a ese imbécil de secretario que se metía donde no le llamaban.

XXX.

En definitiva, no era el momento adecuado para que Suetonio emprendiera una huida precipitada. O tal vez sí, pero no tenía dónde refugiarse. El médico se sentía inseguro; a veces le había parecido que algunas de las cosas que le habían sucedido en las últimas semanas debían considerarse casi normales y que podían pasarle a cualquiera. En las familias nobles, muchas mujeres tenían amantes, más o menos secretos, y mientras no fuera la comidilla de la gente del pueblo era tolerado por la mayoría de los maridos.

Incluso para aquellas extrañas órdenes de las que no podía encontrar una razón, como la de curar al inútil trabajador Heráclides, podían existir explicaciones, sólo que él las desconocía.

Suetonio era un médico: su vida había transcurrido entre los muros de los valetudinaria militares tratando todos los males que uno podía encontrarse en los cuarteles. Pero en esta circunstancia no estaba en condiciones de tomar una decisión e incluso la información, posiblemente incompleta, que obtuvo de Honoracio podía resultar engañosa.

Cuando el optio Casidiano vino a buscarlo a altas horas de la noche, lo encontró todavía sentado en una esquina de su catre, inseguro sobre lo que le interesaba hacer.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —preguntó el optio, escrutándolo con suficiencia como se hace sólo con los imbéciles—. Mira que te lo he advertido... no será posible regresar a por nada más.

—Sí, me lo has dicho y ya tengo conmigo todo lo necesario para tratar heridas graves. Podemos irnos. —Se echó al hombro la capaz bolsa de cuero en la que había metido, además de una túnica, muchas vendas de lino limpias, y confió a uno de los dos legionarios que habían venido con el optio su maletín, que se había vuelto pesado de tantos frascos de ungüentos que contenía, además del instrumental de cirujano.

Por último, a modo de saludo, sacudió la pierna de Honoracio que fingía dormitar, y se fue.

Era de noche, una cálida noche de finales de julio; el muelle no estaba muy distante y el grupito se encaminó por entre las calles desiertas. El cielo estrellado iluminaba lo suficiente la ciudad dormida y dada la hora tardía, incluso los borrachos habían desaparecido ya de las calles.

Suetonio trató de desterrar aquel pensamiento que le rondaba constantemente por la cabeza: una vez más se veía obligado, sin poder rebelarse, a hacer algo que no quería. A aquel hombre herido le curaría lo mejor que pudiera porque ese era su trabajo, pero toda esa situación hablaba de engaños y traiciones.

Las aguas del Nilo estaban altísimas y ya lamían las calles y las primeras viviendas de Tebas; un barquero vestido con harapos les esperaba, junto con otros dos hombres, también de paisano. Pero por la forma en que saludaron familiarmente al optio, aún a pesar de la oscuridad, debía de tratarse de legionarios.

Al cabo de unos instantes subieron a una falúa. El barquero despertó de una patada a un chavalín que dormía en las tablas del fondo y le dejó izar la vela. Apenas soplaba un hálito de viento pero, una vez que la vela estuvo completamente desplegada, el egipcio, con consumada habilidad, consiguió primero luchar contra la corriente y luego dirigirse, manteniéndose ligeramente inclinado respecto a la corriente del agua, hacia la otra orilla, que distaba tres cuartos de milla.

Suetonio se dio cuenta de que se trataba de una operación militar a pesar de que todos los hombres vestían ropas locales: al otro lado del río les esperaban otras dos figuras que, sin mediar palabra, les entregaron cuatro caballos. Montaron en el silencio más absoluto y, tras recorrer un

par de millas, se detuvieron ante dos gigantescas estatuas de no menos de cincuenta pies de altura, sombrías a la luz de la luna y las estrellas.

—A partir de ahora iremos tú y yo solos, médico —dijo el optio Casidiano. Luego, viendo que Suetonio no apartaba los ojos de las dos estatuas, tras haber despedido a los hombres con los caballos y quedarse a solas con el médico, le quitó la curiosidad—: Dicen que estas estatuas son los Colosos de Memnón. No debemos demorarnos, vamos, no queda mucho camino.

—¿Los Colosos? ¿Los que hablan y a los que les ponen dedicatorias?

—Sí, los mismos. Hablan por la mañana, entre la hora prima y la secunda. No es un discurso de verdad, sino un extraño lamento que no se entiende de dónde viene. Yo también lo escuché una vez. Démonos prisa, pronto empezarán a llegar los peregrinos, aquí al amanecer siempre hay mucha gente.

Suetonio, con el saco al hombro, siguió al optio, que parecía conocer bien el camino. Había oído hablar muchas veces del milagroso lamento: nobles y hombres de letras habían venido desde Roma para oír esa voz sobrenatural.

Mientras el optio miraba de derecha a izquierda en la oscuridad, tal vez temiéndose algún encuentro inesperado, Suetonio se apresuraba detrás de él, volviendo cada poco la cabeza hacia las inmensas estatuas, oscuras en mitad de la noche. Su sorpresa había sido tal que no pudo abstenerse de preguntar:

—¿Y las dedicatorias? ¿Dónde las ponen?

—¡¡Por las mañanas, esto parece un mercado!! —respondió el optio de mala gana—. Está lleno de gente que vende bebidas y comida y no faltan hábiles canteros que por una fuerte suma tallan en la estatua la dedicatoria que se les pide en letras pequeñas, casi ilegibles. ¡Un capricho de ricos! Deprisa, médico, no perdamos tiempo.

Estaban en plena zona de los templos, pero en la oscuridad no se veía nada y fue el optio Casidiano quien rompió el silencio:

—El guía nos espera ahí detrás, junto a la Casa de Millones de Años.

—Ah... —apenas alcanzó a decir Suetonio, confundido por tantas novedades.

Casidiano dio un silbido y desde la oscuridad del lateral de la calle, donde tal vez dormitaba, una sombra se levantó e hizo una señal con el brazo.

—¿Es la hora? —le preguntó el optio, y el desconocido, cogiendo consigo el maletín del médico para aliviarle de la carga, respondió en un susurro—: Sí, es la hora, podemos empezar ya, acordamos llegar en la mitad de la cuarta vigilia^[46]. Evitaremos detenernos en el barranco y que alguien pueda descubrirnos.

Caminaron en la oscuridad durante media milla, moviéndose como ladrones a lo largo del camino utilizado por los peregrinos que visitan los santuarios.

Al llegar ante un gran templo de mármol claro, en cuya fachada se habían derrumbado algunas columnas, el guía les condujo fuera del camino hasta el pie de la colina rocosa que se elevaba sobre el templo, y allí se agacharon. El guía dio una señal golpeando dos piedras, con suavidad, de modo que sólo pudieran oírla los que se encontraban a poca distancia. Poco después, un guardia armado con una lanza que estaba de patrulla respondió con una señal similar y regresó por donde había venido.

—Ahora escucha con suma atención, médico —le susurró el optio Casidiano en tono amenazador—. Vamos a un sitio un poco particular y es mejor que no nos vean... ¿entendido?

A Suetonio, a pesar de la escasa luz de la luna, hasta le pareció vislumbrar que ponía la mano en su pugio.

Le respondió cortésmente, evitando cualquier malentendido:

—Entendido, optio. ¿Tenemos que entrar en el templo?

—¡Sigue al guía y mantente agachado! No hagas ruido, el riesgo que corremos es grande. Yo cerraré la fila, ni una palabra. ¿Llevas el bolsón?

—Sí... lo llevo...

—Tu maletín lo lleva el guía, ¡ahora muévete y guarda silencio! —También murmuró algo totalmente incomprensible; no sentía ningún aprecio por los médicos.

Manteniéndose agachados, se encaminaron entre los peñascos que se encontraban al pie de la colina y, a pesar de que las dudas que lo atormentaban no hubieran recibido respuesta, el médico comprendió que, ya puestos, tendría que seguir hasta el final; por otra parte, el optio estaba detrás de él, para impedirle que pudiera pensárselo dos veces.

Después de haber caminado doscientos o trescientos pasos, el guía les detuvo con un gesto y les hizo agacharse entre unas rocas:

—Quedaos aquí, voy a abrir.

Volvió a buscarlos poco después y los condujo por entre las rocas, donde no había ningún sitio donde pudiera esperarles un herido. El guía se escurrió entre dos peñascos, en un agujero por el que apenas podía pasar una persona.

—¡Ve detrás de él! —le ordenó el optio en voz baja—. En cuanto estés dentro alguien te alumbrará y te echará una mano.

Suetonio descendió por el agujero. Apenas necesitó sostenerse con los brazos, porque unas manos le guiaron un pie cada vez hasta apoyarse en unos escalones, y al cabo de unos instantes se encontró bajo tierra.

El optio se deslizó tras él como una anguila.

La débil luz de un farol una decena de pasos más adelante iluminaba un corredor excavado en la roca; en el suelo, piedras desiguales, cascotes y tierra hacían las veces de firme. Alguien guio al médico, dejándole delante el espacio suficiente para que pudiera ver por dónde pisaba.

En el ínterin, dos hombres reacomodaron la abertura de acceso para que volviera a ser invisible. El médico reconoció el rostro siniestro del centurión Sópatro, pero también vio, por fin, los rasgos amables del tribuno Lobo, que le saludó sin ocultar su alivio:

—¡Lo has conseguido, Suetonio!

—Tribuno, verás... yo...

—Ya hablaremos más tarde, tendremos tiempo. El herido está aquí.

El tribuno, después de encender otro candil, abrió el camino; el corredor descendía bajo tierra con un poco de pendiente y tras un centenar de pasos entraron en una salita excavada en roca viva, en un lateral del corredor. Por su aspecto parecía una tumba, probablemente inacabada, a juzgar por las toscas paredes mal talladas en la roca.

Un hombre yacía sobre un jergón en el suelo, un montón de paja envuelto en una tela. De piel oscura, como la de todos los hombres del Nilo, rondaba la cuarentena, y por su expresión parecía sufrir mucho. El vendaje con el que le habían envuelto el brazo izquierdo estaba empapado de sangre seca.

—Se hirió la noche pasada —le explicó el tribuno—. Las rocas se le desplomaron encima. ¡Hay que tratarlo de inmediato!

—Comprendo, tribuno. He de ver qué ha pasado, luego decidiremos lo que hay que hacer. —Echó un vistazo a su alrededor y al ver algunos rostros polvorientos que lo miraban tanto a él como al herido, les explicó—: Me convendría estar a solas con la persona herida. Tal vez necesite a alguien más que me ayude.

—¿Qué clase de persona necesitas? —dijo la áspera voz del centurión Sópatro.

—Necesito a alguien que me ayude mientras le quito las vendas y le examino el brazo. También necesitaré una mesa para mis herramientas y ungüentos. ¿Tenéis una mesa o algo parecido?

—¡Juntos podemos armarte una! —y se volvió para dar una orden a un peón—: ¡Heras, trae aquí unas piedras cuadradas y esa tabla que uso yo para escribir!

—Este lugar está lleno de polvo —continuó el médico—. ¿Se puede hacer algo para que no se levante?

—Sí, podemos ocuparnos de eso. —Hizo un gesto a otro hombre, un peón—: Ve a buscar unas tinajas de agua y espárcela en el suelo por aquí, un poco cada vez con la mano, y haz lo mismo a lo largo del corredor.

—Necesitamos al menos dos luces más —añadió el médico y el centurión Sópatro hizo una señal con la vara que utilizaba para dirigir a los peones para que alguno se encargara de ellas.

Pronto fue posible desvendar el brazo y examinar la herida. En cuanto cayeron los últimos harapos, Suetonio la vio: el miembro se había hinchado sobremanera y el aspecto antinatural apuntaba a más de una fractura. No había grandes cortes; sólo un par de laceraciones justo por encima del codo, de unos tres dedos de largo cada una, sangraban débilmente.

—¿Te duele mucho? —le preguntó el médico al hombre, un tal Pausiris, cuyo rostro, mientras le manipulaban el brazo, se había vuelto térreo.

—Es un dolor insoportable —respondió con voz ya débil.

El centurión Sópatro, desde la puerta, miró fijamente a Suetonio levantando la mano, como diciendo «¿qué podemos hacer?».

—¿Podéis preparar una infusión? —respondió Suetonio ante aquella mirada.

El centurión empujó a un peón egipcio de piel oscurísima y se le dio las instrucciones:

—En un cuenco pon agua muy caliente y derrite, removiendo con una varilla, el polvillo que te voy a dar. —Dicho esto, abrió el maletín de madera, rebosante de herramientas y recipientes de barro y de cristal; midió una dosis de un polvillo blanco con una cuchara de hueso y, envuelta en media hoja de papiro, se la entregó al peón—: ¿Podrás hacerlo?

—Claro, amo —y se dirigió a un rústico hogar que ocupaba una oquedad del corredor.

—Mientras preparan la medicina —se dirigió al tribuno—, será mejor que tú y yo hablemos un momento.

El tribuno asintió y le indicó el camino, no sin antes hacer una señal al centurión para que se acercara a escuchar. Fueron a hablar a una parte del largo corredor donde no había nadie.

—¿Qué te parece, Suetonio?

—Perderá el brazo. Y con suerte sólo será eso, pues no hay duda de que también se juega la vida.

—¿No existe la posibilidad de darle algún medicamento fuerte, tal vez bloquearle el brazo con grilletes y dejar que la naturaleza...? —preguntó el tribuno.

—No, tiene el brazo completamente aplastado y los huesos rotos por varios sitios. Los cortes cerca del codo son de astillas de hueso que le han desgarrado la piel. Por sí solo, o con medicación, nunca se curará.

—¡Este hombre es imprescindible! —replicó el centurión.

—Sí, es cierto —asintió Lobo y Sópatro explicó—: No podemos prescindir de él ni dejarle salir y que se vaya. Si él no da las órdenes, los peones no saben lo que tienen que hacer y la excavación se interrumpe. ¿Qué propones hacer?

—Es una situación difícil. Habría que amputarle el brazo, pero no sé si eso será factible en estas condiciones.

Suetonio no quería explicar una por una todas las dificultades: era un excelente médico cuando se trataba de preparar medicinas y tratar las heridas que los legionarios sufrían durante los ejercicios o el combate. Había participado muchas veces en operaciones de esta complejidad pero, aunque era perfectamente capaz de realizarlas él mismo, siempre había dejado la tarea a un colega más joven limitándose a ser su ayudante.

En el subterráneo, nunca habría podido explicar sus dudas a los dos oficiales, ni al hombre que pronto iniciaría una lenta agonía: en tiempos de necesidad, el médico tenía que ser médico, y punto.

—¿Te importa mucho este hombre? —susurró al oído del tribuno.

—Ya has oído lo que ha dicho el centurión. Tiene que sobrevivir y ser capaz de dar las órdenes a sus hombres. Creo que puede hacerlo desde una cama o un taburete. ¿Temes matarlo?

—Te voy a decir la verdad, tribuno: completaremos la amputación manteniéndole con vida, pero es imposible saber qué ocurrirá después. Tú has estado en los campos de batalla y ya sabes cómo son estas cosas.

—¿No tenemos otra solución, entonces?

—No, tribuno, no hay otra solución.

El médico necesitaba que alguien le ayudara. A la tenue luz de la lámpara miró al centurión Sópatro: tenía las manos llenas de callos por el manejo de las armas o del bastón de madera de vid^[47]. Se habría prestado malhumorado. Más allá, en el corredor, el optio Casidiano aguardaba órdenes. Ambos no eran más que burdos soldados vestidos con sucia ropa de civil, no tenían nada que envidiar a los búcolos.

—¿Podrías echarme una mano? —le susurró al tribuno—. He traído todo lo que necesito, pero necesitare ayuda.

—¿Quieres que lo sujete bien?

—No, no hace falta. Le daré un fármaco con el que perderá el conocimiento. Necesito que me ayudes cuando tenga que ligarle las venas. Tendré muy poco tiempo y no puedo hacerlo solo.

El tribuno asintió:

—¡Entonces no perdamos más tiempo!

En ese instante se adelantó el peón que estaba en el hogar:

—La infusión está lista.

—Prepárate para disolver otra —le ordenó el médico.

XXXI.

A Suetonio le parecía inútil ocultar a los heridos su estado, a menos que estuviesen ya moribundos. Pero el peón herido estaba bien vivo, y sin eludir la cuestión, decidió hablar con él:

—Ya sabes que tu herida es grave. Te llamas Pausiris, me ha parecido oír.

El herido asintió con la cabeza.

—No voy a poder salvarte el brazo. Esa roca te ha destrozado el codo, y no hay ningún fármaco que pueda curar una herida así. Mientras tanto, bebe esta infusión, te calmará el dolor.

Pausiris, con los ojos desencajados a causa del miedo, no encontró de inmediato las palabras adecuadas para responderle al médico; con su mano sana, si bien temblorosa, cogió la taza y empezó a beber.

Sobre la improvisada mesa en la que había extendido un paño, Suetonio comenzó a medir la dosis de opio tebaico más conveniente para dormir al hombre e insensibilizarlo al dolor. Tomó la medida en la cuchara de hueso, niveló su superficie con una lanceta y entregó el polvo, envuelto en una hoja de papiro, al peón que estaba de pie junto al hogar:

—Presta atención: asegúrate de disolverlo con cuidado, ¡no dejes que se queme o se pegue al fondo!

Mientras tanto, el herido había visto de reojo los brillantes instrumentos de cirujano del maletín del médico. Sabía para qué servían y el terror se apoderó de él.

Suetonio observó que había abierto los ojos de par en par y trató de tranquilizarlo:

—Haré todo lo que pueda por salvarte la vida, pero tendrás que cooperar.

—¿Tienes que cortarme el brazo? —consiguió murmurar con voz temblorosa.

—Por desgracia, no hay otra manera. Si no te corto el brazo ahora, dentro de unos días empezará a pudrirse y entonces no tendrás ninguna posibilidad.

—Pero... ¿cómo me las arreglaré sin mi brazo? —dijo con un gemido.

—Reza a los dioses por haberte salvado la vida. Mientras vivas podrás disfrutar de la compañía de tu familia. ¿Tienes hijos?

—Tengo un chaval de diez años, ni siquiera sé dónde está... se llama Apión.

El médico se estremeció: el niño que estaba secuestrado con el jefe de la aldea, Heráclides, también se llamaba Apión. Tal vez fuera precisamente su hijo, ya que el centurión Sópatro siempre estaba de por medio.

Poco después llegó el peón con la taza de la infusión, y mientras el tribuno se la daba de beber lentamente al herido, Suetonio terminó de preparar el instrumental: lo colocó sobre un paño de lino limpio después de frotarlo con vinagre de la botella de cristal que había traído consigo.

Luego desnudó al herido y lo hizo colocar, sentado, sobre una especie de taburete hecho con antiguas tablas halladas entre los escombros.

A Pausiris se le habían saltado las lágrimas, se había dado cuenta de que no había ninguna certeza de salir con vida, y cuando su mirada empezó a volverse incierta, debido a la fuerte dosis de *opium*, encontró fuerzas para preguntarle, en un susurro a Suetonio:

—Comprendo que tendré que aguantar lo que venga, pero tú me pareces un hombre diferente de... ¿Ayudarás a mi hijo a salir de ésta?

El médico, indeciso, lo miró sin saber qué contestarle y el egipcio, haciéndole una señal para que se acercara la cabeza a la oreja, continuó:

—Lo tiene prisionero el centurión Sópatro. Nosotros no hemos hecho nada, y mi chaval no tiene la culpa. ¿Le ayudarás?

Suetonio no sabía qué responder y el instrumental estaba listo. Ganó unos instantes volviéndose hacia el optio Casidiano, que estaba en la puerta a la espera de órdenes:

—Ordena al hombre que está en el fuego que tenga algunas brasas preparadas, puede que las necesite. También debe impedir el paso de los curiosos por el pasillo, para que no levanten polvo y se mantengan al margen. Necesito otro par de faroles.

Finalmente, se volvió de nuevo hacia Pausiris, cuyos ojos empezaban a nublarse, y le susurró:

—Por tu hijo haré todo lo que pueda. Tienes mi palabra.

Unos instantes después, la mano del herido, que sujetaba con fuerza el dobladillo de la túnica del médico, cayó al suelo: estaba dormido.

El tribuno Lobo, que no estaba tan lejos como para no oír aquel breve diálogo, le interrogó con la mirada.

—Ahora vamos a empezar —le dijo el médico—. ¿Has realizado antes este tipo de intervenciones?

—Hace muchos años, tras una batalla, tuve que ayudar a un médico militar durante tres días para intentar salvar al mayor número posible de heridos. Dispón de mí para lo que necesites.

—¿Ha cesado el paso de gente por el corredor?

—Sí, lo han entendido, nos han dejado solos.

—Ahora colocaré los faroles... veo que dan una excelente luz, ¿qué queman?

—Aquí en el subsuelo, utilizamos aceite de linaza; no huele, tiene una llama muy clara y sobre todo, no echa humo. No queremos que noten nuestra presencia desde fuera.

Suetonio probó el filo de una lanceta en el vello de su propio brazo y, no contento, lo pulió con la piedra de afilar y luego lo frotó con una tira de cuero. Volvió a enjuagar la lanceta con vinagre y comenzó a descubrir el hombro de Pausiris, ya completamente dormido.

—Tribuno, ahora te explico cómo vamos a hacerlo: amputar el brazo, justo aquí donde está la articulación, es algo que se puede hacer rápidamente sin cortar ni un solo hueso. Primero marcaré un pliegue de piel, que dejaré pegado al hombro: lo necesitaré al final, para cerrar la carne que quedará al descubierto tras cortar el brazo.

El médico hizo una pausa para mirar a la cara al tribuno, que le hizo un gesto de haberlo comprendido.

—Haré la incisión gradualmente y en un momento dado, me detendré. Me ayudarás cuando haya expuesto las dos venas que van del cuerpo al brazo. Si se cortan accidentalmente brotan como una fuente, y corremos el riesgo de que este hombre se nos vaya. Trabajaremos de una en una: tendrás que sujetarla con esa pinza de bronce que he dejado preparada allí a la vista. Apretarás suavemente y la sangre dejará de manar. Justo antes haré una ligadura con este finísimo cordel.

—¿Tendré que mantener esa vena apretada hasta que termines?

—Tendrás que mantenerla cerrada hasta que haya terminado la ligadura. Entonces pasaremos a la segunda y haremos lo mismo. Si todo va bien, en ese momento podremos cortar los últimos nervios y separar el miembro.

—¿Perderá mucha sangre?

—No, si actuamos con rapidez.

Suetonio echó una última mirada a las vendas ensangrentadas que envolvían su brazo; ni siquiera se las quitó, tenía el hombro despejado y bien iluminado. Echó un vistazo al tribuno y exclamó:

—¡Vamos allá!

XXXII.

La operación duró menos de una hora, la mayor parte del tiempo se dedicó a suturar el trozo de piel, dejado a tal efecto, en la posición adecuada para cubrir completamente la horrenda mutilación.

—¿Hemos acabado, Suetonio?

—Sí, tribuno, hemos acabado. Lo he hecho lo mejor que he podido y la operación ha ido bien. Ahora será el tiempo el que diga si este hombre está destinado a vivir. —Se secó el sudor que goteaba copiosamente de su frente y de su barbilla—. Ambos hemos actuado de la mejor manera posible y si este peón sobrevive te lo deberá tanto a ti como a mí.

El tribuno sonrió:

—¡Le deseo que viva! Pero sólo ahora me doy cuenta de que, enfrascado por las condiciones de este hombre, ¡ni siquiera te he dado la bienvenida, Suetonio! He de confesarte que, aunque estos corredores oscuros y polvorientos son un lugar tristísimo y poco acogedor, me alegro de tenerte aquí. Y no dudaba de que sacarías lo mejor de tu arte para salvar la vida de Pausiris.

—Pronto lo sabremos. Se le veía fuerte y no ha perdido mucha sangre. Las dificultades vendrán dentro de unos días y no podemos saber si se producirá algún envenenamiento de la sangre. Tendremos que aguardar y ver.

—Entiendo. —El tribuno tomó un trago de un odre antes de continuar: — Te han traído aquí en mitad de la noche... ¿has venido por la avenida de los templos? ¿Has pasado por los Colosos?

—Sí, pero estaba oscuro y se veía muy poco. Lo único que he visto ha sido la silueta oscura de dos estatuas gigantescas. La crecida llegaba a doscientos pasos de ellas.

El tribuno sonrió:

—Son estatuas verdaderamente enormes. Mucha gente viene de Roma y de otros lugares del imperio para verlas. Dicen que la de la izquierda es la estatua de Memnón, un semidiós hijo de la Aurora. Encontró la muerte durante la guerra de Troya, pero tal vez sólo sea una leyenda, y esas dos estatuas nadie sabe exactamente a quién representan^[48]. Pero es cierto que una de ellas habla, yo mismo la escuché hace un par de semanas.

El rostro de Suetonio, incluso a la luz de la lámpara, mostraba todo el enorme cansancio acumulado en las últimas horas. No le interesaba demasiado la leyenda del semidiós Memnón y el tribuno le previno:

—Querrás saber qué estamos haciendo aquí, ¿no?

—Bueno... yo estoy cumpliendo una orden que me ha dado el legado Nepote...

—¿Has hablado con él en persona?

—No, han venido a traerme la orden el secretario Apolonio y el optio Casidiano. Pero, si me lo permites, he de decirte que en los últimos tiempos he recibido las órdenes más extrañas que jamás haya oído.

—¿Te han dicho de qué nos estamos ocupando?

—Sólo me han dicho que había un herido. Lo que he visto en estos túneles ni siquiera parece una operación de legionarios, sino más bien algo más propio de... de... —y en el último instante se abstuvo de decir “ladrones de tumbas”.

El tribuno asintió, ya había entendido bastante.

—Ahora puedes descansar, Suetonio. No hay mucho espacio en estos túneles, ¿les ordeno que te preparen una yacija aquí?

—Sí, si el resto de sus excavaciones se parece a lo que ya he visto, aquí estará bien.

—Haré que te traigan paja y una manta. Escucha, Suetonio... el brazo que le hemos cortado a Pausiris... ¿es mejor enterrarlo en algún sitio?

—Sí, entiérralo bien profundo, dentro de poco apestará... de hecho, ya apesta.

En aquel corredor excavado en roca viva y en el habitáculo donde se alojaba el médico, más parecido a una tumba que a un lugar apropiado para dormir, faltaban todas las comodidades. Sólo una cosa no faltaba: el polvo. Cualquier movimiento levantaba un polvillo muy fino que no se asentaba enseguida y el constante ir y venir de los hombres no hacía sino levantar más y más polvo.

El médico consiguió dormir unas horas, en realidad un duermevela debido a lo incómodo del lugar. Sin saber siquiera si era de día o de noche, en un momento dado se levantó del jergón mal dispuesto y fue a ver cómo estaba el enfermo.

Respiraba con regularidad y las vendas con las que había cubierto lo que quedaba de su hombro no mostraban nada sospechoso. Incluso los dos tubitos que salían de la herida y de las vendas, hechas con una fina cañita forrada con tripa de ternera, drenaban alguna gota de sangre y agua dentro del vendaje.

El hombre seguía bajo los efectos del opio tebaico; Suetonio, en vista de las dificultades del lugar en que se encontraba y de la imposibilidad de recurrir a ayuda alguna, le había administrado una potente dosis que lo mantendría aturdido durante uno o dos días. Era un experto en la dosificación de fármacos, y mucho de lo que sabía lo había aprendido de lo que había visto hacer a sus colegas en los valetudinaria de las legiones, donde se prefería operar a los enfermos despiertos. Porque más de una vez, tras el uso inadecuado de alguna hierba con propiedades narcóticas, el enfermo no había despertado.

XXXIII.

Suetonio pasó el día siguiente observando continuamente al herido, intentando hacerle beber y comprobando que no se caía de la yacija.

Le mostraron la letrina, un habitáculo excavado en roca viva, similar al que utilizaba como alojamiento, y el ensanchamiento del pasillo donde se encontraba el hogar, que sólo se encendía durante la noche, debido al poco humo que se formaba al prender fuego la primera leña.

Suetonio vio que el trabajo de los peones se concentraba en las entrañas de la montaña, mucho más allá del cuartito que ocupaba con el herido. Veía a los peones cuando, uno a uno, después de sus turnos, cubiertos completamente de polvo, se dirigían a la salida del túnel para respirar el aire puro que penetraba del exterior a través de las hendiduras que había entre las grandes piedras, y cuya posición había sido cuidadosamente dispuesta.

El tribuno Lobo pasaba de vez en cuando a echar un vistazo, y al segundo día el médico le tranquilizó:

—La herida hasta ahora está bien, y de los tubitos rezuma alguna gota de agua y sangre.

El tribuno también estaba presente cuando, dos días después, Suetonio, con un paño empapado en vinagre, lavó los bordes de la herida de los que sobresalían los nudos de la sutura.

El herido, al que le había desaparecido el efecto de la infusión de *opium*, dio alguna sacudida a causa del escozor provocado por el vinagre.

Tras unas aplicaciones de ungüento de aloe, se cubrió de nuevo la herida con vendas de lino y finalmente, el médico volvió a quedarse a solas con el enfermo.

—Te sientes raro a causa de la medicina—tranquilizó al herido—. También tienes un poco de fiebre. ¿Cómo te encuentras?

—Me parece que siempre tengo sueño. Aún me duele el codo... como justo después del derrumbe, cuando la roca me lo destrozó. ¡Pero ya veo que no tengo brazo!

—Es normal, Pausiris. El dolor remitirá en los próximos días y en cuanto baje a un nivel soportable, te retiraré la infusión por completo.

El enfermo se acomodó mejor en la rústica yacija y miró, atónito, a su alrededor; el pequeño habitáculo seguía igual. Recorrió con la mirada el irregular techo, apenas iluminado por el farol y las paredes, tan similares a las de una tumba.

Suetonio también había examinado más de una vez las rugosas paredes y el desigual techo que seguía las capas de la roca, cayendo hacia un lado donde ni siquiera se podía estar de pie. El largo corredor estaba mucho mejor trabajado y las paredes se habían escuadrado con cierta pericia.

Pausiris estaba muy débil, pero consiguió beber de la taza. Reanimado por la actitud amistosa del médico, decidió formularle una pregunta:

—¿Has visto a Heráclides?

A estas alturas, Suetonio ya había comprendido que el anciano enfermo del corazón tenía algo que ver con la extraña presencia de aquellos peones en el interior de la montaña y no le vino a la cabeza ninguna razón para mentirle:

—Sí, le he visto y he tenido ocasión de tratarle. Si hace lo que le dije se pondrá bien, pero desde luego no podrá trabajar.

El enfermo le apretó el brazo con la única mano sana que le quedaba:

—¡Heráclides es mi padre! Desde hace tiempo sabía que estaba enfermo, se cansaba en el trabajo. ¿Has visto si estaban con él mi hijo y mi mujer?

El médico asintió con la cabeza a la tenue luz de la lámpara:

—Sí, he visto a los dos, están bien. Tu mujer me ayudó a preparar las pociones para Heráclides, y me dio la impresión de ser una buena esposa.

En la penumbra vio brillar los ojos del enfermo.

—Todos están bien, no tienes que preocuparte por ellos, en cambio tienes que pensar en ponerte bien tú.

—¿Crees que lo conseguiré?

—Los signos son favorables. Debes tener cuidado de no golpearte con nada que pueda volver a abrir la herida. ¿Te ayuda la poción?

—Sí, pero me aturde y ni siquiera puedo mantener los ojos abiertos. Cuando pasa el efecto parece que pienso mejor, pero el dolor vuelve a empezar.

Hubo unos instantes de silencio, finalmente Pausiris le preguntó:

—¿Mi mujer no te preguntó por mí? ¿Y Apión?... ¿estaba tranquilo?

—Tu mujer no sabía que yo iba a venir aquí. De hecho, yo tampoco hasta hace unos días. Con ella sólo hablé de las infusiones de Heráclides. El pequeño estaba callado, me dio la impresión de que estaba cansado de estar confinado en aquellas dos estancias con su madre y su abuelo.

—Si los dioses lo permiten, podré volver a verlos. Claro que... ¿qué harán ahora con un manco?

—He curado a muchos legionarios, algunos habían recibido heridas graves en combate, y puedo asegurarte de que con un solo brazo ya no podrás mover piedras como antes, pero podrás volver a mandar a tus hombres. Tendrás que asegurarte de que tu mente sea más importante para ti y para los que te rodean que el brazo que has perdido.

—Entiendo lo que quieres decir y creo que es la única oportunidad que me queda ahora.

Suetonio estaba a punto de levantarse y salir a la parte superior del corredor, para respirar un poco de aire puro, cuando la mano de Pausiris le tocó el brazo:

—Eres un buen hombre, médico Suetonio. Debo agradecer a los dioses que me hayan concedido tu ayuda, porque si no hubieras estado aquí, no habría tenido ninguna esperanza.

Con una sonrisa, el médico se levantó para caminar el centenar de pasos que le habrían acercado a la salida para respirar aire puro, pero en ese instante tuvo una idea y volvió junto al herido.

—Escucha Pausiris, me han llamado para tratarte, pero ¿quieres decirme qué hacéis en esta madriguera, escondiándoos como ratas tanto que os tenéis que guardar de los que patrullan estos lugares?

—Enseguida me he dado cuenta de que no sabes nada de lo que pasa aquí y, por otro lado, tu trabajo no tiene nada que ver...

—Claro... yo soy médico. Pero vosotros, ¿qué es lo que hacéis?

—En mi familia, que es la de Heráclides, somos todos albañiles, trabajamos para el colegio de sacerdotes de Tebas.

—¡Ah, es eso! De hecho, ya me parecía que habían mencionado algo así. Pero si trabajáis para los sacerdotes, ¿por qué necesitáis esconderos?

—Es complicado, médico, nuestras vidas dependen de ello. Mi hijo, mi mujer y el propio Heráclides están prisioneros por este secreto. Puedo confiarte algo, porque si te han mandado aquí, a estas alturas tendrás que compartir la misma suerte que nosotros, ya no podrás seguir tu propio camino.

—Pero... ¿estás seguro de lo que dices?

—Estoy seguro, sí. Es una de las pocas cosas de las que estoy seguro.

Suetonio había entendido algo por las palabras del tribuno Lobo, otras cosas las había deducido por la expedición de Honoracio a la aldea de los albañiles, y no le cabía duda de que ahora estaba tan enredado en este asunto que era improbable que saliera por su propio pie.

—Tal vez haya algo de verdad en lo que dices y a mí también me vigilarán de cerca. Pero puedes decirme algo más: ¿qué trabajo estáis haciendo en las entrañas de la tierra? ¿Qué buscáis?

Pausiris, serio, meneó la cabeza:

—Esta hazaña en el vientre de la montaña comenzó hace más de cien años, fue el bisabuelo de Heráclides quien plantó la semilla de la duda, y desde entonces esa semilla no ha hecho más que germinar y producir peligros. ¿Has observado bien este escondrijo?

—Bueno... Llevo cuatro días encerrado aquí. ¿Qué hay que ver?

—Hay muchas cosas que ver. Cuando tengas ocasión, tal vez de día, cuando los hombres dejan entrar un rayo de luz a una treintena de pasos, intenta mirar bien las paredes: verás que en muchos lugares se pueden distinguir las marcas dejadas por los mazos de piedra que se usaron para excavar.

—Mazos... ¿de piedra?

—Sí, de piedra. Estos túneles son muy antiguos. El bisabuelo de Heráclides estaba convencido de que se habían excavado hace miles de años. En aquella época, utilizaban nódulos de roca durísima y con ellos golpeaban la roca más blanda de la que están hechas estas colinas.

—Pues claro, estas excavaciones están hechas por el hombre, se ve que la galería es cuadrada, ¡no es algo natural y no puede haberse hecho sola! Pero ¿qué secreto podría contener?

—El bisabuelo de Heráclides, el hombre del que te estoy hablando, se llamaba Filón. Era el jefe de la pequeña comunidad donde aún vivimos, que ya entonces realizaba los trabajos habituales para los sacerdotes de Ptah: rehabilitaban los viejos edificios, los volvían a enlucir, sustituían las vigas de los tejados y restauraban, poco a poco, esos enormes templos que fueron casi destruidos hace muchos años, nadie sabe por quién. Fue Filón, durante uno de esos trabajos, quien se dio cuenta de que, bajo el enlucido de una de las paredes traseras del templo, en las dependencias de los sacerdotes, debía de haber una puerta y un pasadizo tapiados desde hacía siglos.

Suetonio ya había quedado cautivado por esta antigua historia que parecía sacada de uno de esos cuentos que se narran a los niños:

—¿Y adónde conducía aquella puerta?

—Como ya lo habrás imaginado, Filón no era un hombre capaz de quedarse de brazos cruzados: sin ser descubierto, quitó el yeso y rompió el tabique de ladrillo. Las obras en las estancias de los sacerdotes, incluso las de hace cien años, ni más ni menos que hoy, se hacían en periodo estival, cuando los sacerdotes se trasladaban a la ciudad de los templos de Tebas para las ceremonias de la crecida del Nilo. Filón creía que encontraría una sala secreta, en cambio sólo había tierra y escombros. Pero esa duda se quedó ahí: según él, los ladrillos que había retirado, hechos de barro amasado con paja, tal y como se hacen hoy, debían de ser antiquísimos y se habían colocado con precisión, pero las hileras no estaban alineadas con el resto del muro. Cualquiera hubiera visto que se trataba de un sellado realizado en una fecha posterior para cerrar un departamento al que ya no se podía acceder. Filón dispuso de varios días antes de que los sacerdotes regresaran a este lado del Nilo para recuperar la posesión de sus aposentos y los dedicó a intentar comprender cuál había sido la función de aquel departamento, completamente obstruido por escombros y piedras procedentes de obras realizadas quién sabe cuándo.

—Pero ¿qué esperaba encontrar Filón?

—Los obreros que siempre hemos trabajado en la restauración de los templos de los

sacerdotes de Ptah somos pobres, tenemos hijos que alimentar y tenemos que arreglárnoslas. Por eso hemos aprendido a examinar cuidadosamente todo lo que el destino nos ofrece.

Suetonio asintió, era bien sabido que los egipcios son astutos y se las ingenian siempre que pueden. Era la hora de la infusión y el médico, para que le fuera más fácil beber, le tendió la taza de su dosis diaria de opio tebaico que servía para calmar el dolor. Pausiris tomó aire y continuó con el relato.

—Filón recurrió a la ayuda de su cuñado y de sus yernos, que habían tomado por esposas a sus dos hijas: desenterraron una enorme cantidad de escombros y tierra, gran parte de lo cual transportaron en cestas, esparciéndolo luego por los laterales de las explanadas frente al templo para que no se viera que se habían realizado obras no autorizadas. Incluso en esa época, los sacerdotes mandaban vigilar muy cuidadosamente los templos, y quienes eran sorprendidos robando o cometiendo actos sacrílegos lo pagaban con sus vidas. Filón, para no correr riesgos, se contentó con haber despejado el corredor de la parte de tierra que había sacado, mientras que las piedras más grandes las movió con palancas, amontonándolas ordenadamente y encajándolas entre sí para que no se derrumbaran. Con ellas atestaron la mitad del pasadizo, dejando el espacio justo para mantenerlo abierto.

—En resumidas cuentas, hicieron una especie de muro en seco. Como hacen los campesinos en las divisiones de los campos con las piedras que molestan al trabajar la tierra.

—Exacto. Cuantas más piedras acumulaban, menos tenían que sacar, corriendo el riesgo de ser descubiertos.

—¿Y nadie los vio hacer el trabajo que no se les había ordenado?

—Durante la crecida aquí sólo había peones, y Filón era por aquel entonces el jefe de la aldea, al igual que Heráclides hoy. Ninguno de sus hombres se habría atrevido a meter las narices en las órdenes que había recibido. Filón gozaba del respeto de todos, ¡y hasta sabía hacerse obedecer con el bastón! Siguió con aquella excavación durante varios días, aprovechando la inundación que mantenía ocupados a los sacerdotes en los templos de Tebas. Filón había calculado el tiempo del que disponía. Después de una semana dedicada a desenterrar aquella especie de madriguera, no se había encontrado ninguna estancia, sólo un pasadizo artificial en la roca. En ese momento tuvo un golpe de suerte: los escombros y los cascotes se hicieron menos compactos y pudo pasar por el estrecho hueco que quedaba entre la bóveda de la madriguera y los escombros. Filón consiguió avanzar una treintena de pasos sin mover una sola piedra, arrastrándose sobre los escombros amontonados siglos antes.

—¿Y al final qué encontró?

—Has de saber que las dependencias de los sacerdotes se encuentran en la parte más profunda del templo, justo contra la montaña, ¡y Filón había penetrado ahora en las entrañas de la tierra! Allí encontró la primera ramificación: el túnel desembocaba en un pasillo que también estaba prácticamente abarrotado de material excavado quién sabe dónde. Éste era el pasillo principal que se ve aquí al lado: a la derecha conducía al exterior y salía junto al templo, y es ese tramo, casi completamente recto, el que seguimos utilizando hoy en día. La entrada, la que tú utilizaste, estaba camuflada por piedras, y también la mantenemos oculta en la medida de lo posible. El ramal izquierdo, en cambio, se adentraba en el interior de la montaña, descendiendo en una leve inclinación, pero en tiempos de Filón estaba lleno de escombros compactados.

—¿Así que esta madriguera, corredor, o como quieras llamarlo, no conduce a ninguna parte?

El médico notó que Pausiris sentía cierta satisfacción al contar aquella curiosa historia y no tenía prisa por llegar al final. Debía de tratarse de una historia que él mismo había oído y contado en infinidad de ocasiones, una especie de leyenda familiar.

—Pero los sacerdotes, si los hubieran sorprendido haciendo estas operaciones, ¿qué les habrían dicho?

—Si Filón hubiera sido descubierto, lo habrían matado, ¡y con él a todos los que estaban al tanto de la excavación!

—¿Y por qué los habrían matado?

—Los sacerdotes consideran un sacrilegio entrar en las entrañas de la tierra y odian ferozmente a todos los que se interesan por lo que hay bajo tierra. En tiempos pasados, dicen que las tumbas reales del valle cercano fueron profanadas por ladrones de tumbas y buscadores de tesoros.

Era un rumor que también había llegado a oídos de Suetonio: ya se sabe, el pueblo llano no tiene nada mejor que hacer que contar historias de antiguos tesoros difíciles de hallar y, sobre todo, que nadie ha visto jamás. Pero no cabe duda de que la miseria hace que la gente haga cosas extrañas. Honoracio, que como egipcio sabía muy bien cómo funcionaban las cosas aquí, le había dicho que esos albañiles también enterraban gente en los cementerios, y de enterrar a saquear cadáveres, hay un paso muy corto.

La infusión a base de opio estaba haciendo su efecto y el enfermo empezaba a mostrar la mirada perdida. En ese instante, el centurión Sópatro se asomó a la entrada del cuartito. Hizo una señal al médico, y fueron a hablar a una treintena de pasos más allá en el corredor, no lejos de la salida.

—Los hombres dicen que Pausiris saldrá de ésta. ¿Es eso cierto? —le preguntó el centurión.

—Aún es demasiado pronto para estar seguros; el envenenamiento de la sangre siempre es posible. Puede que tengamos que esperar un poco más.

—¿Será capaz de dirigir a los hombres? ¡Si no dirige él las operaciones, estos holgazanes no se moverán! Dicen que no saben lo que tienen que hacer.

—Yo confío que pueda hacerlo. Ya no podrá hacer ningún trabajo manual, pero si continúa por el camino de la recuperación que ha emprendido, pronto será capaz de hacerse entender.

—¡No tenemos mucho tiempo que perder, médico! Cada día que permanecemos ocultos en estos túneles aumenta el riesgo de ser descubiertos. ¿O acaso quieres envejecer aquí dentro?

Suetonio sabía ahora cómo razonaba el centurión, y prefirió guardar silencio.

—Mañana Pausiris tendrá que hablar con sus hombres y darles las órdenes oportunas, ¡y si se niega lo pagará caro!

Suetonio no tardó en comprender que al enfermo le amenazarían con represalias contra su familia, pero en ese instante su mirada se detuvo en un rayo de luz que, reflejado en los espejos, había alcanzado la pared a un paso de él: el túnel excavado en la roca en ese punto estaba lleno de las marcas de las cuñas utilizadas por los desconocidos artesanos. Pero en un par de bloques salientes también se veían las marcas irregulares de los golpes hechos con un núcleo de roca dura, el mazo de piedra, como lo había llamado Pausiris. Allí donde la roca era demasiado compacta para romperla con cuñas, se había desgastado con miles, tal vez millones de golpes.

XXXIV.

De hecho, Suetonio estaba prisionero con los demás hombres en las entrañas de la montaña. Por la noche, el tribuno Lobo le había permitido quedarse cerca de la boca del túnel en un punto donde, desde el estrecho pasadizo bien oculto por las piedras, podía verse una pequeña porción de cielo estrellado y se respiraba aire puro. Un hombre siempre estaba custodiando el pasadizo y el médico había notado que el centurión Sópatro lo vigilaba; en su falta, el optio Casidiano nunca estaba lejos, como si temieran que se escapara.

Suetonio, durante los días que transcurría en la oscuridad de los túneles, iluminada de vez en cuando por un rayo de sol reflejado en un espejo cerca de la salida, o por las lámparas alimentadas con aceite de linaza, no tenía nada que hacer más allá de comprobar los progresos del herido o conversar de vez en cuando con el tribuno Lobo.

La vida bajo tierra estaba organizada como en un minúsculo puesto fronterizo: Sópatro y Casidiano se turnaban para vigilar a los trabajadores y al propio Suetonio. El optio Casidiano también tenía la tarea de vigilar los alrededores de la salida del subsuelo sin ser descubierto. Los vigilantes y guardias de los sacerdotes constituían una auténtica pequeña milicia y estaban situados en puntos clave del templo, tanto para vigilar a los operarios de los trabajos de restauración como para impedir que los forasteros fisgonearan o robaran.

Los cuatro hombres de Pausiris que trabajaban bajo tierra, expertos artesanos capaces de levantar muros de ladrillo y erigir fachadas de piedra, no se habían detenido en ningún momento, a pesar de la grave herida de su jefe: la larguísima galería penetraba en las entrañas de la tierra y ahora era practicable por más de ochocientos codos^[49]. Otras estancias, parecidas a aquella en la que yacía Pausiris, habían sido excavadas y limpiadas en gran parte de tierra, escombros y piedras: una de ellas, aislada y minúscula, se había destinado a letrina, y otras tres, comunicadas entre sí y conectadas al corredor principal, servían de dormitorio para los trabajadores y los oficiales o como almacén para las tinajas de agua potable, los sacos de cebada y dátiles y la tinaja de aceite de linaza de las lámparas.

Un ensanchamiento en el corredor, a una treintena de pasos de la salida, albergaba el rudimentario hogar en el que los peones a su vez preparaban el rancho para todos: sopa enriquecida con legumbres y carne secas, alimentos abastecidos de vez en cuando por un cómplice oculto entre los peones que, mientras tanto, trabajaban en las obras del templo acordadas con los sacerdotes, a la luz del sol.

El fuego para el rancho sólo podía encenderse por la noche, para evitar que el humo, cuidadosamente controlado, señalara la presencia de extraños. No faltaba leña para el fuego: astillas de madera, antiquísimas palancas y otros fragmentos irreconocibles se encontraban de tanto en tanto entre los pedruscos y escombros que se trasladaban y se reservaban precisamente para tal fin.

El agua, por su parte, procedía de un túnel muy empinado y estrecho que penetraba en las profundidades, a poca distancia del primer ramal.

Suetonio no tenía nada que hacer y no le importaba la compañía de Pausiris, un artesano dotado de su propia filosofía de vida, amén de un experto constructor. El hombre, cuando no estaba bajo los efectos del opio, le relataba importantes trabajos que había realizado en los templos por encargo de los sacerdotes. En particular, se había explayado sobre las dificultades que entrañaba la sustitución de gigantescas vigas de madera, dañadas por el paso del tiempo y los insectos. Otras veces le habló del desplazamiento de inmensos bloques de mármol derribados por

el saqueo de los templos que había tenido lugar solo los dioses sabían cuándo^[50], o de la vida en la aldea de los peones. Los relatos se alternaban con los vendajes y las infusiones y Suetonio llegó a saber más de Egipto en aquellos días, por la viva voz del peón, que lo que había descubierto en sus años de servicio en Nicópolis.

Pausiris también le refirió la curiosa historia de la presencia de agua en el túnel más profundo de la montaña.

—El viejo Filón, bisabuelo de Heráclides, se vio obligado a abandonar las labores de excavación hace casi cien años, ¡precisamente por la falta de agua! —le confió al médico—. La poza de la que sacamos el agua que bebemos y con la que mojamos el polvo, está al final del túnel que parte del corredor principal, en el segundo ramal. Es una galería tan inclinada que supone un enorme esfuerzo volver a subir con los odres llenos sin rodar hacia abajo. Has de saber que esa poza, hace cien años, cuando Filón acababa de empezar la excavación para descubrir dónde terminaba el corredor principal, se secó. El viejo Filón había trabajado en secreto, aprovechando el período de las crecidas del Nilo durante unos años, igual que nosotros hacemos ahora. Incluso en aquella época, debido a nuestro calendario inamovible, los sacerdotes se trasladaban a los templos del otro lado del río para las celebraciones de la crecida. Pero se vio obligado a abandonar la empresa cuando la poza, no se sabe por qué extraña razón, se secó. Intentó varias veces ahondar en la excavación, pero allá abajo se encontraba ahora sobre roca viva, no se trataba de mover piedras o tierra. Para conseguir hacer algo, era necesario intervenir utilizando la fuerza, con hombres, cabrestantes y martillos de hierro, lo que era imposible hacer en secreto.

—Y entonces, ¿cómo lo hicisteis? Yo también fui el otro día con uno de tus hombres a ver qué hay al fondo del túnel y, aunque sólo le sostuve la lámpara, he de confesarte que ese lugar da miedo.

Pausiris sonrió:

—Ahora nosotros bajamos y volvemos a subir con nuestros odres llenos de agua ¡sin siquiera una lámpara! Pero te estaba hablando de Filón: debido a la desecación de la poza y a la necesidad de trabajar en secreto, sin correr el riesgo de ser descubierto entrando y saliendo, tuvo que dejar de cavar en el pasillo principal. Había llegado un poco más allá de esta estancia. En los años siguientes, durante los meses de la crecida del Nilo, movió sin ser visto las piedras que salían de la entrada del corredor hacia el suelo rocoso junto al templo, y fue a comprobarlo. Pero el charco no volvió a formarse. Le quedó la duda de por vida sobre la función de este corredor que tanto se adentra en las entrañas de la montaña, ¡y que a alguna parte debe conducir!

—Comprendo —asintió Suetonio, que durante un instante se había sentido en el pellejo del viejo Filón—. De hecho, nadie en la antigüedad habría podido organizar semejante excavación, que debió costar muchísimos hombres y medios ilimitados, sin un propósito bien definido.

—¡Eso era lo que pensaba también Filón! Somos peones expertos en estos trabajos, sabemos cuánto esfuerzo cuesta horadar la roca. Tú sólo ves a los peones, pero detrás de ellos hay carpinteros que forjan tablones y vigas, agricultores que procuran alimentos, aceite y cerveza, y buenos arquitectos echando cuentas de la mañana a la noche. ¡Te puedo asegurar que ni siquiera los sacerdotes de Ptah gastarían jamás la inmensa cantidad de dinero que se necesita para construir semejante corredor! No sé si te das cuenta, ya que no es tu trabajo, ¡pero ya hemos hecho practicables ochocientos codos!

—Si estas galerías no fueron construidas por los sacerdotes... ¿quién pudo haberlas construido...? ¿Quizás un antiguo gobernante?

Los ojos de Pausiris brillaron durante un instante a la tenue luz del farol.

—¡Empiezas a entenderlo, médico Suetonio! Pero permíteme terminar la historia de la poza. Cuando la vena se secó ya no fue posible permanecer ocultos aquí durante mucho tiempo y Filón no tuvo más remedio que transmitir esta historia, junto con la localización de la salida del corredor, primero a su hijo, que le sucedió como jefe de la aldea y capataz de nuestro pequeño gremio de trabajadores, y luego a su nieto. El secreto fue transmitido junto con el cargo de jefe de la aldea, a Heráclides, y ahora, a mí.

—¿Y cómo es que se reanudó el trabajo?

—Hace siete años, a Heráclides le picó el gusanillo de venir a husmear al interior de los túneles. En verano, a veces se acercaba durante la crecida del Nilo, cuando estaba seguro de que no le verían hurgando alrededor de la entrada. Una vez también quiso enseñarme cómo se entraba y qué había aquí abajo. Me lo había contado muchas veces, pero una cosa es escuchar las palabras de quienes han visto este lugar y otra muy distinta, venir aquí en persona y verlo con tus propios ojos. Heráclides se daba cuenta de que se estaba haciendo viejo, pero quería que el secreto de su bisabuelo Filón nos llegara a mí y a mi hijo Apión, porque tal vez algún día yo retomaría la exploración.

Pausiris hizo una pausa para dar un sorbo a la infusión que siempre tenía preparada en la taza junto a su yacija.

—Discutimos durante mucho tiempo cuál sería el día adecuado para visitar tan extraño lugar: comprobamos los turnos de los centinelas, y una noche movimos las piedras de la entrada y entramos. Trajimos varias lámparas y él me enseñó los ramales, los muros que su bisabuelo Filón había levantado con piedras robando espacio al pasillo, y las pequeñas estancias donde ahora duermen los peones. Fue durante esa inspección cuando descubrimos en el fondo del túnel de la poza ¡que el suelo estaba húmedo! Tardamos un día entero en limpiar la vena de agua, incluso rascamos con un cuchillo aquellas pequeñas grietas de la roca de las que parecía surgir la humedad. Apenas pudimos ver unas gotas. Unos días más tarde, vine solo a comprobarlo y la poza, después de casi un siglo, ¡se había vuelto a llenar!

—¡Qué historia tan extraña la que me estás contando!

—A nosotros también nos pareció un milagro. Heráclides y yo lo discutimos durante mucho tiempo e incluso hoy, cuando hablamos de ello, nos emocionamos al preguntarnos por qué los dioses quisieron devolvernos la poza. Ciertamente, depende de las crecidas del Nilo: sólo durante los ciclos que duran varios años consigue penetrar algo de agua en la roca y llegar a la poza. Pero sea cual sea la explicación, que el agua esté ahí por pura suerte o por un preciso designio de los dioses, desde hace siete años, aprovechando el trabajo de verano que tenemos que hacer para los sacerdotes, nos escondemos aquí para cavar.

—¿Y cómo hacéis para eludir el “impuesto del terraplén”? Sé que todos los egipcios estáis registrados, ¡y que hay penas durísimas para los que intentan escabullirse! ¡La mayoría de los hombres de la guarnición están esparcidos por toda la Tebaida atentos a que cada ciudadano pague su tributo en días de trabajo!

Pausiris inclinó la cabeza y susurró:

—Nosotros no podíamos apuntarnos a cavar barro en alguna parte para el “impuesto del terraplén”, y al mismo tiempo estar aquí trabajando, claro. Hace unos años, para poder continuar la excavación del gran corredor, Heráclides había inventado un sistema: se había compinchado con Elio Saturnino, el centurión que estaba aquí antes que Sópatro. Nos escribía en el registro como si estuviéramos removiendo barro en cualquier parte, como debía ser, de modo que pudiéramos continuar con nuestra tarea sin ser molestados.

—Claro, entre los oficiales siempre hay alguno que necesita plata u oro. ¿Y cómo os

avinisteis a un acuerdo?

—A estas alturas puedo contártelo todo... vamos a llegar juntos al final de esta operación. Heráclides le había prometido a Saturnino la décima parte de todo lo que encontráramos. El centurión no arriesgaba nada, sólo el trazo marcado por su cálamo sobre un papiro en el que se afirmaba que unos hombres habían servido durante cuarenta días limpiando canales de lodo.

—Y Sópatro... ¿qué tiene que ver en todo esto?

Pausiris, con los ojos muy abiertos, hizo una señal al médico para que fuera a escudriñar a la galería y que no hubiera nadie fisgoneando por allí. Pero el corredor principal estaba desierto, todos los hombres estaban en las profundidades de la montaña.

—Hace poco más de un año, el centurión Sópatro debió de enterarse de algo, no sabemos cómo ocurrió. Suponemos que quizás al centurión Saturnino se le hubiera escapado algo. Ciertamente estaba lleno de deudas, era un hombre que se desmadraba en los lupanares y que creía que todo le estaba permitido. Heráclides cree que tal vez los dos estuvieran de acuerdo para acelerar el trabajo, que Saturnino quería continuar durante todo el año.

El enfermo escrutó el rostro de Suetonio, que no se había inmutado al oír hablar en estos términos de oficiales de la misma guarnición en la que servía.

—Una noche de junio del año pasado, el centurión Sópatro se presentó en nuestra casa y nos dejó bien claro que los acuerdos que teníamos con Saturnino los teníamos ahora con él.

—¿Y el centurión Saturnino?

—Nunca lo volvimos a ver.

Suetonio tenía ahora la túnica empapada en sudor. Además del calor y el bochorno que reinaban constantemente en los túneles, las palabras de Pausiris descubrían el inquietante aspecto de la trama a la que se había visto arrastrado en contra de su voluntad. Cada pieza que iba descubriendo mostraba rasgos aún más trágicos y contribuía a menguar las expectativas de poder zafarse de este asunto.

Mientras reflexionaba que, por lo que había oído, el legado Nepote nunca lo dejaría vivir en paz, dos de los peones entraron en la estancia y le dirigieron unas palabras a Pausiris en el dialecto local. Habían venido a recibir órdenes, y el médico les dejó hablar durante una buena media hora. Incluso hicieron marcas en el polvo con un bastoncillo para explicar mejor el asunto al jefe, y aunque desconocía la estricta jerga con la que hablaban entre ellos, hasta Suetonio comprendió que discutían sobre el eterno problema: dónde amontonar el material que se retiraba de la parte más profunda del gran corredor.

Mientras los tres discutían, llegó también el tribuno Lobo:

—¡Ya no sabemos dónde acoplar la tierra y las piedras! Hemos estrechado el pasillo colocando los cascotes del lado derecho hasta el techo, pero ¡no podemos estrecharlo más! ¡Los hombres ya no pasarían con sus cestas de tierra! —A continuación, se volvió hacia Pausiris y le preguntó—: ¿Cómo lo hicisteis en el pasado? Creo que ya habéis tenido que hacer antes algo parecido.

—Eso fue hace tres años —se lo confirmó el egipcio—. Incluso entonces, no podíamos estrechar más el paso: los antiguos peones no habían hecho bien el relleno del pasillo y aún quedaba algo de espacio en la parte superior, pero nos vimos obligados a sacar al exterior parte del material.

—¿Y cómo conseguisteis que no os vieran los guardias? —preguntó Lobo.

—No fue muy sencillo —contestó Pausiris—. La tierra de aquí es de un color ligeramente distinto a la de la colina junto al templo, calcinada por el sol. Si simplemente la arrojáramos entre las rocas del lado derecho del templo, que es el único lugar al que podemos llegar desde la salida

del corredor, tarde o temprano alguien se daría cuenta de que es un poco más oscura. Si queremos solucionarlo, necesitamos la ayuda de los hombres que están trabajando en el templo.

—La otra vez, ¿sacasteis la tierra durante la noche?

—Sí, lo organizó todo Heráclides. ¿Sabéis que el centurión Sópatro tiene a uno de los suyos entre los guardias de los sacerdotes?

El médico había escuchado los planes para la continuación de las excavaciones, pero en su mente el papel del tribuno Lobo en esa oscura operación era cada vez más borroso. Con el tiempo, se había formado una opinión del oficial: lo consideraba un hombre capaz y digno de confianza y su participación en una misión tan poco clara no encajaba con esa imagen.

XXXV.

Suetonio hizo señas al tribuno de que tenía que hablar con él y le precedió hasta ese pequeño ensanche donde se había preparado el hogar para la comida.

—Estoy realmente preocupado, tribuno —le dijo sin rodeos—. ¿Saldremos vivos de esta?

Lobo miró a su alrededor para asegurarse de que no hubiera nadie escuchando, y luego contestó en voz baja:

—Entiendo tus dudas, Suetonio. Esperaba que me hicieras esta pregunta en algún momento. Debes saber que en esta operación he recibido órdenes directas del legado Nepote quien, como sabes, es en este momento la máxima autoridad de la Tebaida. Por lo tanto, no se trata de una operación clandestina, como puede que hayas pensado. Pero tampoco las tengo yo todas conmigo. ¿Qué es lo que te hace sospechar?

—Tribuno... cualquiera se daría cuenta de que esta operación es realmente extraña: civiles secuestrados, legionarios ataviados como civiles, excavaciones realizadas en la zona del templo sin el conocimiento de los sacerdotes... ¿Hace falta que siga?

El tribuno meneó la cabeza buscando una respuesta que dar al médico, y éste recordó algo de lo hablado con Pausiris:

—¿Se sabe, por un casual, algo del paradero del centurión Saturnino, el que estuvo en el lugar de Sópatro el año pasado?

—Tuve que conseguir información sobre todos los oficiales presentes en la guarnición y también sobre alguno que ya no está localizable. Sólo te cuento esto porque estoy seguro de que guardarás silencio: Elio Saturnino era un hombre excesivamente hablador, tenía negocios turbios aquí, en Tebas. Me dijeron que estaba a punto de ser trasladado a otra guarnición cuando una noche lo encontraron muerto en un callejón de la ciudad. Se dijo que había sido apuñalado en una riña con unos desconocidos con los que hasta hacía unos momentos había estado bebiendo cerveza en una taberna situada en la calle de los lupanares. Como ves, ¡yo también tengo mis sospechas!

—¿Y estás decidido a llevar a cabo esta operación? —rebatía el médico.

Lobo tardaba en contestar, quizá no le pareciera conveniente compartir con él su opinión, pero el médico añadió:

—Es evidente que los trabajadores temen por sus vidas. No me lo han dicho claramente, pero cabe suponer que, si se encuentra lo que buscan, de pronto se convertirán en testigos demasiado difíciles de manejar.

—¡No confíes estas sospechas a nadie! Por más que yo también tenga mis dudas, las órdenes me llegaron de la forma habitual. No se me ocultó nada, como en cualquier operación militar.

—Sin embargo, los trabajadores tienen miedo. Temen el momento en que lo que están buscando salga a la luz.

—Ese momento llegará pronto, Suetonio. Si se encuentra la forma de sacar la enorme cantidad de tierra que nos impide avanzar con rapidez, no creo que quede mucho por excavar. Los peones dicen que nadie, desde tiempos inmemoriales, ha oído hablar de que se haya excavado un corredor tan profundo.

—¿Qué pasará con nosotros y con los peones?

—Suetonio, ¿has comprendido lo que estamos haciendo aquí?

—Bueno, creo que lo sé: ¡estamos buscando un tesoro!

El tribuno asintió:

—Puede. Si está ahí, podría encontrarse a corta distancia de donde partieron las excavaciones. El gobernador pide recuperarlo y entregárselo al emperador, pero nadie debe saber que Roma está detrás de esta operación.

—¿Cómo puedes saber que sólo faltan unos pocos pasos por excavar? —le instó Suetonio—. Pausiris afirma que ya se han liberado casi mil codos^[51] de corredor, y nadie sabe cuánto más puede haber.

El tribuno resopló, incierto:

—Estamos en el interior de la montaña, detrás del templo. El año pasado, con el pretexto de hacer algunas evaluaciones de la obra, el legado Nepote envió a unos ingenieros a tomar algunas medidas desde la cima de la colina. Los sacerdotes, que siempre sospechan sobre todo lo que concierne a sus templos, no pudieron negarse porque, como sabes, el emperador contribuye considerablemente a mantener estos templos en buen estado. ¿Sabes qué hay más allá de la colina, detrás del templo?

—No... no tengo ni idea. ¿Qué hay?

—¡Hay un árido valle en el que desde hace milenios están enterrados los reyes de Egipto!

Asombrado, el médico empezó a comprender lo que estaba en juego.

—¿Crees que este larguísimo corredor conduce a la tumba de un rey?

—Suetonio, yo soy un tribuno y trato de cumplir lo mejor posible las órdenes que me imparten. No sé nada de las tradiciones de este pueblo milenario.

Suetonio asintió tocándose la barba, pensativo:

—No tengo nada que hacer dentro de estos túneles y paso largas horas hablando con Pausiris. Antes del accidente estaba destinado a convertirse en jefe del colegio de los artesanos que trabajan para los sacerdotes y está al tanto de muchas cosas. Según él, y todos los de su familia que han sido jefes del colegio, este corredor conduce a una tumba. Siempre se ha dicho que las tumbas de los reyes contienen inmensos tesoros. Pero si encontráramos algo... ¡tendría que permanecer en secreto!

—Sí, Suetonio, el secreto es importantísimo. Si encontramos algo, nadie debe saberlo. El legado Nepote no tiene intención de entregar el tesoro a los sacerdotes.

—Sí... pero nosotros también nos convertiríamos en testigos incómodos. Esto es lo que temen los hombres... y si tengo que confesarte la verdad, yo mismo empiezo a estar preocupado.

—Te comprendo, Suetonio. ¿Por qué no intentas, cuando hables con Pausiris, averiguar algo más al respecto? Él sabe de los arreglos que se hicieron con el centurión Sópatro, y tal vez se le escape algo... por ejemplo, qué iniciativas teme que pueda tomar el centurión. Sería bueno que yo lo supiera, pero él a mí nunca me diría nada.

El tribuno quizá no estaba tan seguro de las órdenes que le habían impartido, como tampoco podía estar seguro de que el centurión Sópatro le obedeciera, y eso a pesar de su rango.

Suetonio también había considerado otros hechos evidentes: Sópatro se había rodeado de sinvergüenzas; los que había visto en la casa donde estaba recluido Heráclides parecían bandidos que van camino de su crucifixión. El optio Casidiano, su ayudante, era supuestamente el más peligroso de todos. Su mirada esquiva y sus modales de sicario le asemejaban a un asesino. Lo cierto era que, encerrados en los túneles, estaban a merced del centurión, ni más ni menos como si estuvieran en una prisión repleta de barrotes.

—Pero... ¿y si no encontráramos nada? —insistió el médico—. ¿Podríamos largarnos de aquí?

El tribuno guardó silencio.

—Si no encontramos nada —continuó el médico—, habría interés en continuar la excavación,

tal vez el próximo año, durante la crecida, ¿no? Pero si encontráramos algo, quizás algo de gran valor, tal vez alguien daría la orden de eliminar a esta gente.

Suetonio se preocupaba por los peones y por la familia de Pausiris, pero mucho más se preocupaba por sí mismo.

El tribuno había adivinado las dudas que pasaban por su mente:

—Suetonio, que sepas que pase lo que pase, no te abandonaré aquí. Tú y yo nos iremos juntos.

Aquella noche, al final de la tercera vigilia^[52], uno de los peones encargados de la reconstrucción de los enlucidos convenida previamente con los sacerdotes, abandonó el campamento provisional instalado a las afueras de la esplanada del templo y, ayudado por la tenue luz de la luna, se dirigió cautelosamente hacia el amasijo de rocas al pie de la colina, a poca distancia del lado derecho del templo. En la esquina de la gigantesca columnata, desde el escalón más alto, un centinela armado con una lanza vigilaba la esplanada; la luz de la luna y las estrellas de la noche de verano eran suficientes para distinguir a cualquiera que se moviera por la esplanada. Aquella noche, el centinela fingió no ver al peón que a una hora intempestiva se dirigía a una zona que le estaba vedada y a la que no le afectaban las obras. Y tampoco le importó, claro está, que el hombre llevara un pesado saco a cuestas. Ese centinela era el hombre cuyo silencio había comprado el centurión Sópatro.

El peón descendió por entre los peñascos que se encontraban en la base de la colina y, moviéndose con prudencia, alcanzó el grupo de rocas que ocultaba el acceso al gran corredor.

El optio Casidiano le estaba esperando y le echó una mano para mover las piedras e introducirse en la galería.

El centurión Sópatro ya estaba allí aguardándole:

—Pásale el saco con los víveres a uno de mis hombres y sígueme —le ordenó—. Hay que hablar con el capataz. Tú deberás escucharle y llevar un mensaje a los que están fuera.

Unos instantes después, el centurión, el tribuno Lobo y el obrero que se había ofrecido voluntario para llevar la comida, un tal Semnys, se reunieron frente a la cama de Pausiris, a quien no se le había administrado la acostumbrada infusión por temor a que se adormeciera.

—Pausiris, explícale a este hombre lo que me has dicho a mí —le pidió el centurión.

—Semnys, tenemos que tirar al exterior una gran cantidad de tierra, escombros y piedras que se encuentran en estas galerías y ralentizan el avance del trabajo.

—Sí, lo entiendo, Pausiris. ¿Qué quieres que hagamos?

—Como ya sabes la tierra que viene de las entrañas de la montaña es diferente de la que se encuentra aquí, al lado del templo, que ha sido calcinada por el sol y parece más clara.

—Sí, lo recuerdo, hace tres años tuvimos el mismo problema, cuando Heráclides nos ordenó que la aclaráramos. Yo mismo eché una mano.

—Haremos lo mismo que la vez anterior. Hay que asegurarse de preparar el material adecuado para confundir el color de la tierra.

—Lo tenemos, Pausiris, hay restos de yeso.

—¿Cuánto hay?

—Hum... déjame pensar —respondió el peón—, creo que habrá cuatro o cinco cubos.

—¡No hacemos nada con cinco cubos, Semnys! Necesitaremos, como poco, no menos de una carreta.

—No tenemos una carreta de yeso. Entiendo que no quieras perder tiempo...

El centurión Sópatro explotó:

—¡Sí!, ¡no tenemos tiempo! ¡Así que ya puedes espabilar! Invéntate una excusa, que la cal que estás usando se ha echado a perder o que no es de la calidad adecuada para hacer tu trabajo en el templo, y que te envíen algunas carretas de cal nueva.

El peón agachó la cabeza en señal de deferencia:

—Haré lo que me pides. Pronto se hará de día, iré directamente a la aldea. Creo que nuestro amigo Epímaco tiene la cantidad que necesitamos. Le diré que los sacerdotes tienen prisa.

Al cabo de unos instantes, el peón se hallaba en la salida del corredor; tras recibir un gesto de asentimiento del optio Casidiano, movió un par de piedras, ganó la oscuridad de la tranquila noche de verano y desapareció.

XXXVI.

Durante el día, Pausiris estaba febril, pero se esforzaba por mantenerse despierto para dar los mejores consejos a los obreros, que no dejaban de pasarse por allí, incluso varias veces, para pedirle instrucciones. El más prometedor de sus hombres era un tal Demas, un joven no muy alto pero bien fornido, que debía de rondar la treintena. Era un tipo no muy locuaz, normalmente solo hablaba con Pausiris; no es que fuera tímido, simplemente era más hábil que los demás, siempre sabía lo que había que hacer y no consideraba necesario malgastar el tiempo con palabras innecesarias.

Durante una de aquellas discusiones sobre cómo proceder, Demas tuvo una idea:

—Pausiris, ha llegado el momento de ampliar la excavación, allí abajo ya no podemos más. Aunque el túnel que hemos abierto, en contacto con el techo del corredor, nos permite arrastrarnos, ¡allí no puede trabajar más de una persona a la vez! Y si intento mantener a dos hombres dentro, al cabo de un rato no se puede respirar.

—¿Has probado a mantener el polvo en el suelo, rociándolo con agua?

—¡Ya no sirve de nada! Por cada cesta de tierra que se saca, se devuelve la cesta vacía a la cabeza de la excavación con uno o dos odres de agua dentro, ni eso ya sirve de algo. No es el polvo, es la falta de aire. En la última ronda, Heras se ha desplomado y le he tenido que sacar arrastrándole por los pies.

—¿Y ahora cómo está?

—Está bien, se recuperó enseguida, pero falta el aire ahí abajo.

—En cuanto sea posible haremos más sitio, Demas. Estamos esperando a poder sacar una buena cantidad de tierra fuera. Será cuestión de uno o dos días.

Siguieron discutiendo un rato sobre cómo debían apilarse en los laterales de la excavación las rocas que, de vez en cuando, se encontraban entre el material de relleno con el que se había tapado el túnel.

Al final, siempre acababan hablando de lo mismo: los hombres se dedicaban a retirar la tierra y las piedras podían derrumbarse, repitiéndose el incidente que había sufrido Pausiris.

En las profundidades de la montaña, sólo se podía trabajar con un trapo mojado cubriendo la cara debido a la enorme cantidad de polvo que se levantaba, pero acechaban otros peligros, y era necesario arrastrarse a cuatro patas con las rodillas resguardadas por gruesos protectores de esparto^[53], y del mismo material era el calzado que protegía los pies de las heridas de las afiladas rocas.

De vez en cuando, los hombres se veían obligados a interrumpir la excavación para refugiarse en la parte más alta del corredor, próxima a la salida, ya que el aire del fondo del pozo estaba demasiado viciado. A lo largo de los años, los peones se habían familiarizado con los peligros de este trabajo; habían sido instruidos por el jefe de la aldea, Heráclides, y sabían que debían salir pitando en cuanto empezaran a sentirse “raros”, o cuando su mirada comenzara a perderse en la nada, inerte. En la parte más profunda trabajaban siempre de dos en dos, uno para cavar y otro para pasar las cestas de tierra: al primer síntoma de mareo se ayudaban mutuamente a volver.

El túnel ahora era demasiado profundo y en los últimos doscientos codos se había reducido a una madriguera de unos pocos pies de alto y de ancho. La operación de mover cestas de tierra también alargaba el trabajo cada día. Había que trasladar mucho material a la superficie; ya no era posible simplemente moverlo dentro del corredor, de un lugar a otro.

Suetonio pasaba la mayor parte del día con el capataz. Lo mantenía en observación preparándole por la mañana y por la noche una taza de polvo de corteza de sauce y *bdellium*. Le estaba reduciendo las dosis de opio tebaico necesarias para calmar sus dolores. Las constantes bebidas templadas obligaban al hombre a orinar a menudo y un trabajador había dispuesto que le colocaran un cubo cerca de la yacija.

Todavía no se había manifestado ningún envenenamiento de la sangre y durante las curas, antes del lavado con vinagre, Suetonio olfateaba minuciosamente las vendas de lino en busca del inconfundible olor que revelaría la putrescencia.

A medida que continuaba el tratamiento, en el gran corredor, cerca del cuartucho donde se alojaba Pausiris, el suelo seguía elevándose debido al material de relleno procedente de las entrañas de la tierra, donde la excavación continuaba sin interrupción.

Pero junto con el nivel de la tierra, también aumentaban los temores del médico y un día, mientras tomaba la habitual sopa de garbanzos con el tribuno, decidió abordar el asunto:

—Aunque sólo soy un médico y no puedo conocer todas las estrategias que hay detrás de las órdenes de los oficiales, debes saber que todos los aquí presentes han comprendido que esto va a acabar mal.

El tribuno Lobo guardó silencio, no era la primera vez que se hablaba de la conclusión de la operación. Al llegar al fondo del cuenco de sopa, el tribuno le preguntó con tono provocativo:

—Pero tú, Suetonio, concretamente, ¿cómo crees que va a acabar?

—Los sacerdotes no saben nada de esta operación y por el secretismo con el que estamos excavando deduzco que el legado Nepote no tiene aliados entre ellos. No creo que quiera dejar tras de sí testigos incontrolables como estos hombres o como nosotros, ¡como tú y yo, para entendernos! ¿Quieres decirme qué piensas al respecto?

El tribuno suspiró:

—Ya hemos hablado de esto, Suetonio —comprobó que no hubiera nadie a lo largo del corredor que pudiese oír su conversación, y concluyó en voz baja—: Que sepas que estoy a punto de tomar una decisión. Estoy convencido de que Alexandria no está al corriente de esta operación. Si supieran algo, la habrían prohibido de inmediato.

—¡Ah... ahora te reconozco, tribuno! ¡Tú también estás convencido de lo que digo!

—Todo el mundo ha hecho las mismas deducciones que tú, pero me gustaría que vieras el problema en un escenario más amplio: si por un casual algo saliera mal, o si nos descubrieran, se crearía un incidente con la clase sacerdotal de tales dimensiones que sería muy difícil de resolver. Si alguien sospechara que hemos robado un tesoro perteneciente a algún antiguo rey suyo y violado su tumba, ¡los sacerdotes incitarían al pueblo contra nosotros y una revuelta incendiaría toda la Tebaida! Incluso podría producirse un levantamiento a lo largo de todo el Nilo, que llegaría hasta Alexandria.

Suetonio, aliviado al descubrir que el oficial compartía sus temores, le preguntó:

—¿Así que crees que el legado Nepote actúa por iniciativa propia?

—Estoy convencido de ello. Si nos descubren, negará haber estado al corriente de esta operación y nos entregará a los tebanos incitados por los sacerdotes. Y tal vez haya más...

—¿Estas desgracias no son suficientes, tribuno? —abrió los ojos de par en par el médico.

Lobo le respondió con una triste sonrisa:

—Olvidas una cosa importante: ahora que el prefecto de Egipto ha caído en desgracia, si desapareciéramos, el legado Nepote podría largarse sin tener que rendir cuentas a nadie.

Hacía tiempo que el médico sospechaba que Lobo, lejos de ser un oficial condescendiente y mero cumplidor de las órdenes, estuviera al tanto de muchas cosas que tenían que ver con la

misión bajo tierra.

En ese momento tuvieron que cambiar de tema: dos obreros de la excavación, acabado su turno, e irreconocibles debido a la capa de polvo fino que se les había pegado a la cara, los brazos y las túnicas con el sudor, se habían acercado a respirar libremente cerca de la salida del gran corredor.

Varias veces al día, el médico comprobaba el estado del enfermo. No se limitaba a observar el vendaje, sino que le preguntaba cómo se sentía y cómo reaccionaba a las dosis masivas de sauce y *bdellium*.

Pausiris se había dado cuenta de que, en su desgracia, no podía haber sido más afortunado, y su confianza en el médico crecía día a día. Finalmente se decidió a preguntarle:

—¿Saldré adelante de esta desgracia? Veo que, de vez en cuando, revisas mis vendas y ese poco de sangre que gotea de las pajitas... pero nunca me dices nada.

Suetonio sopesó cuidadosamente sus palabras, para no darle ilusiones y conservar el poder que tenía sobre el enfermo:

—La operación ha ido como debía, y veo que has reaccionado bien.

—Veo que sigues olisqueando las vendas y tus tubitos... ¿ocurre algo?

—Aún no podemos saberlo. Es imposible decir exactamente cuántos días se necesitan para considerarte fuera de peligro, pero, en cualquier caso, todavía es pronto para decirlo. Tengo la impresión de que cada día sientes menos dolor. ¿No es así?

—El dolor está ahí, como si el brazo destrozado por las rocas siguiera en su sitio. Pero esas infusiones que me haces beber me adormecen, estoy siempre dormido y siento poco dolor. ¿Por qué lavas esos tubitos con vinagre?

—Para mantenerlos limpios, Pausiris, no quiero que la suciedad de aquí llegue al hombro. Te los quitaré en unos días.

—¿Luego podré moverme?

Suetonio se había dado cuenta de que el capataz, a consecuencia de la amputación, la pésima alimentación y la continua medicación, se había reducido a poco más que un esqueleto. Pero era optimista y el hecho de que quisiera levantarse de la cama era una excelente señal.

—Tendrás que empezar a comer más, Pausiris, y luego veré si te quito los tubitos. Ya casi no sale nada. Pero deberás tener mucho cuidado. Si te golpeas en el hombro y los puntos empiezan a sangrar de nuevo, podría ser peligrosísimo... ¿entiendes lo que quiero decir?

El hombre, cuyos ojos brillaban a la luz de la lámpara de aceite, asintió esperanzado. Al verlo bien despierto, el médico decidió seguir el consejo del tribuno Lobo e intentar obtener información sobre el centurión Sópatro.

—Hace unos días me contabas que tu padre Heráclides hizo un pacto con el centurión. Si todo va bien y... si encontráis lo que estáis buscando, quizás tu vida también cambie.

—Tengo miedo a lo que pueda ocurrirme a mí y a mi familia. Yo ahora estoy acabado: si conseguimos salir de aquí, sin un brazo ya no podré mantenerlos y, por lo que me has dicho, mi padre tampoco podrá trabajar.

—A veces, si hay oro de por medio, mucho oro, las cosas se arreglan.

—Sí, pero hace falta que salgamos de aquí sin... daños.

—¿Qué te prometió el centurión?

—Me dijo que nos dejaría marchar y que tendríamos un premio.

—¿Tú no lo crees?

El enfermo miró al médico a los ojos:

—Sería más fácil creerle si no tuviese a mi familia como rehén.

La noche siguiente, con las estrellas que prácticamente igualaban la tenue luz de la luna menguante, llegaron, de una en una, una docena de pesadas cestas forradas con estera de palma. Contenían una mezcla blanquecina de tierra y yeso en polvo que los obreros utilizaban como enlucido.

El obrero Demas lo comprobó a la luz de una lámpara, palpando cuidadosamente con las manos que no hubiera grumos que delataran el origen del material; tenía que mezclarse con el polvo y las piedras de la zona y no contener fragmentos de yeso.

—Es buena... ¡servirá! —confirmó Demas en cuanto los hombres que habían llegado con las cestas desaparecieron en la oscuridad de la noche. Epímaco, el que los había guiado hasta la entrada del gran corredor entre las piedras del risco, en cambio, se había quedado: quería hablar con el centurión.

—¿Qué quieres, Epímaco? —preguntó Sópatro, malhumorado—. ¿Hay algo más?

El hombre agachó la cabeza:

—Quería informarte... por mucho que nos hayamos movido con extremada prudencia —dijo casi balbuceando—, quizá alguien sepa que algo se está cociendo a este lado del valle.

—¿Qué quieres decir, bribón? ¡Habla, en vez de comerte las palabras!

El tribuno Lobo también se había acercado a escuchar, temiendo que se tratara de algo que concerniese a sus funciones.

—Puede que alguien sospeche. El administrador del colegio de sacerdotes se ha reunido con todos los guardias para sermonearles y les ha amenazado con castigos severísimos. Se dice que se aumentará la guardia y se han pedido refuerzos al colegio de sacerdotes al otro lado del río, en los templos donde tienen lugar las celebraciones de la crecida.

—...Se habla... se dice... ¿Quién está sospechando? ¿Quieres soltarlo ya, granuja?

El tribuno Lobo intervino:

—Sópatro, déjalo hablar. Puede que se trate de algo peligroso para nuestra operación —. Luego, dirigiéndose al peón, le preguntó—: ¿De quién sacaste esa información?

—Rodión me lo contó todo, el guardia que está con nosotros. Ahora está tratando de inventar excusas para que lo saquen del servicio e irse... tiene miedo de que se descubra el pastel.

—¿Crees que quiere escapar?

—No, nunca haría algo así. Si de repente desapareciera tras las amenazas del administrador, sería como declararse culpable de algo. No es el único que quiere irse, otro par de guardias tampoco quieren arriesgarse a compartir la culpa de otros. Pero los sacerdotes no tienen ni idea...

—¿Cómo puedes estar seguro de que no están al corriente de nada?

—Si supieran algo, el administrador no se habría limitado a amenazar a los guardias. Habría encontrado a un culpable, o se lo habría inventado, y lo habría decapitado para dar ejemplo.

—¿Sin ninguna razón?

El diálogo había tenido lugar en la puerta del habitáculo donde se encontraba Pausiris, que quería aportar su granito de arena:

—¡El administrador de la guardia ya lo hizo hace tres años! Escondió veinte tetradracmas de incienso robados del templo en casa de un peón, un imbécil que se había jactado de ser el encargado de la obra.

El tribuno, preocupado, frunció el ceño:

—Pero si las aguas bajan agitadas, ¡algo habrá llegado a sus oídos! ¿Quizás algún cotilleo...?

El hombre del enlucido guardó silencio, Pausiris habló:

—La gente de la aldea habla, a veces lo que no se sabe a ciencia cierta se lo inventan las comadreras. En verano, con la crecida, los campesinos no tienen otra cosa que hacer que chismorrear. Es posible que alguien haya expresado sospechas, estas cosas pueden pasar.

—¿No tendrá algo que ver con el que os trae el enlucido?

—No, Epímaco es un hombre serio —confirmó Pausiris mirando a los ojos del mismísimo Epímaco—. Sabe que una palabra dicha fuera de lugar podría arruinarle.

El centurión Sópatro había permanecido extrañamente callado durante la conversación; no había añadido nada a su invectiva inicial contra el peón. Eso no iba con él, e incluso el tribuno se dio cuenta, tanto que en cuanto el peón se hubo marchado le preguntó:

—Centurión, ¡si los rumores se extienden, es porque alguien habla hasta por los codos! ¿Estás seguro de tus hombres, de los que se quedaron en Tebas vigilando la casa donde se mantiene bajo guardia el jefe de la aldea, Heráclides?

—¡De mis hombres estoy seguro, tribuno! Pero ¿puedo responder por ellos cuando no están de servicio... o cuando están bebiendo?

—¡Así que sabes que uno de los tuyos es un charlatán! ¿Qué podría haber dicho?

En la oscuridad del gran corredor, al débil resplandor de la lámpara de aceite, un par de gotas de sudor brillaban en el rostro del centurión:

—Por mis hombres puedo poner la mano en el fuego, tribuno, cuando soy yo el que los controla, ¡o cuando hay que luchar! ¡Pero no puedo estar en dos sitios a la vez!

—Centurión, ¡corremos el riesgo de que nos descubran! Si nos pillan, no sólo fracasará la operación, ¡sino que nuestras vidas no valdrán nada!

El centurión, que debía de tener más de una duda, masculló:

—Sabes muy bien de qué están hechos los legionarios. Cuando beben, se pelean con facilidad y alardean de muchas cosas. Pero una cosa es segura: si alguno de mis hombres tiene algo que ver con esto, ¡lo estrangularé con mis propias manos! ¡Juro que esta vez no se saldrán con la suya!

—El asunto es delicado, centurión, y muy peligroso. Debemos encontrar la manera de poner un centinela que compruebe si hay algún movimiento sospechoso en la zona de los templos.

—Podría sacar a Casidiano y mantenerlo fuera unas horas, al menos toda la noche. Es despierto para este tipo de servicios... ¿Qué tienes en mente, tribuno?

Lobo negó con la cabeza:

—Poco podemos hacer: si corremos peligro de ser descubiertos, es mejor dejar de trabajar, marcharnos y cerrar bien la entrada al gran corredor de modo que nadie se percate de nada.

—¿Detenernos ahora? Tal vez estemos llegando al final del corredor... ¡no puede seguir adentrándose en las entrañas de la tierra durante más millas!

—No, Sópatro... si existe el peligro de que nos descubran, es mejor marcharse y que no nos encuentren aquí. El riesgo que corremos es mucho más importante que un supuesto tesoro: si sale a la luz este asunto, no debemos levantar sospechas de que hubiera romanos implicados. ¡No queremos una revuelta contra Roma!

XXXVII.

Pausiris parecía encontrarse mejor: no tenía fiebre, el dolor era soportable y el médico dejó de administrarle opio tebaico para que pudiera dar instrucciones a sus hombres a cualquier hora del día o de la noche.

Le retiró las vendas que le rodeaban el hombro el día anterior al traslado de la tierra, cuando el aire de todo el gran corredor se volvería irrespirable. Quería examinar y volver a vendar la herida en las mejores condiciones posibles y también en esta ocasión le ayudó el tribuno Lobo. No hubo sorpresas: la hemorragia había cesado y la larga sutura en forma de medialuna, de la que sobresalían los dos tubitos, estaba ocupada por una gruesa y oscura postilla de sangre seca.

Lo lavó todo con vinagre y extrajo los tubitos con sumo cuidado, de uno en uno, dejando dos orificios de los que salieron unas gotitas de sangre y de agua. Los olfateó con sumo cuidado, temiendo sentir el fétido olor de la carne podrida. Lavó suavemente los agujeros con vinagre y luego hizo un vendaje compresivo.

Al final, tranquilizó al enfermo:

—Pausiris, todo parece marchar bien. Ahora puedes sentarte y dar unos pasos, pero te advierto: si te golpeas con algo y la herida sangra, no dispongo de ningún remedio milagroso para ayudarte.

El egipcio escuchó y con una sonrisa, le contestó:

—Te lo agradezco médico, tengo suerte de estar en tus manos.

—Ahora tendrás que ocuparte de dirigir a tus hombres —lo trajo de vuelta a la realidad el tribuno Lobo. Chasqueó los dedos y un peón colocó un taburete junto a la entrada de la salita—. Puedes permanecer sentado en la puerta y darles órdenes desde allí. Me gustaría que vinieran para que puedas darles instrucciones sobre lo que tienen que hacer mañana.

—Estoy a tus órdenes, tribuno —respondió humildemente el egipcio—. Puedo explicarles lo que hay que hacer, incluso ahora mismo.

El tribuno no perdió el tiempo: llamó a los peones a la salita y Pausiris les explicó lo que había que hacer y los errores que debían evitar:

—La tierra excavada se sacará en cestas no demasiado llenas, una a la vez; debe ser manejada por un solo hombre, procurando evitar que se caiga porque entonces habría que recogerla.

—¿La mojamos un poco, para que no haya tanto polvo? —preguntó uno de los hombres.

—Sí, convendría echar, cada poco, un cántaro de agua sobre la tierra mientras se preparan las cestas. Poca agua, que se absorba lo justo para limitar el polvo. Lo haremos igual que lo hizo Heráclides hace tres años, un par de vosotros ya estuvisteis y sabéis de qué hablo: hay que echar la tierra entre los peñascos de la ladera, no al azar, sino de tal manera que reduzca las grietas entre los peñascos, sin rellenarlas.

—¿Y dónde la llevamos, Pausiris?

—Hace tres años rellenamos, a unos ochenta pasos de la entrada al corredor, las grietas entre las piedras más grandes. Ahora partiremos de ahí y avanzaremos un poco más. Hay un camino ya marcado, siempre ha estado ahí y lo utilizaremos sin dejar marcas nuevas. Donde se descarguen las cestas hay que volver a darle un aspecto natural: nada de montículos, sólo capas finas que esparciremos y luego pisaremos, y sin que se empolve todo a su alrededor.

—¿Y para el color? ¿Usamos el enlucido que ha traído Epímaco?

—Las últimas cestas de tierra, las que se colocarán antes del amanecer, se mezclarán con un poco de polvo de enlucido, que aclarará ligeramente el color. Habrá que marcar con piedras hasta

dónde se ha llegado con la tierra fresca, porque se trabajará de noche, y no podemos arriesgarnos a que se vean manchas de otro color por la mañana. Las últimas cestas en salir serán las de las piedras, que se aplastarán en la tierra fresca con los pies. Exactamente como Heráclides nos enseñó en el pasado.

El tribuno Lobo también quiso advertirles a los hombres:

—Debéis recordar que lo más importante es que no nos sorprendan. Por eso, cada uno de vosotros no debe hacer nunca ruido ni levantar polvo. A la menor sospecha, agachaos entre las piedras. ¿Lo habéis entendido?

Los hombres asintieron.

El médico Suetonio había oído las últimas instrucciones desde el exterior de la salita y en cuanto los peones se hubieron marchado, hizo una señal al tribuno. Fueron a hablar cerca de la salida del corredor.

El médico estaba un poco sorprendido:

—¿Crees que estos hombres son capaces de hacer todas esas complicadas operaciones de las que habéis hablado, estando a oscuras? Las últimas noches fueron de luna menguante, ¡no verán prácticamente nada!

—Suetonio, no subestimes la habilidad de esta gente: es cierto que son excelentes artesanos, diestros en restaurar y reconstruir templos, de lo contrario los sacerdotes no los habrían querido aquí trabajando. Pero durante todo el tiempo que has estado aquí, ¿no te has fijado en cómo se mueven por estas galerías? Los he observado cuando bajan a la poza a buscar agua: se deslizan como culebras, algunos bajan y vuelven a subir con el odre lleno sin siquiera llevar una lámpara, para tener las dos manos libres. Te aseguro que pueden ser hábiles constructores, ¡pero por sus venas aún corre la sangre de antiguos ladrones de tumbas!

—Sí, es verdad... si llevan años haciendo este servicio con Heráclides algo habrán aprendido.

—Sospecho que no es la primera vez que se involucran en una empresa semejante. El colegio de sacerdotes es tacaño con la plata y nunca pagaría a cientos de guardias únicamente para vigilar unas piedras. He oído que siempre ha existido aquí un próspero comercio de riquezas robadas de las tumbas.

Había nerviosismo por la operación que sacaría al aire libre a los hombres, tras muchos días bajo tierra. El centurión y el optio, en particular, estaban cansados de permanecer encerrados en el hedor de las galerías; soñaban con el oro que derrocharían en juergas y orgías en Tebas. Los peones, por su parte, temían el fin del trabajo.

El primer incidente se produjo unas horas antes de que empezaran a mover las cestas de tierra. En el alboroto, Demas tiró al suelo al optio Casidiano y vertió sobre él una cesta llena de tierra y polvo. El optio, enfurecido, comenzó a golpearlo con una violencia inusitada, sin detenerse siquiera ante los violentos ataques de tos provocados por el polvo extremadamente fino.

Fue detenido por el centurión Sópatro antes de que hiriera gravemente a Demas:

—¡Basta ya, Casidiano! Este hombre debe trabajar, ¡no hay que darle una excusa para no mover su cuota de tierra!

Los dos se fueron inmediatamente a respirar aire fresco y a charlar junto a la salida del corredor.

Unas horas más tarde, Demas pensó en recurrir al médico Suetonio: tenía un corte profundo en un pómulo y se quejaba de que ya no podía ver del ojo en el que había recibido el puñetazo del optio Casidiano.

Suetonio tenía en su maletín unos polvos para calmar la inflamación de los ojos, muy común a

lo largo del Nilo; hirvió una cataplasma de resina de acacia, mientras restañaba con alumbre la sangre que goteaba de la herida.

Pausiris, desde su yacija, observaba la escena con lágrimas en los ojos. Poco después, mientras el médico le examinaba el vendaje, el egipcio dijo:

—Tal vez puedas quitarme las vendas y así podré moverme, al menos por el corredor.

—Eso ya lo veremos, Pausiris. Y ten siempre cuidado de no tropezar con nada.

—¿Crees que... lo conseguiré?

—Hasta ahora no he visto muestras de septicemia, pero tendremos que seguir con las medicinas. Sin embargo, que sepas que en cuanto intentes andar te costará mantenerte en pie, y ya no tienes un brazo para apoyarte en el lado izquierdo.

Pausiris asintió:

—Eres un buen hombre, médico. ¡No eres como el centurión y otros como él, que los dioses nos han enviado para castigar a nuestra aldea!

Suetonio no replicó, no tenía argumentos para responderle al humilde capataz.

—¿Podrás hacer algo por mi familia? —continuó Pausiris.

El médico no era tonto, sabía muy bien por qué el centurión Sópatro y el optio maltrataban a los peones. Aprovechando el poder que, como todo médico, aún tenía sobre el paciente que le necesitaba, le hizo una pregunta:

—Vosotros... ¿estáis ralentizando el trabajo?

Pausiris, estupefacto, abrió la boca como si le hubiesen pillado, pero no contestó de inmediato, porque habría tenido que reconocer que era cierto. Pero cual astuto egipcio, después de recuperar el aliento respondió con otra pregunta:

—¿Y tú no temes lo que pasará cuando encontremos algo?

—¿Qué debería temer, Pausiris?

—Tú también tienes mucho que perder, médico Suetonio, ¡precisamente porque no eres de la ralea del centurión Sópatro!

Suetonio lo sabía, no formaba parte de la camarilla del centurión; se había visto obligado a permanecer en la excavación clandestina junto a los peones y debía temer la conclusión de las obras no menos que ellos.

Una vez iniciado el proceso, muchas y pesadas cestas se abrieron paso colina arriba detrás del gran templo, acabando por rellenar los huecos entre las rocas. Los hombres se movían en la oscuridad como culebras, atentos a cualquier ruido y a no mover ninguna piedra para evitar que con el tiempo se formara un nuevo camino.

El optio Casidiano y el centurión Sópatro se turnaban en las horas más oscuras de la noche mientras avanzaba la procesión de cestas, para vigilar tanto a los peones como a todo lo que ocurría en la explanada del templo y en sus alrededores.

Entretanto, dentro del gran corredor, uno de los peones preparaba cuidadosamente las cestas, mezclando cada poco la tierra con un poco de enlucido y comprobando el color con un puñado de tierra tomada del exterior que guardaba en un cuenco.

El trabajo prosiguió con rapidez durante un par de noches.

Después de la tierra y justo antes del amanecer, salían las cestas de piedras para mezclarlas con la capa recién extendida y darle el toque final que le daría un aspecto natural. El tribuno Lobo, que seguía atentamente los avances, calculó que, para ver algún resultado útil para la continuación de la excavación, sería necesario descargar tierra al exterior durante, al menos, siete u ocho noches.

Sin embargo, la operación se detuvo mucho antes: al comienzo de la cuarta vigilia^[54] de la tercera noche, durante la cual el desfile de cestas continuó sin interrupciones, el optio Casidiano dio la voz de alarma: había visto el encendido de varias antorchas, había movimientos sospechosos en la llanura a menos de media milla del templo. Los hombres se refugiaron en el interior del gran corredor y el tribuno Lobo les interrogó:

—¿Se veía algo donde habéis descargado la tierra?

Demas le respondió por todos; aún llevaba el vendaje en el ojo, dolorido por el puñetazo del optio Casidiano:

—Nadie verá la diferencia de la tierra, ni de lejos ni de cerca. Hemos hecho escrupulosamente lo que nos ordenó Pausiris. Incluso el año pasado, cuando el jefe de la aldea Heráclides nos obligó a hacer la misma operación, nadie se percató, ni siquiera los romanos que fueron enviados a la colina para hacer mediciones.

En ese preciso instante, el optio confirmó la alarma llamando desde la rendija de salida del gran corredor:

—Están encendiendo muchas antorchas... ¡un rastreo está en marcha! ¡Buscan a alguien!

La salida del subterráneo seguía abierta; el tribuno se asomó al exterior y vio, en la llanura situada más abajo, antorchas a poquísima distancia entre ellas y que avanzaban una al lado de la otra. Eran más de cien hombres batiendo campos y jardines a media milla de la zona de los templos. También se veían algunas antorchas cerca de la franja inculta, aún no sumergida por la crecida.

El centurión Sópatro, gladio en mano, salió a comprobar que nadie intentaba escapar y una vez contados los peones, le dijo al tribuno:

—Han mandado cien hombres a vigilar la zona de las Casas del Millón de años. No creo que podamos hacer nada más esta noche. —A continuación, ordenó que se volvieran a colocar en su sitio las piedras que ocultaban la entrada al gran corredor.

Fue durante esta operación cuando, gateando entre los grandes peñascos, llegó también un inesperado invitado:

—Dejadme entrar —dijo en voz baja. El optio Casidiano, sujetándole bajo la amenaza del gladio, le dejó descender por el boquete hasta el corredor.

—¿Y tú qué quieres? —preguntó el centurión con el gladio en la mano, dispuesto a atravesarle, porque en la oscuridad no le había reconocido.

—Soy Epímaco, ¡el del enlucido!

El tribuno Lobo había oído las voces y se presentó con una lámpara:

—¿Qué está pasando en el valle?

—Anoche, sin previo aviso, llegaron a nuestra ribera varias barcas con guardias: están batiendo el campo en busca de alguien, pero no sé de quién se trata.

—¿Y tú que haces aquí?

—Pasé por la tarde para entregar una carreta de enlucido y luego me quedé con los peones en su campamento, frente a la explanada del templo. No quiero problemas, ni tampoco los quiero para mi familia. Ya estaba en camino cuando vi encenderse las antorchas y no me fie de volver a las tiendas de los peones. Si me hubieran encontrado allí me habrían interrogado.

—¿De dónde han venido las barcas con los guardias?

—Han llegado en la oscuridad, tienen que haber venido de la otra ribera del Nilo.

—Ahora que estás aquí, no saldrás hasta que el centurión te dé permiso. ¿Queda claro?

El hombre asintió, sorprendido por el giro de los acontecimientos.

El tribuno Lobo hizo una seña al centurión, quería hablar con él lejos de oídos indiscretos.

—¿Ahora también tenemos que cuidar de este imbécil! —explotó el centurión—. ¡Parece que en esta orilla del Nilo todos saben lo que estamos haciendo! El legado no estará nada contento.

—Te has precipitado con la excavación, Sópatro. Había que ocuparse mucho antes de la tierra sobrante, ¡te ha podido la prisa!

—¿Qué quieres decir? ¡Lo único que hago es cumplir órdenes!

—La operación se torció cuando Pausiris resultó herido. Desde entonces, los peones han dejado de amontonar piedras unas sobre otras junto al corredor.

—¡Se hizo así para ser rápidos! ¡Hemos tenido suerte de que Pausiris siga vivo y pueda dar órdenes a estos cuatro imbéciles! Tú también estabas allí, los peones tenían miedo y tampoco querían continuar, y a partir de ese día no hubo más remedio que descargar el material de desecho por el corredor donde hay más sitio, un poco por aquí y otro poco por allá, dejando espacio suficiente para pasar.

—Fue una decisión equivocada, Sópatro.

—¿Ahora me lo dices? Pero si tú estabas presente, ¿por qué no lo dijiste en el momento oportuno?

Que un centurión se dirigiera de esa manera a un tribuno era inaudito, y el tono de desafío se asemejaba mucho a una rebelión contra un superior.

El tribuno Lobo sabía que su autoridad, mientras permaneciera confinado en las galerías bajo las colinas, sólo valía hasta cierto punto. No se dejó arrastrar por la polémica:

—Sabes muy bien, centurión, que sólo estoy aquí para comprobar que no surgen incidentes con los sacerdotes. El legado fue clarísimo y tú lo sabes porque estabas conmigo cuando nos dio las órdenes. Yo sólo tengo autoridad para detener las excavaciones si corremos el riesgo de ser descubiertos, del mismo modo que tú tienes toda la autoridad necesaria para dar órdenes a los hombres.

—¿Ah sí? Y ahora en tu opinión ¿qué debería hacer?

—Ahora ya no puedes hacer nada, centurión. La responsabilidad de la excavación era tuya, ahora ya es tarde.

Sópatro, enfurecido por las acusaciones, se levantó para volver a las profundidades del largo corredor a seguir maltratando a los peones. El ambiente en el interior del gran corredor estaba cada vez más cargado.

XXXVIII.

A pesar de que el centurión Sópatro y el optio Casidiano se turnaban a la salida del gran corredor, no se percibieron nuevas señales de actividad por parte de los guardias de los templos.

El tribuno Lobo y el médico se encontraron, sentados sobre unas rocas demasiado pesadas para moverlas, con un cuenco de sopa de garbanzos. Y fue este último quien rompió el silencio, hablando en voz baja:

—Tengo la impresión de que a cada día que pasa, las cosas empeoran.

El tribuno no respondió de inmediato. Tomó las últimas cucharadas de sopa y después le formuló una pregunta concreta:

—¿Qué novedades tienes de Pausiris? ¿Le has sacado algo?

—En parte. Él teme por su familia, por su persona y sus hombres. Trata, por todos los medios, de arrancarme la promesa de rescatarlos de las garras del centurión.

—¿Tiene algo que ofrecernos?

—Puede. Teme que si encuentran el tesoro los maten a todos. No me lo dijo tan crudamente, pero entendí muy bien que se trataba de eso.

—Tu trabajo como médico ha sido bueno. Veo que es capaz de dar unos pasos, si bien inciertos. Ya debería estar fuera de peligro.

—Creo que sí. Es de complexión pequeña, pero robusto, y ha reaccionado bien a la amputación. Creo que tiene buenas posibilidades de vivir muchos años.

—¿Y tú, Suetonio? ¿Temas por tu persona?

—Sí, tribuno —y tras un breve silencio, el médico añadió—: Mucha gente sabe que estamos aquí, y si tú no me sacas... no puedo contar con nadie más.

El tribuno dejó el cuenco en el suelo y echó una mirada a las profundidades del corredor, pero la luz más cercana se filtraba desde el cuartito en el que se hallaba Pausiris; aparte de ellos no había nadie más.

—Escucha bien lo que voy a decirte, Suetonio. Estoy seguro de que esta operación fue propiciada por el legado Nepote. Si en Alexandria hubieran sido advertidos, seguramente la habrían prohibido. Pero, aunque algún demente hubiera decidido llevarla a cabo, desde luego no la habrían dejado en mis manos y en las de este centurión. Habrían enviado a gente experimentada en este tipo de misiones, verdaderos especialistas, no oficiales tomados de la legión.

—Sí, ya hemos hablado de esto en los últimos días. ¿Qué quieres hacer?

—Los sacerdotes están en alerta, no hay otra justificación para lo de anoche. Pero está claro que tienen una información general, no saben lo que está pasando. Por eso no han venido a desencovarnos. Los guardias han venido de Tebas, de la otra orilla del Nilo. Como pensé desde el primer momento, estos peones egipcios están acostumbrados a realizar excavaciones en secreto, y si el chivatazo fue recogido en Tebas, necesariamente ha de guardar relación con los imbéciles a cargo de Sópatro, los que montan guardia sobre el jefe de la aldea, Heráclides. Creo que esto se nos ha ido de las manos, es hora de cerrar y marcharse.

En ese instante, se oyeron toses procedentes del fondo del corredor, y una lámpara temblorosa se acercó lentamente: era Demas, con el ojo aún vendado.

—¡Hemos llegado al final del corredor! —fueron sus únicas palabras.

—¿Qué habéis encontrado?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Sólo hay una salita, como en la que está Pausiris. El gran corredor termina allí.

—Entonces nuestra tarea está completa —dijo el tribuno—. ¿Ahora que estáis haciendo?

—Hemos despejado un espacio por el que movernos, de dos pies de altura hasta el techo. El centurión Sópatro ha venido a verlo, ¡no se lo quiere creer!

—Ahora mismo iremos también nosotros.

—Tendréis que esperar a que salga el centurión, el último tramo del túnel es estrechísimo y no es conveniente que haya mucha gente ahí abajo.

Demas, una vez transmitido el mensaje, emprendió el regreso a las profundidades de la excavación. El tribuno permaneció pensativo.

Pero en realidad todos, unos porque habían visto desvanecerse el sueño del botín, otros porque se habían convertido en testigos inútiles e incontrolables, estaban pensativos y preocupados por el futuro inmediato.

Suetonio volvió a entrar en la salita y encontró a Pausiris asustado, con los ojos vidriosos. Cuando pasó a su lado, éste, con la única mano que le quedaba, se aferró a su túnica:

—¡Médico, tienes que ayudarnos! ¡Si no nos ayudas tú, nadie hará nada por nosotros!

—¿Y qué podría hacer yo, Pausiris? ¿No has pensado que también estoy en el mismo barco que tú? Ya no sirvo para nada, y sé demasiado sobre este asunto.

—No es verdad, médico... tú tienes al tribuno de tu lado, que no es un hombre despiadado. Sé que él tiene sus órdenes, pero también es tu amigo. Además, ¡el centurión, tiene la consigna de no dejar salir a nadie vivo de aquí!

—¿Cómo puedes estar tan seguro de eso?

—Lo sé... ¡lo sé! Las tuyas son falsas promesas, tiene a mi hijo, el único que tengo, y a mi mujer como rehenes. Incluso mi padre es su prisionero. Creo que... nos matará a todos.

—No... ¿por qué iba a hacer algo así? —pero incluso Suetonio oyó que su voz sonaba falsa, como una campana agrietada. El centurión no podía dejar vivo a ninguno de los que estaban al corriente de la operación. Seguramente había recibido esa orden, incluso antes de partir. Nunca se habría atrevido a matar a un médico del ejército por iniciativa propia, pero si se lo hubiera ordenado el legado Nepote... una orden no deja de ser una orden.

Sentado en su yacija, el médico reflexionó que, desde que había entrado en aquella larga madriguera, no recordaba un solo momento en que la entrada no estuviera vigilada por el centurión Sópatro o por su fiel secuaz, el optio Casidiano, que siempre tenía la mano en el pomo del gladio. No montaban guardia porque temieran que alguien entrara en el gran corredor. Temían que alguien huyera.

Quizás el tribuno habría podido marcharse. O tal vez sería el primero en caer, bajo una puñalada tramera.

Le distrajo de sus pensamientos un susurro de Pausiris:

—Si salvas a mi gente, hay alguien que podrá recompensarte.

El médico se estremeció. El tribuno Lobo tenía razón: aquellos albañiles, gente humilde y servicial, eran astutos y nunca se podría decir de ellos que los conocían bien. A un peón común jamás se le habría ocurrido intentar ofrecerle una recompensa a un oficial romano.

Pero le tentó la idea de darle cuerda, sobre todo porque no tenía otra alternativa:

—¿Y cómo podría ayudarte, Pausiris?

—A comienzos de este verano, el centurión ya mató a tres de mis hombres, inútilmente, sólo para asustarnos y mantenernos bajo su yugo. Pero tú también corres riesgos. Incluso yo puedo

ver que el centurión no te tiene en mucha estima. Debes convencer al tribuno de que sacarnos de aquí también le interesa a él, tanto como a ti y a mí.

—Sí, puede ser. Y a tu gente, ¿cómo la salvamos?

—Sólo el tribuno puede ayudarnos. He notado que te escucha cuando le hablas. Adviértele sobre el centurión y el optio, porque él tampoco es como ellos y si he de decirte la verdad, realmente no entiendo cómo se ha metido en este lío.

Unas horas más tarde, cuando se había reanudado la procesión de cestas de tierra y piedras extraídas de la excavación, los oficiales hicieron balance de la situación. Se reunieron en el ensanche que se utilizaba para preparar el rancho.

—A estas alturas, nuestra misión debe considerarse concluida —el tribuno fue directo al grano.

—No podemos irnos con las manos vacías —le respondió, sin ocultar su sorpresa, el centurión Sópatro—. Si nos presentamos al legado Nepote sin nada en mano, nos desollará vivos.

—¿Qué más quieres hacer, centurión?

—No lo sé... tal vez deberíamos explorar mejor...

—¡No queda nada por explorar, centurión! Hemos llegado al final, y ninguno de nosotros ha tenido nunca la certeza de que se pudiera encontrar algo.

En ese instante, Demas, atento a no pasar junto al optio Casidiano que lo había dejado medio ciego, hizo un tímido ademán de pasar: quería recuperar la olla para preparar el rancho de los hombres.

Sópatro aprovechó la ocasión para preguntarle:

—¿Seguís excavando?

—Sí, centurión. Ayer también pusimos a cavar a Epímaco, el hombre del enlucido que se refugió aquí.

—Habéis hecho bien. ¿Cómo es esa cámara? ¿Hay algún dibujo o escrito en las paredes?

—Hasta ahora no hemos encontrado nada. Estamos avanzando lentamente porque los hombres están transportando agua para mojar el polvo... allí dentro no se puede respirar.

—Es imposible que no haya ni siquiera una marca —frunció el ceño—. ¿Habéis mirado bien?

—Sí, hemos mirado bien, pero estamos a sólo dos pies del techo. Dentro de un rato empezaremos a sacar más tierra de la estancia y descenderemos aún más.

—Y estás seguro de que en las paredes no hay marcas... ¿ni siquiera de enlucido?

—Ahí abajo nunca se ha puesto enlucido. Las paredes, por lo que hemos visto hasta ahora, no tienen marcas especiales. La sala es tan tosca como aquella en la que se encuentra Pausiris. Las únicas marcas que pueden verse son las de los cinceles y mazos, allí donde la roca es más compacta.

El centurión no quería convencerse de que su sueño de riquezas, ligado a las promesas que le había hecho el legado Nepote, se estaba desmoronando:

—Tendremos que seguir bajando... ¡hasta el suelo! ¡No puedo creer que hayan cavado un maldito e interminable corredor que no lleva a ninguna parte!

—Es como el cuarto en el que está Pausiris —murmuró el tribuno—. Por algún motivo que desconocemos, la tumba no fue terminada... simplemente fue abandonada antes de ser completada.

—¡Eso es imposible! Incluso la cerraron sellando el corredor con millares de carretas cargadas de tierra y piedras. ¡Jamás me convenceré de que sea una tumba inacabada!

—¡Pues tendrás que creértelo, Sópatro! —el tribuno le trajo de vuelta a la realidad—. Nuestra misión ha terminado. Aunque no haya dado los resultados deseados, debemos poner fin a este asunto ya, antes de que los guardias de los sacerdotes nos descubran y se inicie una revuelta contra los romanos.

El centurión no dejaba de sacudir la cabeza, negando la realidad.

Incluso el optio Casidiano que hasta aquel momento, henchido de ira, había permanecido en silencio, quiso dar su opinión y contradecir al oficial:

—No podemos irnos ahora... ¡sin siquiera una triste dracma!

—Optio... ¿cómo te atreves a criticar mis órdenes?

—Mira tribuno —se enfureció al centurión—, ¡lo hemos apostado todo aquí! ¡No podemos regresar a Tebas con las manos vacías!

—¡Yo estoy aquí al mando, Sópatro! ¡Y no te atrevas a decirme lo que debemos hacer! ¡Empieza a dar las órdenes para salir de esta fétida madriguera sin que nos atrapen! ¡El médico y yo saldremos primero, en cuanto oscurezca!

—¡De eso nada, tribuno! Tú mandarás fuera de aquí... pero bajo tierra soy yo quien decide lo que hay que hacer... —y alzando la voz desenvainó su gladio.

El tribuno hacía tiempo que esperaba que le desobedecieran y había sido más rápido que él: había desenvainado su propio gladio un instante antes que el centurión. Pero antes de que cruzaran sus espadas, el optio Casidiano, que se había colocado detrás de él, lo atacó con el pugio.

El tribuno con un solo movimiento se echó a un lado y lo alcanzó en el pecho, atravesándolo casi por completo. Se volvió para mirar al centurión Sópatro, pero lo vio caer inerte en el polvo: el obrero Demas, saliendo de la oscuridad, que ya reinaba a dos pasos de la lámpara de aceite, le había golpeado en la cabeza con un mazo de albañil, una pesada madera cilíndrica, afinada en un extremo para hacer de mango.

La sorpresa no duró más que un instante, pues el tribuno le ordenó a Suetonio, paralizado por la sorpresa:

—¡Comprueba si está muerto!

El médico dio la vuelta al corpulento centurión, le palpó la cabeza y comprobó si respiraba, acercándole una oreja a la boca:

—No, no está muerto. No se ha roto la cabeza... pero tendrá un buen chichón.

XXXIX.

—¡Este era el paso que nos faltaba para rebelarnos abiertamente contra el legado Nepote! — afirmó el tribuno Lobo con la cabeza.

—Se ve que estaba escrito en las estrellas —susurró Suetonio, observando el cuerpo inerte del optio Casidiano: el pequeño charco de sangre poco a poco era absorbido por la arena—. De estos dos empezaba a tener miedo. ¿Qué harás con el centurión? ¿Lo liberarás?

—Bueno... ¡desde luego no puedo matarlo!

—Si lo liberas se vengará de nosotros, incluso has matado a su optio.

—¡No puedo asesinar a un oficial en servicio que cumple órdenes, Suetonio! Encontraré la forma de hacerlo inofensivo sin tener que matarlo. Por ahora, el problema más apremiante es salir de aquí sin ser descubiertos. Y Pausiris nos ayudará, dará las instrucciones necesarias a sus hombres para que la entrada a este maldito corredor sea cerrada de una vez por todas y nunca más se vuelva a hablar de él.

—Tribuno... ¿qué piensas hacer con los trabajadores?

—¿Qué debería hacer con ellos, Suetonio? Cada uno seguirá su propio camino. Son bastante listos para darse cuenta de que, si hablan de este asunto, los sacerdotes o nuestra justicia militar se los llevarán de inmediato. Por ahora nos ayudarán a vigilar al centurión y lo que ocurra en el valle frente a los templos. Hay más de un centenar de guardias de los sacerdotes por los alrededores y necesitamos saber qué están haciendo antes de decidir el camino a tomar. Vamos a hablar con Pausiris, necesito preguntarle un par de cosas.

Momentos después, en la misma cámara en la que el médico también tenía su yacija, el tribuno Lobo interrogó al herido:

—Y a ti ¿cuál te parece que es el modo más seguro de salir de aquí sin ser vistos?

—Ahora mismo es difícil pensar en una forma de salir de aquí, tribuno. Los sacerdotes sospechan y sus guardias se desplegarán en todos los lugares desde los que se pueda controlar el valle.

—¿Qué pensarías si decidiéramos usar como vía de escape la colina rocosa que tenemos encima... salir por arriba?

—¡Nunca lo lograríamos, tribuno! En la colina rocosa que tenemos encima discurre un sendero, está vigilado por guardias que, en ocasiones, permanecen allí incluso durante la noche. Supongo que será uno de los primeros puestos que habrán pensado en vigilar.

—Puede que tengas razón... —respondió pensativo el tribuno—. ¿Tú qué camino tomarías?

El egipcio reflexionó durante unos instantes:

—Ahora las aguas están altas y la gente no tiene otra cosa que hacer que charlar y curiosear los asuntos de los demás. De aquí al Nilo nadie puede moverse sin ser visto. Y, de todos modos, sólo hay dos caminos para ir: el que toman los peregrinos para ir al templo, que en dos millas lleva a la ribera del Nilo, y el que conduce a nuestra aldea pasando por los viejos cementerios.

—Entonces: la colina de detrás de los templos seguramente estará vigilada y tú sostienes que sólo hay dos maneras de salir de aquí. Pero ¿y si intentáramos salir, de uno en uno, o en parejas, pasando por los campos y huertos que se ven verdes desde aquí hasta el río... es más, desde aquí hasta las aguas altas?

Pausiris negó con la cabeza:

—Los campesinos de la zona ya estarán en sus destinos para los trabajos del “impuesto del

terraplén”, pero en las tierras de las que hablas, hay varias de sus viviendas. Las mujeres no tienen otra cosa que hacer que colocar las nasas para preparar la cena y los chicos van de un lado a otro, cogiendo ranas o bañándose, como cualquier chaval. Incluso por la noche, la gente circula por todas partes, unos para quitar las nasas, otros para refrescarse del calor del día... Aquí todo el mundo ve cualquier cosa que pasa y los guardas suelen prometer pequeñas recompensas a quienes les ayuden o descubran a extraños.

—Pausiris, de un modo u otro, ¡tenemos que salir de aquí! ¿Cómo lo harías?

El egipcio parecía meditar sobre la difícil solución del problema y finalmente respondió:

—Cada vez que han convocado un nuevo contingente de guardias para algún servicio especial, por ejemplo con ocasión de una ceremonia, acampaban a medio camino entre este templo y esas gigantescas estatuas que vosotros llamáis “Los Colosos”.

—Sí, los Colosos de Memnón, continúa.

—No hay razón alguna para que esta vez sea distinto. Desde ese campamento enviarán patrullas, de vez en cuando, para vigilar los caminos e interrogar a los campesinos. La única vía que queda es la que lleva a nuestra aldea y luego al Nilo. Quizás también la vigilen. En los viejos cementerios hay muchos rincones en los que esconderse al abrigo de la oscuridad, pero yo nunca me aventuraría por ese camino, a menos que tuviese la seguridad de que no está vigilado.

—Tienes razón, Pausiris, yo también actuaría así —asintió el tribuno—. Pero no podemos enviar a uno de los nuestros de avanzadilla... se arriesgaría a que le atraparan. Necesitamos ayuda externa, de alguien de aquí, fuera de toda sospecha: sin correr riesgos, podría hacernos saber si el camino está despejado. ¿Podría pasar una mujer o un niño?

—A veces los críos vienen al templo para traer comida a los peones.

—Lo suponía. Un chaval sería el que mejor podría alertarnos si el camino está despejado. Pero no tenemos ningún chiquillo que pueda cumplir este servicio. Así que uno de nosotros tiene que salir, ¡no hay otra manera! Entonces, si el camino está libre, podría enviar a un chavalín de vuelta para advertir a los demás.

El tribuno volvió a encerrarse en sus pensamientos y poco después fue a relevar a Demas a la salida del gran corredor. Pasó al lado del centurión, sentado en el suelo, con las manos atadas, junto al hogar apagado en el ensanchamiento del corredor y con una mirada en absoluto resignada.

—¡Tendrás que decidirte a cumplir las órdenes, tribuno! —le advirtió el centurión—. ¡No puedes salirte con la tuya frente al gobernador del Alto Egipto!

—¡Más te valdría que pensaras en ti mismo, Sópatro! ¡Te has rebelado contra un superior! ¡Y eso solo se llama de una forma: insubordinación!

Cuando llegó la noche y se apagó también el hilillo de luz que el espejo reflejaba en el interior del gran corredor, el médico Suetonio se unió al tribuno Lobo cerca de la boca de la galería:

—¿Ocurre algo ahí fuera?

—No, Suetonio, no hay signos de vida a este lado del templo. Pero sin salir, es imposible saber lo que los guardias están haciendo.

—¿Quieres enviar a uno de los peones a investigar ahí fuera?

—Ahora ya no podemos hacer otra cosa. Pero no me fío del todo de esta gente: podrían inventar excusas y desaparecer de buenas a primeras.

—¿Te preocupa que puedan denunciarnos a los sacerdotes?

El tribuno negó con la cabeza, y en la penumbra sólo pudo verse un rápido destello de sus ojos:

—No, no pueden hacer eso. Los sacerdotes los harían empalar sólo para dar un escarmiento.

—A cada día que pasamos aquí, las cosas se complican más y más. Ahora incluso tenemos que mantener a raya al centurión.

El tribuno asintió con hastío, como si fuera algo que ya no tuviera remedio.

—Pero en última instancia, tribuno, ¿has entendido lo que querían hacer con ese tesoro que no hemos encontrado?

—Claro que lo he entendido, Suetonio. ¿Aún no tienes claro lo que estaban tramando?

—Es evidente que detrás de todo esto está el legado Nepote, él es quien mueve los hilos de esta historia... pero ¿qué podría hacer con un tesoro? ¿Una insurrección de la Tebaida? ¿Separarse del resto de Egipto y crear su propio reino?

El tribuno sonrió:

—Nepote nunca iniciaría una insurrección, procede de la administración del ejército y sabe que nadie podría oponerse a una acción de Alexandria. Simplemente quiere el oro para sí. Si el prefecto Cayo Vibio Máximo no fuera renovado en su cargo, él también deberá marcharse. Su objetivo es abandonar Tebas con un tesoro y convertirse en uno de los hombres más ricos del imperio.

—Entonces, poco más que un saqueo. Y para nosotros... ¿qué podría haber preparado?

—Todos los que están al tanto de este asunto han sido reunidos aquí y, ciertamente, no quiere dejar testigo alguno.

Al oír las crudas afirmaciones del tribuno, Suetonio, involuntariamente, se había estremecido:

—¿Nos habría matado a todos?

—Por supuesto. Bastaba con matarme a mí, el único capaz de reaccionar. El centurión y el optio eliminarían luego a los demás, uno a uno. Cuando la operación terminara sólo quedaría uno, casi con toda seguridad el centurión Sópatro.

—... ¿a Heráclides también?

—A todos.

—¡Sólo el centurión lo habría compartido con el legado Nepote!

El tribuno lo negó con la cabeza:

—Buscaban un gran tesoro, pero al final todos terminarían por desaparecer: primero el contubernium de Sópatro, y por último el centurión. Les habría enviado un sicario, seguro que Nepote tiene más de uno. El centurión habría acabado como Elio Saturnino, su predecesor.

—¿Sabías todo esto antes de venir aquí?

El tribuno no respondió, sino que se limitó a decirle:

—Ven conmigo, es hora de hablar con Pausiris.

El egipcio estaba sentado en la yacija discutiendo con Demas.

—¿Cuál de tus hombres es el más seguro —le preguntó el oficial—, para recorrer el camino que conduce a tu aldea y comprobar si está libre?

—¡Ninguno de mis hombres puede aventurarse a hacer este servicio! Todos estamos en la lista de los obligados al “impuesto del terraplén”, y el centurión Sópatro ha registrado que en este momento estamos trabajando en Apolonópolis Parva^[55]. Ya sabes que a los que se descubre evadiéndose del impuesto, les esperan cadenas y trabajos forzados.

—Sí, ya me lo habías dicho, el centurión falsifica las actas de vuestra presencia en el trabajo. Pero somos romanos, no se nos puede localizar aquí porque no tenemos ningún motivo para estar entre los templos en este momento.

—El único que podría ir, tribuno, es Epímaco, el hombre que nos suministra la cal. Si los guardias lo sorprenden puede inventarse alguna excusa, es conocido y no está obligado al

“impuesto del terraplén”.

—Ahora mando que lo llamen. ¿Podemos confiar en él?

Pausiris, a la luz parpadeante de la luz, reflexionó un instante:

—No nos traicionará, pero no confío del todo en él porque no es uno de mis hombres y tampoco es pariente mío.

—Entendido... ¿podríamos prometerle un premio?

—Epímaco es un mercader y no lo rechazará, pero nunca tendrá el coraje de volverse para avisarnos si el camino está patrullado.

—¿Y crees que podemos fiarnos de que nos entregue un mensaje?

—Sí, ese es un servicio que él hará, no corre ningún riesgo por esconder un trozo de papiro.

—No he visto a tus hombres en todo el día, ¿dónde están?

—Están buscando algo de madera para prepararme una camilla, aún estoy demasiado débil para seguiros cuando llegue la hora de partir. Pero también les he ordenado que hagan unas últimas comprobaciones en la estancia del final del corredor, esperaba encontrarme, al menos, algún escrito u objetos abandonados por los peones que excavaron estos túneles hace muchos años.

—¿No habéis encontrado nada?

—No lo sé, hoy terminarán de excavar en el lateral de las paredes, de momento parece que no hay nada más.

—Bien... ¡que venga Epímaco y a ver si nos ponemos de acuerdo!

El tribuno hizo una señal al médico para que le siguiera por el corredor:

—Suetonio, ni siquiera Pausiris confía completamente en el hombre del enlucido. Lo utilizaremos para hacer llegar un mensaje a Tebas. Sólo hay un hombre en quien puedo confiar: el tribuno Cercón, que actúa como intermediario entre el gobernador y el colegio de sacerdotes. Él mantendrá en secreto este asunto. —Se detuvo un instante para pensar—. Tendrá que enviar a alguien a comprobar el camino, pero luego debería encontrar a un chaval de confianza que viniera a darnos la señal de vía libre en el momento oportuno. Pero un chaval normal y corriente nunca encontraría la salida de este corredor. Me temo que esta tarea es demasiado complicada para que nos salga bien.

—Sí... a mí también me lo parece, tribuno. ¿Saldremos en pequeños grupos, confiando en tener suerte?

—No... debemos hacer lo imposible para que no nos pillen. ¡Nos arriesgamos a iniciar un levantamiento de los sacerdotes y del pueblo llano! Escucha, Suetonio, estaba pensando en otra posibilidad: todo el mundo puede ver y comprobar que eres médico. ¿Y si salieras e inventaras alguna historia creíble para justificar tu presencia en los templos, en caso de que te detuvieran?

—¡Claro que es fácil demostrar que soy un médico de verdad!, pero ¿qué justificación podría tener?

—Tendremos que inventarnos algo.

Pero después de que los dos hubieran estado un rato disfrutando del aire puro que se filtraba por las grietas de las rocas, a Suetonio le vino a la cabeza otra cosa:

—Tribuno, ahora que lo mencionas, ¡yo tendría al hombre adecuado para apostarse en la aldea de los peones y vigilar el camino al templo! ¡Es mi ayudante Honoracio! Por cierto, ya conoce la aldea, le envié allí a husmear cuando me ordenaron cuidar de Heráclides.

—¡Ah!, ¡Honoracio! ¿Y ya conoce la aldea de los peones? ¡Podría ser el hombre idóneo para nosotros! ¿Sabe leer?

—Sí, no es una centella, ¡pero sabe leer! ¡Podemos enviarle un mensaje!

XL.

—Honoracio es tu ayudante, debes conocerle bien. Intenta redactarle un mensaje no demasiado complicado que le haga comprender lo que debe hacer, sin posibilidad a la equivocación —se explicó el tribuno, hurgando en su bolsa para buscar el material de escritura necesario.

En efecto, Honoracio era un sujeto un tanto peculiar: las órdenes tenían que ser muy claras para evitar que cometiera alguna que otra extravagancia de su propia cosecha.

Suetonio escribió unas líneas, las corrigió varias veces y finalmente entregó el papel al tribuno:

—Léelo y dime si te parece bien.

Necesito tu ayuda porque me encuentro en una situación en la que me juego la vida.

El mercader de cal Epímaco te ha llevado este mensaje, él sabe dónde estamos escondidos y dónde debes enviarme la respuesta.

Debes comprobar el camino que va desde la Casa de Millones de Años hacia el levante, hasta la aldea de los peones del templo, la que ya conoces.

Necesito saber si este camino está custodiado por los guardias de los sacerdotes, o bien, por los legionarios del legado Nepote.

Envía a un chaval por este camino para ver si está patrullado. Proporcionale una bolsa de comida para que, si le paran, pueda justificarse diciendo que se la lleva a un tío suyo para comer.

Cuando el camino esté despejado y ya no haya peligro, envía al chaval con la respuesta.

Epímaco le explicará dónde encontrarnos.

Ten cuidado, es cuestión de vida o muerte para tí.

S.

El tribuno leyó atentamente y por último comentó:

—El mensaje está claro, aunque suene demasiado a juego de espías. ¿Es espabilado tu ayudante?

—Es bastante espabilado, ha tenido una vida difícil que le ha obligado a saber apañárselas en muchas ocasiones.

—Sí, puede ser, pero me dio la impresión de no ser demasiado digno de confianza. Me veré obligado a confiar en tu juicio, Suetonio, porque no nos queda otra. Si hasta ahora ha vivido de apaños y arreglos, y te obedece, ¿debería ser capaz de llevar a cabo este encargo! En marcha, vayamos a buscar a Epímaco y si no hay movimiento, lo mandaremos esta misma noche.

El mercader Epímaco ya se había cansado de su reclusión bajo tierra, y sólo deseaba volver con su familia, así que se mostró dispuesto a aceptar las órdenes del tribuno, a jurar que guardaría silencio y fidelidad y a cualquier otra cosa que se le exigiera con tal de que le dejaran marchar. El tribuno solicitó la presencia de Pausiris y Demas para darle más importancia al asunto, y ambos asintieron a cada palabra del oficial. Por último, le explicaron al mercader cómo podría encontrar a Honoracio, lo cual era muy sencillo porque la sede de las cohortes en servicio en el pretorio era conocida por todos los habitantes de Tebas.

Llegado el momento, se apartaron algunas piedras, el aire de la noche penetró por el corredor

y tras una hora de escucha y atenta observación, el temeroso mercader se puso en marcha, manteniéndose agazapado entre los peñascos para permanecer oculto el mayor tiempo posible. El hombre conocía bien los alrededores del templo, y ninguna voz se alzó para detenerle, ni se encendió ninguna antorcha. Si alguien, a pesar de la oscuridad de la noche, prácticamente sin luna, lo hubiera visto dirigirse hacia las tiendas de los peones, habría podido confundirlo con uno de los hombres que trabajaban en el templo.

La noche era tranquila, el tribuno cedió el puesto de guardia a Demas y regresó al subsuelo. En cuanto vio al médico le dijo:

—El mensaje estará en manos de tu ayudante Honoracio puede que mañana por la mañana. ¿Crees que se moverá con rapidez?

—Sí, se moverá raudo y veloz. Le he dejado muy claro que aquí nos estamos jugando la vida, y por muy holgazán que en ocasiones sea con el trabajo, éste es un mensaje que no puede ignorar. Espero que responda a la llamada de inmediato. Se tomará su tiempo para controlar el movimiento de los guardias, pero tal vez tengamos una respuesta en un par de días.

—¡Bien! He de confesarte que me preocupa el abandono de esta operación. Tal vez una revuelta en todo el Alto Egipto esté en manos de tu ayudante, un egipcio de dudosa reputación.

El médico asintió:

—Hemos actuado de la mejor manera posible y que todo acabe bien, sólo depende de la voluntad de los dioses.

Al día siguiente, el médico Suetonio tuvo que permanecer largo rato junto al centurión Sópatro. El hombre tenía las manos atadas pero, aun así, era necesario mantenerlo bajo control.

El centurión estaba lejos de resignarse al fracaso de su plan y aprovechó de que el médico estaba a su lado para soltarle algún impropio y agudizar sus temores y sospechas:

—Mi optio... ¿está muerto?

—Sí, centurión —le respondió el médico—, le alcanzaron en el pecho y murió al instante.

—Y... ¿dónde lo habéis dejado?

—Los hombres lo enterraron bajo la tierra de la vieja galería que conduce a las estancias de los sacerdotes, en la parte trasera del templo.

—Casidiano no era un hombre extraordinario, pero obedecía las órdenes. ¡Así es cómo funciona el ejército, médico! ¿Sabes que pronto tendrás su mismo fin?

Suetonio se guardó mucho de responderle, y el centurión continuó:

—¡Tú también tenías órdenes estrictas y te has rebelado! Acabarás despedazado, y tu cadáver se pudrirá en algún basurero de Tebas.

Viendo que Suetonio no daba muestras de escucharle, prosiguió:

—Claro que aún estás a tiempo de reconsiderarlo... al legado sólo le interesa el resultado de la operación, no lo que puedan obrar sus subordinados.

—Precisamente, Sópatro. Y la operación salió mal, ¡porque no encontramos ningún tesoro!

El centurión sonrió, había conseguido su propósito: hacer hablar al médico.

—Por supuesto que estamos llenos de defectos, no lo niego —insistió el centurión, que a duras penas podía moverse sobre tierra y piedras, con las manos atadas a la espalda, tratando de encontrar una posición más cómoda—. Mis hombres también son burdos legionarios, ignorantes, podría decirse, pero no se arredran ante nada y arriesgan sus vidas por órdenes que ni siquiera comprenden. Vosotros, los médicos, en cambio, cuando salváis una vida, no arriesgáis nada vuestro ¡y os atribuyen incluso un gran mérito por ello! Y si el enfermo muere, nadie os culpará porque sabéis que la vida es así, y nadie ha venido a este mundo a quedarse para siempre.

—La tuya es palabrería fútil, Sópatro. No hemos encontrado nada... ¡nadie puede cambiar eso!

—¡No es cierto, médico! Bastaría con decir que no hemos encontrado nada... ¡de momento! La búsqueda debe continuar: de un largo tramo del corredor, sólo conocemos la parte más alta, la que está cerca del techo, porque hasta ahora no ha sido posible quitar la tierra y despejar el corredor hasta el suelo. ¿Quién nos asegura que bajo la superficie, apenas un palmo por debajo de donde hemos desenterrado hasta ahora, no se abre algún otro pasadizo? —se detuvo un momento para observar el efecto de sus argumentos, y concluyó—: Bastaría con explicárselo al legado y cualquier otra búsqueda quedaría aplazada hasta la próxima crecida del Nilo. Tendrías todo el tiempo necesario para irte de Tebas y tal vez con una pequeña recompensa por guardar silencio.

No hacía falta ser demasiado espabilado para intuir que a las personas incómodas jamás se las silenciaría con un premio sino, y mucho más sencillo, con un hachazo bien asestado.

Como era necesario ahorrar el aceite de linaza de las lámparas, el candil con la mecha baja difundía su espectral resplandor amarillento sólo hasta dos pasos de distancia. De la oscuridad salió Demas que probablemente, oculto en la penumbra, había oído las divagaciones del centurión. El turno de Suetonio había terminado y se retiró a dormir en el cuartito que compartía con Pausiris. En cuanto rascó en el yesquero se dio cuenta de que el egipcio estaba sentado en la yacija, como si estuviese esperándolo.

—Me han dicho que todo va bien —susurró.

—Sí, si los guardias hubieran detenido a Epímaco, ya habrían venido a buscarnos. Sólo será cuestión de tiempo y en breve podremos alejarnos de estas fétidas galerías.

—Médico Suetonio, tendrás que perdonarme si te hablo sin rodeos, pero estoy preocupado por mi familia. Entiendo que liberaréis al centurión, y ese hará que los maten a todos.

—Ojalá pudiera ayudarte, Pausiris, pero realmente no sabría cómo. El tribuno no puede asesinar a un oficial a sangre fría y en cuanto salga de aquí, a mí también me buscarán como desertor o traidor. No podemos hacer nada contra el gobernador del Alto Egipto.

—Perdóname que insista, médico, pero si quisieras podrías ayudarme...

—¿Y cómo? ¿Tienes algo que sugerirme?

—Creo que puedes persuadir al tribuno para que libere a mis padres y nos permita escondernos en algún lugar hasta que las aguas se hayan calmado. ¡Matarán a mi hijo, a mi esposa y a mi padre Heráclides, sólo para que no hablen!

—¡Aunque el tribuno quisiera no podría enfrentarse a cuatro o cinco legionarios experimentados apostados en esa casa!

—Médico, en todo el tiempo que llevamos juntos en esta tumba he llegado a conocerte, y creo que estás en manos de esta gente, ni más ni menos que nosotros.

Suetonio se asombró de que el dócil Pausiris llegara a hablar tan abiertamente, pero no quiso interrumpirle.

—¿Puedes creer lo que te digo? —continuó el egipcio—. Hay alguien que podría cambiar tu vida y liberarte de las ataduras que te tienen atrapado.

—¿Ah sí? ¿Y cómo?

—¿Puedes jurarme que convencerás al tribuno de que saque a mi gente de esa casa en la que están prisioneros?

Suetonio, maravillado, abrió los ojos de par en par.

—No lo sé... pero no entiendo cómo vas a resolver mis problemas si ni siquiera los conoces.

—Puede que sepa lo suficiente para garantizarte que si me das tu palabra de que liberarás a mi

gente, podrás vivir libre de los engaños a los que ahora te ves obligado.

—¡No puedo imaginar cómo podrías hacerlo! ¿Tienes poderes que yo desconozco?

Suetonio sabía que la gente que está a punto de ahogarse puede aferrarse incluso a una brizna de hierba, pero si solo hubiera sido posible, habría ayudado de buen grado a aquellas personas que se habían metido en problemas por culpa de un abyecto gobernador.

—¿Puedes creer en mi palabra, médico Suetonio? —continuó el egipcio a la temblorosa luz rojiza de la lámpara.

—Hasta podría creerte, Pausiris, por imposible que me parezca.

—No, no... es posible, te lo aseguro. Tienes que creerme... pero veo que ahora estás cansado. Aún tenemos tiempo y quiero dejarte descansar. Mañana tal vez hayas recapacitado y puedas responderme si eres capaz de darme tu palabra en esta gran empresa, a cambio de la liberación de tus problemas.

Suetonio, cada vez más sorprendido por la propuesta, pero aún más asombrado por el cambio de tono del egipcio, se dispuso a apagar la lámpara.

Hasta hacía unas pocas horas, Pausiris era un manso jornalero, aunque capaz de dirigir a otros de su condición. Ahora proponía un intercambio increíble: la liberación mutua de los problemas que les acosaban.

¿Qué sabía el egipcio y de dónde le venía esa seguridad?

XLI.

Aquella noche, Suetonio reflexionó que, si bien era cierto que los romanos dominaban Egipto desde la época de César, desde hacía más de cien años, eran gobernantes que no podían pretender saber lo que pensaban sus habitantes. Eran dueños de las riquezas que procedían de Egipto, pero con demasiada frecuencia los egipcios, en presencia de los romanos, susurraban comentarios rápidos e incomprensibles en el dialecto que sólo ellos conocían. Roma era la que mandaba, pero extranjera, eso era lo esencial.

Cuando los pasos del tribuno Lobo indicaron que cambiaba de guardia a la salida del gran corredor, Suetonio rascó el yesquero para prender la mecha de la lámpara, y su mirada se cruzó con la de Pausiris, que, como él, parecía haber dormido poco y mal.

—¡A lo mejor la próxima noche llega el mensajero y podemos salir todos de este agujero! — rompió el silencio el médico. La mirada del egipcio era siempre de preocupación, así que añadió —: Pausiris, no puedo darte mi palabra de que pueda convencer al tribuno. Para estar seguro del éxito, habría que asesinar a los guardias que custodian a los tuyos, ¡y no sé si eso puede hacerse!

—A mí me basta con tu palabra, que jures por tus dioses y por lo que más aprecies que harás todo lo que esté en tu mano para convencer al tribuno. —Tras unos instantes de un silencio ensordecedor, concluyó—: El tribuno es la única persona que puede ayudar a mi familia, y tú eres el único que puede convencerle. ¿Tengo tu palabra?

El médico masticó algo: de todos modos, si estaba en sus manos le ayudaría, así que al final le susurró:

—Lo intentaré... no sé cómo se lo tomará.

—¿Sabes lo que necesita? No me parece un hombre amante del dinero.

—No, es otro tipo de persona. Tú también lo has visto, es un hombre que juró lealtad al emperador y a la legión, y cree en el juramento que hizo. Sin duda quiere que este asunto ni deshonre ni perjudique al emperador y al prefecto de Egipto. Sé que necesitará de mi testimonio en Alexandria para esclarecer lo que está sucediendo en el Alto Egipto.

—Tú le ayudarás y todos nosotros le ayudaremos, igual que mi peón Demas, al que ya le has salvado la vida. ¿Tengo entonces tu palabra?

Suetonio estaba más que seguro de que en el oscuro corredor subterráneo nunca encontraría la solución a sus problemas. Había perdido a su familia el año anterior y sólo podía esperar la tranquilidad que podría proporcionarle el anonimato en alguna ciudad, lejana y desconocida. Pero no quería defraudar al egipcio y, además, sentía curiosidad por saber qué estaba maquinando:

—Sí, te doy mi palabra. Te habría ayudado de todos modos. Pero dime... ¿qué sabes de mis problemas? ¿Y cómo piensas resolverlos? ¡Ahora quiero saberlo!

—Yo también soy un hombre de palabra, médico. Me salvaste la vida y me convertiré en jefe de la aldea cuando los dioses decidan que ha llegado el día para mi padre Heráclides. Eso sí, debes mantener en secreto lo que te diga.

Suetonio resopló, no estaba de humor para disfrutar del aire de misterio y juego de palabras que tanto parecían gustarles a los egipcios.

—Esto es importante, médico, has de creerme porque de ello dependerá tu vida y la nuestra. Nunca podrás hablar de esto con nadie más que conmigo o con Heráclides. Tu vida y las nuestras, ¿entiendes?

Tenía que ser algo verdaderamente terrible, y esta vez Suetonio, muy serio, asintió con la

cabeza:

—No sé de qué se trata, pero si crees que se trata de nuestras vidas, pues bien, tienes mi palabra, no se lo diré a nadie.

—No podrás hablar de ello ni al tribuno, ni a tu mujer, si la tienes.

El médico volvió a asentir, y Pausiris, levantándose de la yacija, llegó al corredor con el paso cansino de un enfermo: lanzó un silbido tenue y sibilante con el que los hombres solían llamarse entre sí. Unos instantes después llegó Demas, a quien sólo le hizo una señal con la mano y la cabeza, sin decir ni una palabra. Era algo que ya debían de haber discutido.

—Demas te conducirá al fondo del corredor... cuando vuelvas, te lo explicaré.

Suetonio, lleno de asombro, se adentró con Demas en las profundidades del corredor; recordaba que había estado allí unos días antes, pero entretanto, las excavaciones habían continuado para despejar todo el espacio posible en la última cámara. Tierra y piedras de desecho habían sido amontonadas a poca distancia, estrechando el ya de por sí angosto conducto que descendía hacia las entrañas de la tierra.

A mitad del recorrido, el médico tuvo que atarse a las rodillas unas protecciones de alfalfa, porque tenía que seguir arrastrándose.

Los últimos cien pasos fueron horribles: el túnel tenía tres pies de alto y otros tanto de ancho; el techo seguía siendo de roca desnuda, y tuvieron que recorrer ese trecho apoyándose en los codos. Al cabo de un rato, entre el polvo y el calor sofocante que les dejaba sin aliento, vieron el tenue resplandor amarillento de una lámpara: habían llegado.

La sala, una tumba inacabada, había sido despejada casi por completo; era bastante similar a aquella en la que se encontraban Pausiris y él, con paredes y techo de roca rugosa y sin enlucir. Fuertes irregularidades marcaban la presencia de las estratificaciones naturales de la roca, y algún que otro hueco en el techo indicaba que se habían desprendido bloques de roca.

Un peón realizaba un extraño trabajo: semidesnudo por el calor sofocante del lugar, con dos cubos, uno de agua sucia y otro de enlucido, el mismo enlucido que había llegado a la obra unos días antes para cambiar el color de la tierra de desecho, trabajaba en una pared.

Pero en realidad no la estaba enluciendo. Quizás estuviera haciendo algo más complicado: observando con detenimiento, Suetonio se dio cuenta de que estaba trabajando alrededor de un agujero del tamaño de un puño en roca viva. Toda la zona circundante mostraba los signos de un trabajo reciente: aunque la roca pareciera intacta, salvo aquel agujero que aún no había sido cerrado, los signos de humedad mostraban otra cosa.

Al parecer, antes había un agujero mucho mayor que había sido minuciosamente cerrado, colocando pacientemente cada fragmento de roca en su lugar. Si no hubiera sido por las grietas aún húmedas y el agujero abierto, nadie habría dudado de que esa fuera roca compacta.

No se dijo ni una palabra, pero Demas hizo una señal con el dedo índice para que mirara dentro del agujero.

Suetonio, tratando de mirar al bies para alumbrar al mismo tiempo con la lámpara, vio que detrás del agujero había un vacío, y tal vez algo más que no se podía distinguir.

Miró al rostro de Demas y, asombrado, le preguntó:

—...no entiendo ... ¿qué es este agujero?

Demas llevaba consigo un trozo de papiro: lo dobló varias veces hasta formar una tira de un palmo de largo, lo encendió y, lanzándolo por el agujero, exclamó:

—¡Mira ahora, médico!

Suetonio no esperó que se lo repitiera. Esta vez, iluminada por la llama del papiro, vio que más allá de la pared de roca había una cámara vacía y a un metro del papiro ardiente, una puerta

hecha con dos tablones de madera maciza: dos manillas de bronce y un cerrojo ennegrecido por el tiempo estaban atados con los intrincados pasos de una cuerda.

Un bloque de arcilla del tamaño de un puño recubría los nudos y hacía las veces de sello: en él estaba impreso un complicado diseño en el que se distinguían los signos de la antigua lengua de los reyes de Egipto.

El papiro dio las últimas llamaradas amarillentas y se apagó. Cuando Demas retiró los fragmentos, Suetonio permanecía atónito y boquiabierto.

XLII.

Una hora más tarde, cuando Suetonio regresó a la pequeña estancia que compartía con Pausiris, encontró allí al tribuno Lobo. Naturalmente no le dijo nada; había empeñado su palabra.

—No será fácil salir de aquí —exclamó el oficial—. ¡Espero que tu ayudante Honoracio no se deje sorprender! La zona está vigilada, hay guardias por todas partes y, de vez en cuando, se ven las antorchas de las patrullas. Demas dice que uno de esos guardias pasó por el sendero a no más de veinte pasos de la salida del gran corredor. ¡Te veo asustado, Suetonio! ¿Has visto un espectro?

—No, tribuno, es que aquí falta el aire.

—Sí, yo también estoy deseando irme. ¡Olemos a chotuno!

El médico no contestó, tenía la cabeza en otra parte: empezaba a darse cuenta de que lo que estaba sucediendo en aquel extraño lugar era probablemente muy distinto de lo que todos habían pensado desde el comienzo de la empresa. El tribuno había dado en el clavo: los peones eran expertos en aquel trabajo, no era la primera vez que lo hacían, y era seguro que los romanos nunca llegarían a comprender del todo a las gentes del Nilo.

Ahora sabía de dónde sacaba Pausiris su confianza, y al cabo de un rato, una vez a solas con el egipcio, se decidió a susurrarle:

—¡La he visto...!

Desde su yacija el herido asintió:

— He confiado en ti, y te juro por la única mano que me queda... es más, ¡por mi hijo, que tendrás tu parte de lo que hemos encontrado!

Suetonio se tumbó en la yacija de paja prensada:

—El oro no me devolverá lo que he perdido. Mi hijo murió hace un año y mi esposa me dejó. Vine a Tebas para ser médico y dejar de estar implicado en las tramas de los poderosos, pero en lugar de eso he acabado en una espiral de engaños. Si conseguimos salir de aquí tendré que huir lo más lejos posible... quizá sólo en Alexandria tenga la oportunidad de rehabilitarme para continuar con mi trabajo.

—¡Ten fe, médico! Yo confié en ti cuando me cortaste el brazo. Ahora debes confiar en mí y ayudarme con el tribuno para que pueda reencontrarme con mi familia. Y en cuanto a Alexandria, ¡no te preocupes! Heráclides tiene allí a la familia de su madre y cuando llegue el momento sabremos encontrarte. Yo ya tenía una idea de cuáles eran tus problemas y muchas veces el dinero ayuda. ¡Todos saldremos de esta, eso también lo dice siempre Heráclides!

Durante la noche siguiente Demas estaba de guardia en la salida del gran corredor, esperando al mensajero, cuando, al inicio de la tercera vigilia^[56], oyó dos piedras chocando una con otra. El ruido era suave y procedía de pocos pasos de distancia. Sacudió al tribuno, que dormitaba en una yacija situada a poca distancia y juntos movieron, sin hacer ruido, la piedra que ocultaba la mayor parte del pasadizo. Demas dio a su vez una señal golpeando ligeramente dos piedras, y obtuvo respuesta.

Un instante después, un chiquillo, cuyos rasgos no se distinguían bien en la oscuridad, se acercó a la abertura. Demas le susurró:

—¡Estoy aquí, muchacho! ¿Tienes el mensaje? —y se asomó entre las piedras, como un demonio de la noche que emergiera de la tierra.

El muchacho no se asustó, era despierto y había sido debidamente preparado: le tendió un

trozo de papiro doblado y sin decir palabra, manteniéndose agachado, se alejó a toda prisa.

Unos instantes después, el tribuno leyó la única línea de la nota, escrita, con letra incierta, por alguien que también había dejado un par de manchas en la hoja:

El camino hacia el levante está libre.

H.

El oficial se la enseñó enseguida a Suetonio:

—¿Reconoces esta escritura?

—Sí, es la de Honoracio. Nunca ha querido practicar la caligrafía, insiste en que a él le basta con saber leer.

—¡Podemos recoger nuestras cosas y ponernos en marcha! No nos conviene perder tiempo porque el control del camino del levante se habrá hecho hace unas horas, y la disposición de los centinelas podría cambiar.

Todo estaba listo en el subterráneo, y los hombres llevaban sus zurroneos al hombro. El tribuno les pasó revista a todos:

— ¡No hagáis ruido! A la primera señal de alarma nos echaremos todos al suelo, o en la primera hondonada o barranco que encontremos. Pausiris, ¿podrás hacerlo?

—No temas, tribuno, no os retrasaré. Aún estoy débil, no me fío demasiado para caminar, pero mis hombres me llevarán a hombros y se turnarán cada cien pasos. No se puede hacer otra cosa, porque aquí no hay madera adecuada para construir una camilla.

El tribuno asintió: el egipcio estaba delgadísimo, debía pesar poco más que un niño y sus hombres no habrían tenido demasiados problemas para cargarlo.

Sólo quedaba el centurión.

El tribuno recorrió la corta distancia que lo separaba del ensanchamiento donde lo tenían y le dijo:

—Sópatro, por fin nos vamos y te aconsejo que no nos sigas. Si vuelves a cruzarte por mi camino, acabarás como tu optio.

—¿Quieres abandonarme aquí, tribuno, con las manos atadas? ¿Un centurión que siempre ha cumplido las órdenes?

—Tú no eres buena persona, Sópatro. Aquí dentro hay agua, comida y aceite para las lámparas. No dudo de que serás capaz de soltar los nudos.

Todos pensaban que habría sido mejor acabar con él, pero nadie se atrevió a sugerírselo al tribuno Lobo. Si hubiera sido posible, él ya lo habría hecho.

Caminaron hacia la salida y la oscuridad de la noche.

Pausiris tuvo que ser ayudado a salir del túnel que pasaba entre las rocas, y Suetonio, mientras tiraba de él de la túnica, le susurró:

—¡Ten cuidado de no golpearte el hombro!

Una vez que el herido estuvo fuera, mientras lo cargaban a hombros de uno de sus hombres, el médico le habló al oído y le preguntó:

—Escucha... pero, ahí abajo, ¿cómo la habéis dejado...?

—La cámara se ha cerrado casi por completo —masculló el egipcio—. El que pudiera llegar hasta allá, ahora sólo vería lo que tú viste la primera vez que estuviste: el techo de roca viva, a un metro de la tierra recolocada. Nada más.

XLIII.

La huida nocturna no fue nada sencilla.

Transcurrió sin contratiempos hasta el campamento de los peones que trabajaban en el templo. Entre las tiendas aún ardían brasas y olía a humo; seguramente los peones se habían quedado a comer y a disfrutar del aire nocturno charlando hasta muy tarde. Los fugitivos, circunspectos, pasaron junto a un seto que bordeaba unos campos cultivados, a una veintena de pasos.

Cuando estaban a media milla de distancia, vieron antorchas encendidas en el patio del templo, y algunas llamas empezaron a moverse.

Suetonio le susurró al tribuno:

—¿Habrán atrapado a Sópatro?

—¿Al centurión? No, hace falta algo más que esos imbéciles para capturarlo. Tal vez se hayan alarmado por otra cosa. ¡Aceleremos el paso, no veo antorchas por delante!

Por fin llegaron a la zona del cementerio, repleta de subidas y bajadas entre montículos de árida tierra de escombros, polvo y viejas tumbas que se extendía una milla aguas arriba desde la aldea de los peones. Demas, que conocía todos los recovecos, condujo a los fugitivos por senderos secundarios, aminorando la marcha de cuando en cuando para escuchar si algún ruido sospechoso interrumpía el silencio de la noche.

De pronto, surgieron de un lado del sendero, dos centinelas que tal vez dormían en un barranco. Los había despertado el pisoteo de pasos sobre el suelo seco.

—¿Qué hacéis aquí? —se oyó una voz imperiosa, cuando el grupo estaba a tres pasos—. ¿Quiénes sois?

—Estamos transportando a un herido —respondió el tribuno con prontitud. A la débil luz de la luna nueva, parecía que los dos estaban solos. Cada uno iba armado con una lanza corta y por un instante, en lugar de apuntarla en dirección al numeroso grupo, la habían levantado como para un desfile. Cuando la bajaron, estalló la refriega: el tribuno tuvo a bien atravesar al primero con su gladio, los peones se enzarzaron con el segundo y terminando ambos sobre el polvoriento suelo.

El tribuno no se atrevió a intervenir para no herir a uno de los hombres de Pausiris. Pero al cabo de unos instantes se impuso el número y los peones, irreconocibles en la oscuridad, se levantaron del suelo.

—... ¿lo habéis matado? —preguntó la voz del tribuno.

—¡Le he plantado una clavija de hierro en la cabeza! —susurró uno.

El tribuno observó cuidadosamente los alrededores: no se oía nada, el lugar estaba desierto, como el cementerio que era. Se agachó para ver a los dos guardias. Ambos estaban muertos. Al primero de los dos que había caído sin gemir, le había atravesado el corazón.

—¡No podemos arriesgarnos a que sus camaradas los encuentren! —murmuró—. Descubrirán que hemos utilizado este sendero para escapar y se desatará la caza. Si queremos dejarles con la duda y tener el tiempo que necesitamos para desaparecer, ¡debemos llevarnos a estos dos con nosotros!

Dos peones se hicieron cargo de los muertos mientras el tribuno removía la tierra para cubrir las oscuras manchas de sangre que habían empapado el suelo.

—Cuando los busquen durante el día, alguien descubrirá la sangre y ¡se darán cuenta de que aquí ha pasado algo! —murmuró.

—¡También hay que deshacerse de la tierra manchada de sangre! —susurró Demas—. Yo me encargaré... la recogeré con mi túnica y la tiraré más adelante. Podemos deshacernos de los muertos justo antes de la aldea: sé dónde hay un poco de tierra suelta que es fácil de excavar... será cuestión de poco tiempo.

Con unos pocos movimientos rápidos, Demas recogió, lo mejor que pudo en la oscuridad, el polvo humedecido de sangre en su túnica; reacomodó el suelo pisoteándolo con sus sandalias y, por último, con algunos puñados de polvorienta tierra, le dio al sendero una apariencia natural. Hizo todo esto a la tenue luz de la luna nueva y de las estrellas, y si el tribuno y Suetonio se sorprendieron por tan insospechada habilidad, desde luego no lo demostraron.

Tras unos centenares de pasos se hizo un alto en aquella tierra suelta que Demas había nombrado. Era una tumba que había sido excavada unos días atrás. En unos instantes, los obreros, cavando con las manos, obtuvieron un agujero lo bastante grande como para hacer desaparecer a los dos desafortunados centinelas.

Cuando entraron en la aldea fueron recibidos por los ladridos de un par de chuchos y se dirigieron, sin perder tiempo, a la casa de Heráclides. Honoracio dormía en el umbral; conocía bien la casa, era la misma que había venido a espiar un mes antes.

No le sorprendió esa curiosa procesión de extraños, y sólo dijo:

—¡Ya te ha costado llegar, Suetonio! Pero... por todos los dioses... ¡cómo apestas! ¿Dónde has estado?

—Luego te lo explico, Honoracio.

La llave de la casa estaba debajo de una piedra y sin hacer ruido todos entraron y se encerraron dentro.

El tribuno, a pesar del cansancio que ahora marcaba sus rostros, dio las órdenes:

—No podemos detenemos aquí y correr el riesgo de que nos sorprendan, podrían hacer preguntas comprometedoras. Pausiris, ¿es posible lavarse en esta casa? ¿Tienes ropa?

El capataz, contento de encontrarse entre las cuatro paredes de su casa, asintió:

—Hay tinajas de agua junto a la letrina. No tengo ropa para todos, pero mis hombres se las arreglarán. Yo también creo que nos conviene abandonar la aldea lo antes posible.

El tribuno y Suetonio se encontraron lavándose junto a las tinajas. También estaba la jarra de arena fina para rascar la piel y quitarse la suciedad más persistente.

El médico aprovechó la ocasión para entablar una difícil conversación con el tribuno, y la comenzó preguntándole por el centurión:

—Escucha, tribuno, quería preguntarte... de momento todo ha marchado bien, pero ¿no temes que el centurión Sópatro informe al legado Nepote y se inicie una cacería para encontrarnos?

—Sópatro se liberará fácilmente, tal vez ya se haya ido, poco después de nosotros. ¡Necesito que esté libre y que se presente ante el legado Nepote y le informe!

—¿Ah sí? ¿Y por qué?

—Sópatro no tiene elección, ¡y cuando abandone el gran corredor cerrará la entrada con sumo cuidado para que nadie la encuentre! Si se descubriera ese lugar, su vida ya no valdría nada porque no habría esperanza de continuar la búsqueda del tesoro. Él también sería únicamente un testigo incómodo y peligroso. No podría esconderse en ninguna parte, es un hombre que ha hecho toda su vida en la legión y sin dinero ni amigos que le protejan no sabría ni adónde ir. Y entonces Sópatro podría serme útil, podría testificar lo que se le ordenó hacer.

—Sí, entiendo que la tuya fue una elección meditada. Pero informará al gobernador... ¡y nos buscarán por todas partes!

—Puede ser. Pero ahora lo mejor para todos es que no seamos capturados y hablemos con los

oficiales. Por tanto, el legado Nepote no podrá hacer que nos busquen nuestras tropas; si acaso, tendremos que estar pendientes de posibles sicarios porque intentará quitarnos de en medio sin hacer ruido, como se hizo con el centurión Saturnino, el primero que pactó con Heráclides.

—Entiendo que tendremos que guardarnos las espaldas, tribuno. También me gustaría hablarte de otra cosa... es importante.

Los dos fueron interrumpidos por Demas:

—Aquí tenéis vuestras túnicas, es ropa basta de peón. Con la silla de brazos de Heráclides hemos hecho un palanquín, hemos atado dos palos a los lados y podremos trasladar a Pausiris rápidamente y sin cansarlo. También nos gustaría lavarnos, luego estaremos listos para partir. Si queréis hay algo de comer en la casa.

—¿Tendremos dificultades para cruzar el río?

—No, tribuno —le respondió el propio Pausiris—, uno de los nuestros ya ha ido a despertar a un primo de Heráclides que tiene su falúa amarrada no lejos de aquí. Es uno de los que sabe guardar silencio.

Menos de una hora después, cuando una grisura apagada en el horizonte presagiaba la llegada del alba, la falúa con los dos romanos, Honoracio y la peonada completa a bordo se alejaba de un atracadero provisional en un camino rural inundado, para cruzar el curso del Nilo que se había hecho enorme debido a la crecida.

El tribuno y Suetonio iban en la proa, atentos a observar el desolador escenario de la inundación en el que se movía la embarcación, entre campos anegados e hileras de palmeras.

—Me estabas diciendo, Suetonio, que querías hablarme de algo importante...

—Sí, tribuno —la mirada del médico se cruzó casi por casualidad con la de Pausiris, cuyo ceño fruncido indicaba que intuía cuál era el tema—. Di mi palabra a esta gente de que rescataríamos a Heráclides, que está en manos de los legionarios del centurión Sópatro.

—¡No sé cómo voy a hacer eso! Tengo que terminar un asunto muy complicado... del que no puedo hablarte ahora. En cualquier caso, ¡no puedo arriesgarme a un enfrentamiento con cinco hombres! ¡Y nuestros propios legionarios!

—Comprendo que no tengas hombres de confianza que puedan ayudarte, pero se trata de la familia de Pausiris. Estos trabajadores son hombres robustos y no se echarían atrás para darnos una mano.

—¡No puedo arriesgarme a que me detengan ahora, Suetonio! Debo asegurarme de que se lleve a Alexandria un informe completo sobre estos ignominiosos sucesos.

—Ya le he dado mi palabra, tribuno, no puedo retractarme después de que se hayan ofrecido a ayudarnos. No creo que sin su ayuda y la de sus amigos, lo hubiéramos conseguido.

—¡Lo entiendo, Suetonio! Tú has hablado con ellos... ¡por eso han sido tan dóciles y obedientes a las órdenes en los últimos días! ¿Quieres que olvide también lo que estaban haciendo en aquella madriguera?

—Solos no habríamos salido de allí, tribuno, no puedes negarlo.

—¡Solos tampoco habríamos entrado en ese agujero! De todos modos, hicieron frente común con nosotros porque les importaba salvar el pellejo. Si hubieran podido arreglar las cosas por su cuenta, ¿nos habrían ayudado?

—Comprendo tu punto de vista, tribuno, pero por desgracia, una palabra es una palabra. De todas formas, tendré que ayudarles de otra manera.

—¡No hay otra manera, Suetonio! Conozco bien a los hombres de Sópatro. Son todos legionarios experimentados y asesinos natos. Te harías matar innecesariamente y yo en cambio te

necesito. Créeme, les ayudaría si pudiera, pero lo que tengo que hacer es demasiado importante y no puede esperar. Si consigo reunir los testimonios que necesito, te ayudaré a cumplir tu palabra, no antes.

La mirada de Pausiris, demasiado lejos para oírle, decía que debía de haber comprendido, por la expresión inflexible del rostro del tribuno, que había dificultades.

—No sabría cómo echarme atrás —le susurró el médico—. Claro que, si por casualidad caigo en manos de los legionarios de Sópatro y acabo muerto, difícilmente podré testificar por ti en Alexandria.

El tribuno no quiso contestarle. Parecía mirar fijamente la ribera oriental del Nilo que se acercaba. Amanecía, los rayos del sol iluminaban las blancas casas de la ciudad y a una milla hacia el septentrión, la amarillenta silueta de los templos.

Pronto estuvieron a pocos pasos de una de las vías principales, apenas unos pies por encima del nivel del agua. El tribuno parecía tener prisa por ir a algún sitio y acercándose a Pausiris con intención de saludarle, le preguntó:

—Deberéis tener mucho cuidado de no dejaros ver en Tebas. ¿Tenéis un lugar seguro donde esconderos?

—Te agradezco la preocupación, tribuno. Tenemos un lugar seguro... y tú ¿tienes uno?

El tribuno, en lugar de responderle, se volvió hacia el médico:

—¿No me iras a decir que quieres ir con ellos?

—Sí, me convendría acompañarlos para que no me vean por ahí, pero me gustaría que termináramos de hacer nuestros planes para volver a vernos en Alexandria... si todo va bien.

El tribuno Lobo, molesto por el chantaje que Suetonio le estaba haciendo, reflexionó: el médico lo necesitaba para aclarar su posición y no ser considerado un adocenado desertor; el tribuno necesitaba el testimonio del médico para explicar lo sucedido y denunciar en qué malas manos había caído la ciudad de Tebas y el Alto Egipto.

—Quedémonos con estos hombres, tribuno, al menos por esta mañana —le rogó el médico en voz baja, para no ser oído por los egipcios—. Querría hablarte de algo que me acaba de decir Pausiris.

—¿Está lejos ese lugar?

—No lo creo... debería estar a media hora de aquí.

—¿Es seguro?

—Es el mejor que han podido conseguir.

El tribuno Lobo negó con la cabeza, no quiso replicarle, y le hizo una señal con el índice para que abriera camino.

Acabaron en el barrio del extremo meridional de Tebas, en una casucha de adobe que tenía al lado un pequeño huerto casi completamente seco.

El barrio se estaba despertando. La zona no estaba tan densamente poblada como la ciudad y se encontraba muy cerca del polvoriento desierto. Distaba poco más de media milla de la casa donde Heráclides estaba prisionero con su esposa y el hijo de Pausiris.

En el interior de la casucha, además del habitual hedor a humo y a sudor rancio, había un hogar y cuatro yacijas que parecían recién liberadas de sus anteriores usuarios. Una mesa desvencijada y unos rústicos bancos completaban el mobiliario. Era el lugar adecuado para permanecer en Tebas y pasar desapercibidos, al menos durante un tiempo. Pausiris y sus hombres eran excelentes organizadores cuando así lo querían, sobre todo si estaban en juego sus intereses o los de sus familias.

—Oigamos lo que quieres sugerirme, Suetonio, o mejor dicho lo que te han convencido de sugerirme —resopló el tribuno.

—Los tebanos han comprendido que pretendes hacer que paguen el centurión y los que mandan en Tebas. Yo también estoy seguro de que quieres desenmascarar al legado Nepote.

—¡Es mi deber, Suetonio! ¡No puedo arriesgarme a que el buen nombre de Roma sea arrojado por la borda! ¿Tienes idea de lo que podría costar un levantamiento en Tebas? Podría poner en peligro el suministro de trigo del imperio. Ese es un riesgo que ningún oficial sensato querría correr, ¡y los imbéciles que tramaron este asunto deben ser quitados de en medio antes de que causen más desastres!

—Cuando nos apeábamos de la barca, Pausiris me señaló algo: no puede aventurarse a testificar, él estaba allí abajo dirigiendo las excavaciones, por mucho que tenga la excusa de haber sido chantajeado por el centurión. Pero según él, Heráclides podría estar dispuesto a testificar a tu favor.

—Podría ser un testigo útil, pero a Heráclides nunca podremos llevarlo a Alexandria. Me dijiste que está medio muerto.

—Es un hombre gravemente enfermo, quizás próximo al final de sus días, ¡pero podría dar testimonio ante los oficiales! Después de todo, es un estimado jefe de la aldea y ha trabajado para el colegio de sacerdotes toda su vida. ¿No crees que es un testimonio valioso?

—Ya... y mientras tanto comenzó sus propias excavaciones... — el tribuno guardó silencio en ese momento: era cierto que el egipcio había iniciado excavaciones clandestinas, pero no estaba obligado a decirlo todo.

—Pausiris dice que el gran corredor se descubrió por casualidad mientras trabajaba detrás del templo, donde se encuentran las viviendas de los sacerdotes —insistió el médico.

—Todo el mundo sabe que esta gente se las apaña como puede. Tendría que encontrar a un par de oficiales de confianza y a un escriba dispuestos a arriesgar sus vidas para reunir estas pruebas.

Mientras los hombres se afanaban en poner en condiciones la tosca vivienda, el tribuno se paseaba arriba y abajo por la estancia para recabar ideas. Finalmente se detuvo frente al médico:

—El testimonio de un jefe de la aldea podría tener cierto peso. Es cuestión de sacarlo y de traer testigos adecuados.

Pausiris se había instalado en un rincón y fingía atar las cuerdas que sujetaban su rústico palanquín; una tarea difícil que intentaba llevar a cabo sujetando un extremo de la cuerda entre los dientes mientras completaba el nudo con la única mano que le quedaba. No se había perdido ni una sola palabra, ni una sola de las expresiones que el tribuno había mostrado en su rostro, y finalmente sonrió.

XLIV.

—No tenemos mucho tiempo para terminar con este asunto, ¡y no puedo batirme contra mis propios legionarios! Haré lo que pueda por ayudaros, pero tendréis que encargaros vosotros y os doy una orden tajante: ¡no debe morir ningún soldado romano!

Demas, que había abandonado la faja que ceñía su ojo vapuleado por el difunto optio Casidiano, asintió.

El tribuno sacó de su bolsa una hoja de papiro, el cálamo y el frasquito de cristal con tinta y se dispuso a escribir unas líneas:

El centurión Sópatro está de regreso del lugar de operaciones. Os ordena volver a la guarnición a la hora quinta^[57] y que lo esperéis allí. Un hombre debe permanecer vigilando al prisionero.

Una sigla ilegible, colocada al pie, parecía dar una apariencia veraz a la convocatoria.

—Yo jamás me creería una nota así. ¡Ni siquiera sabes si la ha escrito un oficial! —negó con la cabeza Suetonio.

—Tú no la creerías, claro —sonrió el tribuno—, pero estos hombres no están esperando mensajes de un oficial, se están moviendo al margen de las reglas. Pensarán que el centurión regresa y tiene alguna nueva misión para ellos.

Pausiris tenía más de una duda y le preguntó al tribuno:

—Pero ¿cómo vamos a entrar si queda un hombre de guardia?

—Deberéis inventaros una excusa. Yo no puedo aparecer; me quedaré aquí, contigo y con el médico, y esperaré a que tus hombres hagan el trabajo.

—Podríais decir que lleváis la medicina a Heráclides —dijo Suetonio.

—No nos dejarán entrar, el guardia se mostrará receloso. Querrá que le entregues la medicina por una rendija de la puerta.

—¡Entonces dile que tienes que darle a él un ánfora de vino! ¡Ya verás cómo te abrirá la puerta!

—¡Sí!... ¡podríamos conseguir un ánfora de vino! —sonrió Pausiris—... y decir que se la envían sus colegas. ¡Podrían haberla comprado de camino al cuartel!

—A ese hombre no hay que matarlo, ¿está claro?

—¡Podría hacerle lo mismo que hice con Sópatro! —susurró Demas.

El tribuno fingió no haberlo oído.

Pausiris habló apresuradamente a sus hombres en el dialecto local: envió el mensaje destinado a los legionarios y luego les hizo sus últimas recomendaciones, visiblemente nervioso. Demas revolvió todo el cuchitril en busca de cualquier herramienta que pudiera servirle: encontró una sierra desdentada e inservible, un par de jarras rotas y, por último, halló en una caja tres cinceles de carpintero y una maza de madera, una de las corrientes, hecha con un cilindro rebajado en un extremo para hacer de mango. Era idéntica a aquella con la que había noqueado al centurión Sópatro.

Cuando Demas y dos peones se pusieron en marcha, con el palanquín de manos que ya había servido para Pausiris, el tribuno los saludó con la mirada. Se había sentado a la mesa y estaba redactando una larga carta.

Honoracio había estado inusualmente callado desde la noche anterior, tal vez un poco malhumorado, y por fin se le presentó la oportunidad de tener unas palabras con el médico.

—Temía que no íbamos a volver a vernos —sonrió el Tejedor—. Sabía que estabas metido en un buen lío y me alegro de haber podido ayudarte.

—Todo ha salido bien, Honoracio. Ahora concluiremos esta última operación, le había prometido a Pausiris ayudarle a liberar a su padre, a su mujer y a su hijo. ¿Hay novedades en el cuartel?

—No... ya no he vuelto al cuartel. Pero mira, vayamos afuera a la sombra, allí atrás, creo que he visto una especie de gallinero vacío...

Honoracio quería hablar libremente, a veces le daba vergüenza hablar de sus asuntos delante de extraños. El médico conocía esas fobias suyas y tras hacerle una señal al tribuno, le siguió detrás de la casucha. No era un gallinero, sino una leñera en la que, bajo un dosel de hojas de palmera, había un par de tocones que quedaban por partir y unos cuantos manojos de tallos de papiro, ya secos e inútiles para cualquier fin que no fuera el hogar.

—Me estabas hablando del cuartel, ¿ha habido problemas? ¿No has vuelto a ver a Orestila?

—La he visto... la he visto. Ha venido un par de veces buscándote... ¡estaba enfurecida!

—¿Qué quieres decir con... enfurecida?

—Hum... ¡no podía encontrarte y se ha enfadado!

—¿Te ha dicho algo de mí?

—Sí, se le escapó algo, la segunda vez que vino al *valetudinarium*. Me parece que dijo “¡Ya verás, cuando lo encuentre, se va a arrepentir de lo que me ha hecho!”, o algo así. ¡Menuda zorra!

Al médico se le pusieron los pelos de punta.

—Esas mujeres son peligrosas, Suetonio, ya te lo había dicho. Yo también he preferido recoger mis bártulos y trasladarme a dormir a una pequeña habitación encima de una taberna, en un lugar donde no circulan legionarios, sino sólo gente de paso que va y viene de otras ciudades.

Por el tono algo debía de haber ocurrido; el médico conocía lo suficiente a su ayudante como para saber que sus problemas estaban relacionados o con las mujeres, o con el dinero:

—¿Ha pasado algo... con aquella mujer, Avidia la Menor?

—Hum... me soltó un sermón extraño, del que no entendí nada... y al día siguiente insistió con lo mismo y las cosas que no entiendo, no me gustan. He preferido poner tierra de por medio.

—¿Que sermón te soltó?

—Es una mujer extraña. Por muy hermosa y joven que sea... es rara. A veces parece que se le va la cabeza y dice cosas que yo qué sé. En resumidas cuentas, ella quería huir.

—¿Quiere huir de Tebas?

—Quiere huir de su padre, el legado Nepote. Pretendía que yo le organizara su huida.

Suetonio había abierto los ojos de par en par y probablemente, se le estaban poniendo los pelos de punta otra vez:

—¡Eso es algo sumamente peligroso! Ayudar a la hija del legado a huir... a escapar de su familia. Es el hombre más poderoso de todo el Alto Egipto. ¡Si tocas a su hija, no habrá hombre o mujer en Egipto que no esté dispuesto a venderle tu pellejo! Ya has corrido un inmenso peligro al darle placer. Hiciste muy bien en marcharte de inmediato. Pero ¿adónde quiere huir?

—Quiere ir a Alexandria.

—¡A saber por qué querrá hacer algo así! A veces la riqueza alimenta extraños deseos. ¿No se lleva bien con su padre?

—Una vez me dijo que quería alejarse de su padre porque abusaba de ella, como si fuera una

concubina de tres al cuarto en lugar de su hija. Quiere que yo la acompañe... ella llevaría dinero, pero también quiere mandar, que yo sea como un cochero o un siervo. Esa mujer está completamente desquiciada. Creo que es como la otra, la esposa del legado.

A Suetonio por poco no le dio algo al recordar a Orestila y los riesgos que corría metiendo las narices en los asuntos privados del gobernador.

—Hiciste bien en desaparecer al instante. ¿Y no has sabido nada más de la joven?

—No, no he querido ni preguntar... al cuartel ya no voy, ¡y me cuido muchísimo de ni siquiera acercarme! Tu mensaje, en el que me pedías ayuda, me lo entregó mi amigo Demódoco, del que ya te he hablado. Él me guio hasta aquel hombrecillo, el asustado Epímaco, con el que luego llegué a la aldea de los trabajadores.

—Por cierto, Honoracio, ¡todos tenemos que agradecerte la forma en que dirigiste la operación! Anoche sólo encontramos un par de centinelas y, como puedes ver, lo conseguimos.

—¡Venga, Suetonio! Era una nimiedad y aquí en Tebas me estaba aburriendo. Ni siquiera tuve que enviar al muchacho de patrulla. Hace un rato he oído que pronto dejarás la ciudad, creo que iré contigo.

—Sí, quiero irme lo antes posible. En cuanto acabemos con la familia de Pausiris huiré en la primera falúa que encuentre. Pero ¿por qué has dicho que no tuviste necesidad de enviar al chaval a patrullar el camino?

—Ejem... no hacía falta. Tengo mis fuentes de información.

—¿No habrás hablado con algún sacerdote? ¡espero! —Tras un momento de duda, el médico le echó más leña al fuego—: ¿No habrás robado algo? ¿Unas órdenes de servicio?

El Tejedor guardaba silencio, y Suetonio añadió:

—¡En el cuartel robaste un papiro sobre la vigilancia de templos!

Honoracio se obstinaba en guardar silencio, fingiendo mirar más allá del tejadillo, entre las casas, masticando una paja como si el médico no se dirigiera a él.

—¡Quiero saber qué has estado tramando! ¡O me lo dices ahora mismo, o me busco otro ayudante!

El Tejedor finalmente sonrió:

—¡Tal vez puedas encontrar otro, pero saldrías perdiendo! ¿No te acabo de demostrar que puedo sacarte de apuros?

—Es verdad, me has sacado de este lío... ¡pero no quieres decirme cómo!

—Suetonio, a estas alturas ya puedo decírtelo también: no he robado nada en el Mando y vas por mal camino.

Suetonio entornó los ojos, incapaz de imaginar lo que le ocultaba.

—Ahora puedo llegar a saber... un montón de cosas. Eso es todo.

Era claramente una provocación y el médico fingió haber mordido el anzuelo:

—Ah... entonces debes poseer algún don oculto que no he llegado a conocer.

—Bueno... se trata de un don que acabo de descubrir. Y, de hecho, no hacía falta enviar a ese mocoso, tal y como me habías escrito.

—¿Me estás diciendo que no enviaste a nadie? ¿Y cómo te enteraste de que aquel camino estaba libre?

—Gracias a ti, Suetonio, gracias a ti. ¿Recuerdas cuando me enseñaste a leer bien, sin trastabillarme en cada palabra?

—¡Querrás decir aquella vez en que intenté, con escasos resultados, inculcarte la lectura, por mucho que me siga pareciendo que te trastabillas en cada palabra!

—¡Eso es lo que te piensas tú! Pero ahora sé leer lo suficiente como para ser un maestro... de

este arte. Piénsalo: ¡si no hubiera sido por mí, tú y ese pomposo tribuno tuyo habríais muerto! ¿Cómo crees que pude predecir que no encontrarías a los guardias de los sacerdotes?

—Tú sabías que el camino no estaba vigilado, doy crédito de ello, sólo encontramos a esos dos centinelas medio dormidos. Pero si no enviaste al chico a ver, no tengo ni idea de cómo pudiste hacerlo, porque haría falta poder predecir el destino.

Honoracio entrecerró un ojo y le devolvió una mirada de comprensión:

—¡Puedo demostrártelo cuando quieras, Suetonio! ¿Quieres ponerme a prueba?

El Tejedor parecía creerse lo que decía, a pesar de que todo el mundo sabe que no hay cosa más peligrosa en este mundo que presumir de poder desafiar impunemente al destino.

—Explícate mejor, Honoracio. Dime de qué se trata.

—¿Te acuerdas de cuando estábamos en la villa del astrólogo en Naucratis?

—Será muy difícil olvidarlo.

—¿Te fijaste, en la estancia donde le trataste, que tenía todos sus papiros colgados en las paredes?

—Sí, claro. Tenía unos mapas celestes con la posición de las estrellas, grandes papiros pegados llenos de dibujos y trazos complicadísimos de los movimientos de los astros.

—Y en esa estancia también estaba esto. —Honoracio extrajo de su zurrón de piel un rollo de papiro de tres palmos de alto, ennegrecido y brillante por el uso. Debía de ser antiquísimo.

—¿Se lo robaste al astrólogo? ¿Qué es?

—¡Es un “Oráculo de la Espada” [\[58\]](#)!

—¡Ah!, ¿sí? ¿De qué habla?

—Sirve para dar los oráculos. ¿Nunca has visto ninguno?

El médico, perplejo, negó con la cabeza:

—No... creo que nunca he visto ninguno. ¿Tiene que ver con los horóscopos?

El Tejedor asintió:

—¡A esto le tenéis que estar agradecidos el tribuno y tú, le debéis la vida!

—¿Afirmas que tienes el poder de hacer horóscopos? ¿Con ese grasiento papiro?

—¿Acaso no estáis vivos el tribuno Lobo y tú?

—No... ¡no puedo creerlo! ¡Los que en los templos hacen adivinaciones y emiten oráculos estudian durante toda su vida y pasan decenios encerrados en prácticas ascéticas!

—¡No te queda otra que convencerte, médico! ¡Ya lo he cotejado un montón de veces! Por mucho que vosotros, los militares, insistáis obstinadamente en tener fe ciega sólo en vuestras espadas, debéis haceros a la idea: ¡es todo cierto, créeme!

—No es que no crea en ello en absoluto, en cualquier unidad se hacen sacrificios a los dioses... ¡pero de los oráculos sólo se ocupan ciertos sacerdotes!

—¡Pues yo soy capaz! —le confirmó convencido de ello el Tejedor.

Suetonio no podía creer que un ignorante tejedor, con un pasado como desertor del ejército, fuera de repente capaz de dar oráculos, pero no supo resistir a la curiosidad:

—¡Explícame cómo funciona!

Honoracio colocó sobre un tablón de madera, que posiblemente había sido en otro tiempo el lateral de un armario, el bisunto rollo de papiro:

—Ésta es una copia completa del Oráculo de la Espada. Es posible que nunca hayas oído hablar de él, pero es una práctica muy conocida a lo largo del Nilo. Cuando yo era niño, en Menfis, oía hablar a menudo de gente dispuesta a recorrer muchas millas para que le hicieran un oráculo, bien hecho, con este sistema. Es una tradición centenaria, dicen, a la que recurrían muchas personas cultas, incluso reyes, cuando se trataba de tomar decisiones difíciles de las que

dependía el destino de familias, ejércitos y en ocasiones, ¡reinos enteros!

Honoracio desenrolló el papiro: debía de ser viejísimo y estaba deshilachado por su largo uso, había sido encolado en varios pasajes y unido con remiendos, pegados al soporte original, para mantener unidos los jirones. Algunas partes cubiertas por los parches habían sido reescritas con sumo cuidado y se distinguían tintas y manos diferentes. Las primeras páginas, dispuestas sobre el tablero de madera, estaban combadas como trozos de una tinaja rota, de todos los remiendos que se habían pegado con cola.

—Ahora ya sé cómo funciona —dijo Honoracio, seguro de sí mismo—. En primer lugar, has de saber que el Oráculo de la Espada no es capaz de darte una respuesta cuando te conviene, porque hay varios días en los que no se puede utilizar.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y eso por qué?

—¿Y cómo voy a saberlo yo? ¡No soy uno de esos santones de los que hablabas antes! ¡A mí me basta con que funcione! Sólo tengo que saber con exactitud en qué día del mes estamos, porque el Horóscopo no funciona los días 3, 5, 9, 14, 18, 25 y 29 del mes. Y los demás días sólo se puede utilizar por la mañana o por la noche.

Suetonio escuchó, confuso por haber descubierto esta inquietante faceta oculta de su ayudante.

—¡No pongas cara de mormiro^[59] hervido, Suetonio! Es así, está escrito aquí, son reglas centenarias, ¡no las he puesto yo! —y le señaló una de las primeras páginas donde aparecía en tinta, ahora roja, ahora negra, el listado de los días del mes.

—En primer lugar, es necesario hacer la invocación a Apolo. Esta es la razón, si realmente quieres saberlo, ¡por la que esta tradición de oráculos ha sido siempre dominio de los sacerdotes! La plegaria es ésta de aquí, la que ves escrita en rojo en esta página.

Suetonio comenzó a leer:

*Escucha, Señor, que estás en la fértil tierra de Licia,
o aún en Troya, tú que escuchas en todas partes...*

Se detuvo en la segunda línea:

—Bah... ya sabes, Apolo es el dios de la profecía —concluyó inseguro el médico, cada vez menos convencido de todo aquel extravagante asunto—. ¿Y entonces?

Honoracio rebuscó de nuevo en el zurrón y sacó tres dados de terracota, de los que se encuentran en cualquier rincón del Nilo, entre los jugadores de las tabernas o en ocasiones en manos de niños.

—Estos son los dados. Ahora presta atención: ¿Ves qué complicado se vuelve el papiro a partir de aquí? Está todo escrito, muy apretado hasta el final, una frase por línea y cada frase está numerada.

El médico desenrolló algunas páginas más y observó que al principio de cada línea de texto había tres números, intercalados con un punto; la lista de frases parecía prolongarse durante varias páginas.

Honoracio se percató de la perplejidad del médico y se lo explicó:

—Son exactamente doscientas dieciséis frases.

—... ¿doscientas dieciséis?

—Ahora tiro un dado cada vez, y por cada dado obtengo un número del uno al seis. Digamos, por ejemplo, que primero salió uno, luego tres y después cuatro: 1, 3, 4. Voy a buscar en el papiro, donde las frases están todas escritas en orden numérico.

—¡Déjame probar a mí! —El médico desenrolló el raído papiro hasta la frase que comenzaba con 1.3.4.

—Viene escrito: “*Para mí sus presentes son odiosos y carecen de valor*” ^[60]. ¿Qué significa eso?

—¡Por favor, Suetonio, un poquito de imaginación! Los oráculos están escritos para muchísimas personas, tienen que encajar en un número infinito de circunstancias, por eso parecen tan... genéricos. ¡Pero no lo son en absoluto! Permíteme que te lo explique: imaginemos que quieres que el oráculo te diga si deberías irte con una mujer que te gusta, o si sería mejor que te olvidaras de ella. En tu opinión, ¿lo que hemos leído es un horóscopo favorable?

—Bah... si se tratara de una mujer... “sus presentes son odiosos”. No sé... parece un oráculo poco prometedor.

—¿Empiezas a comprender cómo funciona, Suetonio? Si dice que “sus presentes son odiosos”, el oráculo te pone en guardia: ¡No te vayas con ella, seguro que te contagiará las ladillas! ¿Lo entiendes ahora?

El médico no era para nada propenso a creer toda aquella complicada trama de oráculos en la que Honoracio, de repente, se había convertido en un experto, como tampoco había creído nunca a los astrólogos egipcios que querían competir con los médicos griegos o romanos.

Sin embargo, aquel papiro le recordó algo. Comenzó a hojear algunas de las extrañas frases que, alineadas en un orden preciso, como el libro mayor de un trapezita, podían transformarse en un horóscopo.

Había para cada circunstancia, y leyó al azar:

2.2.5. “*No lo sé, nadie conocía aún a su hijo*”.

Y más adelante:

1.1.2. “*Valor, Diomedes, lucha contra los troyanos*”.

De improviso, comprendió lo que le había llamado la atención:

—¿Diomedes? ¡Pero estas son frases de la Ilíada! ¡Es Homero! —y volviéndose hacia su ayudante—: ¡Yo creo que todas estas frases están sacadas de las obras de Homero!

—¡No me interesa saber de dónde proceden, Suetonio! Lo importante es que funcionen y que puedan hacer su servicio, ¡ya que hay gente dispuesta a pagar! Ayer un tipo me preguntó si debía separarse de su mujer, ¡anteayer un gordo quería saber si le envenenaría su suegro! Me dan unas cuantas tetradracmas y se van tan contentos.

A Suetonio se le puso la piel de gallina: ¡se habían jugado la vida confiando ciegamente en Honoracio! Había dado por bueno un improbable oráculo del que el ayudante se había convertido, de la noche a la mañana, en todo un experto.

—¿Cómo nos indicaste el camino por el que teníamos que huir?

El ayudante desenrolló de nuevo el Oráculo de la Espada, encontró cierta frase y se la señaló con el dedo al médico:

—Aquí está: 5.1.4. “*Oró a los vientos de Tramontana y prometió ofrecerles solemnes sacrificios*” ^[61]”.

A Suetonio, cuya frente estaba cubierta de gotitas de sudor desde el inicio de las doctas explicaciones, se le salieron los ojos de las órbitas:

—¿Has perdido completamente el juicio, Honoracio? ¿Has hecho que nos jugáramos la vida con estas majaderías?

—No son en absoluto majaderías, Suetonio, ¡ya deberías saberlo! Mi papiro lo dice... ¿Quién da las gracias mediante los sacrificios? ¡A los que les fue bien! Y el camino que va al levante... ¡me lo mencionaste en la carta! Pero el oráculo habla del viento de tramontana. Pregunté por ahí

qué era el viento de tramontana, ¡y un anciano me explicó que es el que viene de poniente para soplar hacia levante! La dirección de tu camino. ¡Más claro, agua!

A Suetonio le costó unos instantes poner en orden el torrente de pensamientos e invectivas que se agolpaban en su mente y finalmente, casi incapaz de creer lo que acababa de oír, protestó:

—Pero si tú mismo me dijiste que el mago Trifón hacía creer a sus clientes lo que él quería que creyeran... ¡incluso me explicaste que decía tonterías hasta que veía que el cliente estaba de acuerdo, y a partir de ahí, les ofrecía algo de beber!

—Suetonio... ¡Yo oía hablar del Oráculo de la Espada desde que gateaba por el suelo a cuatro patas en Menfis! Y luego no escuchaste bien lo que te dije a propósito de Trifón: ¡el astrólogo engañaba a sus clientes haciéndoles creer cosas que se inventaba sobre la marcha, acerca de los astros y de su recorrido por los cielos! ¡Garabatos trazados en aquellas grandes hojas con las que había decorado las paredes de la casa! Pero en el caso del Oráculo de la Espada, conocido desde hace siglos a lo largo de todo el Nilo, te dije muy bien que los dados los tira el que pregunta por el oráculo... ¡y las frases ya están escritas en el papiro! El astrólogo no puede engañarte ni añadir nada suyo, ¡ni en los dados ni en lo que está escrito!

—Honoracio... ¡eres un jodido imbécil!

A pesar de que Suetonio siempre había sido de carácter pacífico y poco inclinado a la ira, no pudo refrenar el impulso y casi lo derribó al suelo de una buena patada en el trasero:

—¡Y ahora quítate de mi vista! —exclamó, despidiéndolo con cajas destempladas.

XLV.

Naturalmente, el médico se cuidó mucho de contarle al legado Lobo lo que había tramado el imbécil que tenía por ayudante y cómo habían arriesgado sus vidas, y tal vez el levantamiento del Alto Egipto, sólo por el Oráculo de la Espada.

Esperando noticias sobre el rescate de Heráclides, Suetonio siguió preparando su plan de abandonar Tebas y se dirigió al tribuno:

—He pensado que podrías prepararme un permiso para viajar. ¡No me atrevo a ir a Alexandria sin un pedazo de papiro que mostrar!

—¡Suetonio, ya deberías saber que yo no puedo expedir permisos! Para eso está la oficina correspondiente en el pretorio, algo escrito por mí no tiene ningún valor. Déjame terminar esta carta y luego lo hablaremos. También tendremos que ponernos de acuerdo en otras cosas... Supongo que necesitarás ayuda para aclarar tu posición en este embrollo y no ser acusado de desertor.

El oficial siguió escribiendo un rato más, haciendo correcciones, borrando y reescribiendo algunas líneas. Finalmente, cuando le pareció que el texto estaba bien, le dijo al médico:

—Suetonio, léelo y dime qué te parece.

Al tribuno Manlio Cercón

Las dudas, de las que tantas veces discutimos, se han convertido en una trágica realidad. Te pido tu contribución para mantener en alto el buen nombre de Roma y de todos los que somos leales al emperador. Tengo la oportunidad de recoger el precioso testimonio de un anciano que está al corriente de muchos y gravísimos hechos. Es urgente poner por escrito nombres y circunstancias; y como está enfermo, tendremos que acudir a él.

Comprenderás que todos nos jugamos la vida en este asunto y que un silencio absoluto es imprescindible. Tendrá que acompañarte un segundo testigo, una persona de absoluta confianza y que goce de credibilidad y, si puedes, un escriba con todo lo necesario.

Te espero esta noche, a la tercera vigilia, sin escolta, en la estela de Isis frente al molino de aceite, en los aledaños meridionales de la ciudad.

Flavio Lobo

Suetonio se había quedado asombrado de lo que había leído:

—¿Cercón es el mismo oficial con el que trabajabas antes de esta desafortunada aventura?

—Sí, es él, el intendente de las finanzas para el culto.

—Le has enviado una invitación muy rara; esta carta te compromete por completo, además. ¡Si cae en las manos equivocadas, será una prueba que puede costarte la cabeza!

—Mira, Suetonio, esa ya me la he jugado. Todos los que nos hallamos en esta casucha nos la hemos jugado. Confío en Manlio, lo conozco desde que estuvimos juntos unos meses en la misma unidad hace ya unos años. Es un oficial honesto y me fío de mi intuición.

—Él también tendrá que confiar en ti para venir a un encuentro nocturno, ¡y sin escolta! Difícilmente podrá evitar que se le considere connivente en la traición que se intuye entre líneas, si acude a recoger este testimonio.

El tribuno sonrió:

—Suetonio, veo que los problemas por los que has pasado te han enseñado algo. También hay otra forma de ver este asunto: cuando este testimonio llegue a su destino, Manlio avanzará en la

consideración de quienes gobiernan Egipto, ¿no crees? Un oficial obediente que no dudó en arriesgarse por el bienestar de la provincia y el buen nombre del emperador. Creo que será ascendido, del mismo modo que tú serás rehabilitado, de una vez por todas, y podrás reanudar tu servicio regular en la legión. Esta carta se adjuntará a las actas del juicio y servirá para que se sepa cómo nos hemos comportado cada uno de nosotros.

En ese instante entró en la sala el peón Heras:

—Todo ha ido bien. Heráclides llegará en breve, me he adelantado para comprobar que el camino estaba despejado. Fue como habías previsto, oficial. Sólo quedaba un legionario, creo que también había estado bebiendo.

—¿No lo habéis matado?

—No, no ha sido necesario. Demas lo ha noqueado con el mazo de madera... poca cosa, se repondrá enseguida.

—¿Os ha visto alguien?

—No, ha sido cuestión de un instante... mientras alargaba la mano para levantar el ánfora de vino. Luego lo arrastramos adentro y Demas le ató las manos. Cuando salimos estaba un poco aturdido, pero ya se estaba recuperando.

El tribuno, de pie en el umbral vigilando el camino, sonrió: no se había equivocado al confiar en aquella banda de peones tebanos, mucho más astutos e ingeniosos de lo que querían aparentar.

Unos instantes después llegó el palanquín con Heráclides y el médico lo miró: no tenía buen aspecto, en absoluto.

Para pasar desapercibidos, el grupito se había separado; los últimos, la mujer y el hijo pequeño de Pausiris, entraron también en la choza poco después.

Hubo muchas lágrimas, a pesar de que toda la familia se había puesto al corriente a lo largo del camino del estado de salud en el que encontrarían a Pausiris.

Suetonio atendió inmediatamente a Heráclides: escuchó su respiración y le levantó los párpados:

—Este hombre está mal... si no actúo rápidamente, ¡temo por su vida!

El tribuno le indicó que se dirigiera a un rincón de la estancia, ahora abarrotada:

—¿Temes que pueda morir?

—Es posible, tribuno, lo veo en muy mal estado. Sospecho que las graves dudas sobre el destino de su familia le han turbado, impidiendo que la medicina que le di causara efecto. Incluso la emoción de la liberación podría ser fatal para él.

—Si muere ahora, ¡lo habremos liberado para nada! Necesito que hable delante de testigos, es el que más sabe de este enredado asunto. ¿Puedes hacer algo?

Suetonio negó con la cabeza:

—No tengo nada conmigo que sea adecuado para su estado. En el maletín había metido lo necesario para tratar a un herido. Para preparar un remedio tendría que acudir a un boticario.

—¡Eso es muy peligroso! El centurión Sópatro ya debería estar por Tebas, y en cuanto se entere de que nos hemos llevado a sus prisioneros soltará a sus esbirros por la ciudad.

—¿Qué haremos, tribuno?

El oficial echó un vistazo a la estancia: los miembros de la familia reunidos hablaban entre sí en voz baja; Demetria, la esposa de Pausiris, se enjugaba las lágrimas y su hijo pequeño había rodeado con los brazos a su padre.

—¡No puedo arriesgarme a que Heráclides pierda la vida precisamente ahora! Has leído la carta... lo estoy organizando para esta noche. ¿Dónde se encuentra tu boticario?

—Está en el centro, al final de los soportales. Una zona normalmente muy concurrida.

—¿Puedes escribirle una nota? ¡Enviaremos a uno de estos hombres!

—No, tribuno, debo hablar con el boticario. Este hombre tiene mal aspecto, necesita un fármaco potente, pero si me equivoco con la dosis lo mataré. Debo saber por el boticario lo puro que es el fármaco, que no deja de ser un veneno.

—¡Maldita sea tu estampa! ¡Tebas es la ciudad de los venenos! —meneó la cabeza y resuelto, concluyó—: Debes mantenerlo con vida para que pueda contar todo lo que sabe al tribuno Cercón. Yo tengo una túnica con capucha y tú puedes cambiar la tuya por la de Pausiris, que también tiene capucha. Iremos juntos, tú y yo. Tenemos ya la barba poblada y con la cabeza cubierta será difícil reconocernos. ¿Podrías llegar a la botica desde aquí?

—Sí, sólo hay que ir al centro, al final del pórtico que bordea la calle principal.

—Tú abrirás camino, yo te seguiré a veinte o treinta pasos de distancia para poder intervenir en caso de necesidad. No perdamos más tiempo y comencemos... la carta para el tribuno Cercón la enviaré más tarde, a nuestro regreso.

Por mucho que a Suetonio no le gustara dejarse ver por Tebas, aún tenía que recurrir al boticario Belles. El tiempo se agotaba y no había más ideas en el horizonte; se colocó la capucha en la cabeza y se puso en marcha, con el tribuno Lobo a veinte pasos detrás de él.

No tardó mucho en llegar a la vía principal y a la botica. Belles se extrañó un poco al verle vestido de nuevo como un jornalero, pero no dejó que se le notara:

—Me alegro de que estés aquí, Suetonio. No te he visto desde hace algún tiempo y llegué a pensar que habías dejado Tebas.

—No, Belles, sigo aquí todavía, por mucho que tenga que desplazarme donde me llamen y sin aviso alguno. Escucha, me he pasado porque tengo un paciente que no está nada bien.

El anciano boticario se estremeció, acostumbrado a hacer propias las preocupaciones de sus mejores clientes.

—Sufre del corazón, no sé si durará mucho más. Está aquejado de problemas familiares. Tengo cierta idea de cómo tratarlo, pero me gustaría que me dieras algún consejo: ten en cuenta que tiene unos setenta años. ¿Qué podrías aconsejarme para ayudarlo a recuperarse rápidamente?

Belles se mesó la barba, honrado de que le pidieran un parecer tan importante:

—Si tiene una afección cardíaca y es tan mayor como me has dicho, y, además, anímicamente muy afligido, ¡hay que tener mucho cuidado! Un pequeño error en la dosis ¡y se acabó!

—Por eso quería hablarte en persona.

—Bien, veamos... el remedio ideal es siempre el *bdellium*, como bien sabes. De éste puedes darle tres dracmas al día, puede que más. Pero ya entiendo lo que buscáis: queréis ponerlo en pie rápidamente y sin matarlo.

Suetonio asintió.

—El azafrán, ¿ya lo estás usando? —continuó el boticario.

—Sí, ya había pensado en añadirlo, quizás poco a poco.

—Deberías ponerle mucho. Pero si queremos provocarle un estímulo, para que reaccione de inmediato, tenemos que darle algo mejor. Si tienes unos minutos libres, podríamos consultar el recetario de mi abuelo Dionisio.

El anciano se dirigió al cubículo del fondo de la estancia destinada a las ventas, hizo una señal a los dos ayudantes para que se ocuparan de los clientes e indicó al médico que le siguiera. Cogió un viejo y amarillento rollo de la estantería y, entre los trastos que abarrotaban la mesita, comenzó a desenrollarlo. Tras haber desenrollado varios codos, indicó un gesto a Suetonio:

—Aquí está... ¡ya no puedo acordarme de todo! mi abuelo Dionisio aconsejaba animar a los enfermos del corazón disolviendo en la poción de *bdellium* medio dracma de resina de cáñamo.

—¡Es un riesgo!

—Puede... todo fármaco es un riesgo, eso ya deberías saberlo. Podrías probar con una dosis más baja y ver cómo reacciona. Y si quieres ir a lo seguro, mantén la dosis masiva de azafrán. ¿Qué me dices?

—Para el azafrán no debería tener problema, quizás poco a poco, y siempre puedo interrumpirlo. Dame un par de dracmas. Y también dos o tres dracmas de resina de cáñamo.

—Espera... recuerdo que mi abuelo a todo solía añadirle mirra...^[62], lo tengo anotado en muchas de sus recetas...

—No... mirra no. No me consta que sea útil para enfermos del corazón, aunque sí lo es en muchos otros casos.

Instantes después, Suetonio salió de la diminuta botica sujetando con fuerza el paquete y bajándose la capucha por la cabeza, mirando hacia el suelo para disimular mejor sus facciones. Justo al otro lado de la puerta chocó con una mujer que llevaba un paquete y que se le escurrió de las manos, haciendo que un par de finos zapatos rojos cayeran al suelo. Para evitar cualquier escándalo que pudiera haber atraído la atención de los transeúntes, el médico se agachó a recoger los zapatos y, al entregárselos a la mujer, se quedó estupefacto: ¡era Avidia la Menor! Había ido a comprar a una tienda cercana a la del boticario Belles.

Las sorpresas no habían terminado. Mientras Avidia, asombrada, le miraba fijamente a los ojos, no menos que él, ante el inesperado encuentro, una voz ronca de mujer, a dos pasos de distancia, le reclamó:

—Médico Suetonio... Cuando te busco, ¡nunca estás! ¿En qué turbio asunto te has metido que ya no te dignas prestarme tus atenciones?

Suetonio enmudeció al reconocer a Orestila: lanzó los ojos a izquierda y derecha, pero no había nada que pudiese ayudarlo a librarse de semejante tropiezo. Se encontró con la mirada del tribuno Lobo, confundido entre la multitud a poca distancia. No se atrevía a intervenir, no fuera a ser que le reconocieran.

Ocho siervos de palacio, a pocos pasos, aguardaban a sus dueñas en la portería. Un poco más allá, los ocho legionarios uniformados que formaban parte de la escolta del legado Nepote charlaban entre ellos, seguros de que ningún peligro podía amenazar a las amas. Suetonio no tuvo más remedio que intentar arreglárselas solo ante las dos mujeres, y lo mejor que pudiera.

—Pero... ¡médico! ¿No dices nada? ¿Una serpiente te ha mordido la lengua? ¡Y también veo que incluso te has sonrojado! ¿Qué estás tramando? ¡Y mira qué pintas llevas!

El médico trató de ganar tiempo balbuceando:

—... se trata de mi servicio... a veces para ciertas enfermedades...

—¡No quiero ni saberlo! —lo detuvo Orestila alzando la mano y lanzando una mirada de complicidad a Avidia—. Tiene que tratarse de algo ciertamente innombrable. ¡Pero no creas que te saldrás con la tuya!

Y ahora era Avidia la que ya se reía abiertamente del bochorno del médico.

—...sabes que yo estoy siempre a tu servicio, Orestila...

—¡Eres un mentiroso, médico! No te he visto en el cuartel y nadie sabe dónde estás. ¡Bien poco te importan tus pacientes!

Suetonio empezaba ya a amoratarse.

—¿Qué llevas en ese envoltorio? —insistió la noble dama, jugando al gato y al ratón.

El médico recuperó el aliento, las drogas eran su fuerte:

—Son esencias de plantas que compro a un vendedor de hierbas de mi entera confianza, que tiene la virtud de no intentar adoctrinarme con la filosofía de la que se alimentan los sacerdotes

egipcios.

—Sí, de eso sabes. ¿Y tiene la botica aquí?

—Sí, es un anciano boticario, Belles se llama. Su negocio es ese de ahí, donde ves los puestos con los animales disecados... pero esos son sólo remedios falsos que le buscan los campesinos, hay muchos que creen en la medicina popular.

—Lo recordaré. Cuando mi sirvienta vaya a comprar aceites para el cuidado corporal la enviaré a su botica. ¿Belles, has dicho?

—Sí, Belles.

—Pero, Suetonio, puede que te necesite, ¡y debes estar localizable!

—Estoy a tu disposición, Orestila... —balbuceó.

—Eres igual que un chiquillo —sonrió la mujer—. ¡Ni siquiera sabes contar mentiras! Me tendrás que preparar un ungüento. Una de estas tardes lo hablaremos. Ahora termina lo que estés haciendo... que supongo que se tratará de algo inmundo.

Las dos mujeres se volvieron de espaldas y caminaron riendo hacia los porteros, y Suetonio trató de desaparecer entre la multitud sin mostrar que se secaba la cara, empapada en sudor como si el sol le estuviese achicharrando.

Desde detrás de una columna, un desconocido le susurró:

—¿Todo bien?

No era un desconocido, se trataba del tribuno Lobo, oculto bajo su capucha. Los dos partieron hacia el sur de la ciudad, y el tribuno, veinte pasos por detrás de él, comprobó que no les seguían.

—¿Qué querían esas dos? —le preguntó el tribuno en cuanto estuvieron a salvo entre las anónimas chabolas de las afueras.

—No lo sé... ha sido un encuentro casual. Orestila me dijo que necesitaba un ungüento...

—Parecías estar en apuros, Suetonio. ¿Sospechan algo?

—No, no saben nada. Estaban sorprendidas de haberme encontrado por pura casualidad. Llevaban con ellas a los siervos y guardias de escolta habituales, el encuentro fue totalmente fortuito.

—Se sabrá que estamos aquí, en Tebas. esta ciudad es cada vez más peligrosa para nosotros y es muy posible que ya nos estén buscando. Prepara enseguida la medicina para Heráclides, tendrás que partir esta noche, y todos estos tebanos también tendrán que dispersarse para no ser descubiertos de nuevo.

Lobo dio instrucciones a Demas para que entregara la carta al tribuno Manlio Cercón, en la “Casa de la Vida”, en el templo de Ptah; le rogó que el escrito no acabara en manos de terceros y, para mayor seguridad, le describió al destinatario.

Suetonio, que se había recuperado rápidamente del fortuito encuentro, con la ayuda de Honoracio se afanó en el hogar para preparar la medicina para el exhausto Heráclides. Le describió a Demetria tres veces cómo mezclar los ingredientes, que estaban en tres sobres diferentes, y le hizo repetir el procedimiento para asegurarse de que lo había entendido. Muy pronto el médico abandonaría Tebas y ella tendría que valerse por sí misma.

Afortunadamente, los ingredientes no eran del todo desconocidos para la mujer. Fue ella misma, bajo la mirada del médico, quien administró la poción al anciano, poco a poco, mientras Pausiris, con la única mano que le quedaba, acariciaba la cabeza de su hijo.

Por último, Suetonio, que ya no podía tenerse en pie tras las muchas horas de huida, pudo echarse una cabezada a la sombra de la leñera que había detrás de la casa.

XLVI.

El médico se despertó cuando ya había anochecido; hacía poco que se había puesto el sol y Demetria, con lo poco que había encontrado en la casa, había preparado gachas de garbanzos para todos. Apión, el hijo de Pausiris, el que despertaba menos sospechas, había sido enviado a dar una vuelta por el barrio y se había hecho con un manojo de brotes de papiro. Ahora los estaba asando sobre las brasas del hogar bajo la dirección de su padre.

—Pausiris ha mandado a uno de los suyos a buscar la falúa para tu viaje de regreso —le dijo el tribuno—. Dentro de unas horas llegará mi colega Cercón. Demas le vio en persona, estaba presente cuando leyó la carta, acudirá a la cita. Tú también serás testigo de la deposición de Heráclides y en cuanto terminemos te acompañarán a la falúa.

El médico asintió, masticando con avidez los brotes de papiro asados.

—¿Sabes quién fue el que envió a los guardias de los sacerdotes en nuestra búsqueda por el Nilo? —continuó el tribuno.

—... no, no tengo ni idea.

—Heráclides nos lo ha revelado hace un rato: los hombres de Sópatro, sin el centurión manteniéndolos a raya con el bastón de madera de vid, montaron una orgía. Compraron vino y llevaron a algunas mujeres de la calle a la casa donde el viejo estaba prisionero. El niño, Apión, que escuchaba a hurtadillas en la puerta, los oyó hablar de pérdidas en el juego. Hablaron largo y tendido de uno de ellos que, para conseguir algunas tetradracmas, daba a entender a los demás jugadores que esperaba “obtener ciertas riquezas de un trabajo al otro lado del Nilo”. Algún soplón debe haberlo oído, todo el mundo sabe que más allá del Nilo sólo hay arena y miseria y que las únicas riquezas son las de los nobles y reyes allí enterrados.

—¡No me cabe duda de que fue así, tribuno! Incluso Sópatro se fiaba poco de sus hombres... hábiles para la lucha, nos hizo entender, pero inútiles para cualquier otra misión. Sólo mira cómo fueron sorprendidos. ¡Ahora Sópatro les arrancará el pellejo a vergajazos!

—Yo estoy seguro de que hará mucho más: los eliminará.

Bebieron juntos un trago de cerveza y el tribuno le preguntó:

—¿Has preparado tus cosas?

—He dejado suficientes medicamentos para Heráclides, pero espero que el descanso y la presencia de toda la familia le ayuden más que mi medicina. No tengo nada que preparar para irme. —Luego, pensándose unos instantes, añadió—: No tengo un permiso para viajar.

—Viajarás con tu maletín de médico bien a la vista y con una túnica decente, naturalmente, para que no te tomen por un peón o un ladrón. A un médico no le detienen y además se ve a la legua que eres romano. Te prepararé una carta de presentación para el presidio de Nicópolis: les escribiré que has terminado tu misión y que vuelves a tu unidad.

—Pero... ¡yo jamás podré ir a Nicópolis! ¡Si me encuentran me arrestarán!

—Por supuesto, Suetonio —sonrió el tribuno—. Te presentarás en el presidio sólo cuando yo te lo diga, ¡faltaría más! Pero si alguien te detiene a lo largo del Nilo o en Alexandria, puedes mostrarle una carta diciendo que has perdido tu permiso o que te lo han robado. Verás que nadie se atreverá a crearte problemas. Esa carta te la voy a escribir ahora mismo y pondré el nombre de un funcionario importante bien a la vista.

El tribuno se sentó a la mesa, acercó la lámpara y escribió unas líneas en una hoja de papiro.

Al legado Quinto Valerio Curión,

en la guarnición de Nicópolis, en Alexandria de Egipto.

Ilustre legado

El portador de la presente es el médico Aulo Suetonio.

Ha terminado su servicio en Tebas y acude a ti para ayudarte con ese problema del que hablamos hace meses.

Es hábil en su servicio; creo que quedarás satisfecho.

El tribuno Flavio Lobo te envía respetuosos saludos.

El médico leyó las pocas líneas mientras el tribuno, quitándose el anillo que distinguía su rango, calentaba un fragmento de lacre sobre la llama de la lámpara.

—Entiendo, tribuno. Los que lo lean pensarán que tú has ofrecido mis servicios a un importante oficial necesitado de algún tratamiento. Difícilmente se atreverán a detenerme.

Después de echar unas gotas de lacre, el tribuno estampó el sello encima y le entregó la hoja al médico:

—Ahora, Suetonio, hablemos de Alexandria. Deberás presentarte ante mí para testificar sobre lo que está ocurriendo en Tebas. No correrás ningún peligro y tu testimonio servirá para exculparte de cualquier acusación relacionada con tu servicio. También habrá otros testigos, pues la acusación contra un gobernador deberá estar bien documentada. Me quedaré aquí en Tebas al menos otras dos semanas, precisamente para preparar estos testimonios.

—¿Estás seguro de que no quieres venir conmigo esta noche?

—No, debo terminar lo que he empezado y aún me faltan un par de piezas. Pero tú tienes que irte porque pronto todos los barcos que salgan de Tebas serán controlados. Una vez en Alexandria estarás más seguro que aquí. Incluso allí tendrás que permanecer escondido durante un tiempo, al menos hasta que quiten de en medio al legado Nepote. Tenemos que establecer un sistema para intercambiar mensajes. Creo que estaré en Alexandria dentro de mes y medio. ¿Conoces a alguna persona, fuera de toda sospecha, a la que pueda dejar mensajes?

—De buenas a primeras, no sabría decirte, tribuno. Tendría que encontrar a alguien de confianza dentro de la ciudad, porque pienso alojarme allí pasando lo menos posible por los controles de las murallas.

El tribuno asintió:

—Bien, Suetonio, sé prudente, si el legado Nepote llega a saber dónde estás, mandará a unos sicarios a por ti.

—Ahora que lo mencionas, tribuno, en Alexandria hay un comerciante que tiene una tiendecilla, un amigo del médico que me hospedará.

—¿Estás seguro?... ¿Se puede confiar en él?

—Sí, creo que se puede confiar en él. De mi amigo médico me fío tanto como de mí mismo y estoy seguro de que él también responderá por ese otro, son amigos de la infancia.

—Me lo escribiré... ¿está dentro de la ciudad?

—Sí, tiene su tiendecita en un callejón del barrio de los zapateros, a medio camino entre la Vía Canópica y la muralla meridional. Se llama Hierax, es judío, pollero. Todo el mundo lo conoce.

—... judío Hierax... pollero... lo he apuntado todo. En cuanto estemos listos para declarar ante el prefecto te haré llegar una nota a casa de este Hierax. ¿Te ha explicado Pausiris lo de la falúa?

—Sí, tribuno, viajaré seguro. La embarcación pertenece a unos parientes suyos. Sólo harán paradas en lugares tranquilos y con gente conocida.

—Bien... ahora me prepararé para la cita. Demas hará que sus hombres vigilen el barrio. No quiero arriesgarme a visitas inesperadas.

Ya entrada la noche, cauteloso como siempre, Demas guio al tribuno y a otros tres hombres vestidos de paisano hasta la casa, regresando inmediatamente a su puesto junto al camino.

Demetria había preparado tres lámparas más utilizando cuencos que había llenado de aceite y fragmentos de natrón para sujetar la mecha.

Todos los hombres que no hacía falta que presenciaran fueron enviados a comprobar los alrededores y el tribuno hizo las presentaciones.

Había traído consigo al intendente Manlio Cercón, un itálico de mediana edad, aparentemente contrariado por la extraña operación en la que se había embarcado, y a su secretario Diodoro, un liberto griego de cuarenta y tantos años, perfumado y con manos parecidas a las de una mujer, a quien Suetonio ya conocía. El tercer invitado era Quinto Antonino, un *librarius legionis* de probada confianza, que redactaría el acta de la reunión. Tal y como había solicitado el tribuno Lobo, se trataba de tres personas libres cuyas voces podían tener peso ante un juez o un oficial de alto rango.

—Entonces, ¿tú eres Heráclides, el capataz de los albañiles que trabajan para los sacerdotes de Ptah? —le preguntó educadamente el tribuno Cercón—. A menudo he oído hablar de ti, los sacerdotes os tienen en gran estima a ti y a tus hombres. Me han dicho que siempre habéis cumplido con vuestra palabra y que nunca ha habido problemas con vuestras obras. Ahora me han llamado para que me entere de lo que ocurre en las Casas del Millón de Años, porque hace unos días corrieron rumores. De lo que digas se informará en Alexandria y nosotros suscribiremos que estuvimos presentes en tus declaraciones.

El anciano Heráclides, nada intimidado por los invitados y aliviado por encontrarse entre sus parientes, amén de animado por la infusión de cáñamo, comenzó a hablar con soltura:

—Agradezco tus palabras, oficial. Soy viejo y ya no me queda mucho tiempo, pero me gustaría que el trabajo continuara después de mí con mis descendientes y que los sacerdotes tuvieran siempre en buena estima nuestra labor. Fui apresado por el centurión Sópatro y sus hombres, legionarios que hacen bien poco honor a su unidad. Yo no había hecho nada que requiriese la intervención del centurión, y junto conmigo fueron encarcelados mi nieto y mi nuera, a los que ahora veis en el rincón más alejado de la estancia.

Las drogas bien dosificadas parecían espolpearle a dar rienda suelta en la larga narración.

—¿Qué razón alegaba el centurión para manteneros prisioneros?

Pero la respuesta del anciano fue interrumpida por el escriba:

—Necesito anotar primero los nombres de todos los aquí presentes, con el rango... aquí, he marcado al intendente. ¿Me decís los nombres?

La lista, transcrita en unos instantes, ocupaba toda la primera hoja del papiro.

—Ahora puedes proseguir —e hizo un gesto a Heráclides.

—El centurión Sópatro obligó a mi hijo y a mis peones a realizar excavaciones ilícitas, además de sacrílegas, en la montaña situada detrás de la Casa del Millón de Años, a pocos centenares de pasos de las tumbas de los antiguos reyes de Egipto.

El intendente abrió los ojos de par en par y se tapó la boca con la mano. Las peores sospechas que albergaba sobre la actuación del gobernador se estaban materializando. El escriba hizo todo lo posible por seguir el ritmo de las palabras: rascó rápidamente con su cálamo, línea tras línea, como un verdadero experto.

Intervino el tribuno Lobo para dar orden a la exposición de los hechos:

—Heráclides, explícale lo que encontrasteis durante los trabajos en el templo y dile qué pacto os obligaron a aceptar, primero el centurión Saturnino, y luego, Sópatro.

Heráclides pareció tomar aliento, reflexionó unos instantes y luego comenzó a relatar el descubrimiento del corredor que se adentraba en la montaña, desde la pared trasera de las estancias de los sacerdotes.

El anciano jefe de la aldea no era ningún necio, ¡a saber cuántas veces había pensado qué contar en caso de complicaciones! Afirmaba que el hallazgo se había producido por casualidad, tres años atrás, y que había sido el centurión Saturnino quien les había obligado a seguir excavando con la esperanza de encontrar un tesoro. Cuando aquel centurión había desaparecido de la circulación, le había sucedido Sópatro. Saturnino no habría podido ni confirmarlo ni desmentirlo, pues había muerto asesinado unos meses antes.

El relato era sustancialmente diferente de lo que Pausiris le había contado al médico en el gran corredor, justo después de la amputación de su brazo, pero Suetonio, claro está, se cuidó mucho de no señalarlo.

Cuando el intendente preguntó quién estaba detrás de la orden de realizar la sacrílega excavación, desafiando abiertamente al clero tebano, guardián de los templos, el tribuno Lobo, sonriente, salió al paso:

—Yo tenía órdenes directas del legado Nepote de supervisar las excavaciones y de detenerlas si había riesgo de ser descubierto por los guardias de los sacerdotes.

El escriba anotó... y el intendente empezó a chorrear sudor como una fuente:

—¿Estáis seguros de que nadie os vio? Porque si alguien os hubiera descubierto...

El tribuno Lobo asintió, aun a sabiendas del escándalo que habrían armado los sacerdotes.

La deposición se prolongó durante un buen rato: Pausiris también contó lo que sabía, callando lo que resultaba inconveniente y Suetonio testificó que había sido conducido a la excavación y le había amputado el brazo al capataz. Dos horas más tarde, cuando lo acaecido y la función de cada uno habían sido descritos en detalle, el tribuno Cercón se secó la frente empapada y dio la orden final:

—Debemos hacer una lista de todas las personas que saben de este escabroso asunto, y luego creo que queda bien poco por hacer, al menos aquí, en Tebas.

Se elaboró la larga lista de personas en conocimiento de algo y, por último, el tribuno Cercón dictó las conclusiones:

—Escribe, Antonino. Punto primero: el clero tebano no tiene sospechas de este grave sacrilegio, por lo que, de momento, se descarta que pueda reaccionar contra la administración romana y fomentar una revuelta. Punto segundo: no existe ningún tesoro, porque las galerías han sido exploradas hasta el fondo, algo de lo que son conscientes incluso el centurión Sópatro y quien le ordenó la sacrílega operación. Punto tercero: ni Sópatro ni los responsables de Tebas están por la labor de divulgar este desgraciado asunto. Punto cuarto: la excavación ha sido sellada y no puede ser descubierta por nadie. Punto quinto: se ha elaborado la lista de las personas que están al corriente del sacrilegio. Todos ellos pueden ser localizados y ninguno de ellos tiene algún interés en hablar de ello. Ahora que hemos terminado, podemos poner nuestras iniciales.

Uno a uno, los presentes rubricaron la última hoja; los tebanos no sabían escribir y declararon sus nombres y el tribuno Lobo dio fe de su identidad.

Era la mitad de la cuarta vigilia^[63] cuando los oficiales, después de comprobar por última vez sus hojas, se dirigieron hacia el cuartel.

Al saludarles, el tribuno Lobo dijo:

—Cercón, debes hacerme llegar una copia del acta lo antes posible. Estaré en Tebas unos días más, pronto te enviaré un mensaje indicándote dónde encontrarme.

—De acuerdo, Lobo, mandaré hacer la copia enseguida e inmediatamente después saldrá el pliego con un correo anónimo. Será enviado a la oficina del prefecto de Egipto y anticiparé, en la carta adjunta, que estarás en Alexandria lo antes posible para dar las explicaciones restantes en persona. Dentro de dos o tres días también partiré yo, y me encontrarás ya allí. Te lo agradezco, Lobo, este asunto podría haber incendiado toda la Tebaida, pero ahora se detendrá.

Los tres se pusieron en marcha, acompañados por dos peones.

Suetonio debía partir al amanecer.

Echó un último vistazo a la herida de Pausiris: a pesar de lo horrenda que era la mutilación, la sutura de los pliegues de la piel había tenido éxito y sólo dos espesas costras de sangre coagulada indicaban dónde se encontraban los tubitos que habían drenado los últimos restos de sangre y agua.

—¿Te duele? —le preguntó al egipcio.

—No, ya no me duele tanto, sólo a veces siento una punzada como si aún tuviera el codo destrozado, pero nada que no pueda soportar. La herida... ¿está bien?

—Sí, Pausiris, ha ido bien. A pesar de las dificultades en aquel oscuro corredor, todo ha salido bien. ¡Tendrás que hacer algún sacrificio a los dioses!

—Lo sé, mi esposa Demetria irá a quemar incienso al templo de Isis. —No iba a haber más oportunidades de hablar, y al cabo de un momento, le susurró—: Haznos saber adónde vas, médico. Tendrá que pasar al menos un año antes de que alguien pueda regresar... por allí, ya sabes dónde. Pero he hablado de ello con Heráclides y él también ha confirmado mi palabra. Tendrás tu parte. Vuelve aquí cuando puedas o haznos saber dónde estás. Heráclides tiene parientes en Alexandria, y cumpliremos nuestra palabra.

—¡Nunca lo dudé, Pausiris! —Le ofreció el antebrazo, como era costumbre entre los romanos, y pasó la mano por encima del hombro a los peones con los que había compartido la oscuridad y el miedo en el gran corredor. Demetria quiso arrodillarse y el médico la detuvo justo a tiempo, luego observó un momento a Heráclides. Parecía dormir plácidamente. Estaba cansado, pero esta vez se pondría bien, y los dioses le darían unas semanas más, o meses, o tal vez años. Nadie podía saberlo.

Salió a la calle, la oscuridad apenas era mitigada por la media luna y las estrellas; le esperaban Honoracio, Demas y el tribuno Lobo.

—Ensuciaos la cara con un poco de ceniza... que no se os pueda reconocer —ordenó el tribuno—. Y dale tu maletín a Demas.

Honoracio y el médico se ensuciaron ligeramente la cara: a pocos pasos nadie habría podido reconocerlos, ni siquiera a la luz de las antorchas. Demas estaba envolviendo el maletín, demasiado visible, con una manta sucia. Un instante después se lo echó al hombro como un saco de trigo.

—Te acompañará Demas a la falúa —continuó el tribuno—, y volverás a informarme cuando hayas visto la embarcación desaparecer por el Nilo. Dinero... ¿tienes?

A Suetonio le daba vergüenza confesarle que había aceptado dinero de Heráclides. Desde hacía mucho tiempo no tenía ni una dracma y la familia de peones tebanos conocía ahora todos sus asuntos. Seguramente, alguien había rebuscado entre sus pertenencias mientras estaban en el gran corredor. El jefe de la aldea había querido asegurarse de que el médico, que le había salvado a él y a todos los suyos, pudiera huir de Tebas viajando como un hombre adinerado. Suetonio

había observado cómo discretamente, pero aconsejándole que tuviera cuidado, deslizaban una bolsa de monedas en su zurrón. Y contenía mucho dinero.

—Tengo algo —le respondió al tribuno—, debería llegar a Alexandria sin problemas. —El médico reflexionó un instante antes de añadir—: Quería agradecerte, Lobo, por todo lo que has hecho por nuestros amigos... no merecían perder la vida por la sed de oro de Sópatro y del legado Nepote.

El oficial se encogió de hombros:

—Ahora nos buscan a todos, haberles ayudado no cambia nada y la deposición que se ha escrito esta noche es importante. Si Demas no hubiera tomado la iniciativa de golpear al centurión en la cabeza ni siquiera estaríamos ahora aquí.

—Tribuno... ¡tú ya sabías lo que pasaba en Tebas cuando te enviaron aquí!

A la tenue luz de la luna y las estrellas le pareció ver un brillo en los ojos del oficial, que fingió no haber oído nada:

—Ten cuidado, Suetonio, ¡cuando estés en Alexandria! Si todo va bien mi mensaje te llegará en un mes y medio.

Se estrecharon el antebrazo, más como amigos que como oficial y subordinado que eran; Suetonio se echó el zurrón al hombro y el grupito se perdió al cabo de unos instantes, en la oscuridad de las callejuelas aún desiertas.

ALEXANDRIA

XLVII.

La partida de Tebas fue algo muy similar a una huida precipitada: Demas los había conducido hasta unas viviendas bañadas por las aguas de la crecida, allí aguardaba la falúa. Tras haber comprobado una y mil veces los alrededores, el egipcio les hizo dar los últimos pasos a la carrera. Cuando ambos saltaron a la barca, el chasquido de la vela que ya había sido arriada hizo que la embarcación se adentrara en la oscuridad de las aguas y de la noche.

El barquero, un tal Cástor, había sido cuidadosamente instruido: el médico y su ayudante le habían sido recomendados como pasajeros de categoría que debían llegar a Alexandria en el más absoluto secreto. El ayudante del barquero, un joven que rondaba los quince años, se suponía que era el hijo del barquero; se movía ágil entre los cabos, silencioso, como cualquiera que se sintiera orgulloso y seguro de su trabajo.

La barca estaba vacía: para darle estabilidad, habían cargado unas cuantas piedras en los tablones del fondo y las habían cubierto con una tablazón de trama ancha; difícilmente otra falúa habría podido igualarla en velocidad.

Con espacio de sobra, Honoracio se había instalado en la proa, entre los cabos, y al cabo de unos instantes ya se había quedado dormido. Cuando el sol se alzó sobre el horizonte y la luz amarilla iluminó los templos de Tebas, la falúa, con todas las velas desplegadas para atrapar la brisa matinal, ya se había alejado varias millas.

—Cástor —le preguntó Suetonio—, ¿cuántos días tardaremos en llegar a Alexandria?

—Es demasiado pronto para decírtelo, patrón. Dependerá mucho del estado del río y del nivel del agua. Si se puede distinguir la posición de las orillas, aunque estén sumergidas, podremos navegar unas horas incluso durante la noche, pero habrá que valorarlo todo.

—Entiendo. ¿No te dijeron que fueras rápido?

—No, me ordenaron haceros viajar seguros y sin correr ningún riesgo. Es una orden que viene directamente de Heráclides.

—¿Así que no nos detendremos en lugares concurridos?

—¡No, nunca! —dijo el hombre mostrándole la palma de la mano—. Tenemos todo lo necesario para pasar la noche en alguna orilla segura; en las dos tinajas hay agua y cerveza y en la cesta de juncos tenemos víveres. Nos mantendremos alejados de las ciudades, pero me han confiado las tetradracmas necesarias para comprar lo que necesitemos en las aldeas. Para cualquier cosa estamos a tus órdenes. Que sepas que mi hijo y yo responderemos por vuestras vidas.

El tribuno Lobo tenía razón: los romanos en esta tierra mandaban y cobraban los diezmos, pero no lo sabían todo sobre los egipcios, su jerarquía oculta, sus valores. Suetonio se había convertido ahora en una persona respetada en aquella dimensión en la que ni los sacerdotes de Ptah ni los romanos gobernaban.

Mientras el barquero y el joven ajustaban el reglaje de la vela por medio de los cabos de gobierno, en un intento de llevar la velocidad al máximo, una tranquila satisfacción se grabó en el rostro del médico: había llegado a Tebas casi en secreto, se había metido en un buen lío con la noble Orestila y había arriesgado su vida en busca de un tesoro. Pero todo había salido bien. Había hecho nuevos amigos, estaba orgulloso del trabajo que había realizado y que había salvado vidas, y se dirigía a Alexandria donde, de una vez por todas, sería readmitido en la legión. Volvía con la cabeza bien alta y confiaba plenamente en los esfuerzos del tribuno.

Mientras el viento de la mañana corría por su rostro, sonrió al recordar lo que había visto al

final del gran corredor: aquella cuerdecita, atada por no se sabe quién, alrededor de los picaportes de la puerta, y precintada con un sello impreso en la arcilla blanda. Heráclides, Pausiris y sus hombres habían ganado. Habían encontrado lo que llevaban buscando desde hacía generaciones y le habían ofrecido una parte. A Suetonio no le interesaba el oro, le habría venido bien un par de años atrás, cuando aún tenía a su mujer y a su hijo. Pero su orgullo se veía gratificado al haber sido elegido para compartir el tesoro con ellos.

Quería empezar una nueva vida y esta vez lo había conseguido.

En Alexandria, tal vez obtendría cierto reconocimiento y su vida volvería a empezar, retomando el camino que había tenido que abandonar el año anterior. En Alexandria, precisamente donde había pasado sus últimos años, no en alguna ciudad perdida a lo largo del Nilo y tal vez bajo un nombre falso.

Durante la navegación no tropezaron con ningún obstáculo: las aguas estaban altas en todas partes y el curso del Nilo, de una orilla a otra, se había ensanchado enormemente. El barquero Cástor era un hombre experimentado, sabía reconocer a partir de unas pocas pistas dónde estaban las orillas, incluso bajo varios codos de agua: cuando no identificaba las alineaciones de la orilla sumergida, sabía reconocer a partir de remolinos, o simplemente de las aguas quietas, dónde estaba el canal, la parte más profunda del río, y la más segura y rápida para la navegación. Se turnaba cada pocas horas con su hijo Teón, un joven que hablaba poco y nunca sonreía, pero que sabía lo que hacía, mostrando muchos más años de los que realmente tenía.

Navegaron, a veces incluso unas horas después de la puesta del sol, deseando alejarse de aquel nido de serpientes de Tebas, buscando un amarradero sólo cuando resultaba difícil observar las esbeltas marcas de la corriente en la superficie de las aguas. Para pasar la noche acampaban lejos de aldeas y viviendas, a veces donde veían otra embarcación y una hoguera encendida.

Evitaban cuidadosamente todas las ciudades y pueblos con guarnición: Cástor empezaba a mirar a su alrededor cuando aún faltaban millas para llegar a una ciudad o aldea; dirigía la ágil falúa hacia donde veía el río libre de otras embarcaciones, posiblemente hacia la orilla opuesta a la ciudad o aldea, evitando responder a las señales de otros barqueros e incluso a los saludos.

Honoracio estaba cada vez más taciturno, no tenía ganas de hablar y los intercambios se limitaban a lo imprescindible. En Tebas no había encontrado nada de lo que buscaba. Pero ¿qué era lo que buscaba: dinero fácil? ¿una mujer? ¿cerveza? Tal vez ni siquiera él mismo lo supiera; desde luego, no se había llevado nada de Tebas, igual que cuando había abandonado Alexandria unos meses atrás. Tras quince días de navegación, la falúa pasó por Menfis, su ciudad natal. No se comentó ni una palabra de su viejo plan de llevarse consigo a su anciano padre Cayo. Su esposa había desaparecido, nunca volvería a verla. En la distancia, el Tejedor observó cómo la ciudad se alejaba a medida que la falúa se desplazaba velozmente a favor de la corriente y poco después, con el ocaso, desaparecieron también los grandes templos que se alzaban sobre ella.

Suetonio había previsto pasar uno o dos días en Naucratis. No había olvidado la desgracia de Arsínoe, ni la villa del astrólogo Trifón en la que había corrido el riesgo de pasar sus últimos días.

Lo discutió con el barquero Cástor, que aceptó gustoso acompañarle:

—Estoy a tu servicio, patrón, y una parada podría servir para reparar la vela. En principio no es urgente, pero no querría que se rasgara durante un vendaval, o en el momento menos oportuno. Se encargará de ella mi hijo Teón y, si no te importa, yo podría acompañarte para

ayudarte en caso de necesidad.

Suetonio comprendió que el barquero tenía órdenes estrictas de ser su guardaespaldas, así que se lo explicó:

—Tengo pensado quedarme en la casa de una familia donde traté a una persona hace unos meses. Si quieres puedes acompañarme, supongo que tendré que quedarme al menos un día para preparar algunas medicinas.

El barquero inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Al día siguiente atracaron a pocos pasos de las casas de Naucratis: las aguas habían subido enormemente y ahora lamían las casas, pero los ciudadanos no estaban asustados, al contrario, exultaban porque con un nivel de crecida superior al habitual, los beneficios de la próxima estación serían mayores y todos tendrían más trigo o más tetradracmas.

Al cabo de unos pocos centenares de pasos, el médico Suetonio, Honoracio y el barquero, con el maletín del médico al hombro, pasaron por delante de la casa de Trifón y tiraron del cordel, después oyeron un trino argentino en el interior. Un siervo acudió a ver, pero antes de abrir la puerta quiso avisar al amo, que de inmediato se precipitó hacia el portón, maldiciéndolo con duras palabras:

—... ¡imbécil! Si el médico viene a verme, ¿cómo se te ocurre hacerle esperar?

Trifón gozaba de buena salud, prácticamente se postró ante Suetonio, e incluso saludó cordialmente a Honoracio:

—¡Cuánto me alegro de que os hayáis acordado de mi humilde morada, que también es la vuestra! Pero, os lo ruego, entrad, ¡los sirvientes nos traerán enseguida algo de beber!

En la agradable sombra de la casa, todavía en perfecto orden como la recordaba el médico, se sentaron en la sala de visitas y enseguida trajeron unas deliciosas bebidas para refrescarse del calor veraniego.

Trifón se mostraba nerviosísimo ante la presencia del invitado, y dando una patada en la espinilla a un sirviente, ordenó:

—¡Dile a Kamis que venga ahora mismo!

Instantes después, apareció el gigantesco nubio y saludó al médico con un gesto de la cabeza.

—Kamis, dile a Arsínoe que se asome a la celosía... pero no le digas a quien acabas de ver. —Y luego, volviéndose a Suetonio—: Por favor, salúdale a mi esposa Arsínoe, está en sus aposentos, pero le alegrará volver a verte.

El médico lo quiso contentar y se acercó a la celosía; Arsínoe ya estaba allí:

—¡Médico Suetonio, ¡cómo me alegro de verte! Hace tiempo que me preguntaba si volveríamos a coincidir. Veo que gozas de buena salud, eso me complace... creo que has tenido un largo viaje.

Suetonio comprendió que se debía a su aspecto desaliñado, con barba y cabellos descuidados:

—Sí, vuelvo de un viaje largo y difícil durante el cual también me he enfrentado a graves dificultades. Estaré encantado de hablar contigo y preguntarte sobre cualquier novedad.

—¡Aquí me encontrarás, Suetonio! Y mi esposo Trifón jamás dejará de darte la bienvenida, reservada al mejor de los amigos.

Los viajeros encontraron reposo en la villa del astrólogo: pudieron lavarse a conciencia y el señor de la casa no les permitió salir a comprar ropa nueva, que él mismo les ofreció. Uno de los sirvientes era un experto barbero y puso a todos en perfecto orden, como si fueran personas pudientes, incluso al asombrado barquero Cástor.

Por último, Suetonio cenó con el astrólogo; estaban los dos solos, así que pudieron hablar libremente. Para Honoracio y el barquero dispuso una mesa en una salita vacía y un criado fue

enviado, con una cesta de comida recién cocinada y aún caliente, al joven Teón, que había permanecido de guardia en la falúa familiar.

Trifón quería escuchar novedades de Tebas y de la crecida, que aquel año parecía prometedora, y el médico le contó muchas cosas, sin mencionar en ningún momento, por supuesto, todos los peligros que había afrontado en la ciudad de los sacerdotes.

Por supuesto, también hablaron de la herida que Suetonio había curado magistralmente meses antes y el astrólogo insistió en que le echara un vistazo. Suetonio no se arredró y después de la última copa de cerveza, le levantó la túnica para palparle la cicatriz, totalmente curada.

—¡Tuviste suerte, Trifón! Ya tenías al médico en casa y los dioses estuvieron de tu parte.

—¡Y que lo digas! Normalmente, cuando hay alguna desgracia que hay que atender urgentemente, ¡nunca se encuentra al médico! A lo mejor está con alguna mujer... ¡o se ha ido a pescar! ¡Y mientras tanto el herido muere! Esta es la triste realidad.

—Trifón, ¿qué tal van las cosas con Arsínoe?

—Va todo como siempre —resopló—. Estamos muy afectados por esta situación a la que no podemos encontrar solución. Arsínoe sigue tomando la medicina que le recetaste... He oído que quieres hablar con ella, ella misma te lo dirá. ¿Quieres verla ahora?

—Sí, no me importaría, si no tienes nada más que preguntarme.

Trifón le condujo hasta la puerta de los pesados tablones de acacia que unos meses atrás había encerrado al médico, como si se tratara de una prisión. Kamis se puso en guardia para que nadie perturbara la conversación, pero tuvo la delicadeza de no cerrar la puerta.

Arsínoe le esperaba en la habitación interior donde transcurría, con la única compañía de sus pensamientos, la mayor parte de sus días; Suetonio recorrió la estancia con la mirada: volvió a ver el elaborado arcón de brillantes motivos en el que la mujer guardaba sus ropas y algunos objetos personales, y la preciosa mesa con sus frisos de madera y hueso en la que más de una vez habían cenado juntos.

—Te agradezco que hayas venido a verme, médico Suetonio. No te has olvidado de mí.

—¿Cómo iba a olvidarme de ti, Arsínoe? ¿Cómo estás?

La mujer meneó la cabeza, insegura, la expresión de su rostro no era visible, oculta por el habitual velo oscuro que nunca abandonaba:

—Todo marcha como predijiste.

—No quise negarte la verdad desde la primera vez que hablamos. Me parece verte con fuerzas.

—Yo también te veo con buena salud, médico. Por tu mirada tranquila deduzco que no te han aparecido signos de la enfermedad. ¿Es así?

—Sí, Arsínoe, ha ido bien. Tu mal no es contagioso. Estaba casi seguro de ello hace meses, cuando llegamos a la conclusión de que nadie más de tu familia, o que viviera en esta casa, había contraído esta desgracia.

—¡Me alegro mucho! Como me alegro de que hayas venido a verme.

—También te saluda Honoracio. No hace buenas migas con el nubio Kamis y lo he mandado al pueblo a buscar unas cosas para mí.

El Tejedor había salido a comprar cálamos y tinta para escribir unas cartas, cosas que se podían encontrar en cualquier parte. Tal vez hasta se olvidase del encargo y con las monedas que le había dado el médico se entretuviera en el lupanar.

—¡Entonces le darás también mis saludos a ese buen muchacho! Espero que durante tu viaje a Tebas todo haya ido bien, tenía la impresión de que te aguardaba alguna tarea importante.

—En efecto, me aguardaba una labor importante, que pude llevar a cabo junto con un oficial de alto rango. Pero sabes de sobra que el destino nos pone obstáculos continuamente y ahora me veo obligado a regresar a Alexandria, una ciudad sumamente peligrosa para mí.

—Cada día esconde nuevas insidias, médico. Pero dime: en Tebas, ¿no aprendiste nada nuevo... nada que pudiera ser útil para mi enfermedad?

Fue el turno de Suetonio de menear la cabeza, con la mirada hacia el suelo:

—En Tebas pude consultar a los sabios del templo de Ptah, y siempre que se presentaba la ocasión pedía información, incluso a gentes de Oxirrinco, Cinópolis y Menfis. Hablé con boticarios que conocían la enfermedad y tenían remedios difícilísimos de hallar.

Arsínoe fingió que estuvieran hablando de cosas cotidianas y le hizo una seña para que se sirviera la infusión de menta:

—¡Por favor, pruébala mientras aún esté caliente!

Suetonio también fingió que deseaba beber algo y sólo bebió un sorbo antes de continuar.

—En Tebas, pude conocer a Pólux de Cinópolis, miembro del colegio de sabios. Se les considera competentes en todas las enfermedades, aunque me resulta difícil juzgarlo. Incluso leen la escritura que se utilizaba hace siglos o milenios y, por si fuera poco, deben de ser los mejor informados sobre las enfermedades que asolan Egipto.

Arsínoe le escuchó hablar sin interrumpirle en ningún momento, asustada ahora por los rodeos del médico, que se demoraba en responder a su sencilla pregunta.

—Nadie con quien haya hablado yo está al corriente de ningún nuevo bálsamo —concluyó—, ni de que se haya encontrado remedio alguno, ni en Egipto ni en la India, de donde proceden nuestras especias, ni en ningún otro lugar conocido.

El glacial silencio se hizo tangible en la estancia durante unos instantes.

—Comprendo, Suetonio. Sabía que podía fiarme de ti. —Era el dictamen que la mujer se temía y, segura de que no había nada más que añadir y de que Suetonio había sido escrupuloso a la hora de recabar información, cambió de tema—: Mi marido se ha recuperado bien gracias a tus cuidados. De vez en cuando habla de ti, reza a Ptah para que te mantenga con salud y siempre te transmite su inmensa gratitud por cómo supiste curarle. Sabe que, si tú no hubieras estado aquí, habría muerto.

—Si no hubiéramos podido suturarle sin perder tiempo, la herida habría podido infectarse. No creo que solo hubiera conseguido salir vivo de ésta.

—Ahora tiene una amante. Ha encontrado aquí a una mujercita, ni joven ni guapa, pero que le deja hacer todo lo que él quiere y aún se siente joven a pesar de todo lo que ha pasado. No puedo culparle por ello. Ha sido sincero conmigo y ha hecho por mí más de lo que la mayoría de los maridos hacen por sus mujeres. —Alzó la cabeza antes de continuar—. Soy yo quien, aunque no siento dolor allí donde el mal me está devorando, no puedo seguir viviendo en este estado. —La voz, ligeramente alterada en falsete, no podía ocultar el miedo—. ¡Pero me alegro de verte aquí! ¿Has traído medicinas para mí?

—¿Cómo te va con la receta habitual?

—Ni bien ni mal. Como me explicaste hace unos meses, es el opio tebaico el que me hace dormir plácidamente y sentirme bien. Pero es una sensación falsa, inducida por la medicina. Cuando se pasa su efecto sigo siendo la misma y el mal sigue estando conmigo.

—¿Se ha extendido?

Un movimiento apenas perceptible de la cabeza velada indicaba cierta incomodidad, pero quiso confiarse al médico:

—Se ha propagado un poco por las piernas y los pies. También en la nariz y en el lado

izquierdo del rostro. Me consume lentamente. En los últimos días también ha aparecido en la mano izquierda...

A Suetonio le pareció oír un sollozo oculto que provenía de debajo del velo.

—Yo ahora... querría liberar a mi marido de mi presencia y he comprendido que sólo tengo una manera de escapar de la enfermedad. —En ese momento, guardó silencio porque no hacía falta decir nada más.

El médico llevaba consigo el morral del que nunca se separaba, el que contenía el dinero. Lo puso sobre la mesa y abrió un bolsillo casi oculto para sacar un envoltorio hecho con una gruesa hoja de papiro; sacó dos sobrecitos, también de papiro cuidadosamente doblado, como los que preparan los boticarios.

—Depende de ti, Arsínoe, si quieres usarlo y cuándo. Es un fármaco con el que no hay vuelta atrás.

Miró fijamente al velo oscuro para cerciorarse de que lo había entendido bien. Un imperceptible movimiento de cabeza indicó que la mujer había comprendido de qué estaba hablando.

—Te explico cómo se usa: tendrás que preparar dos vasos y disolver, en el primero, la mitad del polvo que contiene este sobre, en el que está escrito "*Opium*". Es una dosis fortísima, probablemente letal, de opio tebaico. La beberás en primer lugar. En el segundo disolverás la mitad del segundo sobre.

La mujer había abierto bien los ojos, y su reflejo también podía verse a través del velo:

—¿Sufriré?

—No. Tienes mi palabra de que no sufrirás. Te dormirás como todas las noches; ya conoces el efecto del opio tebaico. Poco después de haber tomado el opio, cuando tu visión comience a nublarse, beberás el contenido del segundo vaso. —Le mostró el segundo sobre, hecho con una hoja de papiro pintada de rojo. En él estaba escrito, con la clara letra de un boticario: "Eléboro negro".

—Es un veneno que no te dará la oportunidad de volver a despertar.

La mujer cogió el sobre rojo y lo miró durante un instante:

—¿Estás seguro de que no... de que no sufriré?

—Tienes mi palabra, Arsínoe. Dormirás profundamente, pero ya no te despertarás.

—Te tengo mucho aprecio como médico, pero... ¿por qué me has dicho que disuelva sólo la mitad del contenido de cada uno de los dos sobres?

Suetonio agachó la cabeza y sus palabras fueron sólo un susurro:

—Estamos hablando de un paso difícil. Si en el último momento tienes alguna duda, puedes tirar las pociones y tomarte todo el tiempo necesario para reflexionar. Lo que quede de cada fármaco te permitirá tener una segunda oportunidad si así lo deseas.

La mujer lo había comprendido, parecía asentir desde debajo del velo, y el médico concluyó:

—Recuerda que es importante la secuencia, primero el sobre blanco, luego el rojo, tal y como te lo he explicado.

La mujer cogió ambos sobres, comprobó brevemente las inscripciones de cada uno en la letra bastarda del boticario y los introdujo en un cajón del elegante escritorio de madera historiada que tenía junto a ella:

—Nunca dudé que lo entenderías y sabía que no te olvidarías de mí. Tienes toda mi gratitud, Suetonio.

XLVIII. Alexandria

Al día siguiente, el médico, Honoracio y el barquero Cástor no pudieron escapar de la excesiva hospitalidad del astrólogo hasta después de un opíparo almuerzo en el que se devoraron dos enormes patos, además de verduras fritas y frutas de todo tipo.

Pero el Nilo y la ciudad de Alexandria los llamaban, y a la hora nona^[64], Suetonio pidió saludar a Arsínoe.

La mujer no tardó en acercarse a la celosía; contaba con ver al médico por última vez antes de que partiera:

—Isis siempre te mirará con buenos ojos, médico Suetonio, y te ayudará a encontrar lo que buscas.

También a Suetonio le hubiera gustado dejarla con un recuerdo feliz; tal vez le hubiera gustado hablar con ella sin tener a su marido Trifón encima, porque entre ellos había surgido una amistad especial que no quería compartir con nadie. Pero tenía la sensación de que ya se habían dicho todo lo que tenían que decirse y no quedaba nada de lo que mereciera la pena hablar.

—La diosa Isis siempre estará a tu lado, Arsínoe.

Vio un movimiento, apenas perceptible, de la cabeza velada al otro lado de la celosía y se volvió de mala gana para irse.

El médico ni siquiera se dio cuenta de los tres días de navegación que le separaban de Alexandria. A bordo se habló poco: Honoracio continuaba encerrado en sí mismo, melancólico, como si no tuviera nada que le atrajera, ni siquiera en una ciudad repleta de promesas como Alexandria.

El barquero pidió información a otras embarcaciones, y en cierto momento salió del ramal de Bolbitina^[65] para tomar el Nilo de Canopo^[66] y desde allí, a través de ramales secundarios que también se habían hecho enormes debido a la crecida, llegar a Alexandria por el lado meridional.

Para no entrar en la ciudad al ponerse el sol, prefirieron pasar la noche en un islote fangoso junto con algunas familias de peregrinos, campesinos temerosos que se dirigían al templo de Serapis para una ceremonia religiosa.

El barquero Cástor relevó a su hijo y a algunos hombres de la caravana de peregrinos para hacer guardia durante la noche. Los lugares eran desconocidos para los que venían de lejos y se contaban cosas terribles sobre el delta.

A la mañana siguiente, tras una brevísima navegación, la falúa atracó cerca de la muralla meridional y, sin haber entrado en el agua salada, los viajeros desembarcaron a cien pasos de una de las puertas de la ciudad.

—Ahora podéis volver a vuestras casas —dijo Suetonio a los dos barqueros, pensando en un modo de agradecerles.

—En realidad, patrón, si fuera posible —respondió Cástor—, me gustaría acompañaros hasta vuestro destino. Esta es la orden que me dio Heráclides.

—Entiendo... pero debo dirigirme solo a casa de un amigo. Podrías acompañarme un trecho, pero en un momento dado tendrás que dejarme.

—Haré lo que quieras, patrón.

El joven Teón, armado de un nudoso garrote, montó guardia sobre la falúa como había hecho las otras veces, y su padre, el médico y Honoracio se dirigieron a la puerta de la ciudad, donde una discreta fila para entrar se veía ralentizada por los hombres de guardia.

Suetonio, vestido por fin, con una túnica limpia y con la barba y el pelo pulcramente recortados, fue reconocido de inmediato como un oficial romano o un hombre pudiente: se saltó la cola e hizo una señal a los guardias para que los otros dos entrasen con él. El soldado que controlaba las entradas le hizo una señal benévola para que pasara y los tres se sumergieron en el bullicio de la gran ciudad. Cerca de la puerta se amontonaban chavales que observaban a los transeúntes, dispuestos para cualquier pequeño servicio, mujeres con saquitos tejidos de fibra de palma, burros rebuznando y peones que apestaban a sudor. Además del hedor humano, el sempiterno olor a cebollas y ajo que lo invadía todo.

El barquero, algo desconcertado por la multitud de gente, mucho mayor que la de Tebas, caminaba a trompicones detrás del médico con el maletín. Suetonio pensaba en cómo despedir con decencia al buen hombre que se había tomado tan a pecho la tarea que se le había encomendado.

Media hora más tarde, abandonada ya la inmensa Vía Canópica que cortaba la ciudad en dos, se dirigieron hacia las murallas meridionales por una vía secundaria. Los alejandrinos son gente laboriosa y los tres pasaron ante pequeñas boticas de todos los tamaños y talleres que incluso invadían gran parte de la calle: por doquier se cepillaban tablones, se cardaba lana o se batía cobre, por no hablar del ruido de los telares. En la fachada de una tienda que vendía telas de lino y algodón, Suetonio vio en un cesto una camada de cachorros de perro recién destetados, empeñados en mordisquearse unos a otros. No quiso desaprovechar la ocasión:

—Oye, Cástor, ¿sabes si Pausiris tiene un perro?

—No, me parece que no... Heráclides tenía uno, pero era viejo y murió.

—¿Te importaría llevarle uno de estos cachorros de mi parte?

El barquero se quedó boquiabierto ante la sorpresa, y el médico continuó:

—Un perro vivirá con ellos muchos años, y cada vez que lo vean recordarán... las cosas extrañas que hicimos juntos.

El barquero asintió:

—Lo haré con mucho gusto, patrón.

—¿Y no querrías también uno para ti... para llevarle a tu familia algo de Alexandria?

Cástor sonrió:

—¡Encantado! ¡A mi hijo Teón le encantan los perros!

—Elige los dos que te parezcan más bonitos: uno será para ti y el otro para Pausiris. Luego compraremos una cesta y los tendrás contigo en la barca. ¿Podrás llevarlos a Tebas?

—¡Claro que podré! Y le contaré a Pausiris lo que me has dicho... ¡sobre recordar que estuvisteis trabajando juntos!

Suetonio pagó un par de dracmas a la chica de la tienda de telas, la dueña de los perritos, y consiguió una cesta de generosas dimensiones con tapa para que los cachorros pudieran viajar cómodamente y a la sombra. Le pareció que el barquero, ahora que tenía las manos ocupadas con la cesta, tuviera una expresión más sosegada.

Poco después, atajando por una calle apacible, llegaron a un estrecho y sombrío callejón.

—Nosotros ya hemos llegado —le dijo el médico al barquero—. Aquí tenemos que separarnos. Te agradezco todo lo que has hecho por nosotros y si tengo ocasión haré saber a Heráclides o a Pausiris que hemos quedado satisfechos con tu servicio.

El barquero, con la cesta en las manos con los dos cachorros, se mostraba inseguro.

—Tenemos que entrar en una de estas casas, pero no me gustaría que la persona que me va a hospedar viera extraños conmigo.

Finalmente, el barquero se dio cuenta de que había llegado el momento:

—Mil gracias, patrón. ¡Le daré tu mensaje a Pausiris cuando le entregue el perro!

Suetonio se lo agradeció con una palmada en el hombro y el hombre se dispuso a marchar. Honoracio también le recompensó con una sonrisa, y médico y ayudante caminaron hasta el final del callejón, que parecía terminar con la enorme mole de las murallas de la ciudad.

Llamaron a una puerta oscura justo donde terminaba el callejón; golpearon tres veces mirando a su alrededor, porque no era conveniente llamar la atención del vecindario, sobre todo ciertas arpías que no tienen asuntos propios que atender; siempre hay alguna en cualquier callejón. El taller parecía desierto, los golpes retumbaban siniestramente.

Finalmente, tras unos instantes que a los dos les parecieron larguísimos, una voz grave respondió:

—¡Largaos, aquí no hay nada para vosotros!

Era la voz del médico judío Sobal.

—Soy yo, Sobal, ¡tu amigo Aulo!

La puerta chirrió y un viejo flaco con cuatro canas en el cráneo abrió una rendija lo suficiente para sacar la cabeza:

—¡Ah... eres tú, Suetonio! Entrad, cerraré rápido.

Al entrar, Suetonio miró hacia el callejón y le pareció ver una gran cesta de junco que se retiraba, pero no se sorprendió: el barquero tenía órdenes de conducirlos a su destino.

En cuanto la puerta negra estuvo cerrada y el pestillo echado, Suetonio y Sobal se miraron a los ojos, y mientras se estrechaban el antebrazo, una sonrisa se les escapó a ambos.

—¡Suetonio, hacía demasiado tiempo que no sabía nada de ti! ¡Temía que te hubiese pasado alguna desgracia!

—Ha faltado poco, Sobal. Realmente muy poco.

—Son tiempos difíciles, Suetonio, difíciles y peligrosos. Por tu aspecto, algo me dice que vienes de lejos, pero parece que te han ido bien las cosas. —El anciano se había fijado en la lujosa túnica y la cuidada barba.

El taller del médico Sobal, una gran sala con grandes cajas de madera alineadas a ambos lados ofrecía el habitual aspecto lúgubre que caracteriza a los lugares donde se realizan ciertos trabajos para los peregrinos que emprenden su último viaje. Una gran mesa de carpintero ocupaba el centro de la estancia. El judío Sobal dedicaba la mayor parte de su tiempo en aquella lúgubre estancia al lucrativo negocio de preparar a los difuntos para su postrer viaje, actividad con la que ganaba mucho más que con su trabajo de médico. No le faltaban clientes: había “simplificado” el proceso de embalsamamiento para satisfacer las necesidades de los alejandrinos, gente apegada a su trabajo y atenta a no gastar más plata de la necesaria en el último viaje de su finado.

Honoracio miró a su alrededor, asqueado por la presencia de dos cubos llenos de tripas y despojos a los pies de la mesa. El taller estaba tal y como lo recordaba de la última vez que había estado ahí, unos meses antes: contra las paredes se alineaban grandes cajas, hechas con madera reciclada, en las que yacían los clientes de Sobal.

Pero los cubos de vísceras no eran la única presencia singular en el taller: mientras se intercambiaban saludos, unos cuantos gatos de distintos tamaños se habían asomado de entre los trastos, muebles viejos, cestos rotos y objetos inservibles, que abarrotaban los rincones menos iluminados de la estancia. En unos instantes se juntaron una docena de ellos y a una distancia prudencial, examinaron a los recién llegados. Eran todos blancos y negros, pintados a grandes manchas. Debían de formar parte de una numerosa familia.

—¿Y ahora te ha dado por rescatar gatos de los callejones? —le preguntó Suetonio, sorprendido por la reunión de inofensivos animales que difícilmente encajaban en el lugar.

—Fue hace tres o cuatro meses —le respondió el anciano—. Un buen día me encontré una gata hambrienta vagando por la estancia, aquella que ves en la esquina, flaca como un clavo. Tenía las mamas mojadas y no tardé en darme cuenta de que había parido gatitos. No tuve valor para ahuyentarla, no sabía dónde había escondido a los gatitos, se habrían muerto de hambre.

—¡Así que la mantienes aquí!

—Bueno, necesito algunos de estos felinos para mantener alejadas a las ratas; ¡hay legiones de ellas en estos callejones!

Honoracio no apartaba los ojos de los dos cubos de tripas peligrosamente desatendidos en medio de la sala; las arrugas de su rostro mostraban toda su repugnancia:

—Pero... y no te preocupa que alguna vez, además de las ratas...

Sobal, tan serio como cualquier médico que diserte de su propio trabajo, le contestó con conocimiento:

—De hecho, yo también temía que molestaran a mis clientes, pero verás, descubrí que a estos felinos no les interesa la carne en la que ha penetrado el amargo sabor del natrón. Y en cuanto a las vísceras frescas... —indicó los dos cubos con la mano—, la verdad es que les interesan muy poco porque siempre tienen a su disposición los despojos de cabra que me da el carnicero de la esquina.

—¡Te ganarías una mala reputación si los familiares de tus clientes encontraran a sus parientes desfigurados por gatos hambrientos! —exclamó el Tejedor.

—Eso no sucederá —sonrió Sobal—, y, de todos modos, el riesgo recaería sobre estos pobres animales: no puedo saber de qué murieron los clientes que me traen aquí. Algunos seguramente habrán muerto envenenados.

—Ya, comprendo.

—Estaba calentando algo para comer. ¿Os quedáis aquí conmigo, haciéndome compañía? Mientras tanto, contadme de dónde venís y cómo habéis pasado estos meses.

No se podía rechazar una invitación hecha tan cortésmente por un amigo, por mucho que Honoracio se volviese cada poco para comprobar los cubos llenos de vísceras, y los gatos que, somnolientos, se habían agazapado en el suelo por toda la estancia adueñándose del lugar.

XLIX.

—Querría pedirte que me hospedaras durante unos días, Sobal —le dijo Suetonio al anciano—. Necesito mezclarme entre los alejandrinos durante un par de semanas. Tengo tetradracmas, podría pagarme un cuarto en algún sitio, pero no quiero alojarme en lugares que puedan ser vigilados por los guardias de la ciudad o las rondas.

—Suetonio, yo te acogería con mucho gusto, pero ya sabes que mi casa ya está demasiado llena de gente y muchos curiosos van y vienen. Pronto tendré que dejársela a mi hijo... hace unos meses aceptaste quedarte aquí en mi taller unas noches, ¿recuerdas?

Honoracio meneó la cabeza.

—Lo recuerdo, Sobal. Me buscaban. Pero, de hecho, incluso esta vez, tengo que mantenerme alejado de los lugares por donde andan los oficiales y la ronda, porque muchos se acuerdan de mí y me reconocerían sin dificultad.

—Lo entiendo. Te cuento... Llevo tiempo pensando en un pequeño local donde quedarme a dormir de vez en cuando. A veces mi casa está más abarrotada que un mercado. —Se quedó pensando en algo mientras terminaba su plato de lentejas—: Parece que has llegado justo a tiempo. Tengo varios enfermos que curar: confían en mí, conocen mi experiencia como médico, pero no quieren llevarme a sus casas y me piden que los cure en otro lugar. No todos los egipcios nos ven con buenos ojos a los judíos, y a veces... ¿Por qué sonríes, Suetonio?

El médico no había podido ocultar una sonrisa irónica:

—¿Por qué no los traes aquí?

—Eres más joven que yo, Suetonio, aún tienes ganas de bromear. Si los trajera aquí, junto con mis otros clientes que abarrotan estas cajas, ¿qué imagen iba a dar?

—Sí, vale, Sobal. Tienes que visitar a tus enfermos en otro sitio. ¿Por qué no alquilas ese cuartito?

—De hecho, me lo estoy pensando, ¡pero no quiero que se convierta en un *valetudinarium*! Me gustaría dormir allí en ocasiones, sólo para quitarme de en medio de vez en cuando.

—Podríamos alquilarlo nosotros y cuando nos vayamos te lo dejaremos a ti. Pero por lo que tengo entendido a ti también te vendría bien que te echaran una mano, ¿no?

—Me encantaría que me ayudaras. Incluso aquí, me he retrasado con el trabajo. Tengo clientes dentro de las cajas de natrón... a un par de ellos ya se les han pasado los cuarenta días, y no me decido a sacarlos porque estoy solo y pesan una barbaridad. ¡Si espero un poco más ya no podré coserlos porque la piel se habrá puesto dura como la corambre!

—¡Aquí estamos nosotros para ayudarte! ¿Está lejos ese cuartito del que hablabas?

—No, está aquí al lado, serán unos doscientos pasos.

Honoracio también asintió:

—Entonces también podríamos irnos de aquí ahora mismo, ¡y esta noche tendremos un lugar donde dormir sin tener que aprovecharnos de tu hospitalidad en el taller!

—En cuanto terminemos las lentejas, vamos a hablar con la dueña de la casa, es una viuda que está siempre sin blanca.

—Espera, Sobal: ¿estamos seguros de que en los alrededores no hay lugares frecuentados por militares... lupanares, tabernas?

—No, ahí no hay nada, Suetonio. Está en un callejón paralelo a éste, en un edificio antiguo. Es un lugar por donde no pasa nadie, a lo sumo algún mocoso del barrio jugando por la calle.

Un par de horas más tarde, Suetonio y Honoracio tomaron posesión de un cuartito en el primer piso de un edificio bastante viejo; el mobiliario se reducía a lo esencial: un catre con armazón de madera sobre el que se tensaban y anudaban correas de cuero para sujetar un colchón de lona lleno de hierba seca, un par de taburetes desaliñados, un gran cajón de madera que tal vez había servido en otro tiempo para guardar la ropa y que ahora también hacía las veces de mesa. La letrina y las tinajas de agua para lavarse estaban en la planta baja, en un pequeño patio protegido por una pérgola.

Sobal, que los había acompañado, se frotaba las manos:

—Me alegro de tenerte aquí, Suetonio. Este cuartito es idóneo para alojar algún enfermo, porque durante el día vosotros no hacéis nada, ¿verdad?

Honoracio se encogió de hombros, el médico sonrió.

—También me gustaría pedirte otra cosa... mañana, igual tendríais tiempo, los dos, para ayudarme durante una hora... se trata de uno de mis clientes, deberíais ayudarme a sacarlo del natrón y ponerlo sobre la mesa. Si lo termino en el día puedo avisar a sus familiares que está listo y que vengan a recogerlo. ¿Qué me dices?

—¡Cuenta con nosotros, Sobal! Pero ahora mi ayudante y yo debemos conseguir un jergón... sólo hay una cama y luego tendremos que buscar unas sábanas. Honoracio, ¿necesitas algo?

—Sí, deberíamos traer una tinaja de agua y otra de cerveza y algo de fruta. Mañana por la mañana te echaré una mano con el tipo del natrón, luego me gustaría dar una vuelta por la ciudad.

Poco antes de la puesta del sol, el cuarto estaba preparado por completo: la viuda, contenta con las tetradracmas que le había pagado el médico, había traído aceite para las lámparas y Honoracio se había hecho con un gran saco de paja para utilizarlo como segunda cama, mientras que Suetonio se había quedado con el catre.

Los dos fueron a comer algo a una popina cercana, en realidad la cocina de una mujer que intentaba ganarse algunas monedas, y volvieron portando un ánfora de cerveza de cebada.

—Ahora estamos en Alexandria, y sólo se trata de esperar dos o tres semanas —dijo Suetonio—. Si todo va bien, tal y como me prometió el tribuno Lobo, dentro de unos días se discutirán las actas de Tebas, tras lo cual seré reincorporado a la legión.

—Sí, has tenido suerte, el tribuno te ha cogido cariño y te ayudará. ¡Ese oficial tiene que ser un recomendado! ¡Aunque nadie se haya enterado de qué era lo que tenía que hacer en Tebas!

El médico tenía más de una sospecha: Lobo no podía haber llegado al Alto Egipto por pura casualidad. Era uno de los oficiales de confianza del prefecto de Egipto y se encargaba de tareas demasiado parecidas a las de los frumentarii. Tenía que ser algo más que uno de los muchos tribunos que servían en el ejército.

El Tejedor le distrajo de sus pensamientos:

—Si te reincorporas a la Legión ya no me necesitarás.

—Eso dependerá de ti, Honoracio, ya sabes que en el presidio se admiten civiles, asistentes, escribientes y ayudantes. Creo que podrías quedarte a echarme una mano.

El Tejedor resopló:

—¡Yo no puedo entrar en el presidio de Nicópolis, Suetonio!

—Ah... ¿es por tus antecedentes en la legión?

—Sí, es por eso. Ya te dije que permanecí en el cuartel tres meses y luego me largué. Temo que me reconozcan.

—¿Hace cuánto tiempo que ocurrió?

—Fue hace ocho años. Sabía que el ejército era duro, por eso había dado un nombre falso y dije que venía de Siria, no de Menfis. Aguanté tres meses, me hicieron pasar unas penurias terribles. No me quedó más remedio que largarme.

—¿Y temes que alguno sea capaz de reconocerte?

—Sí, pero fui previsor: cuando los demás se tatuaron el escudo de la legión, yo no me presenté, así que ni siquiera tengo el águila en el bíceps o en el pecho.

—De todos modos, cabe la posibilidad y no se puede excluir que alguno pueda reconocerte. Daría lugar a una situación comprometedora.

—Me condenarían a trabajos forzados, ¡y quién sabe por cuántos años! Es un riesgo que no puedo correr.

—Sí, tienes razón. Tendremos que pensárnoslo muy bien.

—Ya lo discutiremos, Suetonio. Ahora me voy a dar una vuelta por la ciudad.

—¡Procura no meterte en líos!

—¡Ah!... oye, Suetonio, me pidieron que te entregara esto —y le tendió al médico una carta, un pliego de hojas de papiro doblado varias veces y atado con un elegante cordel de color.

—¿Una carta? ¿Quién te la dio? —preguntó, leyendo su nombre en el envoltorio, escrito en una ordenada letra femenina: “Para el médico romano Aulo Suetonio”.

—Me la dio Kamis cuando partimos de Naucratis, creo que es de la mujer... de la leprosa.

—¿Y me la das ahora? ¿No podías habérmela dado antes? ¡Nos fuimos de Naucratis hace cuatro días!

—¡No podía dártela antes! Kamis me explicó que era orden de su patrona. Incluso me dio un par de tetradracmas para que respetara su deseo.

—¡Honoracio... tú respetas las órdenes de cualquiera salvo las mías! —exclamó Suetonio cogiendo la navaja que llevaba en el morral, introduciéndola entre los cordeles. Pero se detuvo de golpe: un pensamiento había cruzado su mente, el temor de saber qué novedades contenía la carta. La dejó sobre la mesa junto con la navajita, pensativo.

—¡Pero bueno! ¿Ahora no la abres? —preguntó Honoracio, curioso por el aire de misterio.

El médico negó con la cabeza:

—No, la leeré más tarde. ¿No me has dicho que ibas a salir? —Metió el sobre en el morral del que nunca se separaba, el que contenía todas sus pertenencias. Honoracio se encogió de hombros, en ocasiones no entendía a su patrón.

—Escucha, Honoracio, lo he pensado mejor, yo también me voy contigo a dar una vuelta.

Suetonio regresó a su alojamiento ya entrada la noche. Un pensamiento le roía, como una carcoma que trabaja lentamente y no quiso darle más vueltas. La habitación estaba silenciosa, Honoracio se había quedado en un lupanar con un par de jóvenes haraganes con los que había entablado conversación a lo largo del camino.

Encendió un par de lámparas y se decidió a sacar la carta de la bolsa. Se había encariñado de Arsínoe a pesar de la triste experiencia del encarcelamiento, y había aprendido a estimarla por la forma en que había sabido vivir su infortunio.

Se sentó en el camastro y cortó los cordeles. Había tres hojas de papel escritas densamente, con la límpida caligrafía de la mujer. Comenzó a leer.

Para el médico romano Aulo Suetonio, de Arsínoe esposa de Trifón, en la ciudad de Naucratis.

Cuando leas esta carta yo estaré en el reino de las tinieblas.

Has de saber que te agradezco lo que has hecho por mí al intentar curar mi enfermedad, pero es evidente que los dioses han decidido que las cosas deben ser de otra manera. La desgracia ha sido la compañera de mi vida: no pude darle hijos a mi marido y esta terrible enfermedad se ha revelado peor que la muerte.

Sé que hiciste todo cuanto estuvo en tu poder por curarme y mi marido Trifón también repite tu nombre siempre con gratitud, reconociendo tus méritos y agradeciéndole a Isis que te trajera a nuestro hogar.

Por esta razón he decidido donarte al esclavo Kamis, que me pertenece y que deseo te proteja a ti. Te será de gran utilidad, ya que vosotros, hombres de ciencia, a veces corréis grandes peligros cuando os desplazáis por Egipto.

Es de confianza y cumple las órdenes que se le dan, aunque carece de iniciativa y es incapaz de hacer otra cosa que no sea velar por que su amo no corra riesgos.

Esta mañana mi marido Trifón ha enviado una carta al archidikastés^[67] de nuestra ciudad de Naucratis a fin de que prepare la escritura de donación a tu nombre.

Cuando quieras pasar por nuestra ciudad, puedes llevarte el nubio o escribir al archidikastés para que te lo envíen a Alexandria.

Que sepas que esta carta es importante porque debes estar al corriente de lo ocurrido tras tu partida de Naucratis.

Mañana por la mañana, los siervos de la casa encontrarán a sus dos amos sin vida. He decidido que mi marido Trifón venga conmigo y me acompañe a cualquier lugar más allá de las puertas de la muerte.

Él sufriría mucho al no tenerme más a su lado y sé que lo que más le asusta es envejecer solo en esta casa.

En ese momento, un ligero temblor se adueñó de la mano que sostenía la carta y Suetonio, con los ojos bien abiertos, levantó la cabeza: unas copiosas gotas de sudor recorrían su frente. Se secó el rostro y trató de calmar el torbellino de pensamientos que se amontonaban en su mente.

Se sirvió una taza de cerveza de cebada.

Aunque era más que segura una conclusión trágica tras su reciente paso por Naucratis, que la mujer se llevara consigo también a su marido no entraba en sus previsiones. Hizo un cálculo rápido: la mujer debía de haber preparado el veneno al día siguiente de su partida de la ciudad. Arsínoe, en su carta, hablaba de una decisión cierta e inminente. Tal vez hubiera recurrido a la ayuda de un siervo para llevar a cabo la operación; sólo podía haber sido el propio Kamis, de quien dijo habérselo dado en donación a él.

¿Qué habrían podido pensar los siervos de la casa al encontrarse, de repente a primera hora de la mañana, con los cadáveres de sus amos? Para no ser culpados del asesinato, probablemente habrían recurrido a los guardias.

Suetonio meneó la cabeza, tomó un sorbo de cerveza y se dispuso a leer la última página de la carta.

Mi marido y yo no tenemos hijos, ni parientes cercanos que puedan llevárselo con ellos, y esa mujer que le ofrece su cuerpo por unas monedas es una necia que incluso se vende a carreteros, por no decir a siervos.

Te dejo esta carta de modo que puedas servirte de ella si alguna vez pasas por Naucratis. Los criados de la casa saben que tú has sido mi huésped. También saben que fuiste tú quien nos curó a mi marido y a mí, y quien consiguió las medicinas para toda

la familia en la botica de nuestra ciudad. Es posible que los soldados, al enterarse de que mi marido y yo nos hemos adentrado juntos en el reino de las tinieblas, quieran obtener alguna aclaración de ti, y tal vez te culpen de lo sucedido.

Esta carta te ayudará a explicar que tú no tienes ninguna culpa.

Esta noche compartiré la poción con mi marido Trifón, sin que él sepa lo que es. Le he dicho que es un nuevo fármaco que nos has procurado, adecuado tanto para él como para mí. Él no sospecha nada y estoy segura de que me acompañaría encantado si supiera lo que estoy preparando, pero no quiero preocuparle innecesariamente.

Te deseo que disfrutes del favor de Isis y que la buena suerte siempre te acompañe.

Arsínoe

Sin duda, el astrólogo no había tenido nada que reprocharle: se había ido sin darse cuenta de nada.

L.

Suetonio nunca se había encariñado de sus pacientes, pero el caso de Arsínoe y Trifón era distinto.

Releyó la última carta varias veces y por alguna razón desconocida, sintió el impulso de arrojarla al fuego. Pero no lo hizo: la mujer le aconsejaba que la conservara para hacer frente a cualquier investigación sobre sus muertes.

En los días siguientes, como si hubiera intuido los negros pensamientos que llenaban la mente de su colega, Sobal pensó que lo mejor era distraerlo, enviándole algunos pacientes que necesitaban tratamiento urgente y no podían esperar a que el médico público estuviera disponible.

Así pues, retirado el saco de paja que servía de cama a Honoracio, todas las mañanas, Suetonio transformaba el cuartito en un consultorio médico. Atendió a una mujer enferma de los ojos, a la que todos los tratamientos con savia de acacia le habían resultado inútiles, a un joven que había contraído una enfermedad en el lupanar, a una bordadora aquejada de fiebres del Nilo y a un leñador que se quejaba de una tos irrefrenable.

Suetonio se alegró de retomar su antigua actividad, favorecido por la posibilidad de encontrar en la inmensa ciudad una gran variedad de productos para preparar infinidad de medicinas. Por lo general, los clientes de Sobal no eran gente rica, disponían de unas pocas monedas y cuando sacaba una muela a una mujer, recibía como pago una cestita de huevos.

El médico pasó unos días inmerso de nuevo en la que era su vida real. Sobal le planteó un caso interesante una noche en la que ambos se habían instalado en el taller para cenar: acababan de terminar de rellenar con paja y de volver a coser cuidadosamente a un cliente que, lustrado con aceite de cedro, había adquirido un hermoso aspecto, como si estuviera vivo, y estaba listo para ser devuelto a su familia.

—Suetonio —dijo el anciano—, has llegado a la ciudad como agua del cielo. Tengo un cliente...

—¿Vivo o muerto? —le preguntó Suetonio, espolvoreando una pizca de sal sobre el último huevo duro que le quedaba en el cuenco.

—Vivito y coleando. Necesita cuidados y quería pedirte consejo. En realidad, es un amigo: se llama Antinos, unos años mayor que yo. Hace muchos años, cuando éramos jóvenes, íbamos juntos al lupanar. Está sufriendo mucho, y por lo que me dice, en breve ya no podrá vaciar la vejiga por sí solo.

—Entiendo, Sobal. Es un problema frecuente en varones de cierta edad. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—Por el momento le estoy dando infusiones de sauce en polvo para intentar retrasar el problema, pero dentro de poco tendré que meterle la pajita^[68], luego, no sé cuánto tiempo podrá seguir.

—La infusión de corteza de sauce en polvo puede serle útil, pero es obvio que el mal está destinado a seguir su curso y eso ya lo sabes. En cuanto a la pajita, sé de pacientes que han seguido con ella muchos años.

—Esa es la cuestión, Suetonio. Hace unos años también la utilicé yo para un enfermo, pero al cabo de unas semanas se produjo un grave envenenamiento de la sangre y ya no se pudo hacer nada. Aquí en Alexandria, ese tubito se usa con bastante despreocupación y un médico, conocido mío, hace unos meses, a fuerza de insistir, porque no podía insertarla, debió de perforarle algo al

enfermo ya que se desarrolló una hemorragia que en tres días se llevó al infeliz paciente al otro barrio.

—Claro, ese es un riesgo que todo médico corre cada vez que trata a alguien. ¿Tienes miedo de que sus familiares se enteren si le causas algún daño y te causen problemas?

—No... no es por eso, sólo quiero asegurarme de no hacerle daño. ¿Qué experiencia tienes tú en casos como este?

—Insertar la pajita no es demasiado difícil, eso lo sabes tú mismo si ya la has usado, pero por supuesto todo depende de la calidad del tubo, que esté bien construido y no tenga asperezas.

—Lo sé, Suetonio, ¡el tubo tiene que adaptarse al interior del cuerpo humano! Por eso se utilizan tubitos de estaño blando, que se adaptan fácilmente a la forma del conducto humano.

—¿Nunca has usado pajitas de cobre?

—No, aquí no han tenido mucho éxito, el cobre es rígido, dicen que puede hacer daño.

—En Italia se utilizan pajitas de cobre, a veces de bronce. Son molestas, pero son más fáciles de insertar, y a la larga, hacen menos daño. Podríamos mirar en algún boticario. Creo que Isócrates sabe quién las fabrica.

—¡Ah, Isócrates! Sí, debería saberlo, suele estar bien informado. ¿Me echarías una mano con este amigo mío?

—Claro, Sobal, no tienes ni que pedírmelo. De hecho, ¿sabes qué se me ha ocurrido? Podrías hacer algunas pruebas aquí, con uno de tus clientes. ¿No tienes un varón fresco?

—No, pero tal vez me traigan uno en un par de días, es un tipo que no creo que le quede mucho más tiempo.

—Pensaremos juntos lo de la pajita de cobre y si tengo que volver a la legión, porque creo que pronto me llamarán, puedes seguir ayudando a tu amigo incluso sin mí.

A la mañana siguiente, Sobal se dirigió al vendedor de hierbas Isócrates, que tenía su tienda en el centro de la ciudad, en una zona patrullada por la ronda y en la que Suetonio no deseaba dejarse ver.

—Me conseguiré un par para dentro de unos días —le dijo Sobal a su amigo cuando se vieron en el taller para empezar su jornada laboral—. Más tarde me gustaría visitar a mi amigo Antinos. Si no tienes nada que hacer, me encantaría que vinieras conmigo a echarle un vistazo.

Suetonio no podía negarle nada a su amigo y colega, y poco después, evitando las calles más concurridas, estaban en la puerta de casa del egipcio. Vivía en una hermosa casa, un par de manzanas al mediodía de la Vía Canópica que cortaba la ciudad en dos. A través de un portón de pesadas tablas, único paso en un alto muro, entraron en un modesto espacio abierto, que probablemente había sido en otra época un jardín, y ahora alguien había convertido en un exuberante huerto con habas, cebollas y pepinos. Se notaba que no era una casa de grandes hacendados, pero desde luego tampoco de gente pobre.

Sobal los presentó y dejó que Suetonio hablara con el dueño de la casa; mientras charlaban de esto y aquello, Suetonio vio que al anciano le temblaban las manos y que parecía desgastado por la edad. Pero no dijo nada, reservándose para hablar del asunto con Sobal. Poco después les dejó que conversaran de cuando eran jóvenes, enumerando conocidos comunes que ya habían fallecido. Se refugió en una elegante sala cuadrada con el techo sostenido por cuatro columnas de madera pintada, donde se recibían los invitados. Una joven de unos veinte años, nieta de Antinos, lo invitó a sentarse en un banco bajo de ladrillos cubierto de mullidos cojines. En un rincón de la sala había una pequeña mesa de madera decorada con imitación de junco, sobre la que se encontraba el inevitable tablero de juego.

La mujer le sirvió un zumo de granada; se había quedado sola cuidando de su abuelo mientras los hombres de la casa estaban trabajando. Era una joven atractiva, de pelo castaño y mirada orgullosa. Suetonio también observó las agradables curvas que su vestido no podía ocultar. A diferencia de las mujeres alejandrinas, no mostraba signos de trabajo en sus manos, que eran tan bellas y ahusadas como las de una chiquilla.

—¿Eres la nieta de Antinos? —le preguntó, sólo por romper el hielo.

—Sí... me llamo Neftis.

A Suetonio le pareció que estaba preocupada y se lo preguntó:

—¿Temes por la suerte de tu abuelo?

En un principio le había parecido un tanto tímida, pero bastó un instante para que levantara la vista y encontrara la voz:

—El abuelo es el pilar de esta casa, todos estamos preocupados por su salud —y sirviendo más zumo de granada en el vaso del médico, añadió—: ¿Crees que... se pondrá bien?

—Sobal y yo haremos todo lo posible para retrasar su enfermedad.

—A lo mejor crees que hace falta más dinero... ¿para comprar medicinas muy caras?

Suetonio sonrió:

—No, no es una cuestión de dinero. La naturaleza sigue su curso, la gente envejece y más allá de la vejez no se puede ir.

La mujer asintió, con una mirada triste.

—¿Tú eres romano?

—Sí, soy de origen itálico, pero estuve un tiempo en Siria y ahora sirvo en la legión en Nicópolis desde hace una docena de años. Quizás retome mi puesto dentro de unos días.

—Te agradezco que cuides de mi abuelo. ¿Lo conocías de antes?

—No, ha sido Sobal quien me ha pedido que viniera, los dos se conocen desde hace años y ha querido aprovechar mi experiencia ya que me encontraba en la ciudad. Ya me ha confirmado que cuidará de él y vendrá a verle a menudo.

La joven asintió, sin ocultar su preocupación.

No se sabe cómo, pero acabaron charlando del río Nilo y del lago Mareotis, que se extendía varias millas por detrás de Alexandria y, al ser muy rico en peces, abastecía a la ciudad de una enorme cantidad de pescado de agua dulce. A la joven le fascinaban las extensiones de flores de loto que en algunas zonas habían invadido la superficie del agua, transformándola en una deliciosa pradera alfombrada de flores de un aroma embriagador. Un tío suyo, que era pescador e iba un día sí y otro también a vaciar sus nasas al borde de las islas de loto, la había llevado varias veces a ese lugar.

La conversación sobre los viejos tiempos de Sobal y Antinos se prolongó durante largo rato y Suetonio llegó a oír la risa argentina de la joven cuando le habló de la navegación por el alto Nilo y del ajetreo de los mercados de Tebas.

En el camino de vuelta, tras entrar en el estrecho y oscuro callejón, Suetonio le dijo a Sobal:

—La de Antinos debe de ser una familia numerosa.

—Hacía tiempo que no visitaba su casa. De la vieja generación sólo queda Antinos, y en la casa viven sus dos hijos varones y su nieta. El mayor de los varones es pescador, tiene una barca con un socio y su mujer vende el pescado en el mercado.

Se afanó un poco con la llave y finalmente abrió la puerta.

—El otro hijo debe tener una tienda de algo... trabaja allí con su mujer y una hija, una chiquilla taciturna... No sé lo que vende, tal vez lino o algodón.

—¿Y la joven...? ¿Está sola?

—Es hija de la única chica que Antinos tuvo de su esposa. La joven perdió a sus padres hace varios años y se ha quedado en la casa. Es una hermosa mujer, pero algo debió ocurrirle: o su prometido la abandonó o enviudó inmediatamente. Soy muy amigo de Antinos, pero nunca he querido preguntarle qué le pasó exactamente. Sé que quiere mucho a su nieta y esta historia le produce una gran tristeza. Nunca ha querido hablar de ello abiertamente. ¿Te gusta esa mujer, Suetonio?

—Bueno, Sobal... ¡Todavía tengo ojos! He conversado con ella, por su forma de hablar no parece una mujer casada, se diría que siempre ha vivido con la familia.

El anciano asintió:

—Ahora que lo dices... no hace mucho, Antinos me echó un discurso un poco raro, como si me confiara las desgracias de otra persona, pero aquella vez sospeché que hablaba de sí mismo y de su nieta.

—¿Qué te contó?

—Me contó la historia de una joven de aquí, de Alexandria, que el día de su boda se presentó ante el archidikastés con sus parientes para el contrato matrimonial. Aguardaron mucho tiempo, pero el novio no se decidía a aparecer. Tampoco llegó ningún mensaje, ni nadie que les explicara lo que le había sucedido. Cuando después de tres horas de espera la novia y su familia volvieron a casa, porque era obvio que ya no habría boda, ¡encontraron la casa desvalijada por los ladrones! Se habían llevado toda la plata que había junto con todo lo demás de valor.

—¿Y piensas que estaba hablando de su familia... y de Neftis?

—Eso es lo que pensé en aquel momento, porque aquellas tetradracmas que los ladrones habían robado parecía lamentarlas como si fueran... ¡suyas!

—Ya... por desgracia, estas cosas a veces suceden. Y para colmo, precisamente el día de la boda... ¡todo un canalla!

Sobal se ató al pecho el delantal de trabajo y concluyó sonriendo:

—Suetonio, si te gusta esa mujer, deberías ponerte manos a la obra... ¡que no se es joven para siempre!

LI.

La estancia en Alexandria no fue en absoluto tranquila.

Al final de una de aquellas noches, al amanecer, Honoracio regresó a su modesto alojamiento, dando un portazo, gimiendo y desplomándose al suelo.

Suetonio, imaginando que estuviera herido, rascó rápidamente en el yesquero y encendió la lámpara: el Tejedor era una máscara de sangre y se retorció de dolor en el suelo.

—Honoracio, estate quieto para que pueda ver... ¿Qué te ha pasado?

—Me duele muchísimo, ¿puedes... curarme?

—¿Es en la cara?

—Sí...

—Siéntate en el catre, encenderé las demás luces y veré lo que tienes.

Su túnica estaba empapada de sangre, al igual que el rostro y las manos. Al calmar al joven, Suetonio pudo ver la herida.

Un horrible tajo le recorría desde la sien, junto al ojo, hasta justo debajo de los labios.

—No es un corte de cuchillo... ¿con qué te han golpeado?

—...un taburete. Cuando se rompió han continuado golpeándome con el armazón. Canallas...

—Honoracio, tienes un trozo de piel desgarrado colgando a un lado... ¡No se puede volver a coser!

El Tejedor guardó silencio.

—Necesito ayuda —meneó la cabeza el médico—. En este cuchitril, yo solo no puedo hacer las curas. ¿Puedes dar doscientos pasos hasta el taller de Sobal? Tal vez haya llegado ya.

—Creo que puedo... —y se volvió a poner en pie gimiendo.

—¿Has recibido más golpes en otros sitios?

—Sí, pero donde más me duele es en la cara.

El médico le hizo un vendaje provisional que le tapaba gran parte de la cara, cogió el maletín de los medicamentos y en parte sosteniendo al herido, se dirigió al callejón donde se encontraba el taller.

Sobal estaba llegando en ese momento; vio la sangre que manchaba la túnica del renqueante herido, abrió la puerta y, sin perder tiempo, pasó un paño sobre la mesa de carpintero en la que trabajaba para sus clientes, e hizo que Honoracio se tumbara sobre ella.

Sobal meneó la cabeza mientras miraba la herida:

—¿Qué vas a hacer, Suetonio?

—Tendrás que echarme una mano, Sobal: pon a hervir una infusión de semilla de beleño, una dosis grande... debe quedarse quieto porque la sutura será dolorosa.

Honoracio no dejaba de gemir ni un instante.

En cuestión de segundos, se encendió el fuego y se prepararon unas cucharadas de la somnífera poción para que el herido se las tragara. Algunos gatos se acercaron, curiosos por la novedad, pero Sobal los roció con agua para que se mantuvieran a distancia; captaron la indirecta y se escondieron entre los trastos que habían elegido a modo de guarida, sin causar más problemas, pero sin dejar de observar a través de las rendijas.

Los dos médicos examinaron cuidadosamente la herida:

—Este jirón de piel tendrás que cortárselo —dijo Sobal, señalando con el índice un colgajo de un dedo de ancho y cuatro de largo, que colgaba solo.

—Sí, ya me había dado cuenta, habrá que cortarlo, sino serían más las costuras que la carne.

Pero la herida no afecta al interior de la boca... así que creo que se puede hacer.

Sobal abrió la boca del herido con una cuchara de hueso: observó el interior con la lámpara, luego, iluminando desde el exterior, miró si se veía alguna luz penetrando por la mejilla.

—No llega al interior, sin duda se puede hacer. ¿Quieres que empecemos?

—Sí, será mejor que nos pongamos manos a la obra. Dentro de su boca, ¿has visto si todavía tiene todos los dientes?

—Sí, la herida sólo afecta a la piel de la cara y la mejilla. No entiendo lo que le han hecho.

—Dice que le han golpeado con un taburete roto.

—¡Sí, es posible! La madera astillada podría ser la responsable de este tipo de heridas.

Suetonio sacudió a Honoracio, que había permanecido en silencio:

—Ahora tengo que cortarte y suturarte. Sentirás algo de dolor, pero tienes que hacer un esfuerzo por mantenerte quieto y actuaremos lo mejor que podamos. ¿Lo has entendido?

—Sí... haz lo que tengas que hacer... siento que esta mesa se balancea como una barca...

El primer contacto con el vinagre puro arrancó los chillidos del Tejedor que se oían desde el otro extremo del callejón, luego el efecto del beleño se impuso.

Los dos médicos, trabajando juntos, cortaron el trozo de piel que había quedado inservible; después, tirando de la piel y juntando los colgajos, empezaron a coser con un gran número de agujeritos por los que pasaron unos cordeles obtenidos luego de retorcer tiras de tripa de ternera, ablandadas después de remojarlas en vino.

En poco más de una hora, los dos terminaron la sutura y se detuvieron a admirar el resultado: la cara del Tejedor aparecía deformada por la piel, estirada de forma antinatural, en el lado de la herida. Los labios y el ojo izquierdo parecían estirados e incluso la nariz parecía asimétrica y deforme.

Suetonio sacudió la cabeza, tal vez no fuera el mejor resultado que había conseguido durante su largo servicio, pero Sobal le señaló:

—¡Tu ayudante tendrá que contentarse! Nadie lo habría hecho mejor. Ahora habrá que esperar a que todo vaya bien, ¡y que no haya infecciones!

—Habrá que tener cuidado de que no se despierte enseguida y se caiga de la mesa. Ahora le untaré con aloe y le dejaré bien vendado.

Cuando terminó la intervención, los dos médicos se limpiaron las manos de la sangre y se sentaron en el banco frente al hogar. Era de día.

—Voy a calentar un poco de leche, Suetonio.

En los cuencos de leche y miel desmigaron un poco de pan y desayunaron juntos, como viejos amigos, y algún gato hambriento empezó a acercarse.

—Suetonio, ¿quieres contarme qué le ha ocurrido a tu ayudante?

—No tengo ni idea... ha vuelto al cuarto gimiendo de dolor y hemos venido directamente aquí.

—Estos jóvenes se meten en líos a todas horas. Aquí en Alexandria hay muchos como él que no tienen nada que hacer y buscan cualquier método para ganar dinero rápido y complicarse la vida.

Suetonio no respondió. Quizás su ayudante hubiera tramado algo para conseguir unas monedas para el lupanar. Casi seguro que de por medio había algún oráculo. La noche anterior, cuando se habían separado después de cenar, llevaba consigo la bolsa en la que guardaba los papiros para transmitir los oráculos. Muchas personas soportan estoicamente el sufrimiento y la pérdida, pero les cuesta digerir que se burlen de ellas. Y en muchas ocasiones, quienes se dan

cuenta de que les han tomado el pelo se enfadan sobremanera.

—Después de todo, es sólo un corte —le trajo de vuelta a la realidad Sobal—. Debería ponerse bien.

—Ojalá sea así.

Durante los días siguientes Honoracio permaneció en el cuartito que hacía las veces de alojamiento y de consultorio médico. Cuando llegaba un enfermo, el médico lo hacía pasar por un herido necesitado de cuidados, lo que no estaba muy lejos de la realidad, y lo enviaba a la terracita a la sombra de una palmera.

No fue difícil convencerle de que se quedara en casa: además de tener fiebre, le dolía mucho la cara y sólo podía comer sopa y otros alimentos que no requerían masticación. Le dolía la herida incluso cuando giraba la cabeza.

A intervalos regulares, Suetonio le daba una tisana de semillas de beleño, que le mareaba un poco, pero el descanso y el sueño le facilitarían la curación.

Algunos de los golpes, evidenciados por las marcas negras en su espalda y piernas, ni siquiera dieron lugar a comentario alguno, ya se curarían solos.

Mientras tanto, Suetonio había tomado la costumbre de entregar en persona los fármacos en casa del anciano Antinos. Solía ir a su casa a última hora de la tarde, llevando consigo una dosis de corteza de sauce en polvo, la misma que, disuelta en agua caliente, también administraba a Honoracio.

En el hogar de Antinos, los hombres y mujeres de la casa que estaban ocupados en sus tareas regresaban por la noche, y el médico tenía tiempo de sobra para cenar tranquilamente con el anciano y su nieta Neftis.

Suetonio ya había aprendido las costumbres de la casa: al anochecer, el anciano se sentaba en una silla de junco en el huerto que había delante del hogar; era él quien había querido el huerto, lo cuidaba cuando se sentía con fuerzas o bien daba órdenes a alguien para que lo regara o trasplantara algo.

Después de cenar, el médico se entretenía charlando con Neftis. Una noche se quedó con ella durante un buen rato.

—Toda mi familia te agradece los cuidados que le estás dispensando al abuelo —le dijo la joven—. Si no hubierais estado aquí Sobal y tú, habría sufrido terribles dolores y tal vez ya estaría...

—Sobal está muy unido a tu abuelo, me ha dicho que los dos se conocen de toda la vida.

El médico había reflexionado largo y tendido durante aquellos días, había atesorado algunos consejos que le había dado Sobal, que era mayor que él, así que decidió ir a por todas:

—Durante estos últimos meses me ha ocurrido más de una desgracia y aquí, en Alexandria, me siento un poco extraño. He perdido a toda mi familia y, si quieres saberlo, vengo aquí porque me gusta charlar contigo.

La joven se sobresaltó; ya se imaginaba que debía de haber pasado por alguna dura prueba. Pero ella era egipcia, y las egipcias, aunque no quieran demostrarlo, son curiosas. Con palabras aparentemente ingenuas, que no habrían convencido a nadie, intentó saber más sobre la vida del médico:

—Ah... entonces, ¿ya has vivido antes en Alexandria?

—No exactamente —le sonrió el médico—, vivía en Nicópolis...

Aquella noche se quedaron charlando largo rato bajo las estrellas, incluso después de que su tío, el pescador, con su mujer, y el tío mercader de telas regresaran a casa.

Cuando llegó al cuarto donde se alojaba, le aguardaba una novedad y, estando aún en la puerta, Honoracio le dijo:

—¡Ha venido un chico hace un par de horas y ha dicho que Sobal necesita hablar contigo!

—¿Hace un par de horas? ¿Eso es todo lo que te ha dicho?

—No, solo que Sobal te buscaba.

—Sobal ya debe haberse ido a casa... ¡para qué demonios me buscará! Escucha, voy a pasar por su taller, sólo en el caso de que aún esté allí.

Nunca había ocurrido que Sobal le mandara llamar; era un hombre tan tranquilo que se habría contentado con hablar con él la próxima vez que se encontraran.

Al final del callejón llamó a la puerta negra, Sobal seguía allí; la abrió, mirando hacia el callejón por si acaso, en la oscuridad, había alguien fisgando.

—¿Ha ocurrido algo, Sobal?

—Entra. —El anciano, una vez que estuvo cerrada la puerta, sacó una carta cuidadosamente doblada y atada con un cordel rojo—: Ha llegado esto, me lo ha traído hace unas horas el hijo del pollero Hierax. Creo que es la misiva que estabas aguardando, y he preferido quedarme aquí para entregártela.

—Te lo agradezco, Sobal, ahora puedes irte a casa. Siento mucho que te hayas preocupado por mí.

—Ya es tarde Suetonio, no tengo ganas de caminar de noche para regresar dentro de unas pocas horas. Me conformaré con dormir sobre la paja. ¿Es la carta que esperabas?

Suetonio se acercó al banco del carpintero y, tomando una lanceta de cirujano, cortó los cordeles y acercó el candil. Comprendió de qué se trataba desde las primeras líneas:

—Sí, es ésta.

Para Aulo Suetonio, médico de la XXII legión.

Llegué a Alexandria e informé en el despacho del prefecto sobre los sucesos de Tebas.

Hay noticias importantes en el asunto que te concierne, pero no quiero anticiparte nada.

La operación está concluyendo y ha ido bien, no dudo de que acabarás siendo rehabilitado.

Yo debo partir para Menfis, estaré lejos de Alexandria durante una semana. Tenemos órdenes de presentarnos juntos ante el prefecto Cayo Vibio Máximo en cuanto haya regresado. Dentro de unos días podrás presentarte al legado Quinto Valerio Curión en la XXII legión. Él ya ha sido informado, pero me imagino que te harán muchas preguntas.

Flavio Lobo, tribuno.

Sobal le había observado mientras leía y al llegar al final de la carta, le había visto sonreír:

—¿Son buenas noticias?

—Sí, Sobal. Me comunican que me van a reincorporar, me presentaré en tres o cuatro días.

LII.

Durante los días siguientes, Suetonio recogió y ordenó sus cosas, previendo que las reuniones en la guarnición de Nicópolis podrían prolongarse durante varios días: el tribuno Lobo también le había advertido, explicándole que para cumplir con las formalidades podrían mantenerlo arrestado durante unos días.

A continuación, preparó las medicinas para las infusiones de Honoracio, un sobre para cada día con las indicaciones bien escritas, y le explicó que, en caso de emergencia, Sobal estaría a su disposición.

También le contó algo al anciano Antinos, para que su nieta, que en la mesa se encontraba a pocos palmos del médico, comprendiera que sólo se marchaba por unos días. Cuando se despidió por la noche, la joven lo miró sin ocultar cierta preocupación.

Finalmente, a primera hora de la mañana se dirigió al presidio de Nicópolis, del que llevaba desaparecido casi dos años.

Los centinelas de guardia a la entrada de la guarnición le hicieron hablar con un centurión, oficial recién trasladado a Egipto; éste leyó la carta del tribuno Lobo invitando al médico a presentarse ante el legado Quinto Valerio Curión.

—Entiendo que tienes que presentarte al legado —le respondió el centurión—, pero en este momento no está aquí, está en Alexandria en el palacio del gobierno. Espera aquí, voy a pedir órdenes.

El amable centurión regresó media hora más tarde:

—He preguntado, me han dicho que podrás alojarte aquí... si me sigues te asignaré una estancia.

Le condujo a un edificio próximo a la entrada, donde también se alojaban otros oficiales, y le mostró una pequeña estancia sin adornos, una de las que se ofrecían a los oficiales de paso. El mobiliario se reducía a un catre y una mesita junto a la que había un taburete de madera.

Sólo quedaba esperar. Se tumbó en el catre y reflexionó: las formalidades llevarían su tiempo, tendría que explicar lo que había sucedido en Tebas y por qué estaba ahí. Pero Suetonio confiaba en el apoyo de Lobo, necesario para aclarar el enrevesado asunto. En resumidas cuentas, regresaba a su cuartel con importantes resultados: junto con el tribuno había evitado el estallido de una revuelta que podría haber incendiado toda la Tebaida, interrumpiendo durante quién sabe cuánto tiempo el flujo de grano a Alexandria, y de allí a Roma. En su carta, el tribuno había llegado a explicar que se presentarían juntos al prefecto de Egipto, Cayo Vibio Máximo, el mismo que le había autorizado a refugiarse en Tebas por los servicios que había prestado a su familia.

Cuando salió para ir a la letrina, se encontró con dos guardias delante de la puerta que le impidieron moverse, pero a cambio le llevaron un cubo a la pequeña estancia.

Suetonio reflexionó largo rato, no tenía otra cosa que hacer, y llegó a la conclusión de que era un simple peón, absolutamente insignificante en los juegos del poder; los odios que se había atraído de algunos oficiales patricios eran cosas que una intervención desde arriba resolvería fácilmente.

Estuvo confinado en aquel habitáculo durante un par de días contando, una y otra vez desde su litera, las vigas de madera de palmera del techo. No tuvo ocasión de hablar con nadie; incluso el siervo que le llevaba la comida y recogía el cubo de madera que le servía de letrina tenía orden de no dirigirle la palabra.

Al atardecer del tercer día algo se movió por fin: Suetonio oyó pasos en el pasillo y cuatro legionarios, a las órdenes de un centurión, se presentaron en la puerta para buscarle.

—¿Adónde me lleváis? —le preguntó al oficial.

—Tengo órdenes de escoltarte hasta la sala de oficiales —le contestó, sin mostrar ni resentimiento ni satisfacción. Ante la mirada incierta del médico añadió, con una expresión neutra—: No sé nada más.

En la sala no le aguardaba el tribuno Lobo, como se había esperado el médico, pero a juzgar por sus uniformes los dos oficiales sentados a la mesa eran tribunos. Otros dos soldados sin insignias habían ocupado sus puestos en una segunda mesa y frente a ellos tenían hojas en blanco, cálamos y tinta; debían de ser dos *librarii legionis* encargados de tomar nota; por alguna razón no se había llamado a escribas. Los soldados salieron y cerraron las puertas; Suetonio dio dos pasos y se encontró de pie, ante los oficiales.

—Tú estabas en Tebas... —comenzó diciendo uno de los dos tribunos, el más joven, un oficial que rondaba la cuarentena; pero su colega, un hombre calvo y próximo a la sesentena, con mechones canos en cabello y barba, le hizo callar bruscamente y tomó la palabra—: Soy el tribuno Cayo Longino Prisco, y mi colega es el tribuno Julio Domicio. Nos han informado de que te esperaban en este mando y, como ves, no hemos perdido tiempo en poner en orden nuestros papeles. Ahora estamos aquí para escucharte.

—Claro, lo comprendo —balbuceó el médico—. ¿Qué queréis saber?

—No hablaremos de cosas lejanas en el tiempo, que no nos interesan... es de Tebas de lo que queremos hablar.

Suetonio no pudo ocultar su alivio así que respiró más tranquilo. No se volvería a hablar de viejas cuentas pendientes, que de hecho ya habían sido perdonadas por el prefecto. Era la mejor manera de empezar su deposición.

El veterano Longino Prisco, al darse cuenta de la sorpresa del médico, esbozó una sonrisa conciliadora:

—Nosotros también venimos de Tebas... en realidad, de las cercanías: estábamos de servicio en la ciudad de Hermontis^[69], en el cuarto Nomo. Dime: ¿cuál era tu tarea en Tebas?

—Recibí instrucciones de proporcionar la atención necesaria a los legionarios de las dos cohortes acuarteladas en la guarnición de Tebas, ni siquiera cohortes completas, apenas cinco o seis centurias, estando la mayoría de los hombres destinados a guarniciones periféricas debido a la proximidad de la crecida del Nilo.

Los tribunos asintieron, eso debía de ser también lo que tenían en su documentación.

—En el cuartel contiguo al palacio del gobernador del Alto Egipto, restauré el *valetudinarium*, en desuso desde hacía años y traté a los legionarios que se presentaban por motivos muy diversos: desde abscesos de dientes podridos hasta disentería, además de otras dolencias comunes en aquel clima.

—¿Cuál era tu relación con el gobernador *pro tempore* de la Tebaida, el legado Avidio Nepote?

—Me presenté ante él a mi llegada a Tebas y fue él quien me encargó la remodelación del *valetudinarium*. Fui llamado a su despacho una segunda vez durante mi servicio: fue pocos días después de la partida del gobernador Marco Emilio Catulo, cuya presencia fue requerida aquí, en Alexandria. En aquella ocasión me encomendó la tarea de tratar a un hombre que se encontraba en una villa a las afueras de la ciudad.

—De modo que siempre has mantenido buenas relaciones con el legado Nepote.

—Desde luego. Y llevé a cabo todo lo que me ordenó —respondió sin vacilar.

—¿Cuándo abandonaste Tebas?

—A principios de septiembre. En aquel momento había sido transferido a las órdenes del tribuno Lobo.

Había hablado largo y tendido sobre este asunto con Lobo y sabía bien lo que tenía que responder. El tribuno confirmaría con su autoridad cada afirmación.

—¿Cuándo fue la última vez que viste al legado Nepote?

—Ya os lo he dicho, cuando me encargó tratar a un civil, un tal Heráclides, poco después de la partida del gobernador Catulo de Tebas. Creo que fue el 20 de julio.

—Entonces, ¿no te encontrabas en Tebas en el mes de agosto?

—No, tribuno, me encontraba inmerso en la operación que me habían ordenado, en la otra orilla del Nilo. En agosto estuve a las órdenes del tribuno Flavio Lobo en la zona desértica sobre la que se levantan las Casas del Millón de Años. Me encargué de atender a un hombre gravemente herido, tuve que amputarle el brazo izquierdo, que había quedado aplastado por un desprendimiento de rocas durante una excavación.

—¿Alguien puede atestiguarlo?

—Por supuesto, el propio Lobo puede dar fe de ello, pero también todos aquellos con los que estuve involucrado allí, en la otra orilla del Nilo. E incluso el propio peón, que gracias a aquella amputación salvó la vida.

Los tribunos, uno con los labios apretados y el otro con el rostro sombrío, no estaban nada satisfechos con las respuestas del médico. Tenían otra cosa en mente y hurgaron en sus papeles en busca de algo hasta que Julio Domicio señaló en una línea.

—Una mujer se presentó en tu nombre a un boticario que resulta ser tu amigo, el egipcio Belles. ¿Lo conoces?

—Claro... sí, lo conozco —respondió Suetonio, sorprendido de que quisieran saber del estimado maestro herborista con el que había entablado amistad—. Belles es el boticario que me abastecía de los fármacos necesarios para el *valetudinarium* del presidio.

—¡Bien! —exclamó el tribuno Prisco levantando el dedo índice para indicar a los escribas que no se perdieran este pasaje.

—Esta mujer, la que acudió al boticario egipcio Belles, a quien conoces tan bien —prosiguió el otro tribuno—, se presentó en tu nombre para adquirir veneno. Esto es lo que ese viejo boticario, bajo juramento, declaró ante mí y ante el centurión Sópatro, y mi secretario ha transcrito en este papiro.

El médico se estremeció al oír el nombre del infame centurión Sópatro, pero halló el ánimo suficiente para replicarle como experto:

—He comprado muchos fármacos al boticario en varias ocasiones. La mayoría de los fármacos que se utilizan para tratar enfermedades pueden considerarse auténticos venenos y es la cantidad correcta que calcula el médico la que los convierte en remedios válidos para curar.

Sin embargo, la voz de Suetonio se había vuelto insegura y titubeante hacia el final, porque ya se había dado cuenta de que algo más debía haber ocurrido, y posiblemente algo grave. Pero por mucho que se esforzara en recordar, nunca había enviado a ninguna mujer a comprar donde Belles en su nombre. ¡Y mucho menos a comprar venenos! A veces había ido Honoracio, y normalmente con una nota en la que había escrito personalmente lo que necesitaba.

—¿Cómo se llama esa mujer?

Suetonio miró a su alrededor, todos los ojos estaban clavados en él, y sólo pudo negarlo sacudiendo la cabeza:

—No tengo ni idea de quién podría ser —susurró, serio.

—Luego, ¿niegas conocer a esa mujer? —Longino Prisco lanzó una mirada severa a los dos *librarii legionis*, que no habían dejado de escribir sobre las hojas de papiro—. ¡Tenemos órdenes estrictas de que todo salga a la luz! Ahora mi colega te leerá estas pocas líneas. —Señaló con el dedo un pasaje preciso en un papiro, e incluso Suetonio, a un paso de distancia, pudo ver que aquellas líneas habían sido subrayadas en rojo.

—Esto declaró el boticario Belles —empezó a leer el tribuno Domicio—. “la mujer me dijo que fue el médico Suetonio quien la había enviado a comprar el veneno. Ella ni siquiera sabía de qué veneno se trataba y pidió el que usan los médicos cuando quieren acabar con la vida de una persona que ya no tiene ninguna posibilidad de vivir”.

El tribuno interrumpió su lectura para mirar de reojo a Suetonio, que se quedó de piedra.

—“Vi que vestía de luto”, declaró el boticario Belles, bajo juramento —continuó el tribuno, impertérrito—, “pensé que era una viuda que quería suicidarse. Ya he recibido peticiones similares. Incluso tenía la voz ronca, y cuando insistió en que la enviaba el médico Suetonio, me convencí de que fuera sincera, de que realmente la había enviado él”.

—No sé nada de eso, ¡y esa mujer no tengo ni idea de quién puede ser! —exclamó Suetonio, profundamente ofendido, interrumpiendo la lectura—. ¿Una viuda de luto, dices? ¡Nunca se me ocurriría enviar a una viuda a comprar veneno! No lo entiendo...

—Médico, todos nos hemos dado cuenta de que cuando te interrogan eres muy preciso sobre cosas que no tienen importancia, pero que pueden serte de ayuda, y nunca pareces saber nada sobre cosas que pueden volverse en tu contra. Entonces, ¿no eres capaz de decirnos quién es esa mujer?

—No... no tengo ni idea de quién puede ser.

El tribuno, observándole con gesto adusto, hizo un gesto a su colega con el dedo índice para que reanudara la lectura.

—El boticario dijo, estas son sus palabras exactas: “Llevaba un velo oscuro en la cabeza, era imposible reconocerla. Muchas mujeres de aquí, sobre todo si están de luto, lo usan para no ser importunadas por extraños en la calle. Yo no tenía motivos para no creerle, y al final le di el veneno. Cantidad suficiente para acabar con la vida de tres o cuatro personas”.

Los dos oficiales lo escutaron, aguardando una respuesta o un desmentido y Suetonio, en ese momento, pareció recordar algo: una mujer vestida de negro, con la cabeza oculta por un velo para no ser reconocida, de voz ronca, le pareció que la había conocido en Tebas. Varias veces, por la noche, le había abierto la puerta del *valetudinarium*.

—Dime qué sabes de la muerte del legado Nepote —le ordenó Longino Prisco, perentorio.

Suetonio se quedó en blanco. Negó con la cabeza y murmuró:

—No sé nada... ¡ni siquiera sabía que estaba muerto!

Los dos tribunos se dirigieron una mirada de complicidad.

—Aquí pone que tú mantenías una excelente relación con la esposa del legado Nepote —lo reprendió Domicio, mostrándole otra de sus interminables actas—. ¡Relaciones estrechas e indecorosas! ¡Lo declaró tu superior, el centurión Sópatro! —Golpeó ruidosamente la mesa con la palma de la mano antes de señalizarle con el dedo índice—: ¡Sabemos que erais amantes! ¡Lo sabemos todo!

En ese momento Suetonio lo comprendió: estaba siendo interrogado a puerta cerrada, porque estaba en juego el honor de una familia patricia y de un oficial de alto rango, pese a que ya hubiese pasado al reino de las tinieblas. Y los dos investigadores buscaban información que no tenía nada que ver ni con los tesoros de las tumbas reales egipcias ni con las insurrecciones a

punto de estallar, fomentadas por los sacerdotes de la Tebaida.

Estaba aturdido por la sorpresa, pero la voz de Prisco le hizo volver en sí:

—Como ves, no ignoramos nada de lo que hiciste en Tebas. Ahora, en primer lugar, debes decirnos dónde escondiste las quinientas mil tetradracmas del cofre del legado Nepote. Y, en segundo lugar, ¡debes entregarnos a la envenenadora!

La mirada del médico se precipitó hacia los *librarii legionis* cuyos cálamos rascaban sin cesar: lo habían anotado todo, y la trama demasiado obvia de un asesinato que involucraba a una mujer hermosa, un marido traicionado y un amante apasionado ahora se revelaba, por escrito, en sus papiros.

LIII.

Suetonio pasó otros cuatro días en el cuartito que le habían asignado, incierto sobre el destino que le aguardaba, maldiciendo a Orestila, cuyo inmenso peligro sólo ahora comprendía plenamente. Su hija adoptiva, Avidia la Menor, no se quedaba atrás.

Aún recordaba cuando Honoracio le había contado que la joven había querido presenciar el asesinato del secretario Apolonio y, a estas alturas, ya sabía demasiado sobre los perversos vicios de las dos mujeres. Con seguridad aquellas habladurías sobre el asesinato de aquel fanfarrón instructor de armas, aquel Peucesta al que Orestila había tomado como amante, también debían ser ciertas.

Buena parte de aquellos cuatro días el médico los transcurrió sobre el camastro contando, una y otra vez, las vigas de palmera del techo, permitiéndose algún que otro momento de evasión para pensar en Neftis, mientras cocinaba en casa de su abuelo. A menudo también pensaba en Honoracio, cuyo camino hacia la recuperación era todavía largo. Quedaría gravemente marcado para siempre, y el estiramiento de la piel de la cara cambiaría por completo sus rasgos, haciéndole irreconocible. El Tejedor había dicho una vez que no podía volver a servir en la guarnición de Nicópolis porque temía ser reconocido. Ahora ni siquiera ese temor tenía ya razón de ser, porque nadie que le mirara podría decir con absoluta certeza quién era.

También se acordó de Sobal, en su taller plagado de gatos manchados y en compañía de sus mudos clientes.

Si se confirmaba lo que le habían imputado los dos oficiales que le habían interrogado, pronto acabaría delante del verdugo y todo concluiría en silencio para que nunca más se volviera a hablar de ello.

Suetonio no podía hacer otra cosa que esperar.

Al quinto día, oyó ruido al otro lado de la puerta cerrada, en el corredor. Los guardias abrieron la puerta y apareció el tribuno Lobo, cuyo rostro contraído no desvelaba nada.

Le arrojó una túnica limpia:

—Suetonio, cámbiate rápido, debes venir conmigo.

A pesar de que el médico estaba estupefacto, con la túnica puesta trató de explicarle lo que le había sucedido y, de forma emocionada, le dijo:

—¡Intentaron acusarme del asesinato del legado Nepote cuando yo ni siquiera sabía que estaba muerto!

—Suetonio, los dos oficiales que te interrogaron sólo cumplieron con su deber. Estarás de acuerdo en que tu comportamiento en Tebas ha sido vergonzoso. Ni siquiera me contaste nada de la aventura que habías iniciado con la esposa del legado. ¡No te ocultaré que, de haberlo sabido, muchas cosas habrían sido muy distintas!

—No sé nada de toda esa historia del veneno, te lo juro, tribuno. Y en lo que respecta a esa mujer, que sepas que acudí a mí por un ungüento para rejuvenecerse.

—... ¡Me lo imaginaba! ¡Y no le pudiste decir que no! ¡Si supieras cuántas veces he oído historias como esa!

Suetonio meneó la cabeza:

—Tú no conoces a esa mujer, está completamente desquiciada... ¡y depravada también! ¡Me lo ordenó, y yo no podía negarme a una mujer que podía destruirme con una sola palabra!

—Mira, Suetonio, pongamos fin a esa historia. He respondido por ti delante del prefecto. Al

final, la imagen resultante, juntando todos los testimonios de que disponía, era más que creíble. De hecho, confirmó las sospechas ya existentes, y el prefecto me confió que se había visto obligado, por presiones políticas, a darle a Nepote el puesto de ayudante del gobernador del Alto Egipto. Como bien sabes, cuando Marco Emilio Catulo fue llamado a Alexandria, Nepote se encontró, de la noche a la mañana, dueño y señor absoluto de Tebas, pero nadie imaginaba que ya hubiese sembrado tanta cizaña.

—Entonces, todo aquello por lo que arriesgamos nuestras vidas, la deposición... ¿se lo creyeron?

El tribuno asintió:

—Sí, todo salió bien. Esta mañana seremos recibidos juntos por el prefecto. Te ordeno que guardes silencio sobre Tebas, que no hagas ningún comentario sobre lo sucedido, porque ellos lo saben todo, incluso lo de la esposa del legado. Si quieres puedes hablar de asuntos médicos, ese es tu trabajo.

Salieron al sol de la mañana y un carruaje del ejército los llevó al palacio del prefecto, el que había sido el palacio de los Ptolomeo en tiempos de César. Durante el corto trayecto no intercambiaron ni una sola palabra, pues desconfiaban del cochero que era un legionario.

En el palacio, el tribuno abrió camino; estaba familiarizado con el inmenso dédalo de oficinas desde donde se gobernaba todo Egipto.

Por último, llegaron a una sala de espera donde numerosos legionarios vigilaban todas las entradas. Un centurión recogió las armas y los registró, luego les indicó que esperaran su turno para entrar.

—Hemos llegado puntuales, nos llamarán enseguida —dijo el tribuno.

Encontraron sitio en un banco, bajo la atenta mirada de la guardia del prefecto. Unos instantes después, el tribuno le agarró de la mano y le dijo en un susurro:

—Suetonio, ¡ten mucho cuidado! Por si no lo sabías, te recuerdo que el prefecto no ha sido reconfirmado y pronto volverá a Roma. Pero eso nosotros no lo sabemos... ¿queda claro?

Suetonio asintió, temiendo dar algún paso en falso porque los círculos del poder no le resultaban demasiado familiares. Se repetía a sí mismo que sólo era un médico, y no podía conocer los tejemanejes de palacio.

Al cabo de media hora, los ujieres abrieron las puertas del despacho y escoltaron a dos oficiales hasta la salida.

Un secretario de rostro adusto salió a la puerta, vio al tribuno Lobo esperando y le saludó con la mano.

Un momento después se encontraban ante el prefecto de Egipto, Cayo Vibio Máximo, una de las personas más poderosas del imperio, salvo quizás solo el emperador.

—Me alegro de veros... a ti también, Suetonio, aunque en mi despacho ya nos habíamos ocupado de ti. ¡Realmente no pensaba volverte a ver en Alexandria!

El médico inclinó la cabeza y farfulló:

—Han sido las circunstancias, prefecto.

—Nuestro tribuno Lobo me lo ha explicado todo. Las cartas y actas que presentó fueron examinadas, las consideré intachables y fueron enviadas a Roma. El asunto debe considerarse cerrado con la muerte de su mayor responsable. Quiero agradecerlos a ambos los riesgos que asumisteis para salvar el honor del imperio. Ahora, sobre todo este asunto debe caer un silencio absoluto —miró fijamente al rostro de Suetonio, que sólo pudo asentir, y luego hizo una seña al secretario—: ¿Hay algo más, Celso?

El secretario tenía preparado un papiro con unos apuntes y les preguntó, sin rodeos, a los dos:

—¿Estamos seguros de que no hay nadie más en circulación que esté al corriente de este escandaloso asunto? ¿Nadie más que los que figuran en vuestra lista?

—Que nosotros sepamos no hay nadie más, secretario, te lo confirmo.

Suetonio también asintió.

—Si es así, la cuestión se cierra aquí, prefecto —asintió Celso.

—Sí, cerrémosla aquí. Los oficiales que traicionaron nuestra confianza serán juzgados, pero en silencio. ¿Qué hay de los egipcios que participaron en la excavación sacrílega? ¿Qué me dices de ellos, Lobo?

—Nunca hablarán, prefecto. Son personas ignorantes que llevan generaciones trabajando para el clero, les expliqué que debían callar porque podrían acabar mal... en silencio, precisamente. Pero ellos ya lo sabían muy bien, ¡los mismos sacerdotes los mandarían decapitar de inmediato!

—No tenemos motivos para dudar de tu palabra, Lobo. Hemos confiado en ti y hemos visto que has gestionado esta emergencia de la mejor manera posible. El propio tribuno Manlio Cercón, que nos entregó el acta, confirmó cada uno de tus movimientos en este asunto. Ahora el asunto está cerrado y puedes tomar posesión de tu nuevo cargo.

Agitó una pequeña campana de bronce y entró un asistente con vasos de agua y vino.

—Quiero dejar la provincia de Egipto en el mayor orden posible, con la esperanza de que podamos seguir viviendo y produciendo riqueza aquí durante muchos años. —La mirada del prefecto se dirigió por último sobre el médico—: Y tú, Suetonio, ¿adónde irás?

—Hum... si los oficiales me lo permiten, volveré al servicio, aquí en la XXII legión.

—No, ¡no puedes, Suetonio! Se ha hablado demasiado de ti, aunque el legado Tito Volusio Blasiano y su ayudante, el tribuno Aurelio Galo, con quien discrepabas, fueron ascendidos a otro puesto hace unos meses. Creo que están en Hispania. Pero, aun así, los legionarios y oficiales murmuran, y por el buen funcionamiento de la legión prefiero que vayas a prestar servicio a otro lugar. Por eso precisamente ¡mi oficina te había destinado a Tebas hace unos meses!

El médico no pestañeó: su mujer, que le había abandonado por el tribuno Galo, iba a estar ahora con él en Hispania. No era una mala noticia; no correría el riesgo de volver a verla.

El prefecto señaló al tribuno Lobo con el dedo índice:

—¿No podrías llevarte contigo a un médico muy bueno en tu nuevo trabajo? —sonrió.

El tribuno asintió agachando la cabeza.

Al final, Suetonio seguiría siendo médico y, cuando la reunión tocaba a su fin, se atrevió a preguntar:

—Prefecto... tu hijo, Julio, ¿cómo está?

El rostro del oficial de alto rango se abrió en una amplia sonrisa:

—¡Julio está estupendamente! No ha vuelto a sufrir de su enfermedad desde que lo trataste. Le contaré que has preguntado por él.

La conversación terminó y el secretario los condujo a la puerta. Los ujieres los acompañaron a la planta baja y, por último, se encontraron en el gran vestíbulo al que daban los despachos de los distintos departamentos de la prefectura.

—Ha salido bien, Suetonio. Hasta el último momento, he temido que apareciera algo más.

—Tribuno, sí, habrá salido bien tal y como dices, pero ¿qué debería hacer yo ahora?

—Has sido reintegrado, Suetonio. Por razones de conveniencia serás trasladado, aquí hay demasiada gente al corriente de viejos rumores. No serás acusado de ningún cargo y continuarás con el rango que tenías. ¡Y yo creo que deberías alegrarte!

—Sí, por supuesto, me alegro —le susurró, mostrando, en cambio, la amarga decepción en su rostro—. Pero y tú ¿adónde irás? ¿Ha dicho el prefecto que debo ir contigo?

—Todavía no he sido asignado. Se habla de operaciones en la Arabia Pétreá, pero hasta ahora no se ha hecho nada al respecto. Me imagino que nos quedaremos en Alexandria por algún tiempo, antes de partir.

—¿Un poco de tiempo?

—Sí, las asignaciones tardarán un par de meses en definirse. Pero tú recibirás tu stipendium, hablaré con el administrador con el fin de que te paguen los atrasos de Tebas.

Suetonio lo miró, mudo.

—En el interín —añadió el tribuno alzando el dedo índice—, te ordeno que permanezcas a la sombra, en la ciudad. Después de lo ocurrido en Tebas, es mejor que pases desapercibido. Continúa con lo que estabas haciendo, pero mantente apartado de la vista. Cuando los nombramientos estén listos te enviaré una nota a través de tu pollero y te diré la fecha en la que debas presentarte. Nos veremos aquí, frente a esa puerta oscura, por la que salen esos dos oficiales. ¿De acuerdo?

—Sí, tribuno, de acuerdo.

Estaban a punto de despedirse, pero al tribuno Lobo, en medio del vestíbulo, le faltaba algo por añadir:

—Escucha, Suetonio, el prefecto quiere que te pongas definitivamente a mis órdenes. Te lo digo ahora para que quede claro de una vez por todas: ¡ni se te ocurra meterte en más enredos como lo hiciste en Tebas y para colmo manteniéndome al margen de todo! Y para el futuro, ¡olvídate de que yo pueda cubrirte! ¡No cometas el error de esperar que te ayude porque pasamos juntos por ese lío del calabozo! La próxima vez tendrás que pagar por un asunto como el que provocaste delante de una junta disciplinaria, o de un magistrado. ¿Me has entendido?

El médico cabizbajo sólo pudo asentir, y el tribuno siguió su camino sin añadir nada más, sin siquiera ofrecerle el antebrazo.

LIV.

Seguía siendo un día bochornoso a pesar de ser ya finales de septiembre. Suetonio, con la única compañía de sus pensamientos, salió del barrio gubernamental pasando por delante de una fila de legionarios en armas. Intentó deslizarse entre las sombras de las casas y los edificios, mientras su mente solo albergaba incertidumbre: todo había ido bien, pero los oficiales querían alejarlo de Alexandria, la que había sido su ciudad durante muchos años. Tal vez no fuese tan malo. Caminó pensando en la última arenga del tribuno Lobo y en todo lo que había sucedido en los últimos días. Hasta que se encontró frente al cuartucho donde se alojaba.

Honoracio estaba sentado en el catre, de mal humor, como de costumbre; la habitación olía a suciedad y a meados, y el médico debería haber buscado a alguien que viniera a limpiar, ya que al Tejedor más le valía quedarse quieto.

—¿Cómo estás, Honoracio?

—Estoy bien, Suetonio, la piel me tira y me duele cuando abro la boca. Ya era hora de que te dejaran salir.

—Sí, ya era hora —asintió. Sin siquiera acercarse a él, se fijó en la mancha de sangre seca del vendaje que le envolvía parte de la cara—. Lo tendrás que llevar durante un tiempo. Me han confirmado que estaré aquí un par de meses y espero que te recuperes del todo.

—Ojalá —fue la escueta respuesta.

El médico sabía que el Tejedor no le iba a seguir en su nuevo puesto; nunca habían hablado abiertamente de ello, pero hacía tiempo que el joven buscaba algo distinto a la vida de ayudante de médico. Tal vez ahora que había sido vilmente golpeado, regresaría a su lugar de origen, a Menfis, donde aún tenía a su padre Cayo.

—Entonces, ¿te irás? —le preguntó el joven.

—Sí, Honoracio, creo que tendré que marcharme. Me han reincorporado al servicio, pero me trasladarán a otra ciudad.

—Alexandria... a continuación Tebas, ¿y ahora otra ciudad, por si era poco?

—He de ir a donde me manden, Honoracio. ¿Tú qué quieres hacer?

—No lo sé, Suetonio. Te juro que no lo sé.

—Ahora me voy a acercar a ver a Sobal. Más tarde traeré vinagre fresco, te quitaré las vendas y echaré un vistazo a tu herida. El aloe está en mi maletín... Tú quédate aquí. ¿Necesitas algo?

El ayudante le respondió que no, moviendo el torso y la cabeza al mismo tiempo, porque le tiraba la piel.

En el taller junto a las murallas de la ciudad, Sobal estaba ocupado sacando los sesos de la cabeza de un cliente. Había hecho un buen agujero en la nuca utilizando una afilada gubia de carpintero y un mazo; ahora, con una especie de cuchara larga, extraía trozos que iban cayendo en el cubo.

Suetonio se sentó en un taburete y mientras el anciano continuaba con su trabajo le contó los últimos acontecimientos, deteniéndose en la orden de marcharse, quizá para siempre, de Alexandria.

—Ya has conseguido lo que querías Suetonio, ¿o me equivoco? No pareces muy ilusionado y yo digo que tienes más de un motivo para estarlo.

—Estaba convencido de que podría retomar la vida que llevaba antes. En la legión hay horarios y siempre sabes lo que tienes que hacer. Tenía mi propio *valetudinarium* que atender.

—¡Ya me lo imagino! Borrachos asolados por la sarna, o enfermedades contraídas en burdeles. No parece que vayas a perder mucho. De todos modos, encontrarás más de esos legionarios allá donde te envíen.

Suetonio se había puesto a acariciar a un gatito blanquinegro que sin ninguna timidez se había subido a sus rodillas, buscando compañía.

—No, no es por el cuartel. Ya sabes que yo vivía en Nicópolis, con mi mujer... y el chaval.

Sobal limpió el instrumental y lo colocó en su sitio, luego se enjuagó las manos y se las secó con la túnica.

—Entiendo lo que me quieres decir, Aulo. Pero debes darte cuenta de que se han ido, nunca volverán. Si te quedas aquí sólo prolongarás una agonía interminable. A veces, cuando hay ciertos enfermos que sufren y para los que no hay esperanza, ¿no piensas también que sería mejor que todo acabara, tal vez en un abrir y cerrar de ojos, y que no quedara nada?

Suetonio guardó silencio, recogió un segundo gatito del suelo y los dos jugaron juntos sobre sus rodillas.

—¿Cuántos años tienes, Suetonio? ¿Cuarenta? Si quieres creerme, que soy más viejo que tú, no debes perder ni un instante. ¡Decídate y acaba de una vez con el pasado! ¿No crees que haya otras posibilidades para los buenos médicos como tú? —Le señaló el cadáver en la mesa de carpintero—: Y ahora échame una mano: tú lo agarras por los hombros y yo de los pies, y lo volvemos a poner en natrón.

Tras haber colocado al cliente en su caja, lo cubrieron con natrón fresco, cerraron la tapa y, con un trozo de carbón, Sobal escribió la fecha en ella, para no dejarlo olvidado allí durante demasiado tiempo.

—Escucha, Suetonio, si das una vuelta por casa de Antinos, llévale sauce en polvo. Se me ha ocurrido que podríamos añadirle media dracma de *bdellium*. ¿Qué te parece?

—Sí, se le puede añadir, no le hará daño y más tarde podríamos preguntarle si notó alguna diferencia. ¿Tienes el sauce aquí?

—Es ese sobre que está en el taburete... encima del gato. Escucha, Suetonio, en casa de Antinos dile algo bonito a su nieta. Me parece que ella sólo espera eso.

De regreso a su alojamiento, el médico continuó con sus cavilaciones: Honoracio había sido su ayudante durante casi dos años, pero era un joven inquieto que demandaba algo nuevo de la vida, sin saber lo que estaba buscando. Aunque sus defectos superaban con creces sus virtudes, Suetonio lo extrañaría porque había compartido con él momentos difíciles.

El médico creía saber lo que le había ocurrido: en los últimos meses Honoracio había visto el inmenso potencial del Oráculo de la Espada, y aspiraba a ganarse la vida holgadamente con ello. Eso era lo que había estado buscando inconscientemente desde que habían estado prisioneros en casa del astrólogo; incluso entonces había estado espionando al casero mientras embaucaba a sus clientes: un trabajo no exento de riesgos, pero que garantizaba buenas ganancias sin sudar la gota gorda.

Después de la última desgracia, quizá ni siquiera el Tejedor creyera ya en los oráculos, pero para entonces ya había experimentado, y de primera mano, los infinitos recursos ocultos en la credulidad de la gente ignorante.

—Honoracio —le dijo poco después, mientras le curaba la herida—, tendrás que seguir cuidándote. Si notas algo sospechoso, no dudes en decírmelo. ¿Cómo te encuentras hoy, notas algo diferente?

—Todo este lado de la cara parece... adormecido, pero no me duele mucho. He de tener

cuidado al comer, hay algo que me tira de la mejilla.

—Es la sutura. Si sale pus, te trataré más a fondo con vinagre. Tengo un poco de sauce en polvo, te dejaré una dosis para la infusión que tomarás esta noche, y mañana hablaremos de las medicinas que no debes dejar de tomar hasta que la herida esté completamente curada... ¿Está claro?

El Tejedor asintió.

Pronto sus caminos se separarían, y tal vez nunca más se volverían a cruzar.

Aún era pronto para ir a casa de Antinos.

Suetonio, durante los días y las noches que había pasado encerrado en el cuartel, se había acordado de lo mucho que le gustaba charlar con Neftis y, probablemente, oírla reír.

Necesitaba más polvo de sauce para su abuelo, y siguió caminando calle abajo en busca de un vendedor de hierbas. El boticario Isócrates estaba demasiado lejos, pero se había fijado en una tiendecita en el barrio de los tejedores, una calle donde se oía por todas partes el ruido de los telares, madera contra madera, funcionando en todas las casas. No le gustaba venir a esta zona porque a veces pasaban las patrullas y el tribuno Lobo había sido categórico, ordenándole que no se mostrara por la zona.

Sudaba, abrumado por el maletín que llevaba a cuestas, algo que no necesitaba; lo llevaba sólo para dar el pego dejándolo bien a la vista cuando regresaban los demás parientes de Neftis. Sus visitas excesivamente frecuentes habían suscitado alguna sospecha y ya se habían oído risitas de las mujeres de la casa que lo habían inquietado.

Mientras buscaba el almacén del vendedor de hierbas, abriéndose paso entre plebeyos con mercancías al hombro, mujeres pendientes de sus compras para la cena y niños en busca de algo para jugar, su mirada se detuvo, por pura casualidad, en un elegante carruaje que pasaba a tiro de piedra de él. En un instante reconoció, incrédulo, el grácil rostro de Avidia, y acto seguido, a su lado, a Orestila: se estaba riendo, enfrascada en una alegre conversación con un galán del lugar, un joven que debía de tener una veintena de años menos que ella. Su acompañante, otro lechuguino, le hacía ojitos a Avidia.

Suetonio intentó esconder la cabeza entre los hombros, ya que no tenía capucha que le ayudara a no ser reconocido; pero el maletín de vivos colores que llevaba colgado del hombro parecía un reclamo difícil de ignorar.

Y en efecto, una voz ronca de mujer, que él conocía bien, le llamó:

—¡Médico Suetonio...! ¡Detente... te he visto!

El médico se cuidó mucho de no detenerse. En cambio, alargó la zancada. Ya había conseguido salir del apuro y no quería correr más riesgos por culpa de aquellas dos depravadas mujeres.

Rápidamente se deslizó por una estrecha callejuela por la que nunca habría podido pasar un carruaje y acelerando el paso, en pocos instantes se perdió entre el populacho.

Sólo se preocupó de alejarse y caminó un buen trecho; los latidos del corazón y la ansiedad de la huida no se calmaron de inmediato, sino que le costó casi una hora. Se encontró en una plazoleta en cuyo centro había un pozo a la sombra de un gran sicomoro. Algunos niños deambulaban absortos en sus juegos, tres mujeres charlaban de sus cosas en el otro extremo de la plaza. Se detuvo a la sombra, tomó aire y bebió un sorbo del cubo que había en la boca del pozo: el agua estaba fresca y le supo a gloria.

No podía dejar de pensar en las dos mujeres: no estarían de fiesta mucho tiempo. En Alexandria corrían los rumores y en cuanto la noticia de su presencia llegara a oídos de algún

magistrado, las quitarían de en medio: en silencio, como había especificado el prefecto.

El médico había ocultado muchas cosas a los oficiales y su conciencia no estaba del todo tranquila, pero pensó que ahora estaba rehabilitado y no tenía más remedio que volver al servicio, aunque aún no supiera dónde. No se volvería a hablar de los sucesos de Tebas. Esta vez no habría más aventuras y volvería a su trabajo de siempre, médico en algún cuartel.

Empezaría una nueva vida.

Esperó un poco para recuperar el aliento, antes de encaminarse hacia la casa de Neftis. Le esperaba una cena con ella y su abuelo.

Le gustaba esa mujer. De repente se dio cuenta de que tendría que tomar una decisión y sin perder más tiempo.

El tribuno Lobo había dicho que partirían en dos meses, y dos meses pasan rápido. Ya había pasado un día de esos dos meses.

Tendría que hablar con Neftis. Y no las habituales conversaciones triviales que habían mantenido otras veces, cuando ella le hablaba de la navegación entre las flores de loto y él le contaba de los mercados de Tebas. Debería hablarle seriamente.

Cuando sus pies le condujeron hasta el macizo portón de madera, ya había elaborado en su mente un discurso sensato.

Se decidió y tiró del cordel.

NOTA DEL AUTOR

El papiro Ebers^[70], el documento más importante que registra las prácticas médicas en uso en la época del Imperio Nuevo (1550-1070 a.C. aproximadamente), comienza con las siguientes y significativas palabras: “Aquí comienza el libro de las preparaciones de los medicamentos, aptos para todas las partes del cuerpo de un enfermo”.

El papiro deriva su nombre de su descubridor europeo, el arqueólogo Georg Ebers, que lo compró en Tebas en el invierno de 1873-1874; contiene unas setecientas fórmulas mágicas y recetas de diversa índole.

La mayoría de tales prácticas, en uso en el Imperio Nuevo, se transfirieron en los siglos siguientes a la medicina del Egipto ptolemaico tras la conquista de Alejandro, fusionándose con la cultura griega de sus conquistadores.

El hecho de que el papiro proceda de Tebas no es casualidad: la ciudad fue durante mucho tiempo la capital de Egipto, y en ella existía también, junto a las escuelas religiosas, una “Casa de la Vida” a la que asistían sabios en las diversas ramas de la filosofía y la medicina. Un “sanatorio” adjunto al templo de Ptah (que forma parte del complejo de Karnak) permitía evaluar los resultados de los tratamientos aplicados a los pacientes.

Tras la victoria de Octavio y las muertes de Marco Antonio y Cleopatra, los romanos, al apoderarse del país, tuvieron ocasión de apropiarse de gran parte de los conocimientos y curas en el campo médico y quirúrgico de la escuela greco-egipcia.

No parece fuera de lugar, por tanto, imaginar a Tebas, la ciudad en la que el médico Suetonio en poquísimos tiempo se encuentra en diversos apuros, como una “ciudad de los venenos”.

Y, por otra parte, todo fármaco no es más que un veneno tomado en pequeñas dosis, como le recuerda el imaginario vendedor tebano de hierbas y pociones Belles (el papiro con las recetas de su abuelo Dionisio guarda un lejano parecido con el papiro de Ebers); el avisado boticario incluso le señala a su colega, preocupado por la preparación de un medicamento para un anciano enfermo del corazón, que “...todo fármaco es un riesgo...”.

Y el ungüento que se utiliza en la novela para rejuvenecer a la noble tebana es precisamente el de la receta “Cómo convertir a un viejo en joven” que se encuentra en el papiro de Ebers.

Muchas de las referencias de la novela a la farmacopea egipcia y romana están tomadas de la literatura: el *opium thebaicum* era bien conocido y se utilizaba para aturdir y anestesiarse a los pacientes, y la infusión de cannabis que se administra a un anciano enfermo para hacerle olvidar sus preocupaciones tiene ilustres precedentes no sólo en la medicina egipcia, sino también en Dioscórides, Plinio el Viejo y, más tarde, en Galeno.

Los médicos militares, destacados allí donde había una guarnición con cierto número de soldados, eran profesionales cuidadosamente seleccionados. Se les confiaba la salud de los hombres que no sólo garantizaban las fronteras y la paz de las provincias, sino que también tenían un importante valor económico.

No se escatimaban recursos para mantener sanos a los legionarios y rehabilitar a los heridos, como prueba la presencia en las fortalezas romanas de valetudinaria expresamente destinados a tratar a los enfermos.

Aparte de los excelentes conocimientos médicos que permitían, por ejemplo, realizar amputaciones con técnicas quirúrgicas no muy diferentes de las que aún se practicaban en el

siglo XIX, los médicos militares disponían de muchos principios activos para acompañar la recuperación del paciente. Las operaciones quirúrgicas complejas solían tener éxito desde el punto de vista técnico; por desgracia, al no disponer de antibióticos, y, sobre todo, de penicilina, en muchas ocasiones el paciente moría de infecciones que se desarrollaban a posteriori.

Incluso el instrumental quirúrgico que se utilizaba en la época romana no difería mucho del empleado en el siglo XIX, como demuestran numerosos hallazgos; también se conocía el uso del catéter (de cobre o de estaño), y se han hallado varios ejemplares junto con instrumentos médicos.

En el Egipto del siglo I d.C., como en gran parte de las provincias imperiales al este de Italia, se hablaba el “griego koiné”, una lengua franca que se había extendido desde el siglo III a.C. con las conquistas de Alejandro Magno.

El demótico y algunos dialectos regionales no habían sido completamente suplantados, sobre todo en los estratos más bajos de la población, pero la mayoría de los papiros de la época ptolemaica o de los siglos de dominación romana están escritos en griego koiné: entre ellos hay recibos de impuestos, órdenes de servicio, avisos administrativos, escrituras de propiedad y herencia, y mucho más, incluso horóscopos.

En el Egipto romano y en las legiones, en las que servían hombres procedentes de remotas regiones del vasto imperio, la lengua era, a veces, el único puente que unía la perfecta maquinaria fiscal egipcia heredada de los Ptolomeo con el gobierno romano y la constante necesidad de trigo y oro del imperio.

En época imperial, Tebas era famosa por sus monumentos. La mayoría de los templos que databan del Imperio Medio habían sido dañados por gobernantes posteriores, o saqueados tras invasiones, como en el caso de los hititas, o semidestruídos por revueltas (como ocurrió en el 84 a.C.).

El atractivo de las pirámides y los templos, ajenos al imaginario romano y de tamaño asombroso, no era menos grande entonces que el de hoy en día.

Tras ser asediada por Cornelio Galo en el 29 a.C., que se convirtió en el primer prefecto de Egipto, Tebas se convirtió en destino turístico de legados y emperadores: Estrabón, Germánico, Adriano, Septimio Severo, Caracalla, Diocleciano y Amiano Marcelino pasaron por allí. En la práctica, se convirtió en una especie de “ciudad museo” que fascinaba a sus visitantes sobre todo por los Colosos de Memnón y el Valle de los Reyes.

Y no es casualidad que numerosos emperadores romanos, desde Augusto hasta Antonino Pío, contribuyeran de forma significativa a las restauraciones, de las que quedan vestigios en la arquitectura y las inscripciones de catorce templos tebanos. Una fascinante documentación de estos viajes turísticos nos la ofrecen las inscripciones grabadas en la estatua “parlante” del Coloso (la situada más al sur), que se convirtió en el destino de una auténtica peregrinación para escuchar sus gemidos al amanecer^[71].

Y es interesante observar que la mayoría de los textos mencionan también a mujeres que peregrinaban junto a sus maridos, por lo general importantes funcionarios romanos. Entre los numerosos grabados, son famosos los cuatro epigramas de Julia Balbilla, que recuerdan el estilo de Safo y de Alceo, grabados en la “estatua parlante” con ocasión de varias visitas en noviembre de 130 d.C. ^[72].

El templo de la ribera occidental del Nilo donde se desarrolla la historia del “largo corredor”

es la “Casa de los Millones de Años” de la reina Hatshepsut; la existencia del corredor de la novela carece de fundamento real.

En cambio, es cierto que el templo, apoyado en una pared rocosa cuya base fue modelada artificialmente para construir el propio templo, se encuentra a tan sólo trescientos metros, en línea recta, de las tumbas reales del Valle de los Reyes, en particular de las de Tutmosis IV, Mentuherjepeshef, Tutmosis I y la propia Hatshepsut.

De hecho, sólo la colina rocosa situada detrás del templo separa el complejo de templos de Hatshepsut, Tutmosis III y Mentuhotep II del valle utilizado para los enterramientos reales. Hay que recordar que la excavación de centenares de metros en la roca, en la que se alzan las tumbas de los reyes, era una operación al alcance de los arquitectos y peones del Imperio Medio.

Las tierras bañadas por el Nilo siempre han estado impregnadas de magia y superstición. No se puede afirmar que el mundo romano fuera demasiado diferente, a pesar de los inútiles edictos que intentaban prohibir a los magos el ejercicio de su profesión.

Además de los arúspices oficiales a los que se recurría para las “profecías de estado”, un gran número de hechiceros “privados” se enriquecían con la credulidad del pueblo.

En el Egipto ptolemaico y romano era muy popular el “Oráculo de la Espada”, en ocasiones denominado “Oráculo de la Cimitarra” u “Oráculo Homérico”, del que se han encontrado numerosas copias, no coetáneas y en distintos lugares.

La descripción del oráculo en el capítulo XLIV está tomada casi íntegramente de un ejemplar hallado entre los papiros enterrados en el vertedero de Oxirrinco. Con un simple lanzamiento de dados era posible extraer una frase de una lista tomada de la tradición homérica, e interpretarla o adaptarla con un poco de imaginación según las circunstancias.

LOS PROTAGONISTAS

EN EL RÍO NILO

Aulo Suetonio – médico de la XXII Legión
Honoracio – su ayudante
Neferú, Símaris, Ammonios – barqueros (búcolos)
Heraclas – jefe de los búcolos
Trifón – astrólogo
Arsínoe – mujer del astrólogo
Kamis – guardaespaldas
Kalasiris – mercader de Naucratis

EN TEBAS

Marco Emilio Catulo – gobernador del Alto Egipto
Avidio Nepote – legado
Apolonio – secretario del legado Nepote
Orestila – mujer del legado Nepote
Avidia la Menor – hija del legado Nepote
Décimo Sópatro – centurión
Octavio Casidiano – optio de Sópatro
Elio Saturnino – centurión
Flavio Lobo – tribuno
Belles – boticario
Heráclides – jefe de la aldea
Filón – jefe de la aldea, abuelo de Heráclides
Pausiris – capataz
Demetria – mujer de Pausiris
Apión – hijo de Pausiris
Demas – un peón
Semnys – un peón
Heras – un peón
Epímaco – mercader de enlucido
Demódoco – legionario
Manlio Cercón – tribuno, intendente de finanzas
Diodoro – secretario de Manlio Cercón
Quinto Antonino – *librarius legionis*
Cástor – barquero
Teón – barquero, hijo de Cástor

EN ALEXANDRIA

Sobal – médico judío
Hierax – pollero
Isócrates – boticario
Cayo Vibio Máximo – Prefecto de Egipto
Julio – hijo del prefecto de Egipto

Tito Volusio Blasiano – legado de la III Legión
Quinto Valerio Curión – legado de la XXII Legión
Antinos – un habitante de Alexandria
Neftis – nieta de Antinos
Cayo Longino Prisco - tribuno
Julio Domicio – tribuno

GLOSARIO DE LUGARES

Alexandria: Alejandría

Acoris: Tihna al-Gabal

Afrodítópolis: Atfih (la antigua Tep Ihu)

Apolonópolis Parva: Qus

Bolbitina: Rashid (Rosetta)

Bolbitina (ramal de -): canal de Rosetta

Canopo: Abukir

Canopo (ramal de -): canal del delta del Nilo

Cinópolis: Banâ

Dendera: Dendera

Heracleópolis: Ihnasya el-Medina

Hermontis: Ermonti

Menfis: Mit Rahina (El Cairo)

Mareotis (lago): lago Maryut

Nicópolis: poblado de Alejandría

Oxirrinco: Al Bahnasa

Panosópolis: Akhmim

Tebas: Lúxor

UNIDADES DE MEDIDA

Las horas del día en la Roma Imperial

De las 24 a las 3 = tertia vigilia
De las 3 a las 6 = quarta vigilia
De las 6 a las 7 = hora prima
De las 7 a las 8 = hora secunda
De las 8 a las 9 = hora tertia
De las 9 a las 10 = hora quarta
De las 10 a las 11 = hora quinta
De las 11 a las 12 = hora sexta
De las 12 a las 13 = hora septima
De las 13 a las 14 = hora octava
De las 14 a las 15 = hora nona
De las 15 a las 16 = hora decima
De las 16 a las 17 = hora undecima
De las 17 a las 18 = hora duodecima
De las 18 a las 21 = prima vigilia
De las 21 a las 24 = secunda vigilia

Unidades de longitud

Dedo = 1,85 cm
Palmo = 7,41 cm
Pie = 29,65 cm
Paso = 1,48 m
Milla = 1,48 km

Monedas y su valor en época imperial

Áureo = 25 denarios
Denario = 4 sestercios
Sestercio = 4 ases
Dracma (en Egipto) = 1/4 de tetradracma
Tetradracma (en Egipto) = 4 dracmas

GLOSARIO DE TÉRMINOS

Actuaria: nave de quilla plana de veinte metros de eslora, apta para el transporte fluvial de mercancías y soldados.

Agro: territorio inculto propiedad del Estado. Se “centuriaba”, es decir, se acondicionaba con la construcción de carreteras y la regulación del agua (véase “centuriación”).

Architectus: técnico y constructor del ejército romano. También podía ser un técnico privado, no necesariamente un soldado, al igual que un liberto.

Argentario (argentarius en latín): banquero o cambista (en Egipto: «Trapezita»).

As: moneda con valor de 1/10 de denario.

Aureum: (Áureo): moneda de oro introducida por César en la época republicana tardía (46 a. de C.), que valía 25 denarios.

Auxiliares los «auxilia»: o Tropas Auxiliares, tropas reclutadas entre las poblaciones sometidas de peregrini, los pueblos de las provincias que aún no poseían la ciudadanía romana.

Azafrán (crocus sativus, safranum): gozaba de fama como «medicamento estimulante para el corazón» (papiro de Ebers, aproximadamente 1550 a. C.). Usado como antidepresivo, antiinflamatorio y anticancerígeno.

Banco: oficina de un argentario (banquero) o de un cambista, banco.

Bdellium: fruto de la palmera dum; utilizado en la medicina tradicional egipcia como hipertensor, con capacidad para reducir el riesgo de enfermedades cardiovasculares. La semilla se ha encontrado en muchas tumbas de faraones.

Bematikón: el llamado «impuesto del terraplén», es decir trabajo forzado para la reparación de terraplenes y canales.

Bematistas: funcionarios, similares a los agrimensores, empleados por el Estado para medir la extensión de las tierras y así calcular los impuestos.

Beneficiarius: soldado exento de los deberes comunes de los legionarios; a menudo utilizado como informador o espía, se mezclaba con las tropas o la población para escuchar y observar.

Caligae (cáligas): calzado militar, similar a una sandalia, con una pesada suela de cuero de un par de centímetros de altura y dotada de resistentes clavos de hierro para mejorar el agarre en terrenos resbaladizos.

Cardo: línea de división agrícola o calle que discurría en dirección norte-sur, enmarcada en un plano urbano ortogonal o que indicaba una delimitación norte-sur en la centuriación.

Centuria: unidad de la legión romana que agrupaba a 80 legionarios distribuidos en unos diez contubernia. La centuria entera era mandada normalmente por un centurión. Dos centurias formaban un manípulo.

Centurión: oficial de rango medio, estaba a cargo de una centuria.

Codo: unidad de longitud equivalente a medio metro aproximadamente (codo egipcio = 44,7 cm; codo real egipcio o niswt = 52,36 cm).

Cohorte: unidad militar del ejército romano compuesta por 600 hombres.

Collegium: asociación dotada de un estatuto que regulaba las actividades de quienes ejercían la misma profesión (banqueros: Collegium de argentarios; transportistas fluviales: Collegium nautarum; etc.).

Contubernium: pequeña unidad del ejército romano, agrupación de ocho hombres a cargo de un decano.

Damnatio ad metalla: condena a trabajos forzados en una mina.

Damnatio memoriae: borrado del recuerdo de una persona mediante la destrucción de

cualquier rastro (escritos y menciones en lápidas) que pudiera transmitirse a la posteridad.

Decano: legionario veterano al mando de la unidad más pequeña del ejército romano, la agrupación de ocho hombres que compartían una misma tienda y se organizaban en el *contubernium*.

Decumano: línea de división agraria o calle que discurría en dirección este-oeste. Se cruzaba en ángulo recto con el cardo (calle que discurría de norte a sur) para formar un esquema urbanístico ortogonal.

Dedo («*digitus*»): unidad de longitud equivalente a 1,85 cm aproximadamente.

Denario: unidad monetaria básica del imperio, equivalente a 1/25 de aureum, a 4 sestericios o a 10 ases.

Dracma: unidad de moneda y peso. Como moneda circulaba normalmente en piezas de a cuatro (tetradracma).

Frumentarius: militar especializado, encargado originalmente del control del grano y del abastecimiento de la ciudad de Roma. Más tarde, militares con tareas de control interno y seguridad de las instituciones. Con el tiempo se convirtieron en una especie de policía secreta.

Garum: salsa líquida elaborada con vísceras de pescado y pescado salado que los romanos añadían como condimento a muchos platos.

Groma: instrumento de medición característico de los agrimensores, compuesto de un soporte en forma de cruz con cinco líneas de plomada montadas en un marco especial en forma de cruz que se utilizaba para realizar a la vista incluso grandes alineaciones, y dibujar ángulos rectos sobre el terreno.

Hekat: unidad de medida correspondiente a unos 4,8 litros.

Honesta missio: licenciamiento de los soldados al final de su servicio militar regular. Se les expedía un diploma grabado en una placa de bronce, se les pagaba una suma de dinero (normalmente de 12.000 a 20.000 sestericios), se les concedía el derecho de ciudadanía, si eran auxiliares, y a contraer un matrimonio legítimo. Los hijos eran ciudadanos romanos a todos los efectos.

Insula: edificio de varias plantas empleado para viviendas, el equivalente de los actuales edificios de apartamentos.

Legatus legionis: («legado»): era el título del comandante de una legión.

Legua: unidad de longitud equivalente a 2,22 km aproximadamente.

Libra romana: unidad de peso que corresponde aproximadamente a 327 gramos.

Librarius Legionis: oficial encargado de las tareas administrativas del ejército.

Liturgia: servicio obligatorio que el Estado imponía a los ciudadanos; por turnos, podían convertirse en recaudadores de impuestos, supervisores del fisco, archiveros, etc., y, en caso de pérdidas, respondían con sus propios bienes.

Lorica hamata: cota de malla de origen celta, empleada por los legionarios del ejército romano. Estaba compuesta por un denso tejido de anillos metálicos con diámetros que variaban de 6 a 8 mm y pesaba hasta 15 kilogramos.

Magister navis: comandante de una nave.

Manumissio: documento o declaración verbal con la que el amo declaraba que dejaba libre a su esclavo. Más a menudo, una carta en la que el amo declaraba que el esclavo había sido liberado y que, a partir de ese día, gozaba de la condición de liberto bajo la protección de un patronus.

Mansio: (pl. mansiones): parada oficial en una carretera, gestionada por el gobierno central y puesta a disposición de dignatarios, oficiales o de quienes viajaban por razones de Estado. Los

huéspedes se identificaban con documentos similares a un pasaporte.

M.P. (*Milia Passum*): unidad de longitud en millas romanas utilizada para indicar las distancias en los mapas mediante el número romano seguido de MP (o sea, m. p. = *Milia Passuum*, es decir, miles de pasos, o millas).

Milla romana: unidad de longitud, que corresponde a 1.480 metros y a 1.000 pasos romanos (nótese que el paso romano corresponde a dos pasos tal y como los entendemos hoy en día, es decir, aproximadamente 1,48 metros).

Mina: unidad de moneda y de peso equivalente a 100 dracmas.

Morbo sacro: epilepsia o enfermedad sagrada.

Mutatio (pl. *mutationes*): estaciones para el intercambio de caballos que se situaban a lo largo de las vías consulares a 15-18 millas de distancia.

Naubion una medida de capacidad equivalente a unos cuatro metros cúbicos (27 codos cúbicos) que se utilizaba para cuantificar la tierra que había que remover en la construcción de presas y canales.

Nomo: ‘circunscripción’, una de las cuarenta subdivisiones regionales que representan las unidades administrativas básicas de Egipto.

Nummularius: numulario o cambista, persona experta que comprueba que el dinero no sea falso y valora, juiciosamente, el oro y la plata.

Óbolo: unidad monetaria (1 tetradracma = 24 óbolos).

Onza: unidad de peso equivalente a 27,26 gramos aproximadamente.

Opium thebaicum (opio): los campos de adormidera de Tebas se conocían ya desde el año 1300 a. C.; el opio se comercializaba a sacerdotes, magos y médicos en todo Egipto.

Optio: lugarteniente del centurión, suboficial.

Opus metalli: castigo de grado menor que la *damnatio ad metalla*, según algunas fuentes históricas sin obligación de cadenas o con cadenas más ligeras.

Óstrakon: trozo de vasija rota que se utilizaba como material de escritura.

Palmo: unidad de medida correspondiente a 7,41 centímetros.

Paso romano: unidad de longitud calculada entre dos apoyos del mismo pie (en la práctica corresponde a dos pasos tal y como los entendemos hoy en día); aproximadamente 1,48 m.

Patronus: abogado o persona experta en procedimientos legales; señor de un liberto.

Peregrino: ciudadanos de segunda clase, originarios de una provincia, sin derecho a la ciudadanía romana.

Peristilo: jardín situado en el interior de la casa, generalmente decorado con estanques o elementos de agua y rodeado por un pórtico.

Pértica: unidad de longitud equivalente a 2,96 m aproximadamente.

Phalera: disco ornamental que podía imponerse en el uniforme de los oficiales superiores en reconocimiento a un valor especial demostrado durante el combate.

Pie: unidad de longitud equivalente a 29,65 cm.

Pilum: tipo especial de jabalina utilizada por el ejército romano en los combates a corta distancia. Normalmente, cada legionario llevaba dos, uno ligero y otro más pesado

Popina: taberna para la gente de paso, donde se podía encontrar vino y comida sencilla como aceitunas, pan y guisos.

Praefectus Fabrum: oficial que coordinaba a herreros, carpinteros, albañiles y máquinas de asedio, y gromáticos («agrimensores»).

Prefecto de Egipto (*Praefectus Alexandriae et Aegypti*): cargo asignado al gobernador de la provincia romana de Egipto, a partir de Augusto.

Pugio: daga que formaba parte del equipo de combate de los legionarios.

Sarcina: macuto o mochila con que se equipaba a cada legionario, y que contenía algunas raciones y el equipamiento individual mínimo.

Sestercio: moneda con un valor de ¼ de denario.

Stipendium: el estipendio anual constituía la parte principal de los ingresos del soldado, que recibía, además del botín de guerra, también recompensas en dinero llamadas donativa. El estipendio anual de un legionario, desde la reforma de Domiciano, era de 300 denarios, y para un centurión hasta cinco veces más.

Stratego: gobernador de un Nomo.

Subligaculum: banda de tela equivalente a la ropa interior moderna.

Tabellarius: Esclavo encargado de entregar las cartas del amo. Los tabellarii públicos entregaban los despachos del gobierno imperial, a las órdenes de un praepositus tabellariorum.

Tablinum: Sala principal de la casa, salón.

Tabularium: oficina pública en la que se guardaban los actos públicos relativos a las leyes y a la propiedad, similar a un archivo o registro de la propiedad.

Talento: unidad de moneda y de peso (1 talento = 6000 dracmas).

Tesserarius: mensajero, estafeta: el tesserarius del ejército romano era el soldado cuya tarea en el castrum era distribuir la tablilla de madera que llevaba inscrita la contraseña para entrar en el fuerte, pero a veces se ocupaba también de llevar órdenes.

Tetradracma: unidad monetaria equivalente a cuatro dracmas.

Trapezita: banquero, cambista; equivalente egipcio del argentario romano (término de origen griego).

Tribulus (abrojo o miguelito): clavos de cuatro púas que, independientemente de cómo se lancen, siempre dejan al descubierto una afilada púa de cuatro dedos, capaz de incapacitar tanto a un hombre como a un caballo.

Tribuno («*Tribunus militum*»): oficial del ejército. En la época republicana había seis tribunos por cada legión. La autoridad se otorgaba a dos de ellos y el mando rotaba entre los seis. Los tribunos eran nombrados por el Senado y, para tener este cargo, bastaba con formar parte de la clase senatorial.

Valetudinarium: enfermería, hospital.

Via Glareata: vía construida con una base de adoquines de varios tamaños y un revestimiento superficial de grava prensada.

Vicus: conjunto de casas y terrenos de modesto tamaño.

Portada: Luca Tarlazzi/Circe Corp. Design

Copyright © 2024 Claudio Rossi
Todos los derechos reservados.

Eb08082024

- [1] Persona que se dedica a comprar géneros para revenderlos.
- [2] Moneda corriente de un valor de 1/6 de dracma.
- [3] *Búcolos*: pastores seminómadas con fama de bandidos, asentados en el Delta del Nilo.
- [4] La peste del 429 a.C.
- [5] En la fórmula más antigua del “juramento de Hipócrates”, ya en uso desde el siglo III a.C., se prohibía a los médicos operar a los enfermos del “mal de la piedra” (calculosis o litiasis), que era responsabilidad del cirujano, no del médico.
- [6] *Hyoscyamus niger* (beleño negro o hierba loca) planta herbácea de las Solanáceas, venenosa, utilizada en el pasado por sus efectos farmacológicos.
- [7] La receta original procede de un papiro encontrado en Oxirrínco (Papiro 11.1384).
- [8] La dracma alejandrina equivalía a 3,63 gramos.
- [9] *Cicuta*: planta venenosa de la familia de las Apiáceas.
- [10] *Opium Thebaicum*: cultivado en los campos de adormidera de Tebas ya en el año 1300 a.C., se comercializaba en todo Egipto para sacerdotes, magos y médicos.
- [11] Nueces de palmera dum o de la Tebaida, usadas para la preparación de numerosos fármacos.
- [12] Hora sexta: de las 11 a las 12 del mediodía.
- [13] Hora tercera: de las 8 a las 9 de la mañana.
- [14] Tercera vigilia: de medianoche a las tres de la madrugada.
- [15] *Henu*: medida para líquidos correspondiente a aproximadamente 0,48 litros.
- [16] Hora cuarta: de las 9 a las 10 de la mañana.
- [17] Hekat: medida egipcia para líquidos igual a 4,8 litros.
- [18] 19 de marzo del año 106.
- [19] Fármaco imaginario de la farmacopea popular.
- [20] *Liturgias*: trabajos administrativos temporales prestados de manera obligatoria al Estado.
- [21] Hora octava: de las 1 a las 2 de la tarde.
- [22] El *chomatikón*, o “impuesto del terraplén”, era un impuesto pagado en especie por todos los campesinos. Consistía en remover tierra y barro, levantar taludes y dragar zanjas para remediar el desorden hidráulico causado anualmente por las crecidas del Nilo.
- [23] Hora undécima: de las 4 a las 5 de la tarde.
- [24] Hora séptima: de las 12 del mediodía a la 1.
- [25] Primera Vigilia: de las 6 de la tarde a las 9 de la noche.
- [26] *Anillo*: unidad de peso equivalente a 7,58 gramos.
- [27] Podagra: gota.
- [28] El tiempo vuela.
- [29] “La gota de agua horada la piedra (no por fuerza, sino por constancia)”, conocidísimo proverbio popular.
- [30] Codo: medida egipcia equivalente a 0,52 cm.
- [31] Alholva, fenogreco, o fenugreco (*foenum graecum*), cuyas propiedades dermatológicas eran conocidas en el antiguo Egipto.
- [32] Tebas sufrió, a lo largo de los siglos, numerosas incursiones asirias y fue completamente destruida por Ptolomeo IX Latiro

en el 84 a.C.

[33] *Frumentarii*: militares especializados, destinados al control interno y a la seguridad de las instituciones. Con el tiempo se convirtió en una especie de policía secreta.

[34] Fruto de la palmera de la Tebaida o palmera *dum*.

[35] Imhotep: arquitecto, médico y astrónomo egipcio que vivió durante la III dinastía, deificado como dios de la medicina. Era venerado en Menfis junto con Ptah y Sekhmet.

[36] Asclepio o Esculapio, personaje mitológico del panteón griego, dios de la medicina.

[37] Veterinario militar encargado de los caballos y de los animales de carga.

[38] En la época imperial, los sacerdotes egipcios eran los únicos que sabían leer la escritura jeroglífica.

[39] La distribución de grano a bajo precio entre los ciudadanos más pobres (*Annona* en latín).

[40] En la mitología griega, Tántalo anhela frutos que están muy cerca de él, pero que no puede alcanzar.

[41] *Pilum* en latín.

[42] La vejiga animal, como el pergamino, se usaba para sellar los tarros con medicamentos.

[43] Funcionario encargado de administrar la justicia.

[44] Ora undécima: de las 4 a las 5 de la tarde.

[45] Segunda vigilia: de las 9 de la noche a medianoche.

[46] Cuarta vigilia: de las 3 a las 6 de la mañana.

[47] Bastón de madera de vid (*Vitis*): símbolo del grado del centurión.

[48] Los dos Colosos representan a Amenofis III (Amenhotep III, 1400-1349 a.C. aproximadamente).

[49] Aproximadamente 400 metros.

[50] Muchos daños en el templo de la reina Hatshepsut fueron causados por su hijastro Tutmosis III (1481-1425 a.C.), que sucedió a la reina.

[51] Aproximadamente 500 m.

[52] Tercera vigilia: desde medianoche hasta las 3 de la madrugada.

[53] Gramínea (*Stipa tenacissima*) forma grandes y densos cepellones y se utiliza para fabricar cestas y sandalias.

[54] Cuarta vigilia: de las 3 a las 6 de la madrugada.

[55] La actual Qus, en la Gobernación de Quena.

[56] Tercera vigilia: de medianoche a las 3 de la madrugada.

[57] Hora quinta: de las 10 a las 11 de la mañana.

[58] El “Oráculo de la Espada”, llamado también “Oráculo homérico” u “Oráculo de la cimitarra” fue durante siglos, en el Egipto tolemaico y romano, un método popular para conocer oráculos y predecir el futuro.

[59] Pez oxirrincos: pez que vive en las aguas del Nilo (*Mormyrus Kannume*).

[60] Ilíada, IX.

[61] Ilíada, XXIII.

[62] La mirra procede de un arbolito que crece en Etiopía y Somalia (*Commiphora abyssinica*), que exuda una resina gomosa de color amarillo y que al secarse forma unas gotas rojizas de sabor amargo.

[63] Cuarta vigilia: de las 3 a las 6 de la madrugada.

[64] Hora nona: de las 2 a las 3 de la tarde.

[65] Nilo de Bolbitina: uno de los principales ramales que desemboca en el mar cerca del poblado de Bolbitina.

[66] Nilo de Canopo: uno de los principales ramales que desemboca en el mar cerca del poblado de Canopo.

[67] Alto funcionario romano, encargado de la administración judicial.

[68] El catéter era conocido y utilizado tanto por los médicos egipcios como por los romanos.

[69] Armant es su nombre actual, y está situada en la orilla occidental del Nilo, a unas quince millas al sur de Tebas.

[70] Actualmente se conserva en la biblioteca de la Universidad de Leipzig (Alemania). Consiste en un único rollo de papiro de 20 metros de largo y unos 20 centímetros de alto, dividido en 108 páginas; está fechado en la XVIII dinastía, más concretamente en el reinado de Amenhotep I (c. 1400-1349 a.C.), aunque el texto podría ser bastante más antiguo.

[71] El “lamento” se debía a la vibración de los bloques que formaban la estatua, debida al calentamiento del sol matutino. Las dos enormes estatuas del faraón Amenhotep III (1350/1349 a.C.) formaban parte de su complejo funerario-templo. Tras la restauración llevada a cabo a instancias del emperador Septimio Severo en 199 d.C., los “lamentos” dejaron de escucharse.

[72] Julia Balbilla, poetisa, era hija del príncipe de Comagene Cayo Julio Epífanos y de Claudia Capitolina. Fue amiga y confidente de Vibia Sabina, esposa del emperador Adriano, con quien visitó los Colosos en noviembre del 130 d.C.